ACANTILADO

Gregorio Casamayor

Búscame

BÚSCAME

GREGORIO CASAMAYOR

ACANTILADO
BARCELONA 2023

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2023 by Gregorio Casamayor Pérez
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-62-9

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
mayo de 2023

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para María Pujol, Víctor y Clara,
como no puede ser de otro modo.

No me extraña que los amigos piensen que mis fotos son tristes: es más, les doy la razón. Revelador, paro y fijador también son tóxicos. Lo es también la vida.

ALBERTO GARCÍA-ALIX,
Moriremos mirando

1

UNA POSIBILIDAD ENTRE UN MILLÓN

El diario que Paul Knobel examinaba con aprensión a causa de la humedad, mientras lo sostenía incómodo y lo hacía bascular de una mano a la otra, parecía condenado a desaparecer. Unos días atrás había estado a punto de deshacerse bajo la lluvia en la Grand Army Plaza de Brooklyn y, en ese momento, sólo por casualidad, o quizá a causa de una frase inesperada, desconcertante, descubierta al azar en una de sus páginas, conseguía eludir su destrucción por segunda vez. Habían pasado nueve días desde que Paul recogiera ese diario frente a la biblioteca pública; desde entonces había permanecido olvidado en el bolsillo exterior de una de sus bolsas, junto al resto de su equipo. Era un cuaderno de cierto grosor, repleto de encartes y recortes de prensa, y si se había mantenido cerrado era gracias a una cinta elástica que lo ceñía. Sin embargo, cuando decidió examinarlo, el diario se desplegó como un viejo y abandonado acordeón.

Paul intuía que había perdido un tiempo precioso para poder devolver ese cuaderno. Lo sostuvo en sus manos como si pudiera calibrar la importancia de su contenido y la posibilidad de intentarlo todavía o, muy a su pesar, de deshacerse de él. Un diario personal es un objeto muy íntimo, él nunca había llevado uno, pero sabía de gente que se sentiría expuesta, angustiada, en caso de extraviar el suyo. Antes de tomar una decisión paseó la mirada por algunas de sus páginas, al azar, y entonces surgió ese texto escrito el 5 de julio: «Siento nostalgia del beso». Lo leyó como si se tratara de un mensaje lanzado al océano en una botella, y a continuación, como si la llamada de socorro del náufrago no bastara, a toda página, en letras mayúsculas dignas de un tabloide, aparecía de nuevo:

SIENTO
NOSTALGIA
DEL BESO

Una mujer—para el fotógrafo Paul Knobel esa caligrafía redondeada y el trazo sensual de las letras *g* y *b* sólo podían pertenecer

a una mujer—había escrito «Siento nostalgia del beso» en su diario; en la parte superior derecha de la página aparecía también la fecha: 5 de julio de 2003. En el penúltimo instante esa frase hallada al azar, escrita en rabiosa tinta violeta, impidió que acabase en alguna papelera o una trituradora de papel. Paul buscó alguna referencia sobre su propietaria en las primeras páginas. Fue en vano. Todo el bloque inicial estaba compactado por la humedad, las páginas se rompían sólo con intentar separarlas y los textos surgían emborronados. En aquellas condiciones era imposible encontrar dato alguno sobre la presunta autora. De todos modos, por suerte para ella —si es que conseguía localizarla y devolverle su diario—, la tapa gruesa, la guarda y algunas páginas iniciales que el editor había dispuesto con una finalidad meramente decorativa se habían convertido en un dique de contención que había mitigado el daño que la lluvia había infligido al cuaderno y había permitido que, a pesar del evidente deterioro, los textos fueran legibles a partir del 14 de enero.

El diario era de una mujer, el fotógrafo no lo dudó ni un instante. Esa frase, directa, íntima, expresaba una emoción que brotaba incontenible de los dedos o de los labios; la tinta de color violeta era también un claro indicio. A Paul, «nostalgia del beso» le pareció un buen motivo para una colección de fotografías. Recordó haber tenido en sus manos algún libro con imágenes y frases sobre el beso, todas muy convencionales: parejas de todas las edades y condición en el trance de compartir un beso suave o arrebatador, casto o voluptuoso, aunque muy pocas le habían parecido sinceras. Le vino a la memoria un fotograma de la película *De aquí a la eternidad*, una imagen en blanco y negro de Burt Lancaster y Deborah Kerr besándose en la playa. Burt, tumbado en la arena, el torso levemente incorporado, y Deborah, abrazada a él mientras las olas se deslizaban sobre ellos como sábanas de seda y jugaban a cubrir y descubrir sus cuerpos. Aunque a Paul, la nostalgia del beso le sugirió un libro distinto, evocador del momento exacto, y empezó a visualizar imágenes concretas—«deconstrucción del beso», llamaría a la serie—, y fotografiaría labios sobre todo: las grietas de los labios, las comisuras de los labios, la lengua asomándose al balcón de los labios, la sonrisa desenfocada de uno de los dos amantes, la piel agrietada alrededor de la boca, unos labios cabalgando sobre otros, los rostros deformados de la pareja, unos ojos cerrados y soñadores mientras son besados, unos labios rojos o quizá azules o amarillos o de cualquier color imposible contra un vidrio translúcido invitando al beso, la expresión alelada del amante que refleja la intensidad del beso. Pensó incluso que si no conseguía devolver el diario, una fotografía de esa página constituiría un buen reclamo.

Abandonó el cuarto oscuro con él en la mano y se dirigió a la sala,

se acercó a uno de los ventanales que daba a la calle Varick. La tarde estaba plomiza, un manto de nubes cubría la ciudad, el viento sacudía los árboles y parecía frenar el paso de los peatones. Aún podía leer sin necesidad de luz artificial. Se sentó en la repisa de la ventana y echó otro vistazo, encontró otra anotación en las páginas siguientes que ampliaba esa misma idea: «Siento nostalgia del beso, del beso rápido, imprevisto, y del beso apasionado, del beso de despedida que te retiene, y del beso del encuentro que te acoge».

Era del jueves 10 del mismo mes, la autora no había escrito nada más. En la página siguiente, correspondiente al viernes 11, encontró un fragmento de papel cebolla con unos labios estampados, de un rojo intenso como el del envase de kétchup de Heinz. Debajo aparecía un nombre: Walt. «¿Son los de ella?», se preguntó Paul. Eran unos labios grandes, carnosos, que al parecer ansiaban ser besados. Cerró el cuaderno. De inmediato lo volvió a abrir por la misma página. Avanzó un poco, con cuidado, y encontró otro texto sobre el beso fechado el 16 de julio; la letra era la misma, por supuesto, pero de un tamaño más pequeño, como si al empezar a escribir ella ya hubiera intuido su extensión:

> Hay un beso para cada ocasión: para el encuentro y para la despedida, para la felicitación y para el pésame. Besos dulces y ásperos, fríos y apasionados. Hay culturas que sólo comparten un beso; otras se dan dos; algunas, tres besos, y todavía hay otras que se dan hasta cuatro y seis besos. Besos en la mejilla. Besos en la boca. Besos con la nariz. Hay culturas en las que el beso no se da, se hace. «Hazme un beso», se pide. Hay un beso de colibrí, una caricia delicada y tenue con una pestaña.

Entre las páginas siguientes había una carta manuscrita doblada por la mitad, como si la hubiera escrito o recibido por esas fechas. Echó un vistazo y le pareció que había más cartas dobladas. Pensó que quizá el espacio del diario le había resultado insuficiente, o que había escrito esos textos en un momento en el que no tenía el cuaderno a mano, hasta que desplegó una y comprobó que no se trataba de la misma letra: la caligrafía era más perfilada y nerviosa, y la tinta no era violeta.

El cuaderno estaba lleno de encartes de todo tipo, por eso necesitaba la cinta elástica. Más adelante, entre algunas páginas fechadas a finales de julio, encontró un sobre gris de la librería Strand y en su interior dos postales: una pareja desnuda en mármol blanco, *El beso* de Auguste Rodin, y la otra era esa fotografía tan conocida de dos paseantes besándose en París: *Le baiser de l'Hôtel de Ville* de Robert Doisneau. «Todavía no ha pasado mucho tiempo», se dijo Paul, e

imaginó la escena y el momento en que él acudía a su casa, devolvía el diario a su propietaria y la miraba directamente a los ojos. «¿Cómo es esa mujer?», se preguntó. Al fin desechó ese pensamiento por absurdo o, peor aún, por peliculero: le pareció el guión de una mala película francesa, como las que Sarah Norton le había obligado a ver de vez en cuando.

Gracias a esos textos sobre el beso, sobre la nostalgia del beso, el diario se libró, en el último instante, de la destrucción. A Paul Knobel esa expresión le resultaba más y más familiar a medida que la iba repitiendo, que la oía en su interior, y sin embargo no conseguía ubicarla en un texto o en un autor concretos. Por curiosidad husmeó en los estantes en busca de un indicio, e incluso abrió varios libros al azar, hasta que cayó en la cuenta de que no se trataba de un texto que hubiera leído, sino de una frase en labios de una persona conocida. Lo que debía hacer era esforzarse en ponerle voz. Y, en efecto, esa voz era la de su madre, el último verano que compartieron en Cape Cod, en 1992, acaso durante el último paseo que dieron juntos camino del faro de Wood End. «Sí, fue allí», recordó; Norma hablaba de Thomas, de cómo se conocieron, del poco tiempo que pudieron compartir, y entonces hizo un comentario muy emotivo sobre un beso, tanto que le llamó la atención. Norma estuvo muy intensa en ese viaje: le hizo a Paul una especie de balance de su propia existencia, le refirió multitud de situaciones y anécdotas con relación a su niñez, a su padre, a su padrastro, a ella misma. Y quizá su última confesión, la postrera confidencia personal que compartió con su hijo, fue que sentía nostalgia del primer beso de Thomas. Y sólo por azar, once años más tarde, aparecía una frase muy parecida, casi idéntica, en el diario de una mujer desconocida.

Paul buscó con la mirada el reloj del equipo de música, no podía entretenerse más si quería llegar puntual a la editorial, así que pospuso de nuevo su decisión y devolvió el cuaderno a la pequeña sala de revelado cuando entró a recoger las pruebas que debía llevar a su editora.

En el transcurso de las siguientes semanas Paul Knobel tuvo que reconocer que lo más relevante de ese viernes 10 de octubre, cuando iba ya de retirada, resignado, derrotado por una luz inclemente, fue el hallazgo del diario que Gloria Graham había extraviado en la Grand Army Plaza.

La mañana de ese viernes, como los tres días anteriores, el fotógrafo llegó a la avenida Lafayette antes que su equipo técnico para prever la disposición de la grúa, los focos, las pantallas y las cámaras. Necesitaba contemplar la escena una vez más; la imagen que perseguía era una realidad en su mente antes de que surgiera en el

visor de la cámara o se materializara en el papel fotográfico, y hasta que no pulsaba el disparador solía cuestionar una y otra vez todas sus decisiones. El día había amanecido húmedo y nuboso, pero eso no significaba gran cosa—el clima de la ciudad es muy voluble, como el humor de sus ciudadanos—, y Paul confiaba en disponer de un par de horas de tregua para hacer su trabajo. Su pronóstico no se cumplió, una vez más el plan previsto se vio trastocado y justo por ese motivo resultaba crítico poder capturar las imágenes que debían completar un libro que estaba ya en proceso de edición.

Es un día penoso, jefe, peor que ayer, le espetó Rufus a modo de saludo. Llovía en ese momento, como si la lluvia hubiera llegado arrastrada por su ayudante, y la luz estaba espolvoreada de ceniza. Esa luz no servía para el tipo de libro que estaba preparando, una obra optimista, plena de color y de encanto, y ninguna pantalla podría mejorar la situación.

—¡Maldita sea!—protestó Paul—, llevamos así toda la semana, si el tiempo no nos da una tregua habrá que renovar el permiso municipal, volver a contratar la grúa y el equipo para una semana más, no sé de dónde diablos voy a sacar el dinero.

—Si te parece, jefe, despediré a los operarios, así al menos nos ahorraremos las dietas. Sí, ya sé lo que me vas a decir—continuó Rufus—, que tenemos que estar preparados por si mañana mejora; está bien, a esta gente, mientras le paguen, poco les importa, pero a este paso no acabaremos nunca. ¿No tienes suficientes tiendas? ¿Qué importa una más o una menos? Y una frutería… Ya me dirás qué glamour puede tener una frutería de barrio.

No era una frutería cualquiera, su editora y Rufus lo sabían, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Cada día la propietaria, Nancy Beardsley, una señora tan radiante como la fruta que vendía, dedicaba casi tres horas a componer un espacio de exposición que abarcaba el frente de la tienda y los espacios laterales, con cajas de madera que colocaba de manera horizontal sobre la acera e inclinadas en un segundo, tercero y cuarto nivel. Ordenaba el género combinando los colores y sus tonalidades y conseguía una composición cromática siempre distinta y sugerente. Empezaba a eso de las seis y media de la mañana, cuando su marido le traía la fruta y la verdura del mercado central, y no vendía nada hasta después de las nueve, tras haber tomado varias fotografías. A continuación, en invierno o cuando amenazaba lluvia, Nancy protegía las cajas con una estructura de plástico que envolvía la tienda como si fuera un invernadero y que sólo permitía el acceso por la puerta principal. A final de año, durante tres semanas, exponía las fotografías en la galería Red & Black que, a su vez, decoraba el exterior como si fuera una frutería. El colorido de la fruta y la verdura contrastaba de manera magnífica con el gris

invernal. La señora Beardsley exponía unas sesenta o setenta obras, de diversos tamaños; la gran mayoría había quedado descartada, según ella, por problemas de luz, de ángulo o de composición, o simplemente porque no las consideraba atractivas, y había eliminado otro grupo porque consideraba que ya estaban muy vistas. En total, desechaba casi dos mil fotografías cada año. Además de las que le compraban en la exposición, solía vender los derechos para postales, calendarios e incluso portadas de revistas de gastronomía. Nancy Beardsley, que junto a la tienda había heredado de su abuelo Kurt Elling dos aficiones, o más bien dos pasiones, la fotografía y el jazz, ganaba más dinero vendiendo fotografías que fruta.

Paul podía tomar una foto convencional desde la misma acera con un gran angular, o hacer un plano medio con el nombre del establecimiento y algunas cajas de fruta o verdura, pero esas imágenes no le servían, se parecían demasiado a las que exhibía la frutera. Además, no le interesaba el cromatismo de los productos, sino el propio establecimiento como foco de atracción de las miradas de transeúntes y conductores. Por eso quería hacer la foto con grúa, desde la acera de enfrente, picada, y en el momento en que varias personas pasaran por delante, todas con la cabeza vuelta hacia la tienda, atraídas por el colorido y la fragancia de la fruta.

Paul había efectuado algunas concesiones en la selección de establecimientos mientras tomaba las fotografías muy a su pesar, puesto que la negociación con la editora había sido ardua y cada cambio significaba empezar de nuevo con el papeleo, pero algunos comerciantes estaban quejosos y se lamentaban de que, después de más de cincuenta años, e incluso de más de un siglo de existencia, no estaban seguros de poder llegar a final de año. La mayoría tenía el local en alquiler y de repente parecía que todos los administradores de fincas se habían puesto de acuerdo para duplicar los precios hasta unos niveles que sólo las franquicias o los restaurantes caros podían asumir. El fotógrafo entendía su pesadumbre, pero la respuesta a sus quejas requería un formato distinto, quizá un reportaje periodístico que mostrara los itinerarios ciudadanos para acudir a la ferretería, o al estanco, o a la lavandería, y que pudiera reflejar el desconcierto de los pasos, las dudas que introducía en los hábitos de las personas, y cómo a medio plazo afectaría al resto de los establecimientos de la misma zona, cómo una calle comercial acababa transformándose en una zona de ocio con los cambios que implicaba en los niveles de ruido, en los horarios y en el tipo de público.

Una anciana, vecina de una antigua ferretería en Madison, le había abordado mientras hacía las fotografías de esa tienda. Se había acercado a saludarlos, apoyada en un andador y bajo la vigilancia de

una cuidadora hispana, y había mostrado una amabilidad y una elegancia que Paul sólo recordaba en su abuela Elisabeth. La señora Martins tenía la piel translúcida, manos delicadas surcadas de venas azules y una mirada gris acuosa que delataba unas incipientes cataratas. «Primero desaparecen nuestros comercios—le había dicho la señora Martins con un hilo de voz—, luego abrirán algunos restaurantes, los bares y las salas de fiesta, y al final se acabará convirtiendo en una calle de destino y llegarán las mujeres que fuman». A Paul le sorprendieron esas expresiones—«calle de destino», «mujeres que fuman»—, pero no supo qué contestar. No pretendía hacer un libro reivindicativo—para eso ya existía otro tipo de publicaciones—; él quería reflejar cómo esos establecimientos formaban parte del paisaje ciudadano, mostrarlos como islotes en una ciudad que perdía su identidad ante el auge de las franquicias, y había escogido un centenar únicamente por criterios estéticos o por la singularidad de su propuesta. En cada entrevista previa con los comerciantes, les rogaba que no hicieran cambios repentinos, insistía una y otra vez para que no se les ocurriera pintar la fachada o incorporar algún elemento que pudiera modificar su fisonomía.

Paul Knobel llevaba trabajando en ese proyecto más de diez meses. Primero había realizado una batida por la ciudad para localizar el mayor número de establecimientos comerciales que destacaran por su personalidad y por su integración en la ciudad; a ser posible debían de estar en funcionamiento desde antes de la segunda guerra mundial. Había pedido ayuda también en el Ayuntamiento y la asociación de comerciantes le había facilitado información muy valiosa. Después los había visitado todos, incluso había preparado un dosier con las instantáneas que iba tomando. Una vez efectuada la selección, junto con Rufus o con Rachel Bold, su editora, se había presentado a los dueños y tenía concedidos y firmados los permisos correspondientes, incluida la cesión de derechos de imagen.

El fotógrafo pensó en aprovechar ese viernes fallido; tenía que hacer lo imposible para recuperar al menos una parte de su plan de trabajo. A pesar de la lluvia decidió acercarse a la frutería y estudiar de nuevo los encuadres más interesantes. Hizo algunas fotos rápidas con la cámara digital y les echó un vistazo. Para captar ese comercio necesitaba una grúa, no había otra opción. En la diagonal de la entrada había un armario gris verdoso metálico, una enorme papelera verde pintarrajeada y un árbol raquítico, ni siquiera bueno para leña, que no tenían cabida en sus fotografías. Rachel Bold, la editora con más criterio y más experiencia que había conocido hasta la fecha, era del mismo parecer que Rufus. «No te compliques la vida, Paul—le había rogado—, nadie echará de menos esa frutería». Fue el primer y

único signo de debilidad que pudo entrever en ella. El argumento de Rachel era de peso: «El libro tiene que estar en las librerías para Navidad, y eso quiere decir el 15 de noviembre como tarde—precisó—. Si retrasamos la edición perderemos un treinta por ciento de las ventas. Además—se sinceró—, lo necesito para conseguir mi bonus». El libro estaba ya en fase de maquetación y de momento se habían limitado a reservar el espacio necesario para acoger la frutería. Paul podía prescindir de esa tienda, tenía material suficiente para publicar un libro magnífico. Un libro sobre establecimientos comerciales con encanto tenía el éxito asegurado en Nueva York. Pero le gustaba, le fascinaba el baño de color que aportaba a la calle y admiraba el tesón de la señora Beardsley.

La negociación para decidir qué comercios aparecerían en el libro fue extenuante. Al principio todo resultó tan fácil y rápido que Paul pensó que se había equivocado de planeta. «¿Dónde está la trampa?», se preguntaba una y otra vez. La editorial acogió su idea con entusiasmo, un libro así podría venderse en todo el mundo. Y una semana más tarde surgió la trampa: era Rachel Bold. «Es una de nuestras mejores editoras—le había dicho el director al fotógrafo—; tiene sensibilidad, criterio y oficio». Y justo entonces comprendió que no iba a ser sólo su libro y su idea, que la editorial quería asegurarse su inversión y Rachel Bold debía garantizarla.

Cuando el fotógrafo le dijo a la editora que no por octava vez en la primera reunión que tuvieron en su despacho, decidió pisar el freno. «¿Qué está pasando?—se preguntó—, ¿adónde nos conduce esta absurda situación?, ¿por qué tengo la sensación de que no hablamos el mismo idioma?». Estaba en el despacho de su editora, desde una ventana rectangular que iba desde el suelo hasta el techo, una más de las miles de ventanas que daban a la Sexta Avenida, podía ver el monumental atasco que se había organizado de nuevo. Como siempre destacaba el amarillo de los taxis: era una estampa típica de la ciudad, una larga caravana de vehículos atrapada en un desfiladero formado por edificios que parecían no tener fin; también él había tomado varias imágenes como ésa. Paul se había levantado a echar un vistazo mientras la editora atendía una llamada urgente. Disponía de un par de minutos para reflexionar antes de dejarla plantada de una vez y desechar para siempre la idea de ese libro o quizá reconvertirla en otro proyecto.

Rachel le había sorprendido por su dura resistencia, casi pétrea. Era una mujer obstinada de mediana edad, afroamericana, de apariencia adorable, cabello entrecano, ojos grises claros, sonrisa fácil, manos suaves de dedos cortos y fuertes, formas redondeadas. Desprendía una dulzura que se solidificaba y se convertía en un muro formidable justo cuando empezaba a hablar de trabajo. Paul apenas

había tardado dos minutos en darse cuenta de que cada uno de ellos partía de una idea diametralmente opuesta. La editora se refería a todos esos establecimientos distinguidos de Manhattan y de las grandes avenidas de Brooklyn, Harlem o Queens y el fotógrafo le hablaba de pequeñas tiendas, singulares, dedicadas a actividades muy cotidianas y que estaban repartidas por la geografía imposible de los barrios.

Decidió tirar la toalla, de hecho todavía no había un compromiso en firme. Mientras ella hablaba por teléfono, se dirigió a la mesa y empezó a recoger las fotografías que había tomado como muestra, los esquemas que había dibujado, sus carpetas, y le hizo un significativo gesto de despedida a su editora. Antes de que el fotógrafo alcanzara la puerta, Rachel Bold colgó el teléfono sin despedirse de su interlocutor y se lanzó tras él. La editora retuvo durante un segundo al fotógrafo, con la puerta entreabierta, le rogó que se sentase y, sin transición alguna, le propuso una metodología de trabajo tan pragmática que le dejó estupefacto: «Cada uno trabajará con su lista de establecimientos y marcará los que considera innegociables, los que cree que deben estar y los que pueden ser eliminados. Y a continuación, los dos tendremos la posibilidad de recuperar un porcentaje de la lista del otro sin atender a ninguna clasificación». Según la editora deberían quedar un centenar de establecimientos, y más tarde acordarían los que tendrían el privilegio de aparecer a doble página, que según ella deberían ser una veintena. También ideó un sistema de repesca para cuando fuera preciso. Paul se animó entonces a poner algunas condiciones, como que los establecimientos llevaran abiertos y realizando básicamente la misma actividad un mínimo de cincuenta años. Tras valorar la propuesta durante un breve instante, la editora aceptó. El pragmatismo de Rachel desarmó a Paul, pensó que valía la pena jugársela y aceptó, y una hora más tarde firmaba un contrato que estaba más centrado en los plazos y en las penalizaciones que en la calidad de las fotografías, que la editorial daba por descontada.

El equipo técnico, con Rufus a la cabeza, se desvaneció como si la lluvia los hubiera arrastrado hasta las alcantarillas. Paul se había quedado solo y se encaminó hacia la Grand Army Plaza en busca de un taxi; podía ir al estudio y trabajar en la sala de revelado o hacer una visita sorpresa a la galería Axelle para interesarse por la organización de su próxima exposición. Con su director, Raymond Dreiser, preparaba esa muestra desde el invierno anterior. La había titulado WSW, «Washington Square World», y tendrían que esforzarse si querían inaugurar en diciembre. Cuando iniciaron esas conversaciones Paul estaba ultimando otros proyectos y le era difícil concentrarse en el desarrollo de esa nueva idea. El proyecto WSW era

radicalmente racional; en cambio, el de los establecimientos resultaba casi naíf, pero se había volcado en los dos, y además no se engañaba, necesitaba dinero para pagar las deudas de los gastos de remodelación de su estudio. Publicar un libro y vender algunas fotografías le ayudaría a salir del bache. Llovía con más intensidad cuando llegó a la Grand Army Plaza, no había ningún taxi frente a la biblioteca. Iba a ser un día sin suerte. Dejó las tres bolsas en la acera, protegidas por unos buzones de colores que distribuían prensa gratuita: prensa familiar en el verde y el azul; prensa para gais en el amarillo; y un extraño magazine en el naranja que llamó su atención y que no se decidió a hojear porque estaría deshecho antes de poder abrirlo. No tenía donde resguardarse, así que abrió un pequeño paraguas que apenas si le cubría la cabeza y los hombros. De todos modos, era preferible esperar allí: tarde o temprano algún taxista se apiadaría de él.

En lugar de amainar, la lluvia arreció de tal manera que el paraguas le pareció inútil y ridículo. Apenas diez minutos más tarde apareció un taxi vacío. Cuando advirtió que le había visto y que se dirigía hacia él, buscó su gorra de cazador y se la puso antes de cerrar el paraguas. Era una gorra negra, más o menos impermeable, con el logo de los almacenes Walmart en la visera, sin duda alguna el mejor regalo de Rufus. Paul era un tipo muy alto, medía casi dos metros, y en la mayoría de los taxis su cabeza tocaba el techo. Su ayudante había observado que era muy aprensivo, que se ponía de un humor de perros cuando su cabeza rozaba uno de esos techos sucios y que luego se la cepillaba con la palma de la mano durante horas, como si quisiera ahuyentar ideas peligrosas o insectos imaginarios. «La gorra no vale gran cosa, me ha costado nueve pavos—le dijo Rufus—, y puede meterse en la lavadora». En la primera ocasión que se le presentó, Paul adquirió media docena más.

El fotógrafo abrió la puerta del taxi y lanzó sobre el asiento las bolsas de lona y la carpeta, y también un cuaderno en el que hasta ese momento no había reparado y que debía de estar allí, en el suelo, incluso antes de su llegada a la plaza. Quiso echarle un vistazo, por curiosidad, para valorar si valía la pena conservarlo o no, pero estaba tan empapado que resultaba desagradable al tacto y se limitó a guardarlo en el bolsillo exterior de una de sus bolsas.

Le dio al taxista la dirección de su estudio, prefería aligerar peso antes de hacer alguna otra gestión y, mientras el conductor reaccionaba y se incorporaba a la circulación, intentó ordenar sus cosas para acomodarse mejor. Pero fue en vano, el taxista insistió en que Paul hiciera la parte más importante de su trabajo: pensar el itinerario. «Mire, yo quiero ir hasta la calle Varick, en Tribeca, a la altura de la calle Franklin y Broadway Oeste—le repitió—, y sólo me

interesa llegar lo antes posible. —Y finalizó señalando de manera ostensible el taxímetro—. Y, por favor, no corra—añadió—, la velocidad me marea y suelo vomitar. Vaya usted por donde crea conveniente—replicó ante la insistencia del conductor—, es su profesión, su vehículo». Estaba a punto de añadir que también era su ciudad cuando reparó en el turbante, en un rostro que parecía un mapa surcado de curvas de nivel, en la piel verde oliva y en su inglés entrecortado. Paul se desentendió, no era tan complicado circular en una ciudad prácticamente cuadriculada, y optó por callar, armarse de paciencia y decidir en qué invertiría el resto de su jornada.

Mientras el taxi fingía participar en una carrera de obstáculos, volvió a sacar el cuaderno un momento, sentía una extraña atracción, lo sostuvo por el lomo, las tapas eran de un gris arenoso, de algún tipo de material flexible, aunque por desgracia no del todo impermeable. No se decidió a liberarlo de la cinta elástica que lo mantenía cerrado. Parecía echado a perder, pensó que al llegar al estudio podría ocuparse de él, buscar algún dato que le permitiera identificar a su propietario y llamarle o simplemente colocarlo en un sobre y enviárselo a su domicilio.

Rufus no apareció por el estudio hasta el lunes 13. El sábado también había amanecido lluvioso y un viento racheado hacía incómodo permanecer en la calle. Rufus ni siquiera permitió que el equipo se pusiera en marcha: el domingo la señora Beardsley no abría la frutería, y finalmente habían decidido esperar al martes para realizar un nuevo intento.

Paul Knobel vivía en un apartamento de Manhattan, en la calle Varick, y tenía su estudio en el mismo edificio, dos plantas más abajo. Heredó esos dos apartamentos de su madre, Norma Garner, de soltera Knobel, pero tardó casi un año en poder ocupar el de la cuarta planta —los últimos inquilinos causaron tales destrozos que tuvo que reformarlo—, y casi tres años en recuperar el de la segunda planta, puesto que, a pesar de haber vencido el contrato, sus ocupantes pusieron un recurso, lo acompañaron de diversas reclamaciones y aguantaron como verdaderos troyanos hasta el día de Acción de Gracias del año 2000. Cuando pudo tomar posesión, decidió convertirlo en su estudio fotográfico.

Paul se gastó el dinero que tenía en reformar su apartamento y más tarde también el que no tenía, ya que solicitó diversos créditos, en rediseñar como estudio el de la segunda planta y en comprar cámaras, focos, pantallas y ordenadores. Remodelar el espacio le costó casi siete meses y todo ese ingente esfuerzo se fue al traste en unos minutos.

El martes de la gran catástrofe, antes de las ocho de la mañana, la asustadiza señora Humboldt acudió a limpiar el apartamento y el

estudio de Varick como todas las semanas. Solía empezar por el estudio para no molestar a Paul, y porque sus frágiles nervios no le permitían tener a gente merodeando mientras trabajaba. Lo primero que hacía—«el proceso de limpieza tiene tres componentes», solía decir, «método, paciencia y buen ojo»—era abrir todas las ventanas para renovar el aire. La mujer trabajó sin ser consciente de lo que estaba sucediendo, hasta que el aullido de las alarmas, las sirenas y los gritos de los vecinos la sacaron del edificio. Cuando la nube de humo blanco penetró en el estudio y lo cubrió todo, la pobre mujer ya había huido despavorida y no quiso volver nunca más. Ese día Paul estaba en Martha's Vineyard. Desde la muerte de su madre, cada año, en septiembre, acudía a la isla para echar un vistazo y llevar a cabo pequeñas tareas de mantenimiento que evitasen el deterioro de la casa. Cuando diez días más tarde le autorizaron a entrar en su estudio, su inversión no valía nada: las cámaras, los monitores, la óptica, todo estaba dañado. La columna de humo blanco y ceniza que se había formado tras el desplome de las torres gemelas había penetrado por cada resquicio de cada aparato y se había depositado sobre todas las superficies de tal modo que ni siquiera recuperaron su color original. El fotógrafo tenía un buen estudio, todavía no había pagado parte del instrumental, pero en vez de amilanarse y desesperarse por su mala suerte decidió que tenía que empezar de nuevo y que esta vez montaría el mejor plató de la ciudad. Rufus le sugirió que, puestos a hacer cambios, situara el estudio en la cuarta planta y mudara su domicilio al apartamento de la segunda, que era el doble de grande. Paul no aceptó la sugerencia, él no necesitaba tanto espacio para vivir, pero tuvo una intuición y pensó aprovechar la oportunidad para situar su domicilio oficial en la segunda planta, creyó que ese traslado nominal le proporcionaría cierta invisibilidad.

En esta ocasión contrató a un interiorista para que le ayudase a rediseñar los espacios. Una de las primeras ideas que le brindó fue traspasar la movilidad de los paneles y todo el cableado al techo, de manera que en el suelo no hubiera ningún obstáculo fijo. Así pues, colocaron raíles en el techo para poder mover los focos, desplegar las pantallas, instalar paneles que permitieran dividir el espacio y situar algunas de las cámaras de vídeo que quiso incorporar al proyecto. La gran idea de Paul consistía en mecanizar el estudio de modo que un único operador pudiera manejarlo desde la sala de control. Había comprado, además, cuatro cámaras de vídeo de alta definición, cámaras que se activaban, se movían y enfocaban en función del movimiento de los modelos. Esa tecnología le permitiría registrar las sesiones y generar vídeos para complementar los reportajes. De esta forma dispondría de material para programas de *making of*.

Ese lunes 13 el fotógrafo estaba en su apartamento, inquieto, expectante, caminaba de un lado al otro de la sala dando grandes pasos, como un prisionero en su celda. Paul Knobel tenía treinta y tres años y la envergadura y la presencia física de un jugador de la NBA: le bastaban media docena de zancadas para cruzar la sala. Su aspecto físico y su actitud agresiva le proporcionaban un magnífico refugio. Su voz y su actitud eran fríos, distantes incluso con las personas más cercanas, no reía nunca, hablaba poco y menos, cultivaba una apariencia seria y lacónica. Tenía el cabello castaño muy corto y unas patillas en forma de hacha le cubrían las mejillas. Además, solía vestir de negro o con tonos oscuros, tejanos o pantalones de pana, siempre camisetas o jerséis, y un grueso chaquetón cruzado de marino. Por lo general, ropa barata que compraba en grandes almacenes. Por la calle usaba gafas oscuras y se cubría la cabeza con una de las gorras que le había regalado su ayudante.

Cuando Rufus entró en el apartamento, Paul estaba harto de esperar.

—¿Todavía no han acabado?—le increpó, como si fuera culpa de su ayudante que los operarios siguieran trabajando en el estudio.

Rufus no se inmutó por el tono de la pregunta, sabía que se refería a los técnicos, que llevaban un par de semanas cableando el plató e instalando la red en la sala de control.

—Está casi listo; de hecho, están probando los sistemas, pero quieren que alguien firme la recepción de los trabajos. A mí no me mires, jefe, sé perfectamente que me pagas para cubrirte, pero esos tipos utilizan una jerga que me produce dolor de cabeza, parece que todo funciona correctamente, pero no soy—recalcó—la persona adecuada para confirmarlo. Si quieres les firmo un recibí y los despacho, pero va a ser papel mojado.

—Yo no puedo ir—sentenció el fotógrafo aunque fuera una obviedad—, les prometí que les pagaría hoy y estoy sin un dólar. Así que baja tú, finge que eres un entendido, se te da muy bien cuando te conviene.

Paul estaba sin blanca, le debía dinero al interiorista y al maestro de obras, a la empresa que había cableado la sala de control e instalado el instrumental, a la compañía que le vendió las cámaras de vídeo y, lo que es peor, les debía un dineral a los usureros que le habían ido financiando todo el montaje. Su deuda ascendía ya a cuatrocientos noventa y seis mil dólares, sin contar unos intereses que crecían a un ritmo vertiginoso. En todos los casos, había optado por la solución más cara, por la tecnología más avanzada, por los instrumentos más sofisticados, sin detenerse a considerar el montante de la factura. El fotógrafo tenía una relación extraña con el dinero, nunca había sido consciente de que era un recurso que podía escasear.

No era derrochador, pero hasta que se independizó de su padrastro le había bastado expresar en voz alta una necesidad para que alguien la satisficiera sin hacer más comentarios. En su cuenta siempre había habido dinero, más del que solía gastar, y sin embargo no habría acertado a explicar de dónde provenía.

Por su parte, su ayudante se sentía culpable porque él le había presentado a esos usureros. Para conseguir que le dejasen el dinero había alardeado de la solvencia de su jefe. Rufus tenía un problema de contención, así que le dieron un poco de cuerda y les habló de los dos apartamentos, de la casa de Martha's Vineyard, del cuadro de Hopper, y los prestamistas se frotaron las manos pensando que quizá había caído en sus redes un mirlo blanco. Él había trabajado con esos usureros en otras ocasiones, aunque se trataba de cifras mucho más modestas, y pensó que Paul podría pagar sin poner en peligro sus propiedades; sin embargo, los retrasos en el libro que estaban preparando, y por el que debía recibir un buen adelanto, y la demora en la inauguración de la exposición WSW estaban impidiendo que el fotógrafo tuviera el dinero en efectivo que le exigían.

Los usureros utilizaban como tapadera una empresa financiera, B&B, presuntamente dedicada a apoyar iniciativas de jóvenes emprendedores, que tenía sus oficinas fantasma en la avenida Lexington. Paul y Rufus les llamaban «los siameses», porque siempre eran tres y vestían y actuaban como si estuvieran sincronizados. El fotógrafo había firmado un documento por el que se comprometía a devolver el préstamo en plazos fijos, en principio no negociables, y aceptaba una penalización exagerada por cada día de retraso. El primer plazo, de casi un cincuenta por ciento de la deuda, estaba a punto de vencer y cada día que pasaba el nerviosismo aparente de sus acreedores se convertía en amenazas más o menos veladas. Rufus intentó convencerles para aplazarlo, para que no presionasen a su jefe más de la cuenta, pero no consiguió nada. Tampoco le escucharon cuando les sugirió la posibilidad de renegociar la deuda. Esos tipos pensaban que tenían en sus manos, a su merced, a un individuo con problemas, sin liquidez, pero con muchos recursos, y habían decidido jugar fuerte para aligerarle un poco su patrimonio.

—¿De cuánto dinero dispones?—le preguntó—. Es posible que un pago a cuenta los tranquilice y nos den un poco de aire.

—A mí también se me ha ocurrido—respondió Paul—: le he pedido a Young Hee que rastree todas las cuentas, las facturas que tenemos por cobrar, todo, y que calcule tanto las cantidades disponibles como las fechas en las que podría utilizarlas.

—¿Está Young Hee aquí?—se extrañó Rufus al saber que la secretaria, contable y administradora de su jefe, que solía trabajar

desde su casa, había acudido a Varick.

—Sí, no era nada—ironizó el fotógrafo—, sólo vuelve a estar embarazada.

—¡No me digas, esa mujer es extraordinaria!—exclamó Rufus—: el quinto hijo, con el mismo hombre, y aún no ha cumplido los treinta. Quizá el mandato bíblico de ir y repoblar la tierra se lo dictó Dios a los chinos, a la vista está. Voy a verla.

—Young Hee es coreana—le reprendió Paul con el tono cansino que se emplea cuando algo se ha repetido un millón de veces—. Y ahora no la molestes, está trabajando en mi dormitorio porque necesita concentrarse, preferiría que bajaras de una vez al estudio y supervisaras esos últimos detalles de la instalación.

—No quiero meterme donde no me llaman—Rufus no parecía dispuesto a seguir sus sugerencias—, que luego me llevo los desaires que me llevo, pero creo que deberías aceptar trabajos más rápidos, tipo reportaje. Sí, ya sé lo que vas a decirme, jefe, que no te dedicas a realizar reportajes de bar mitzvá ni de brit milá ni de kidushín, pero yo no me refiero a eso, ni ceremonias judías ni bodas católicas, se trata de aceptar clientes no tan importantes, artistas de medio pelo que se morirían de gusto si el mejor fotógrafo de la ciudad trabajara para ellos. Qué voy a decirte yo, jefe, sabes perfectamente cuánto dinero han costado los equipos de esta semana y no has podido hacer esa maldita fotografía. Así, ni vas a acabar ese libro de las tiendas glamurosas ni vas a poder concentrarte en la exposición.

—Lo pensaré—musitó Paul, y no añadió una palabra más.

—Otra opción—insistió Rufus, que parecía no saber interpretar los silencios de su jefe, y que nada le detenía mientras le quedara una frase por pronunciar—, otra cosa sería alquilar el estudio por horas o por jornadas. Hay varios fotógrafos amigos tuyos que están dale que te pego con lo del alquiler. El tal Monty me llama por teléfono un día sí y el otro también. Deja que me ocupe yo, jefe; tú fija el precio y las condiciones, ni tendrás que ver a esos tipos. Yo me encargo de todo. Además, les obligaré a pagar al contado, un billete encima del otro. Conseguiríamos dinero rápido y saldríamos del apuro. Ya sé lo que estás pensando, que no te gusta la idea, que has montado el estudio para ti, que no soportas a individuos rastreros como Monty por más buenas fotos que haga. Sería una temporada, jefe, hasta que saliéramos del bache económico.

Paul ya había pensado en la primera de las opciones, era un recurso fácil. Podía simultanear sin problemas algunos reportajes con los proyectos en los que estaba enfrascado en estos momentos, y que además casi estaban ultimados. La opción de alquilar el estudio no la veía tan clara, no quería intrusos por allí. Además, para eso debería volver a darle una llave del estudio a su ayudante. Paul le había

retirado la llave después del enésimo incidente. La penúltima bronca la tuvieron cuando sorprendió a Rufus con una chica en el estudio, *funcionando*, como solía decir. Rufus protestó, pero su jefe se mostró inflexible.

—¿Te he presentado a Alice?—le dijo su ayudante mientras la chica se tapaba con la chaqueta de Rufus.

—Llévatelas a tu apartamento—le espetó, irritado—, te lo he dicho cien veces.

—Ya, jefe, pero si me tiro el rollo de que soy un fotógrafo famoso y tragan, cuando suben y enciendo los focos se les caen las braguitas. Sí, ya lo sé, no has montado este estudio para que tu puto ayudante se traiga aquí a sus chicas, pero… Deberías probarlo, jefe, tendrías otra cara.

El último altercado fue mucho más grave. Paul entró en el estudio y se extrañó al ver luz y oír el disparador de una cámara junto a algunas voces más o menos excitadas.

—¡Rufus!—gritó al ser consciente de lo que estaba sucediendo—. ¡Rufus, maldita sea, qué está pasando aquí! ¡Rufus!

Pero su ayudante no apareció y Paul se encaró al fotógrafo que ocupaba su estudio. Éste retrocedió asustado ante la envergadura y el tono amenazador de su presunto anfitrión. La supuesta modelo se había echado por encima una bata y ocultaba su rostro bajo una enorme capucha azul. Sólo unos segundos antes estaba desnuda y receptiva. Paul no había tenido duda alguna: era una menor. Ese tipo estaba fotografiando a una menor desnuda en su estudio.

—Puedes ir a la cárcel por eso, lo sabes, ¿verdad?—le amenazó blandiendo su móvil.

—Es arte—repuso el pornógrafo con un hilo de voz—, y además tiene dieciocho años.

Era evidente que el tipo mentía porque, descontando el maquillaje y la purpurina, no parecía que tuviera más de quince.

—Tienes dos minutos para borrar esas fotografías y abandonar mi estudio. No quiero volver a verte, no quiero que circulen por ahí pruebas que puedan incriminarme. Dos minutos o llamo a la policía. ¡Rufus!—gritó de nuevo mientras seguía con la mirada al fotógrafo y a su modelo—. ¡Maldita sea, Rufus, sal de una puta vez, sé que me estás oyendo!

Paul Knobel y Rufus Obramovich eran dos seres antagónicos, resultaba difícil creer que llevasen trabajando juntos casi seis años. Paul protegía su fragilidad mediante un duro caparazón, se mostraba hermético y agresivo para enviar un mensaje claro a su entorno: no os acerquéis, soy peligroso. En cambio, Rufus cultivaba un aspecto muy

atractivo, más colorista, siempre muy elegante, siempre perfumado, con una sonrisa amplia y acogedora bien dispuesta para los conocidos y aún más extremada para los extraños. Un aspecto que invitaba a acercarse a él, a tratar con él de cualquier tema, a confiar en él para cualquier asunto o negocio. Al aproximarse quizá pudieran detectar que era todo fachada, pero entonces ya sería tarde, ya habría conseguido su propósito.

Rudolf Obramovich, Rufus, era blanco como el papel de fumar, rasgos regulares y una piel transparente y delicada. Sus ojos eran de un azul casi celeste. Si sólo lo mirabas, podías tener la impresión de que era un sujeto agradable, quizá demasiado preocupado por su aspecto. Parecía un buen tipo y sus modales eran tan refinados que constituían su mejor tarjeta de visita. Pero en cuanto abría la boca bastaba un minuto para saber que te convenía permanecer en guardia en su presencia. Rufus decía ser de origen ruso, aunque contaba tantas historias y tan contradictorias que era difícil discernir si era sincero o si te estaba embaucando. Según él, sus padres eran originarios de un pueblecito cercano a San Petersburgo, aunque él había nacido en Nueva Jersey, donde todavía vivía parte de su familia. No sabía ruso, apenas unas cuantas palabras y frases, pero, cuando le convenía, hablaba con un marcado acento ruso para confundir a sus interlocutores.

Paul lo conoció por trabajo. A raíz de su primera exposición, un editor le ofreció publicar un libro, pero necesitaba más fotografías para que el volumen tuviera sentido, y además le preguntó si contaba con las autorizaciones de las personas que aparecían en esas imágenes. El fotógrafo se sorprendió ante esa petición, de hecho ni siquiera sabía cómo se llamaban la mayoría de sus anónimos personajes. «No nos podemos arriesgar a una demanda—le aclaró el editor—, basta con que uno de esos tipos se vea en el libro, o se entere un pariente lejano, para que nos lluevan las querellas». A Paul todo aquello le pareció sumamente complejo y estuvo a punto de desistir. Fue entonces cuando el editor le dijo que necesitaba un ayudante y le presentó a Rudolf Obramovich.

Rufus era más la mano derecha que el ayudante del fotógrafo; estaban juntos desde finales de 1997. Se ocupaba de organizar la logística de los reportajes, de tramitar los permisos en la administración correspondiente, e incluso a veces le hacía de mánager, aunque Paul no quería ni oír hablar de un mánager. Rufus tenía una pasión oriental por la ropa y la elegancia, vestía como un dandy, con trajes de aire deportivo y corbata, guantes, largos abrigos en invierno, y sobre todo tenía debilidad por los zapatos, calzaba siempre unos modelos carísimos que debía de adquirir de contrabando o que, como mínimo, eran de procedencia dudosa. Tenía también una

curiosa manera de andar: caminaba casi de puntillas, apoyando lo mínimo posible el tacón del zapato.

—Tú eres un hombre llave—se sinceró cuando aceptó trabajar para Paul—. Como tu ayudante tendré acceso natural a un montón de personas e instituciones con las que podré hacer otros negocios. Cuando no eres millonario, los contactos son la clave en esta ciudad, una persona vale lo que valen los contactos que tiene en su agenda. Dime, ¿quién se pone al teléfono cuando llamas a una revista como *Esquire*: el director, el director de arte, el jefe de la sección de cultura, un redactor o la becaria de la recepción? En esta ciudad hay mucha gente que ya no es nadie, pero en su agenda todavía conservan teléfonos personales, domicilios particulares, y viven muy bien de conectar a una persona que tiene una necesidad con otra que puede satisfacerla. Es así de fácil, pero únicamente está al alcance de unos pocos.

Rufus aceptó trabajar para Paul porque adivinó enseguida que le resultaría cómodo. En teoría le dedicaba sólo media jornada y el sueldo que cobraba apenas le solucionaba sus problemas de supervivencia, pero sobre todo le permitía conocer a gente, mucha gente, con la que hacía otros negocios, unos legales y otros que pisaban esa delgada y serpenteante línea que depende de una interpretación más o menos generosa de la legalidad, y además le permitía conocer mujeres.

—Mi abuelo era un hombre desalmado—contaba Rufus—: estuvo varias veces en prisión a causa de su carácter violento, dejó más de veinte hijos ilegítimos en las aldeas de la región, muchos de ellos producto de violaciones. Cuando llegó a Nueva Jersey ya era un hombre muy mayor, no podía trabajar, se quedaba todo el día en casa y a mí me dejaban a su cuidado. Yo le temía, evitaba cruzarme con él, rehuía mirarlo, en su presencia no me atrevía ni a respirar. Fue un martirio que duró más de un año, hasta que murió mientras dormía, porque estoy seguro de que la muerte no se atrevió a mirarlo a los ojos. De vez en cuando se volvía aún más taciturno, apretaba los ojos y los labios como si algo le quemara por dentro, siempre pensé que quizá era el remordimiento, pero puede que sólo fuera una buena úlcera, y para apaciguar ese ardor se bebía tres o cuatro grandes vasos de vodka. Entonces me llamaba a gritos y yo acudía temblando y me plantaba delante de él rehuyendo su mirada torva. Mi abuelo, que seguramente no había sonreído en su vida, me acariciaba la cabeza, me abrazaba y me sentaba en sus rodillas y, como si fuera una cancioncilla o un cuento tradicional, me repetía primero en ruso y luego en un inglés muy primario lo que debía de ser su credo:

»Tener dinero, y si no lo tienes, deberlo.

»Ser inteligente, y si no lo eres, callar siempre.
»Ser hermoso, y si no lo eres, parecerlo.
»Tener poder, y si no lo tienes, vivir a su sombra.

Sonó el timbre del apartamento, tres veces, dos toques iniciales cortos y un tercero más sostenido que identificaban perfectamente a la persona que esperaba al otro lado de la puerta. Antes de abrir, Paul Knobel lanzó una mirada rápida hacia la cocina, allí un aparato absurdo clavado en la pared indicaba la hora: 19:17; el día de la semana: sábado; el del mes: octubre 18, e incluso la temperatura interior y exterior, y ofrecía todos esos datos en un tono amarillo verdoso deprimente. Era Sarah Norton, tal y como había supuesto. Le franqueó la entrada, y Sarah, que venía cargada con dos bolsas de papel en los brazos, entró resuelta, como quien toma posesión de un espacio conocido. Paul se quedó en la puerta y echó un vistazo rápido al rellano, extrañado al verla aparecer sola.

—¿Cómo has entrado en el edificio?—le preguntó.

—La puerta de la calle estaba abierta—respondió ella mientras entraba—, debe de haber quedado mal encajada. Vais a tener que hacer arreglos en el edificio—se burló—, el ascensor tampoco funciona, se ha quedado atrapado entre la primera y la segunda planta y he tenido que subir a pie. Por cierto, me ha parecido que se oían voces en tu estudio, pero he pensado que debía de ser Rufus y no me apetecía verle.

Paul se alarmó tanto que la dejó plantada, cogió al vuelo su chaquetón y salió corriendo escaleras abajo.

—¡Espera ahí!—le gritó desde el rellano del tercero—. No te muevas—insistió.

Y por supuesto consiguió asustar a la modelo. Entró en tromba en su estudio, la puerta estaba ajustada, desde la entrada percibió un pequeño resplandor que provenía del plató. Se detuvo a un metro escaso de una pequeña fogata, decidiendo cómo debía actuar, pues alguien había apilado papeles y fotografías que ardían junto a una garrafa de gasolina. Tras un instante de vacilación se quitó el chaquetón y golpeó las llamas hasta que consiguió sofocar el fuego. Apartó la garrafa y cuando le pareció que podía levantarla sin riesgo de quemarse se la llevó al baño. No era gasolina, sólo agua teñida de azul, al parecer todo aquel despropósito era un simple aviso. De regreso a la sala examinó el mensaje que le habían dejado en la pared recién pintada: TENDREMOS MÁS SUERTE LA PRÓXIMA VEZ, estaba escrito con furiosas letras rojas. Paul recorrió el estudio, incluida la sala de control, revisó la vitrina con las viejas cámaras que coleccionaba y comprobó que no hubiera más daños. Recordó entonces que su novia, o la que él creía ya su exnovia, Sarah, se había

quedado sola y que debía de estar inquieta, así que cerró la puerta como pudo y regresó a su apartamento.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó ella al verle regresar alterado—. Si llegas a tardar un minuto más habría avisado a la policía.

—Nada—dijo, y forzó una sonrisa—, ha sido una falsa alarma, los operarios se han dejado algunas luces encendidas y aparatos muy caros colocados de cualquier modo. Pero dejemos eso. —Paul dio una palmada y se esforzó por parecer más animado—. ¡Qué sorpresa, Sarah, no te esperaba!

La modelo se había quedado clavada en la sala, con su enorme bolso de Gucci todavía colgado en bandolera. Señaló levemente hacia las bolsas de papel que había dejado en la cocina:

—He traído la cena—comentó aliviada mientras se quitaba el abrigo y lo arrojaba de cualquier modo sobre una silla.

Llevaba un pantalón de pana fina de color beige y un jersey del mismo color con difusas manchas verdes. Con el dorso de las manos aireó su media melena de un rubio trigueño. Paul la contempló abiertamente. Nunca había salido con una mujer más guapa y dulce. Sus rasgos eran delicados como los de una muñeca. Tenía la nariz ligeramente elevada y ese rasgo injusto componía un gesto de altivez indeseado, como si sintiera cierto disgusto ante cualquier cosa que tuviera delante. Sarah giró en redondo no tanto para exhibirse como para echar un vistazo a su alrededor, como si buscara cambios que delataran el paso del tiempo.

Ese apartamento había sido estudio y vivienda antes de que el fotógrafo pudiera acondicionar el de la segunda planta del edificio. Era un loft de unos ochenta metros cuadrados, con un solo dormitorio, un baño, un trastero repleto de cajoneras para archivo fotográfico, un lavabo pequeño reconvertido en cuarto oscuro para revelado y una sala muy amplia que tenía forma de ele. La cocina y la sala formaban un único espacio, separadas por un murete de ladrillo visto y un mostrador de gruesa madera de roble. Paul no siguió a Sarah a la cocina, se quitó el chaquetón ligeramente chamuscado y volvió a la sala donde había colgado varias filas de fotografías. Excepto una, todas estaban tapadas con papel de embalar marrón.

La modelo pudo comprobar que el apartamento seguía igual; se veía más amplio de lo que era en realidad porque estaba prácticamente vacío. No es que la decoración siguiera un estilo minimalista, sólo que no estaba decorado y era así por principios, por la necesidad del fotógrafo de mantener cierto desapego hacia las cosas materiales. Las paredes de la sala, de color crudo, estaban prácticamente limpias, ni siquiera se había molestado en colgar alguna de sus obras. El dormitorio era más acogedor, pero ella no se atrevió a verificarlo inmediatamente. Allí Paul había colgado tres cuadros: una

pintura de Edward Hopper, un original valiosísimo; una fotografía también original de un artista hispano, García-Alix; y otra fotografía de Walker Evans, una copia vintage que muestra el interior de una cafetería. Esa elección, al margen de que el cuadro de Hopper fuera una herencia de su madre, respondía a una determinada concepción del arte y de la vida, a otra declaración de principios. «Para poder moverse libremente hay que viajar con poco equipaje», solía decir; o bien: «Para poder alzar el vuelo fácilmente deben importar pocas cosas». Era una frase inspirada en otra más contundente que empleaba la asistenta de su madre: «Las aves pesadas—solía repetir la señora Moö—se quedan en tierra y se domestican».

Había una fotografía más en ese dormitorio, pero no tenía nada que ver con las otras imágenes, ni en el fondo ni en la forma. Ni siquiera estaba enmarcada, Paul se había limitado a pegarla en el espejo del armario. Era una foto que parecía una ampliación, por el grano grueso y porque la imagen había perdido nitidez. Se trataba de un paisaje, una pequeña playa resguardada en la que una mujer tomaba el sol sentada en una silla plegable, el azul del mar ocupaba casi dos tercios de la imagen. La primera vez que le preguntó, Paul se mostró reacio a hablar de esa foto. «En efecto—le dijo—, es una ampliación de una fotografía corriente, tomada con una Polaroid». En cambio, para glosar a Hopper, a Evans y a García-Alix se había tomado todo el tiempo del mundo. «Es mi madre—fue su respuesta a la insistente pregunta de Sarah sobre la enigmática señora de la playa—. Ése era su rincón favorito en Martha's Vineyard, le gustaba pasar las tardes allí, leyendo o meditando». Hubo más preguntas, porque, quizá sin pretenderlo, con sus respuestas cerraba una puerta y abría un ventanal. «No, no es que mi madre haya cambiado de parecer—precisó Paul—, ese lugar sigue siendo muy acogedor. Norma murió hace unos diez años».

—No será una cena espectacular—le anticipó ella—, no te hagas ilusiones. He traído tomates, rúcula, peras, piñones, pasas y parmesano para una ensalada. También he comprado ravioli con trufas y gorgonzola. Y una botella de Chianti. —Aunque Sarah sabía que él era abstemio, le pareció que en la cena no podía faltar un poco de vino. Y más, si llegado el momento, se atrevía a proponerle un brindis de celebración—. Los tomates son biológicos, me han costado más de dos dólares cada uno, ¿no te parece un abuso? Quizá nos equivocamos de profesión, ¿no crees? Tener un huerto debe de ser mucho más rentable que hacer fotografías. Varias de mis amigas están poniendo mini huertos ecológicos en sus terrazas, ¿te lo puedes imaginar? La pasta es fresca—continuó—, pero no tenían mi favorita. ¿Quieres creer que se habían acabado todas las existencias de

mezzalunas con gorgonzola? El vendedor debe de haber notado mi gesto de contrariedad, porque me ha ofrecido una bandeja congelada, ¿no es extraordinario? Te molestas en ir hasta Balducci's para buscar pasta fresca y te la ofrecen congelada. ¿Te parece que prepare ya la cena?, ¿habrás acabado hacia las ocho?

Paul no respondió, y si lo hizo sus palabras no llegaron a la cocina, pero ella había extraído ya todos los productos de las bolsas, se había puesto un delantal que supo dónde encontrar y empezó a preparar la ensalada. Unos minutos más tarde abrió las puertas y los cajones de los armarios de la cocina, extrajo de allí platos de plástico, vasos de plástico, cubiertos de plástico, bandejas de papel, servilletas de papel…

—¿Cuándo te vas a decidir a comprar una vajilla de verdad? Si me prometes que la usarás, estoy dispuesta a regalarte una por tu cumpleaños, o por Acción de Gracias, si no quieres esperar tanto. Todo este plástico no es un buen atrezo para una cena romántica.

Sarah se desplazó hasta el lugar en el que Paul permanecía de pie analizando las imágenes. En su mayoría eran fotografías de tamaño medio, de unos treinta por cuarenta centímetros, en blanco y negro, estaban colgadas en tres hileras de seis fotos. La modelo conocía el ritual: antes de destapar una fotografía había que tapar la anterior, era un movimiento imprescindible para evitar una posible contaminación, es decir, para que la fuerza de una imagen no condicionara la mirada sobre la siguiente. La superior mostraba un andén vacío de una estación de metro, o prácticamente vacío, porque en la segunda fotografía de la serie podía verse una persona; en la tercera, dos, una en cada extremo del andén; en la cuarta, otra vez una sola persona; en la quinta había algunos grupos; en la sexta podían verse los dos andenes vacíos. En la hilera siguiente había una serie de imágenes del inmenso vestíbulo de la estación central, también vacío o con algún que otro pasajero. En las fotografías de la hilera inferior aparecían diversos lugares: el patio de butacas de un teatro, la grada de un estadio, la pista de patinaje del Rockefeller Center, la zona peatonal del puente de Brooklyn, la acera desierta de una avenida cualquiera al anochecer, una autopista con todos los carriles vacíos. El denominador común de esas fotografías era la ausencia de gente o su escasa presencia. Había algunos textos y Sarah los leyó en voz alta: «Premeditada ausencia», decía uno; «Fría y larga espera», señalaba otro; y el tercero: «La huella de su ausencia».

—¿Qué significan?—le preguntó.

Paul sostenía una caja de pinturas en la mano izquierda y varios pinceles planos en la derecha. De vez en cuando se acercaba a alguna foto y recuadraba en rojo una figura humana, o trazaba una línea gruesa amarilla en la parte inferior de otra imagen, como si quisiera

marcar una línea de corte.

—Nada—respondió al fin—, sólo lo que puedes ver.

—No empieces con tus evasivas—replicó ella—, estas fotografías responden a un patrón, así que explícame qué pretendes.

—Busco los grandes espacios abiertos y cerrados de la ciudad, esos espacios que convocan encuentros fortuitos—comentó él sin ningún énfasis—. Rufus los llama «praderas de asfalto». A mí esa expresión me resulta demasiado ampulosa y hueca—continuó como si estuviera respondiendo a una nueva pregunta que Sarah no había llegado a formular—. Son pruebas—dijo restándoles importancia—, estoy en la fase exploratoria, así que te ruego que no seas muy severa con ellas.

El fotógrafo dejó las pinturas y el pincel sobre la mesa, ocasión que ella aprovechó para abrazarlo, buscar sus labios y besarlo apasionadamente.

—Te he echado de menos—dijo.

Se besaron de nuevo. Paul se preguntó si él había sentido nostalgia de los besos de Sarah. ¿Cómo debe de ser la añoranza de un beso? ¿Tienen los besos sabor o color? ¿Se puede sentir nostalgia de unos besos que todavía no has compartido?

La modelo dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirarlo. Levantó su enorme bolso, lo abrió y extrajo un negligé vaporoso de color tabaco. Regresó donde permanecía Paul contoneándose y volvió a besarlo.

—Vengo preparada—dijo con descaro mordiéndole en la oreja—, esta noche voy a quedarme contigo. La cena estará en unos minutos, tienes el tiempo justo para ducharte y cambiarte de ropa, si te apetece. —Paul sonrió, era la misma Sarah, no cabía duda, siempre dispuesta a sugerir órdenes, pero no se movió de su sitio—. Si no te importa que te lo diga, estoy un poco enfadada contigo. Hace seis semanas que no nos vemos y no he tenido noticias tuyas. Ni una llamada. —Sarah calló, como si meditara qué debía decir a continuación, por supuesto no esperaba réplicas ni disculpas—. A mí no me pareces una persona fría, ya lo sabes—continuó, ni fría ni triste—, quizá…, quizá demasiado seria. —Se dio la vuelta hacia el fotógrafo, lo miró con los labios apretados, ladeó la cabeza y sonrió—. Aunque no sé por qué te esfuerzas en parecer distante, como si pudieras estar…, no sé cómo expresarlo, como si pudieras estar en otro plano respecto del resto del mundo. He venido porque mi amiga Melanie, ¿la recuerdas?, sí, Paul, te he hablado de ella más de una vez, una chica que es modelo de ojos, muy expresivos, verdes esmeralda, brillantes, preciosos, pero con un cuerpo atroz. Melanie me ha ayudado a aclarar las ideas. Yo estaba un poco obcecada. Melanie opina que las personas elaboramos pesadas teorías, graves y trascendentes planteamientos de vida, que en realidad son meras ideas, elucubraciones sin fundamento, y que en un

momento determinado, cuando la vida se nos muestra en toda su complejidad, somos capaces de saltar sobre ellas como si fueran prejuicios sin sustancia. En realidad, según ella, sólo son una pose.

Paul y Sarah se distanciaron porque ella creía que había llegado el momento de dar grandes pasos, tomar esas decisiones que marcan la vida: vivir juntos, casarse, tener hijos; y en cambio él no quería precipitarse. A todo eso lo llamaba «ataduras».

Sarah estaba embarazada, de dos faltas, y pretendía decírselo durante la cena y si se le resistían las palabras, más tarde, en la cama. Antes de decidir enfrentarse a él, se había planteado abortar. Fue de nuevo Melanie quien le hizo recapacitar: «No te precipites—le aconsejó—, ¿cómo sabes que Paul no cambiará de opinión? Él te quiere, tú estás segura de eso, ¿verdad? Quién puede resistirse a un impacto emocional de ese calibre. ¡Un bebé! Yo me volvería loca de alegría—se sinceró su amiga—. Y a Paul—le aseguró—, le pasará lo mismo».

—Te he echado mucho de menos, Paul, bueno eso ya te lo he dicho y no quiero ponerme sentimental. Melanie me ha ayudado mucho—continuó como si estuviera manteniendo un verdadero diálogo, porque estaba segura de que él la escuchaba aunque fingiera reflexionar sobre esas imágenes—. A veces hay que distanciarse para captar una situación en toda su complejidad, ¿no es cierto? Seguro que con la fotografía también es así, ¿verdad, cariño? Así que hoy me he decidido, bueno hace días que lo tenía planeado, pero lo he ido dejando, tenía miedo de presentarme aquí con todo esto—señaló la cena con un movimiento amplio—y no encontrarte en casa. —Se giró hacia él con el cuchillo en una mano y la otra en la cintura, como si le amenazara, y añadió sonriendo—: O que estuvieras saliendo con otra. Por suerte tengo mis espías—confesó enigmática.

El fotógrafo no respondió, tampoco creyó conveniente hacerle alguna de las preguntas que se derivaban de su visita. No hacer preguntas es la mejor manera de eludir las respuestas incómodas. Se limitó a contemplar a Sarah, con esa belleza dulce e insegura, tan natural y cultivada, mientras ella pelaba esos magníficos y carísimos tomates ecológicos con un cuchillo inadecuado y los cortaba a rodajas que colocaba con esmero en una lamentable bandeja de plástico.

Paul Knobel y Sarah Norton se conocieron en su última exposición individual. Una de sus fotografías mostraba las manos de una mujer mayor, unas manos oscuras apoyadas sin fuerza, como al descuido, en el alféizar de una ventana de un edificio antiguo. La mujer, vestida con un atuendo gris, miraba hacia el interior de la habitación, dándole la espalda a la cámara, y resultaba irreconocible. En primer plano aparecían enfocadas sus manos nudosas, vigorosas, que descansaban

sobre la piedra pero que denotaban la fuerza del trabajo. Sarah le abordó en la sala de exposiciones, sabía perfectamente quién era él, así que lo primero que hizo fue preguntarle por esas manos. Paul no supo qué explicar ni cómo afrontar aquella pregunta tan directa y trató de zafarse con una respuesta vaga y convencional. Un poco más tarde supo que la modelo había comprado la fotografía y se acercó a hablar con ella. No se disculpó, hubiera supuesto demasiado esfuerzo, pero la abordó ofreciéndole directamente una explicación. «Conocí a esa mujer en la universidad—le contó—, una mujer de la limpieza con unas manos poderosas». Fue entonces cuando Sarah sonrió y le dijo que era modelo, precisamente modelo de manos y de piernas, porque también hay especializaciones en su profesión, y añadió que esperaba que algún día él fotografiara sus manos.

Para poder tomar esa fotografía tuvo que volver a Harvard. Para él era una situación indeseada, no guardaba un buen recuerdo de su etapa universitaria y temía que se produjera un encuentro inoportuno con algún profesor, y sin embargo, llegado el momento, estuvo dispuesto a correr ese riesgo, sabía que no podría descansar hasta que se hubiera apropiado de esa imagen.

«Son las manos de una mujer trabajadora—le explicó a Sarah—, unas manos parecidas en todo a unas raíces. Me ha pasado en otras ocasiones que una imagen se ha hecho fuerte en mi mente, una imagen que puedo reconocer, con la que he convivido a diario durante mucho tiempo pero que no tuve la oportunidad o la voluntad de captar. Entonces me obsesiono con esa imagen, porque puedo verla tal y como la habría fotografiado. La mayoría de las veces he desistido, tenía la certeza de que sería imposible volver a encontrar un momento similar, pero en otros casos lo he intentado, he perseguido esa imagen hasta poder capturarla. Eso fue lo que me sucedió con esas manos».

A Paul le dolía no haber tomado algunas instantáneas, pero eso no se lo dijo ni a Sarah ni a nadie, como la fotografía que hubiera debido mostrar el último paseo que Norma y él dieron juntos en Cape Cod, camino del faro de Wood End, cuando su madre le confesó que sentía una asfixiante añoranza del beso de Thomas, cuando después de tantas confidencias él no atinó a hacerle a su madre esas preguntas que ahora le atormentaban, preguntas sencillas sobre la felicidad, el amor y la esperanza.

Paul estuvo horas deambulando por las distintas residencias de Harvard hasta que pudo reconocer a la limpiadora. Se llamaba Florence Grundman y había nacido en una barriada de Chicago. Cuando le dijo que quería hacer unas fotos de sus manos y que estaba dispuesto a pagarle cien dólares, ella pensó que estaba loco y si finalmente aceptó fue porque el administrador del campus le dijo que había sido alumno de la sacrosanta institución que le daba trabajo. La

señora Grundman pensó que, junto con sus manos, debía de interesarle también su azarosa vida, y aprovechó todos los momentos que estuvieron juntos para explicarle historias sobre sus dos matrimonios, cinco hijos y once nietos, para describir lo dura que había sido su vida y cómo había luchado por los suyos. Paul no sabía cómo hacerla callar sin ofenderla, no le interesaba su vida, sino sus manos, unas manos que debían tener la virtud de representar a una persona y a todas, a cualquiera que quisiera apropiárselas, incluso a mujeres como Sarah, que tenían unas manos suaves y delicadas.

No resultó fácil hacer esa fotografía, no había manera de encontrar la luz adecuada. Paul pensó en llevar a Florence al estudio, pero desistió, tenía la seguridad de que no funcionaría; se imaginaba a esa pobre mujer posando y presentía que la fuerza de esas manos se desmoronaría. Tuvo que volver cinco veces al campus, con todo el equipo, cada vez más cargado, con trípode, focos, pantalla, pero no lo conseguía, no era la imagen que recordaba. Tras cada ocasión fallida tenía que rogarle a la señora Grundman que le permitiera volver y ella accedía resignada. A cambio, él debía escuchar sus historias. «La señora Grundman vivía con uno de sus hijos—le contó a Sarah—; no recuerdo el nombre, era homosexual y drogadicto».

«Vivo con el pequeño de mis hijos, quizá a usted le interese saberlo, señor Knobel, quise llamarle Isaac porque mi marido y yo éramos mayores y ya no esperábamos esa bendición del cielo, pero el pastor me convenció para que no lo hiciera: “No conviertas un hecho natural”, me dijo, “en una señal, basta con que bendigas a Dios por el don que te ha concedido”. Y así lo hice. Los otros cuatro, dos chicas y dos chicos, los tuve con mi primer marido, Asher, que en paz descanse, murió cuando tenía cuarenta y seis años, me lo arrebató un cáncer de pulmón. Tres años más tarde me casé con un vecino de toda la vida, Dennis Grundman, un buen hombre, aunque él se había divorciado dos veces. “Si te casas conmigo”, le advertí, “no pienses que vas a poder divorciarte tan fácilmente, conmigo te casas hasta que la muerte nos separe”. Esa desgracia sucedió hace cinco años, para entonces los dos estábamos jubilados.

»Tuve que volver al trabajo por necesidad, no me avergüenza decirlo, al fin y al cabo vivo por mi propio esfuerzo. Mi hijo pequeño, Archie, era muy arrogante. La culpa quizá fue del nombre que le pusimos, le bautizamos así por Cary Grant. No sé si usted lo sabe, pero el verdadero nombre de ese actor era Archibald, y fíjese que ni siquiera era americano. Mi Archie era el pequeño de una familia con muchos adultos, se crece mal con tanta gente mayor a tu alrededor, quizá todo le resultó demasiado fácil. Quizá fue un niño un poco mimado, piense usted que su hermanastra más pequeña era nueve años mayor que él.

»Al acabar sus estudios mi hijo se fue a vivir a la Costa Oeste. La razón era muy simple: no había un lugar en este bendito país que estuviera más lejos. Quizá Hawái, ¿verdad?, seguro que no se le ocurrió. Durante muchos años no supimos nada de él, ni siquiera nos telefoneaba. Al principio sí, claro, porque si no llamaba él, le llamaba yo, pero el contacto se fue haciendo tan escaso y esporádico que casi resultaba incómodo. Eran conversaciones breves, frías, yo no sabía qué decirle ni qué preguntarle, porque Archie no nos hablaba nunca de su nueva vida y, lejos de tranquilizarnos, esos contactos nos angustiaban todavía más. Al cabo del tiempo surgió una especie de rutina, ya sabe, llamadas esporádicas por Acción de Gracias, para disculparse por no poder sentarse a nuestra mesa, y por algún aniversario, y nos consolábamos pensando que al menos estaba bien. No le podría decir en qué se ocupaba en San Francisco, sólo supimos que Archie había encontrado un buen empleo en esa ciudad, ganaba mucho dinero, y no quería saber nada de nosotros. ¿Qué tiene el dinero?—le preguntó Florence—. Quizá usted lo sepa, señor Knobel, si ha estudiado en esta universidad tan prestigiosa, ¿qué tiene el dinero que endurece de ese modo el corazón de los hombres?

»Mi hijo se volvió muy engreído; las pocas veces que vino a visitarnos parecía avergonzarse de su familia. Llevaba ropas caras, cadenas y pulseras de oro, relojes ostentosos, incluso alquilaba automóviles de lujo. Ni siquiera se instalaba en nuestra casa, o en la de alguno de sus hermanos, buscaba un buen hotel en el centro y pasaba allí un par de días hasta que volvía a desaparecer. Para nosotros, y para sus hermanos, que siempre le habían querido bien, era muy difícil de entender ese comportamiento tan arisco. “¿Qué le sucede a este hijo nuestro?”, solía preguntarle a Dennis, pero tampoco él tenía una respuesta que sonara convincente. Archie ni siquiera volvió a casa para el entierro de su padre.

»Hace cuatro años, cuando yo acababa de cumplir los setenta, Archie regresó en busca de ayuda. Estaba enfermo, seropositivo, le habían diagnosticado el VIH, así que volvió a casa, como suele decirse, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Mis otros hijos me pidieron que no lo acogiera, que le pagara con la misma moneda, pero yo no los escuché. ¿Qué madre abandona a un hijo cuando éste más la necesita? “Es mi hijo”, les reproché, “y me necesita, así que pelearé por él igual que lo haría por cualquiera de vosotros, ¿no es eso, acaso, lo que predicó nuestro Señor?”. Él no podía trabajar, estaba muy débil y ¡tan delgado!, nunca le había visto tan delgado, y no tenía un centavo. Se presentó en casa con una mano detrás y la otra delante, como se suele decir, y no era para menos: ¿sabe usted cuánto vale el tratamiento médico para esa enfermedad? Ni un centavo, puedo asegurárselo, todo su patrimonio cabía en una simple maleta que ni

siquiera podía arrastrar. Y con su trabajo perdió también su seguro médico. Con el dinero de la pensión enseguida vi que no me iba a llegar para mantener dos bocas y pagar sus medicinas.

»No es que yo les pidiera nada, pero sus hermanastros me advirtieron que no estaban dispuestos a ayudarme mientras tuviera en casa al hijo pródigo. Así lo llamaron, ¿qué le parece señor Knobel?, con ese desprecio. Hablaron entre ellos, a escondidas, quizá por teléfono, o incluso puede que se encontraran y prepararan una barbacoa. ¿Puede usted imaginar algo así?—le preguntó Florence, aunque fuera más un lamento que una pregunta—. Encontrarse alrededor de la mesa, bendecirla, para compartir unas hamburguesas y una ensalada, con el único propósito de desentenderse de su hermano y de su madre… ¡Qué falta de piedad!

»No me quejé, señor Knobel, no me quejé ni les supliqué. Nunca, ni antes ni después, les había pedido nada, pero lo que más me dolió fue mi propio fracaso. Yo les había educado para que hallaran siempre, en el fondo de su corazón, un manantial de bondad con el que saciar a sus semejantes. Y si eran capaces de actuar con esa indiferencia con su propio hermano, sangre de su sangre, que salió de mis entrañas igual que ellos, pensé, ¿cómo debía de ser su comportamiento con extraños? No quise ni imaginarlo. Sentí dolor y vergüenza, decidí que debía volver a trabajar y tuve suerte porque me admitieron en la misma empresa y pude volver a este campus. Adoro este sitio, me reconforta. Me esfuerzo cada día, no me pongo enferma, no me quejo, para que la empresa pueda ver que no se equivocó, que no está tirando su dinero al contratar a una anciana. Y mi hijo, Archie, está bien atendido, y si Dios quiere se recuperará.

Esa confesión duró hasta que Paul pensó en hacer una fotografía más naturalista. Era un día muy luminoso, así que le pidió a la señora Florence que apoyara sus manos en el alféizar de una ventana, como ella quisiera, e hizo la foto únicamente con la ayuda del sol, ni focos ni pantallas. Por eso adquirió esa crudeza en los dedos y en los nudillos, y en cambio es más suave en el dorso de las manos y en las muñecas, que quedan en la zona de sombra. Son dedos huesudos, largos y fuertes como garras, te los puedes imaginar trabajando, peleando, pero no compartiendo una caricia.

«Pensé ponerle un título a la fotografía—le explicó a la modelo—. En esa época estaba obsesionado con los títulos, seguía la obra de un fotógrafo hispano, García-Alix, y me entusiasmaba su capacidad para combinar sus imágenes con textos breves, directos e incisivos. Hasta que finalmente desistí, había escrito una larga lista con decenas de propuestas, unas más metafóricas y otras meramente descriptivas, que al poco tiempo me parecieron pedantes las primeras y vacías las otras, y en el último momento se impuso el peor sentimentalismo y la titulé

Florence».

Unos días más tarde Sarah Norton telefoneó al fotógrafo, y Paul, que recordaba perfectamente a la modelo, fue consciente de la atracción mutua que existía entre los dos, así que le propuso una cita para cenar. Le sugirió el restaurante italiano más cercano a su casa, quizá el menos auténtico que podía haber en todo Nueva York, pero necesitaba actuar deprisa, dejar las cosas claras desde el principio. «Esto es lo que hay, yo soy así, un tipo directo, sin tiempo para romanticismos; si quieres, bien; si no, tan amigos». Por su parte, Sarah era una mujer muy práctica: en cada cita, antes de la despedida, marcaba el encuentro siguiente, sin forzarlo, buscando siempre la máxima naturalidad. Y así, resultaba que tenía dos entradas para el teatro o le preguntaba a Paul si le apetecía acompañarla a una exposición o le proponía ir al cine a ver una película en la que alguna amiga tenía un pequeño papel. Tras la frágil belleza de Sarah se ocultaba una mujer decidida y tenaz; bastaron unos pocos meses para que sus encuentros fueran habituales y para que ella apareciese por el estudio sin previo aviso. «No me lo digas, tú debes de ser Sarah—la abordó Rufus la primera vez que coincidió con ella—, la novia de Paul, él habla mucho de ti, constantemente—remarcó—. Si te soy sincero me pareció que exageraba y, sin embargo, ahora veo que no te ha hecho justicia». No era cierto, por supuesto; Rufus los había visto juntos y no había cejado en su interrogatorio hasta que su jefe le dijo cómo se llamaba y ni una palabra más. Sarah y Paul estuvieron viéndose durante un año hasta que ella empezó a hacer planes a largo plazo y él quiso apearse de ese tren.

Sarah se esforzó para que el reencuentro y la cena resultaran agradables, le habló de su trabajo como si no se hubiera producido un paréntesis en su relación, mencionó los lugares y la gente que había conocido en las últimas semanas o en los últimos días, ya que al parecer continuamente conocía gente interesantísima, e incluso se animó a contar algunas anécdotas. La modelo sabía cómo llenar los vacíos que pudieran producirse, su trabajo la obligaba a mantener una gran actividad social y estaba acostumbrada a todo tipo de situaciones. «La conversación es un arte—pensó Paul—, y hay gente que ha sido educada en ese arte, como Sarah». Al acabar la cena, mientras retiraba la jarra de agua de la mesa, quizá el único objeto que habían usado que no era de plástico, Paul se anticipó a los movimientos de Sarah de manera inesperada, pensó que debía dejar clara su posición: «Me he hecho una vasectomía—declaró, como si se tratara de algo habitual—, hace un mes». Los planes de Sarah, vivir juntos y tener familia, le produjeron un sentimiento de pánico; ni por un momento se le había ocurrido tener descendencia, pero, además, a

través de su mirada consternada, de su actitud expectante, intuyó lo que vendría después, las discusiones recurrentes que no les conducirían a ninguna parte. No tenía nada en contra de los niños, incluso había sido capaz de mantener una magnífica relación con su ahijado Alan, quizá porque era esporádica y no le comprometía, pero ser padre no iba con su carácter. Cuando ella se lo planteó abiertamente por primera vez, se preguntó si su rechazo se debía a que rehuía la responsabilidad o si tenía que ver con la confesión de su madre en Martha's Vineyard, que había hecho mella en él. ¿Era eso? ¿No quería ser la tercera generación en sufrir esa especie de síndrome que había acabado con su padre y quizá también con su abuelo? Norma le había asegurado que la enfermedad de Thomas no tenía una base genética, pero lo había negado con tanta vehemencia que parecía que se trataba más de un deseo que de una realidad. Paul no sabía a qué atenerse, pero le resultaba más confortable pensar que no había llegado su momento, y que si un día se planteaba tener un hijo, podría hacerlo sin ningún resquemor.

Sarah tardó un minuto en asimilar y comprender el significado y el alcance de esa frase. «¡Una vasectomía!», repitió sin saber cómo reaccionar, sin saber qué decir ni a dónde mirar. Paul cogió un par de bolsas de plástico de la cocina y empezó a arrojar platos, vasos y cubiertos en una, y los restos orgánicos que fue encontrando en la otra. Pasó en varias ocasiones a su lado, sin mirarla, sin rozarla siquiera, mientras ella respiraba con dificultad e intentaba dominar sus emociones. Sarah había ido demorando el momento de anunciar la gran noticia y retomar la conversación sobre su futuro juntos: no sabía cómo empezar, cómo enfocarlo, y Paul se mostraba afable, afable y ausente a la vez, tenía esa extraña habilidad de poder mirar al otro con intensidad, como si le prestara toda su atención, y en realidad encontrarse a mil quinientos kilómetros de distancia. En las últimas seis semanas ella había pasado por la euforia, la negación y la desesperación, pero en los días anteriores, gracias a los consejos de Melanie, que se había limitado a repetir justo lo que ella quería oír, había llegado a convencerse de que tenía una oportunidad. Y de repente las palabras de Paul habían abierto un abismo bajo sus pies y sentía cómo la tierra se la tragaba. Era obvio: si se había hecho una vasectomía, eso sólo podía significar que no quería hijos, ahora no, por supuesto, y puede que nunca, así que a ella no le quedaba otra salida que callar y convertirse en madre soltera o abortar.

Al cabo de un instante, Paul se acercó a Sarah, que recogía sus cosas con gestos bruscos, tenía la cabeza baja, balbuceaba y se movía procurando evitar al fotógrafo. Él la seguía con la mirada, a una distancia prudente, pensó que quizá debería decir algo que hiciera más llevadera la situación para Sarah, aunque no se le ocurría nada

convincente. Llevaba su móvil en la mano: «¿Te pido un taxi?», le preguntó con el tono más neutro que pudo articular.

El fotógrafo acabó de recoger la mesa, la botella de Chianti estaba prácticamente llena, pero él la vació en el fregadero. En el suelo, junto al sofá, encontró el sensual negligé de color tabaco. Se lo llevó a la cara, olía a limpio. «Esta noche no cumplirá su función», pensó. No era cierto. No se había hecho la vasectomía. Sólo pretendía poner a prueba a Sarah, calibrar el grado de sinceridad de ese discurso que traía tan bien aprendido. Cuando ella cerró la puerta, Paul decidió tomarse un par de pastillas para dormir—sólo con ayuda podría descansar un poco—, pero antes llamó a Rufus, con el que mantuvo una conversación muy breve. «Te necesito aquí mañana a primera hora—le dijo—, esos hijos de puta han entrado en el estudio». Con eso bastó.

Al entrar en el estudio Rufus arqueó sus cejas rubias y desvió la mirada hacia el lugar de donde procedían los gritos. Le conocía bien, si Paul Knobel articulaba más de tres o cuatro frases seguidas era porque o bien hablaba de fotografía o bien estaba furioso y la estaba emprendiendo a gritos con algún energúmeno. Su voz no le llegaba con claridad, su jefe se movía inquieto como si estuviera enjaulado en la sala de control y atado con el cable del teléfono. Rufus pensó que había roto el auricular cuando oyó el fuerte crujido que dio paso a un silencio espeso e incómodo. «¿Qué pasa?—le preguntó desde la entrada—, ¿con quién te estás peleando?». Sólo preguntaba para hacerse notar; no esperaba respuesta. «Ese capullo me toma por tonto —masculló Paul mientras salía a la zona de platós—, cree que puede convencerme con un argumento pueril. El gilipollas me ha llamado con el notición, como si fuera mérito suyo, de que la exposición de homenaje a Helen Levitt se celebrará en la biblioteca de la Universidad de Columbia».

Rufus vació los bolsillos de su abrigo y dejó caer sobre la mesa al menos una docena de snacks de todos los colores: Snickers, Crunch, 3 Musketeers, Milky Way, Nature Valley, Twix, Baby Ruth. Rufus adivinó de quién se trataba: en las últimas semanas los cariñosos apelativos de «capullo» o de «gilipollas» iban dirigidos en exclusiva al comisario de la exposición que pretendía homenajear a Helen Levitt con motivo de su nonagésimo aniversario. Para empezar, a Paul el título no le había gustado, le parecía que *90 años, 90 días* y *90 imágenes para Helen Levitt* era demasiado obvio, meramente descriptivo, y que lo único que denotaba era su incapacidad para hacerla coincidir con el día exacto de su cumpleaños, pero el 30 de agosto era una fecha peligrosa, una mala época para un evento público, así que había improvisado lo de los noventa días para poder

inaugurarla el sábado 29 de noviembre. «Y, claro, como ese individuo es todo originalidad—le explicó entonces a su ayudante—, a los dos primeros noventa tenía que unirles un tercero, y así se le ocurrió la brillante idea de limitar el número de fotografías, como si eso tuviera sentido. Y ahora—aulló—esa lamentable decisión le pasaba factura a él y quizá a otros profesionales que se brindaron también a colaborar».

Paul revolvió entre las barritas para apartar las que no le gustaban y quedarse con sus favoritas, no soportaba las que estaban bañadas en chocolate, las quería de cereales. Sólo había cinco Nature Valley, pero al menos eran de las que más le gustaban, con el envoltorio morado de Trail Mix. Rufus sabía perfectamente cuáles eran sus preferidas, pero disfrutaba provocándole: «¿Cómo sabes que no te gustan si no las has probado?—solía preguntarle—. Ésta—añadió, cogiendo una Twix—es buenísima, a mí me encanta». Pero Paul no se inmutó, se quedó con las Trail Mix, del resto no quiso saber nada. Al intentar abrir una de las barritas, observó que llevaba pegada una pequeña etiqueta blanca con el precio: marcaba dos dólares.

—¿Las has pagado a dos dólares—exclamó—por no cruzar la calle y acercarte al quiosco? Es mi destino—se lamentó—, estoy rodeado de capullos.

—Ese cretino me ha llamado—bramó Paul señalando a la sala de control—para decirme que únicamente podrán mostrar tres fotografías, y no las cinco, porque tienen demasiado material y sólo pueden exponer noventa, como si algún crítico fuera a tomarse la molestia de contarlas. Y me ha dicho que si no tengo inconveniente prefiere las número dos, tres y cinco, las que resultan menos equívocas. E-quí-vo-cas—silabeó—, ¿qué te parece? ¿A quién quiere engañar? Lo que pasa es que mis imágenes le han dado miedo, no quiere escándalos. La Levitt mostraba la ciudad a través de los hechos más cotidianos, una ciudad todavía inocente y optimista, una ciudad en la que la vida en la calle era posible, y no le ha gustado que mis fotografías muestren, en los mismos escenarios que los suyos, en Harlem y en el Lower East Side, jóvenes traficando con drogas o adolescentes chaperos. Es así de simple, pero ese estúpido no se atreve a decirlo, le tiene incluso más miedo a mi desprecio que al escándalo de la opinión pública o de los medios, y como no se atreve a devolvérmelas todas, cree que eliminar las más explícitas mitigará el impacto. Voy a llamarle y le voy a decir que retiro todas mis fotografías.

—No lo hagas, jefe—le frenó Rufus—, no le des tanta importancia, ese tipo no se lo merece. Es una exposición colectiva, y es mejor estar que no estar. Tres fotografías son suficientes, aparecer entre los nuevos fotógrafos de Nueva York al lado de una figura mítica está muy bien. Ésa fue tu argumentación—le recordó—cuando me dijiste

que habías aceptado participar.

—Voy a llamarle—insistió Paul, todavía furioso—y le preguntaré quiénes son los otros fotógrafos que están afectados por el recorte, le exigiré nombres y, si no, que tenga el valor de confesar que sólo me afecta a mí.

—Me parece buena idea—comentó su ayudante—, pero hazme caso y déjalo para mañana. Sí, ya sé lo que vas a decirme, jefe, que en caliente las ideas te brotan con más facilidad, pero ése no eres tú, Paul, tú eres ese tipo frío e indiferente, que no se inmuta por nada. Paul detuvo sus largas zancadas, se quedó mirando a Rufus y esbozó una mueca a modo de sonrisa.

En menos de diez años de profesión Paul Knobel se había ganado una merecida fama de asocial por sus salidas de tono y por su voluntario aislamiento dentro del sector. Algunos críticos lo habían descrito como «un fotógrafo épico, de gran impacto en sus producciones en blanco y negro», pero él no estaba de acuerdo, le parecía un estereotipo, y además reduccionista, sus reportajes sobre personajes de Nueva York o sobre algunos lugares emblemáticos los había tratado con un colorido y una expresividad sorprendentes. Muchos personajes célebres de la ciudad, músicos y escritores jóvenes sobre todo, querían ser fotografiados por él, y si tenían el prestigio suficiente lo imponían a los medios en los que iban a aparecer. Decían de Knobel que nadie como él sabía captar el alma de un ciudadano de Nueva York. Hacía diez años que no salía de la gran manzana. Su ambición era convertirse en el fotógrafo de la ciudad. No hacía reportajes de otras ciudades ni en otras ciudades. «El mundo—solía sentenciar—cabe en una esquina de Union Square con Broadway». Si le encargaban algún reportaje—sobre un grupo musical o sobre una colección de moda—, la condición era siempre que pudiera realizarse en la ciudad.

—Tengo que salir—le dijo a Rufus mirando el reloj—, supongo que no volveré a pasar por el estudio.

—¿Quieres que te lleve?—le preguntó su ayudante, pues sabía que evitaba conducir. Paul viajaba siempre en taxi o, si la distancia no era exagerada, optaba por caminar—. No es necesario, prefiero que te quedes y organices el equipo para salir mañana y pasado. Volveremos a Brooklyn, será nuestra última oportunidad; si no podemos hacer las fotografías de la frutería de la señora Beardsley, la eliminaremos. He quedado más tarde con Rachel en su despacho para buscar una alternativa.

—Por fin—exclamó Rufus—, estoy harto de esa tienda.

—Voy a acercarme también a Axelle, he hablado con Dreiser y vamos a fijar hoy mismo una fecha definitiva para la fiesta de inauguración de la exposición sobre WSW; además quiere enseñarme

los carteles y los folletos que ha preparado.

—¿Estás seguro de que nos interesa esa galería?—Su ayudante llevaba expresando esa duda desde que fijaron el calendario.

—No empieces otra vez, déjalo ya, es tarde para cambios. Además, ¿has ido a verla?

Rufus no contestó, por supuesto que conocía esa galería, la había visitado en un par de ocasiones para analizar los espacios, pero su problema es que no sintonizaba con su director, Raymond Dreiser. Algo en ese hombre le ponía nervioso, era un individuo alto, más de metro noventa, siempre pulcramente vestido, con traje y corbata, el cabello un poco largo, la mirada profunda de un tímido, demasiado correcto, demasiado profesional para su gusto.

—Quizá me acerque por la oficina de objetos perdidos—añadió mientras recogía sus cosas y se despedía—, me han dado la dirección y no tengo que desviarme demasiado.

—¡Cuántas molestias te tomas, jefe! Ese misterioso diario debe de contener alguna información muy valiosa, puede que obtengas una suculenta propina de cinco dólares.

—No me lo ha parecido. —Paul era inmune al sarcasmo de Rufus.

—¿Por qué no te deshaces de él, jefe? Total, si es un vulgar diario, su propietaria se habrá rasgado las vestiduras durante unos días y ya lo habrá substituido por otro. No me lo digas, lo estoy leyendo en tus ojos, esta mañana te has levantado en plan buen samaritano y has decidido emprender tu buena obra del día—ironizó levantando un par de dedos que simulaban el saludo *boy scout*—. ¿Puedo aprovechar para pedirte un aumento?

—A lo mejor no hay nada valioso en el diario—comentó el fotógrafo en un tono que pretendía ser enigmático—, pero puede que contenga algo realmente interesante, algo que podríamos considerar de carácter muy personal, incluso íntimo.

A Rufus no le gustaba ese juego de sutilezas, los circunloquios no iban con él, con él había que ir al grano. Es cierto que le gustaría saber qué le pasaba a su jefe, qué se traía entre manos con ese diario; era la tercera vez que lo mencionaba, todo un récord digno de figurar en el *Guinness*, pero no estaba dispuesto a invertir demasiado tiempo en averiguaciones. Y menos aún con él, se dijo, que sólo suelta prenda cuando le conviene o le da la gana.

—Ya lo tengo—exclamó, y fue esbozando su teoría mientras su jefe se dirigía a la puerta—, en realidad es la página inicial del guión de una película que nos abrirá las puertas de Hollywood: chico encuentra el diario de una chica misteriosa en un taxi, el chico le sigue la pista hasta dar con ella, él tiene esperanzas, cree que puede ser Charlize Theron o Kate Moss, pero…—hizo una pausa para generar expectación

en su único espectador—, pero resulta que es un travesti psicópata.

Al quedarse solo, Rufus se instaló en la sala de control y desplegó su minúscula agenda de bolsillo, de esas que tienen toda la semana a la vista. Le tomaría media hora organizar la última expedición a Brooklyn; un día más, quizá dos, y el trabajo estaría listo. Se frotó las manos pensando que iban a iniciar un cambio de ciclo, y que se lo tenían bien merecido. Primero, la exposición compartida en la Columbia; enseguida, la publicación del libro sobre establecimientos singulares de la ciudad, que sería un éxito, de eso estaba seguro; y, como traca final, ya subidos en la cresta de la ola, una exposición individual en Chelsea. «Será fantástico, esos tres impactos nos tendrán en el candelero una buena temporada». Rufus necesitaba esas puntas de estrés, le afectaban incluso físicamente, sentía que le irradiaba una energía positiva, le generaban una excitación que le daba brillo a todo lo que emprendía; en cambio, en las épocas valle se sumía en un sopor improductivo. Y, por si los planes a corto plazo no bastaran, conocía los nuevos proyectos de Paul Knobel para el 2004, su fotógrafo favorito, se frotó las manos, y eran magníficos.

El teléfono sonó en la sala de control antes de que pudiera levantar el auricular para empezar a hacer sus llamadas. Pensó que quizá fuera Sarah de nuevo; había llamado por lo menos una docena de veces en la última semana, y Rufus ya había empleado todo su repertorio de excusas. «Estudio de Paul Knobel—contestó, y se le heló la sonrisa al oír la voz de su interlocutor—. Yo mismo—mintió cuando le preguntaron si era el fotógrafo—. Tendréis vuestro dinero—les dijo azorado—, pero no os acerquéis por el estudio, la última vez casi provocáis un accidente irreparable. No, no podrá ser el próximo lunes —gritó alterado—, no tengo el dinero todavía, y no me amenaces si no quieres que llame a la policía. Tendréis que esperar hasta fin de año», concluyó irritado, y colgó.

Rufus tardó un segundo en darse cuenta de que había metido la pata. A los usureros había que tratarlos con distancia, mostrando seguridad, pero no debió mencionar a la policía, tampoco debió gritarles, seguro que a esos tipos no les había gustado esa referencia a la policía. Se puso de pie, había empezado a sudar, y comenzó a caminar por el estudio, daba pequeños saltitos con la punta del pie y apretaba los puños sin saber qué hacer. «La has cagado, Rufus, la has cagado… ¿Por qué has tenido que mencionar a la bofia?». Cogió el teléfono y calibró si debía, en ese mismo momento, llamar a Paul para advertirle; empezó a marcar su número, se interrumpió, dudó, ¿qué iba a decirle: que esos matones estaban muy nerviosos, que querían cobrar ya, sí o sí?, ¿y de dónde iban a sacar ese montón de pasta? Finalmente desistió.

Los cuatro monitores instalados en la sala de control mostraban las imágenes de la frutería de Nancy Beardsley. El clima les había dado una tregua y en el último intento Paul pudo tomar una serie de fotografías, una de ellas, tal como había imaginado, estaba destinada a ocupar una doble página del libro. Se trataba de un plano picado, desde la grúa, con un grupo de personas caminando por la acera en los dos sentidos, todas ellas con la cabeza vuelta hacia la sugerente exhibición de una increíble variedad de frutas y verduras, pues una mañana más Nancy había compuesto un verdadero arcoíris. También estaba muy satisfecho de una foto de la señora Beardsley: su colega permanecía de pie junto a varias cajas de fruta, sonriente, despeinada, cansada tras el esfuerzo realizado, tenía una manzana roja en las manos y, sin mirarla, le sacaba brillo con un paño azul.

—Rufus—le pidió Paul—, ve a la sala de revelado y, si están secas, tráeme las tres fotografías que he dejado colgadas. Ya se las he pasado a la señora Bold por correo electrónico, pero quiero enviarle unas copias en papel para que vea dónde van las líneas de corte y cómo quedan los encuadres.

Su ayudante volvió enseguida con las fotografías, con un sobre que pensó que necesitaría y también con el famoso cuaderno que el fotógrafo había encontrado en Brooklyn.

—Pensaba que ibas a entregar este enigmático diario en la oficina de objetos perdidos—le comentó mientras lo dejaba al lado del ordenador.

—No pude, el encuentro con Dreiser en Axelle se alargó, almorzamos juntos y ya no encontré tiempo. Y lo lamento, imagino que esa mujer ya ha perdido la esperanza de poder recuperarlo.

—Hablando de mujeres, te ha llamado Sarah. ¿Sabes cuántas veces van esta semana?—Paul no respondió a la pregunta reproche de Rufus y éste insistió—: ¿Tres?, ¿cuatro?, ¿diez veces? Si no la quieres para ti, ¿puedo llamarla yo?

—Deja a Sarah en paz—Paul le miró furioso—, déjala en paz, no te entrometas, ¿me has entendido?

Habían sido muchas más las llamadas desde la cena fallida, pero eso Rufus no lo podía saber. También Young Hee le había dejado en el contestador de su apartamento varios avisos de llamadas de Sarah Norton, algunos más apremiantes que otros.

El mensajero de la editorial llegó unos minutos más tarde y se hizo cargo del sobre, con él desapareció también Rufus. Paul comprobó la hora: eran las cinco de la tarde, tenía algo de tiempo, hasta las seis no le esperaban en la redacción de *Rolling Stone*, así que decidió poner un poco de orden en los archivos informáticos. Al acercarse al ordenador vio el diario y pensó en hacer unas cuantas llamadas para localizar a su propietaria o a alguien que la conociera y poner fin a esa situación.

Si lo conseguía, sería una buena manera de concluir el tortuoso proceso que había supuesto captar las imágenes de la frutería y ultimar el libro. Además, si no lo hacía ya, acabaría tirándolo a la basura.

Volvió a abrir el diario por el mes de julio y buscó esa frase que tanto había llamado su atención: «Siento nostalgia del beso». «¿Qué imagen se podía corresponder con esa frase tan sugerente?», especuló. Si le pidieran una sola fotografía para ilustrar ese sentimiento, ¿qué haría él?, ¿qué referencias utilizaría? Cerró los ojos y se repitió esa frase en su interior, sin pronunciarla, como si fuera un mantra silencioso, en busca de una idea visual que tuviera una potencia semejante. No se le ocurrió nada. Sólo le venía a la mente su madre con los ojos llorosos y la mirada baja durante su paseo al faro de Wood End, el último verano que pasaron juntos en Cape Cod. Paul recordó entonces que tenía que recoger unas fotografías en su apartamento, así que metió el diario en un sobre acolchado y lo subió a la cuarta planta; esa misma noche intentaría dedicarle el tiempo necesario para localizar a esa señora tan nostálgica.

El fotógrafo regresó a Varick hacia las ocho, la calle estaba oscura y tranquila, a esa hora no había ya demasiado tráfico. No vio a Rufus, que en ese momento se fumaba un cigarrillo en la puerta de la cafetería Legs y le hacía señas para que le esperase, así que su ayudante corrió de esa manera extraña, apoyando sólo las puntas de los pies, como si fuera un velocista al iniciar la carrera, y se colocó detrás de Paul mientras éste subía los doce peldaños que conducían hasta la puerta del edificio.

—¡Qué susto me has dado, joder!—exclamó al sentir que alguien se le echaba encima.

—Pues esto no es nada—replicó su ayudante—, espera y verás.

No le quiso decir más, se limitó a empujarle y a apremiarle para subir a toda prisa sin esperar el ascensor. La puerta del estudio estaba cerrada; Paul apoyó en ella las manos abiertas y se volvió a Rufus con una mirada interrogativa:

—¿Qué ha pasado, de qué va todo esto?

Pero no obtuvo respuesta. Entraron en el estudio en silencio, encendieron todas las luces y echaron un vistazo. Los daños eran evidentes, habían abierto la vitrina que contenía las cámaras que coleccionaba y las habían arrojado al suelo. Algunas de ellas, como la vieja Leica M3, la Nikon FM2, la Mamiya 23 o la Rolleiflex estaban destrozadas. Paul recogió del suelo su vieja Polaroid. Aunque sólo tenía un valor sentimental, se preguntó si podría repararla. En la pared habían dejado otro mensaje: ÚLTIMO AVISO. El fotógrafo había encargado la colocación de una puerta blindada con un mecanismo de seguridad casi inexpugnable, y un sistema de alarma sofisticado

conectado a un servicio de vigilancia de veinticuatro horas, pero todavía no estaba instalado y además no habían tenido en cuenta otros puntos débiles del estudio.

—Han entrado por la ventana del baño—comentó Rufus, que había inspeccionado todo el apartamento—, se han descolgado por el patio interior desde el tejado.

El daño podía haber sido mucho mayor, esos individuos habían querido dejarlo muy claro y en la mayoría de las cámaras, los monitores, las pantallas, habían pegado trozos de papel en los que habían escrito CRASH, ZAS, PLAF, BROUM, y otras onomatopeyas para describir los destrozos que no habían causado.

—Se comportan como críos sádicos—comentó Paul indignado.

Mientras su ayudante arrancaba esos papelitos y comprobaba el normal funcionamiento de los aparatos, sonó el teléfono. Respondió Rufus desde la sala de control. Son ellos, gritó tapando el auricular, la llamada fue muy breve, a Paul no le dio tiempo a llegar a la sala.

—Deben de estar vigilándonos—comentó su ayudante—, y han telefoneado al ver luz en el estudio. Quieren cobrar el primer plazo de la deuda y exigen que sea antes del próximo sábado. ¿Qué podemos hacer?—se preguntó en voz alta.

—No hay demasiadas opciones—se lamentó Paul—. Iré al banco mañana y solicitaré un crédito, llamaré a Rachel Bold para mendigar otro adelanto, no se me ocurre nada más.

El jueves 23 de octubre Paul Knobel tenía trabajo en el estudio: se había comprometido a realizar un reportaje fotográfico para promocionar el segundo disco de un rapero que había tenido un éxito inesperado. Por teléfono, su mánager le había agobiado con una sarta de tópicos: que las fotografías respirasen autenticidad, insistía unas veces, o naturalidad, repetía en otras, que no pareciesen hechas en estudio, para él cualquier calle del Bronx o de Queens podía servir como escenario. Paul ni siquiera le escuchó, tuvo la certeza de que lo más cerca que ese tipo había estado de esos barrios fue mientras consultaba un plano, pero antes de colgarle los citó en su estudio de la calle Varick. Había permitido que Rufus aceptase éste y otros encargos porque necesitaba dinero con suma urgencia. Su ayudante había conseguido que esa gente pagara al contado, y Paul había logrado, además, que *Rolling Stone* publicara el *making of* del reportaje. Al banco ya había acudido, no confiaba demasiado en su diligencia, el director le había asegurado que era posible conseguir el crédito, pero tenía que presentar los avales, los títulos de propiedad de los apartamentos eran más que suficiente, y en cualquier caso necesitaba como mínimo tres o cuatro días.

A las cinco de la mañana se había cansado de dar vueltas en la cama y había bajado al estudio para preparar el local. En general no conseguía dormir más de tres o cuatro horas. Se acostaba tarde, se echaba en la cama a medio vestir y empezaba a picotear en los libros que tenía apilados en la mesita. Normalmente alguno de ellos conseguía llamar su atención y leía durante horas, hasta que empezaba a dar cabezadas y apagaba la luz. Sin embargo, la mayoría de las noches se desvelaba y unos minutos más tarde volvía a encender la luz y continuaba con sus lecturas. Con ese método tan poco sistemático, tenía siempre media docena de libros empezados; por algunos perdía incluso el interés inicial; de otros ni siquiera era capaz de recordar qué lo había impulsado a comprarlos, y de la mesita de noche caían al suelo o se extraviaban en alguna atiborrada estantería.

De vez en cuando, su estado de agotamiento era tal que necesitaba recurrir a las pastillas y así, un par de noches a la semana, conseguía dormir seis o siete horas gracias al clonazepam. Hubiera querido tomar ese medicamento más a menudo, pero no se atrevía, ya que cuando abusaba le sobrevenían unas migrañas terribles. A las siete y media había dejado el estudio a punto, para empezar a trabajar. Hasta las nueve, y dudaba que fueran puntuales, no esperaba al cantante y a su cohorte, así que bajó a la cafetería en la que solía desayunar casi todas las mañanas.

Tampoco conseguía mantener un hábito razonable en su alimentación. En general cualquier forma de rutina generaba en él un fuerte sentimiento de rechazo. Sentía un profundo desdén por las horas en punto, las efemérides y los aniversarios, por esos números redondos que todo el mundo celebra, no soportaba que hubiera una hora para comer y otra para dormir. Para compensar el desorden en el que vivía, el fotógrafo siempre estaba comiendo alguna cosa. Engullía a todas horas, porque dedicar treinta minutos o una hora le parecía una pérdida de tiempo. En una de sus mochilas solía llevar snacks, un gran surtido de las socorridas barritas Oats & Honey, Maple & Brown Sugar o Trail Mix. En casa, Paul no cocinaba nunca. Sólo hacía una comida formal al día, en la cafetería Legs si estaba trabajando en el estudio. Y si no era posible, solía encargar comida china o mexicana; le servía cualquiera menos la japonesa, no tenía estómago para los alimentos crudos.

Rufus encontró a su jefe en la cafetería Legs, en su mesa habitual. Había pedido un par de hamburguesas, agua mineral y un té para tomar y otro para llevar.

—¡Hamburguesas a las ocho!—Rufus se sorprendía una y otra vez de sus hábitos—. Jefe, estás de atar. ¿Cómo puedes tener tanta hambre a estas horas? Espera, no me digas que no has pegado ojo y

que para ganar tiempo te has levantado de madrugada y que ya has preparado el local para la sesión de fotos. ¡Lo sabía! Entonces, ¿para qué me he molestado yo en contratar a un par de tipos para que vengan a echar una mano? Tendré que pagarles igual. ¿Y ahora, qué haces aquí? Sí, ya sé lo que vas a decirme, pero no escarmientas, jefe, Natalie no te hará caso nunca, no eres su tipo. —Rufus había aprovechado que la camarera se acercaba a traer otra botella de agua y un bote de mostaza para soltar la última frase, pero Natalie y Paul estaban hartos de oír la misma cantinela.

Rufus tenía un par de obsesiones que le ocupaban las veinticuatro horas del día, siete días a la semana: el dinero y las mujeres, en ese estricto orden. Si había una mujer atractiva delante, todas sus frases adquirían un doble sentido, o contenían alusiones directas al sexo. Había clasificado a las mujeres en cuatro estadios, que en principio no tenían nada que ver ni con la edad ni con el estatus económico o social, sólo con la mera apariencia física. El primer nivel estaba constituido por el sexo opuesto, denominado así, en general, y que agrupaba a todas las mujeres sin encanto, según su cualificada y objetiva opinión. Aquí se reunía todo ese compendio de amas de casa, de madres y abuelas, de señoras de barrio, de oficinistas y dependientas sin gracia, todo un ejército de mujeres, puesto que, según su indiscutible criterio, era, sin duda, el colectivo más numeroso. Rufus no estaba, en absoluto, interesado en ellas. Es más, su actitud arrogante y displicente, que oscilaba entre el machismo más rancio y el paternalismo más trasnochado, según cada circunstancia, solía acarrearle discusiones y broncas constantes.

El segundo grupo o estamento estaba constituido por las Señoras, así, con mayúscula. Se trataba en este caso de mujeres con carácter fuerte, seguras de sí mismas, más listas, más guapas, más atractivas, más ricas que él. Rufus las admiraba, aunque por supuesto no pensaba reconocerlo de ningún modo, sobre todo porque se sentía cohibido en su presencia. Su posición no le permitía acercarse a este tipo de mujeres, y cuando lo hacía era acompañando a Paul Knobel o a alguno de sus otros colegas. En esos casos, Rufus permanecía alerta y observaba maravillado su comportamiento, con qué habilidad desplegaban las alas de su encanto y de su poder para envolver a sus interlocutores, y no sabía cómo, llegado el caso, podría él contrarrestar ese dominio de la situación.

A continuación, en el tercer grupo, estaban las Hembras. En esta clasificación, y siempre y cuando no fuera delito, tenían cabida todas las mujeres guapas, sexis, a las que un hombre debía intentar llevarse a la cama. Para Rufus, que era muy voluble y tenía un criterio bastante ecléctico, todas se llamaban Alice.

Y finalmente estaba el último grupo, el más selecto, que había

configurado casi por obligación, constituido por las abejas reina, Señoras que además podían ser calificadas de Hembras, una mezcla ideal de poderío, personalidad, belleza y sensualidad. En su cosmovisión, si un hombre encontraba en su camino a una mujer así, una abeja reina, era porque le había tocado la lotería, no porque se hubiera hecho merecedor. Y de ningún modo, cualquiera que fuera la circunstancia, debía dejarla escapar.

—¿Qué besos recuerdas con más nostalgia?—le preguntó Paul, sin darle más explicaciones—. ¿Los de tu primera novia?—continuó—. ¿Cómo eran sus besos: dulces, salados, picantes? ¿Cómo se llamaba esa chica, lo recuerdas?

—Y esa pregunta tan tan calentita—se extrañó Rufus—, ¿a qué viene a estas horas, jefe? No me digas que estás enamorado, ¿la conozco? Un momento, dime, ¿cuánto tiempo hace que tú y Sarah no os acopláis?, porque la última vez que se quedó en tu apartamento fue hace un mes, no, ¡qué digo!, debe de hacer por lo menos tres meses. Quizá te llama a todas horas por eso, digo yo, jefe, porque la tienes desatendida. No me digas que desde entonces tú…—Rufus hizo una pausa deliberada para captar su atención—, no me digas que estás en ayunas desde entonces. Pero, jefe, eso no es nada sano. Si quieres puedo presentarte a una chica, casualmente se llama Alice.

—No desvaríes, Rufus. Te he hecho una pregunta sencilla. ¿Recuerdas los besos de tu primera novia?—insistió—. ¿Serías capaz de recordar cómo se llamaba esa chica o también se llamaba Alice? ¿A qué sabían sus besos? ¿Cómo te besaba?

—Los de la última, jefe—contestó Rufus extrañado ante tanta insistencia—, siempre los de la última. ¿Te he hablado de Alice? No me refiero a esa que te iba a presentar a ti, no, me refiero a otra Alice, una morena con la nariz respingona. La conocí hace unas cinco semanas, la última vez me tuvo *funcionando* toda la noche, como si tuviera dieciocho añitos. ¡Y cómo se esforzaba mi Alice!—Rufus se echó para atrás y levantó la cabeza como si quisiera recordar—. Tienes mal aspecto, jefe—continuó enseguida—, seguro que no has pegado ojo.

Paul quería retomar su pregunta, sentía curiosidad por lo que esa frase podía sugerirle a otras personas, quería saber si era una sensación habitual, pero era imposible colocar una frase sensata cuando Rufus ponía la directa:

—Duermes muy poco, jefe, y eso no es bueno, no te debe dar tiempo ni a soñar, y además piensas demasiado. No, no, ya sé qué vas a decirme, pero eso no puede ser, el tarro tiene que descansar—exclamó, dándose unos puñetazos blandos en las sienes—, si las piernas y la espalda se cargan, imagina el cerebro que no deja de centrifugar en todo el día.

Paul se acercó la taza de té a los labios, dio un pequeño sorbo y la dejó sobre la mesa. A continuación rebuscó en sus bolsillos y sacó tres pequeños frascos de plástico con pastillas. Descartó dos de ellos, abrió el tercero y extrajo un comprimido minúsculo de un gris muy suave. Se lo echó a la boca.

—Estas pastillas son nuevas, ¿verdad, jefe?—preguntó su ayudante—. ¿Qué tomas? No me digas que has cambiado de medicación, y seguro que no has ido al médico ni a la farmacia. Vale, ya sé que estás pensando, que mejor me meto en mis propios asuntos, pero no puedes automedicarte. Eres demasiado listo para creer en todo lo que se publica en Internet, jefe, no puedes fiarte de cualquiera que diga en la red que es médico, hasta yo podría hacerlo. A ver, ¿para qué tomas esas pastillitas?—le preguntó—, ¿a qué saben?, ¿para qué sirven? ¿Y cómo sabes que la gris no es incompatible con la amarilla? Hay un nombre para eso, me lo dijo mi médico, se llama «yatrogenia» o algo así. ¿Por qué no le vas a ver de mi parte? Tiene la consulta en Staten Island, pero el tipo es un sabio, al menos sabrás qué tomas, qué es lo que te está envenenando. ¿Sabes que el setenta y dos por ciento de los varones que se automedican acaban sufriendo enfermedades crónicas?

Paul no se inmutó, al principio le molestaba que se entrometiera en todo, como si le estuviera observando con una lupa, pero enseguida se dio cuenta de que era una especie de tic. Su ayudante no lo podía evitar, del mismo modo que no podía permanecer callado. Así que se limitó a desplazar un poco los frasquitos de las pastillas y a colocarlos de manera que Rufus pudiera leer las etiquetas. Todos eran de farmacia. Su ayudante cogió uno de los recipientes, depositó una pastilla en la palma de la mano y se la llevó a la boca.

—Esas estadísticas tan precisas y oportunas, te las inventas, ¿verdad?—apostilló Paul.

—Puede que no sean exactas—se defendió—, pero eso no significa que no tenga razón.

Natalie se situó una vez más ante ellos con su libreta en ristre. La camarera era una chica alta y delgada, tenía un aire distinguido a pesar de que el uniforme, un horrible vestido de color amarillo limón que descansaba sobre sus rodillas, le sentaba como un tiro. Su comportamiento resultaba extraño, parecía ausente, como si no necesitara emplear toda su atención, ni mucho menos su inteligencia, para hacer ese trabajo, pero, a pesar de la distancia que mostraba, o precisamente por eso, había algo en ella que resultaba atractivo. Se dirigió al recién llegado con una mirada benevolente y golpeó su libreta con el lápiz, como si le enviara un mensaje en morse: «Venga, espabila, dime qué vas a tomar, no tengo todo el día».

—Sólo café, guapa. —Rufus la miró a los ojos y le ofreció su mejor sonrisa, pero algunas mujeres, como Natalie, eran inmunes—. Mi jefe

quiere algo más—añadió mientras extraía su ordenador y lo conectaba—, pero tú no se lo quieres dar.

—Si me lo pidiera él…—replicó ella de un modo distraído.

—¿Has oído, jefe?—exclamó—, creo que la tienes en el bote. Debe de ser por tu porte y por tu labia. No hay chica que se resista a una frase larga llena de adjetivos calentitos.

—Te equivocas, listillo—apuntó con ironía—, siempre te equivocas, me gusta por las fabulosas propinas que deja.

—Jefe, ¿por qué no le haces esa pregunta de los besos a Natalie?—A Rufus se le ocurrió de repente y pensó que podía ser divertido.

—¡Besos!—exclamó ella como si de repente se sintiera atraída por la conversación—. Me interesa, ¿de qué va?

—Encontré un diario tirado en la calle—contó Paul—, hace ya un par de semanas. En una página hay escrita una frase que me ha llamado la atención, es muy personal y a la vez algo comprometida: «Siento nostalgia del beso».

—«Siento nostalgia del beso»—repitió ella—. ¡Vaya!, es una frase de verdad muy sugerente. «Nostalgia del beso»—insistió saboreando cada palabra—. Da que pensar, ¿no os parece?—Mientras lanzaba esa pregunta echó un vistazo a sus interlocutores y negó con la cabeza. Sin duda eran los dos clientes más extraños de la cafetería, y por supuesto los menos románticos—. ¿Lo vas a devolver?—se interesó.

—No es fácil—repuso el fotógrafo—. No sé de quién es, me lo encontré tirado en el suelo en Brooklyn, empapado, con las primeras páginas ilegibles.

—Es una señal. En serio. —Natalie lo expresaba con convencimiento, como si su afirmación estuviera por encima de cualquier duda—. Lo digo muy en serio, no me miréis como a un bicho raro. Estas cosas suceden continuamente, aunque siempre les ocurren a otros y cuando nos las cuentan nos limitamos a sonreír con esa cara de escépticos envidiosos. Es un golpe de suerte, Paul. Ese diario es como un anzuelo: actúa para que tú encuentres a la chica, porque seguro que es de una mujer, no me imagino a un tío escribiendo semejante frase. «Siento nostalgia del beso»—repitió en voz alta y con la mirada perdida—: es una frase muy sensual, me gusta, me evoca un montón de situaciones entrañables. ¿A vosotros no os sugiere nada? Durante años, en la carpeta del instituto, llevé pegada una fotografía de Elvis besando a una fan. ¿La recordáis? ¿Sabéis de qué instantánea os hablo? No—negó con la cabeza y con el lápiz—, claro que no. Además—continuó ella sin dar tiempo a una respuesta que no esperaba—, si tú no creyeras que hay una mujer tras esa frase, seguro que ya te habrías deshecho de él. ¿Lo has leído? Si hay nombres o teléfonos debería ser fácil localizar a su dueña. Cuando

alguien pierde su diario lo comenta con sus amigos más íntimos y seguro que lo hace más de una vez.

—Estoy asombrado, me dejas estupefacto—la interrumpió Rufus—, deberías ser detective. Tiene toda la razón, jefe, debe de estar tirado encontrar a esa mujer. Si me dejas el diario un par de días me encargaré de buscarla, en persona, la encontraré y te organizaré una cita. ¿Hay alguna foto?

—No—contestó Paul—, no hay fotos ni dibujos, sólo letra.

—Escuchad esto—Rufus había conectado su portátil y leía de la pantalla—: al dar un beso se activan unos treinta músculos faciales, más de la mitad de ellos relacionados con la lengua, se transfieren nueve miligramos de agua, además de sustancias orgánicas, materias grasas, sales minerales y millones de gérmenes. Además, en un beso de tres minutos se queman unas quince calorías. ¿Qué os parece?—preguntó Rufus—: tres minutos… ¿No es mucho tiempo para un beso?—Y a continuación se dirigió a la camarera—: ¿Quieres que ensayemos, guapa?

—Pídeselo a Fats—le respondió Natalie señalando hacia la cocina con su lápiz—, participó en un concurso en Nyac, su récord de resistencia está en nueve minutos y treinta segundos.

—¿Cuántos minutos?—replicó Rufus incrédulo—. Mirad—insistió señalando la pantalla—, aquí distingue entre tres tipos de besos: amistosos, afectuosos y pasionales, y vienen los nombres en latín. ¿Queréis que os los lea?

—Déjalo ya—le pidió Paul.

—De acuerdo, vale—protestó él refunfuñando mientras apagaba el portátil—, pero ¿qué clase de mujer escribe frases tan íntimas en un diario?

—Cualquier mujer—repuso la camarera—, yo misma. Lo realmente extraño es que una persona pierda su diario—reconoció—. Yo lo tendría siempre a buen recaudo y si tú estuvieras cerca—apuntó a Rufus con el lápiz—, incluso bajo llave. Si perdiera mi diario, y es una mera hipótesis—Natalie recuperó el hilo de la conversación—, y un hombre lo encontrara y se tomara la molestia de devolvérmelo… No sé—continuó después de unos segundos de reflexión—, creo que no sabría cómo reaccionar, sobre todo si llego a la conclusión de que sólo ha podido localizarme porque ha estado husmeando en mis intimidades. Bonito conflicto, ¿no os parece, chicos? Por supuesto que me alegraría, porque un diario es muy personal, un relato de la propia vida. Y, sin embargo, ¡qué situación tan comprometida!, ¿os lo imagináis? Tener delante a una persona que puede saber cosas de ti que tú deseabas que permanecieran inaccesibles. No sé si habéis llevado un diario alguna vez, no tenéis pinta; además parece más habitual en mujeres. Yo sí, y os aseguro que cuando una se deja llevar

puede escribir cosas muy fuertes. Para mí está claro—remató la camarera—: en esa tesitura preferiría que ese encuentro fuera lo más breve posible. Mil gracias y adiós, y si te he visto no me acuerdo …

—¡¿La oyes hablar, jefe?!—exclamó Rufus—. Esta hembra es una lumbrera. Si no la quieres tú—le dijo mientras elevaba una mirada de admiración hacia Natalie—, ¿te importa que le proponga yo matrimonio?

La camarera pensó que ya había perdido demasiado tiempo junto a aquella extraña pareja, pero antes de volver a su quehacer se dirigió al fotógrafo con una mirada cómplice:

—¿Cuándo le vas a decir a este chico que tú y yo ya nos lo hemos montado y que por desgracia no hemos congeniado?

—¿Es cierto, jefe?—preguntó Rufus mirando la expresión imperturbable de sus dos interlocutores, sin poder estar seguro de si le estaban tomando el pelo—. ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Cómo fue? ¿Es tan energética como parece? ¿Qué le dijiste? ¿O fue ella la que te asaltó? Sí, no me lo digas, conociéndote como te conozco estoy seguro de que fue ella la que se te insinuó. Como si lo estuviera viendo.

Esa madrugada Paul se despertó sobresaltado; le había costado mucho quedarse dormido y cuando lo hizo estaba exhausto. Había reproducido en una especie de pesadilla la última bronca con el comisario de la exposición dedicada a Helen Levitt, de un modo obsesivo la había reconstruido casi palabra por palabra y había ido corrigiendo y matizando sus intervenciones porque no estaba satisfecho con lo que le había dicho a ese estúpido. Él no tenía ninguna necesidad de figurar en esa exposición, eran ellos los que no se podían permitir el lujo de dejar fuera a ningún fotógrafo de referencia. Esa muestra-homenaje no resistiría una crítica que señalara que era manifiestamente incompleta: «¿Dónde están las fotos de fulano o de mengano?—dirían los especialistas—. ¿Qué hay de las nuevas tendencias? ¿Dónde está la contribución de Knobel?». Sin embargo, al despertarse no era a ese odioso comisario a quien tenía en la cabeza, sino una idea fija que había estado circulando por su mente sin permitirle descansar. «Es una señal—había exclamado Natalie—, esa frase sobre la nostalgia del beso es una señal». Y la peregrina idea era sencilla y directa: debía buscar y encontrar a la propietaria del diario, necesitaba conocer a esa mujer.

Al fin, decidió levantarse, se puso un jersey y fue al baño que utilizaba ocasionalmente como cuarto oscuro. Allí seguía el diario. Se lamentó por su mala cabeza. A pesar de que disponía de medios suficientes para evitar su deterioro había sido muy poco cuidadoso. Le pasó el secador durante más de media hora antes de llevárselo a la

sala, se sentó en la butaca y se dispuso a revisarlo página por página hasta dar con un nombre o con alguna pista digna de consideración.

La sala estaba muy fría, como si nunca hubiera sido habitada, y él, destemplado. Se levantó, se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle Varick. Frente a la cafetería Legs, cerrada a esas horas, un hombre con sombrero caminaba deprisa hacia la esquina, ligeramente inclinado, la acera estaba pobremente iluminada por las farolas de la esquina y la sombra del tronco de un árbol la partía en dos. Aunque era una noche serena, desde su ventana parecía fría, inclemente, más que de gris la madrugada teñía los edificios y la calle de un negro desvaído, amarronado. A continuación fue hasta la cocina y se preparó un té. Volvió con la taza y la colocó junto al diario, echó otro vistazo por la ventana, todavía faltaban un par de horas para que la primera claridad rompiera el aire fantasmagórico que tenía la calle en ese momento. Antes de sentarse, acercó una lámpara a la butaca y se acomodó con la pretensión de sumergirse en esas páginas de principio a fin, desde enero hasta primeros de octubre. Entonces cayó en la cuenta de que quizá hubiera alguna anotación relacionada con el futuro. «Es obvio—pensó—, ¡qué idiota llego a ser!». Buscó textos de mediados de septiembre y avanzó algunas páginas. Pero surgió un nuevo inconveniente: necesitaba tener a mano papel y lápiz, así que se levantó y se hizo con ellos. En efecto, Paul encontró varias anotaciones que le parecieron relevantes. Le llamó la atención una duda que expresaba la autora sobre un posible trabajo en Seattle, un proyecto que la alejaría de Nueva York y de Glo. En la última línea hacía referencia a una cena en Ocho y medio para tratar ese asunto, el domingo 26. «Eso es pasado mañana», se dijo, y como si necesitara cerciorarse echó un vistazo a su móvil. Se le ocurrió entonces una idea disparatada: podía presentarse en el restaurante y tratar de localizarla. Recordaba el lugar, el enorme número nueve rojo clavado en la acera, frente a la entrada, la escalera señorial que bajaba hasta el sótano y el descansillo que servía como sala de espera. Sarah Norton le había arrastrado hasta allí, pero no habían reservado mesa y no pudieron atenderlos. Conforme iba pasando las páginas y tomaba notas, observó que había varios nombres que aparecían de manera reiterada: Glo, Annie, Vivian, Andy, Walt…

Decidió sistematizar la búsqueda. Había anotado en su libreta las referencias que consideró más significativas: fechas, actividades, nombres, que valoró como pistas seguras. Entonces, le pareció fácil localizar a esa mujer: bastaba con introducir esos datos en ese oráculo que era Internet. Primero debía averiguar su nombre. Pensó que eso le facilitaría las cosas, y era más que probable que hubiera alguna referencia en una u otra página. Después llamaría al restaurante Ocho y medio y preguntaría si alguien con ese nombre había reservado una

mesa. Entonces él haría otra reserva y pediría una mesa lo más cerca posible de la suya, ya se le ocurriría alguna razón de peso.

«Si pierdes un diario—había argumentado Natalie en la cafetería—, seguro que lo comentas con tus amigos, y más de una vez. No se pierde un diario personal todos los días, se puede substituir el objeto, pero ¿cómo recuperas todas esas emociones y sensaciones que has volcado en sus páginas?». A Paul este último argumento le parecía demoledor. Esa parte de su indagación en los registros de las últimas semanas había resultado sencilla. A continuación decidió enfrentarse al diario desde la primera página legible. Echó un vistazo a su reloj, tenía tiempo, esta vez no volvería a postergar la lectura, pero antes fue a la cocina a servirse un poco más de té.

Pensó en el diario como una cámara oscura en la que se podía penetrar para revelar el misterio o los secretos de otra persona, y eso le sugirió otras ideas que Natalie había apuntado con una clarividencia que ahora le impactaban más que cuando se las oyó desgranar. Poder devolver el diario implicaba abrirlo y leerlo, es decir: penetrar en la intimidad del otro. «¿Qué preferiría esa persona?—se preguntó—: ¿perder el diario, pero mantener su privacidad? ¿O recuperarlo a sabiendas de que alguien conocía cosas que estaban vedadas?». Paul tenía la mano abierta sobre la cubierta como si tuviera que hacer un juramento, en este caso de confidencialidad. «¿Es tan grave, realmente, si al final es un desconocido quien lo encuentra, alguien que no tiene las claves para comprender lo que aparece allí escrito? Y si tengo ocasión de devolvérselo, ¿querrá conocer a la persona que lo ha encontrado? ¿Podrá aceptar que un intruso lo haya leído?, ¿querrá saber qué opinión se ha formado de ella?».

A pesar de esos interrogantes, sabía lo que quería hacer. De hecho, con los datos que podía conseguir, y aunque no tuviera la suerte de dar con su nombre o su apellido, se veía capaz de localizar a la propietaria del diario. Si ése era su objetivo, no necesitaba más. Pero estaba inquieto, sentía una especie de cosquilleo que espoleaba su curiosidad. Aquel día, el cuaderno podía haberse abierto por cualquier otra página, seguro que había muchas anotaciones que se hacían eco de esa rutina que nos enreda a todos. Si no hubiera tropezado con esa frase, «Siento nostalgia del beso», si no hubiera leído también las otras frases que la complementaban, el diario habría acabado en la basura.

Y luego había surgido algo más, algo en principio inesperado: la extraña coincidencia de esa frase con la confesión de su madre en el verano del 92, cuando caminaban hacia el último faro de su periplo en Provincetown, por aquella estrecha lengua de tierra cercada por el océano. La frase de su madre sobre el primer beso de Thomas Stinger expresaba el mismo sentimiento y casi del mismo modo, y Paul se preguntó qué otras similitudes podía haber entre Norma y la

propietaria de ese diario. ¿Qué tipo de mujer expresa una emoción así, con esa seguridad, y en qué circunstancias lo hace, y por qué lo hace? Estaba intrigado, y a menudo se había encontrado otorgando a esa enigmática mujer una apariencia y una personalidad, e incluso había anticipado cómo podía ser un encuentro entre ellos. También se había interrogado a sí mismo: ¿había sentido él, alguna vez, nostalgia del beso, nostalgia de los besos de Sarah o de alguna de las mujeres con las que había salido? En esa época, en el verano del 92, Paul salía con Nínive, incluso pasaron juntos el resto del verano en Canadá, los tres, porque también estaba el hijo de ella, Alan. Quizá sí, quizá en el otoño y en el invierno que le siguieron hubo un momento en que echó de menos la pasión de Nínive, sus besos y sus abrazos.

El fotógrafo regresó a su butaca con una nueva taza de té. Sopesó el diario como si constituyese un reto que debía afrontar, que no podía postergar más, intentó abrirlo por las primeras páginas, pero estaban adheridas unas a otras y los textos emborronados; la primera anotación que pudo leer estaba fechada el 14 de enero.

2

EL LASTRE DE LOS DÍAS

14 de enero de 2003 Lo mejor de estas vacaciones son los paseos por la playa con Glo. Salimos a deshora, cuando no hay bañistas. Glo no habla demasiado, me coge de la mano y de vez en cuando apoya su cabeza en mi hombro. A veces, se detiene, busca con la mirada la línea del horizonte y siento cómo se estremece. Luego me mira, en silencio, y frunce los labios. Sé lo que querría expresar, puedo leerlo en sus ojos: que le hubiera gustado venir a Miami con Sam y con Stuart, pasear abrazada con Sam.

Te quiero, mamá.

Glo ha entrado en mi habitación. Me ha preguntado qué hacía. Le he mostrado mi cuaderno y se lo he ofrecido. Ha leído lo que había escrito y ha puesto una mano sobre mi hombro. Ha añadido esa frase y me ha dado un beso de buenas noches.

15 de enero de 2003 Mamá Vivian y tía Esperanza nunca pierden el tiempo. Tardaron dos días en organizarme una cita con Néstor, un cubano nacido en Miami. Su familia y la nuestra eran íntimas en Santiago. El hombre maduro de manos suaves y largas me invitó a cenar y a bailar. Supe desde el primer minuto lo que Néstor perseguía… Esa ansiedad es la perdición de los hombres.

Esta mañana tía Esperanza ha pillado desprevenida a Glo y la ha hecho reír. Hacía tanto tiempo que no la oía reír que me he emocionado. Si tuviera la paciencia de anotar todas las agudezas de la tía podría escribir un libro:

Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz.

Hacédmelo y tenédmelo que soy doncella.

Quien no tiene hijos los mata a palos.

16 de enero de 2003 Annie nos ha recogido en el aeropuerto. «¡Que somos madre e hija!», ha exclamado al vernos llegar, y lo ha adornado con un «aunque cueste adivinar quién es quién». Annie, abrigo largo de color crema, guantes a juego, gorro de lana de color tierra y

bufanda roja. Nos ha prometido que la próxima vez nos acompañará a Miami; le ha parecido que volver con un bronceado así a mediados de enero es absolutamente imperdonable. Quiere que sus compañeras de departamento sufran en sus carnes la misma sensación de envidia que ha brotado de sus preciosos ojos grises.

17 de enero de 2003 Mientras colocaba cada cosa en su sitio—en la nevera, armarios, cajones—, Glo ha permanecido de pie, observándome, sin decir nada, con una expresión triste, abatida. Después hemos tomado un café en silencio. Al despedirme me ha abrazado con fuerza y me ha roto el corazón.

Otro lunes frío y desapacible. He buscado la temperatura en Miami y en Cuba. No voy a cometer el sacrilegio de anotarlas aquí, las comparaciones pueden ser odiosas. Mamá Vivian insiste para que compre una casita en Florida. Argumenta que me serviría para ahorrar, y que podría jubilarme allí. También se ha puesto papá al teléfono y me ha ofrecido dinero. Para que Glo pueda recuperar a Stuart. Los abogados son caros, ha sentenciado.

18 de enero de 2003 He cambiado las cortinas de mi apartamento. Las nuevas son magníficas, de color verde lima con un estampado muy tenue de hojas y pétalos. Son más opacas y acogedoras. Pedí ayuda a Glo y a Annie para instalarlas. Y encargué comida japonesa, la preferida de Glo. A mi hija no le gusta Annie. En realidad lo que no le gusta es cómo la mira Annie, dice que adivina ese aire condescendiente que tanto la enerva. Annie es tan fantástica, esto lo añado yo, como despistada y caprichosa. Tía Esperanza la definiría con un rotundo «culo veo, culo quiero».

19 de enero de 2003 No he podido averiguar el motivo, pero me ha llamado Glo. Se me acelera el corazón cuando me llama, temo que anule nuestra cita semanal para almorzar. Necesito verla, comprobar que está bien; no, no es eso, bien sé que es imposible; en realidad me conformo con saber que sigue adelante. A veces fuerzo nuestros encuentros, lo reconozco y no puedo evitarlo. También la llamo todas las noches cuando pienso que debe ser la peor hora para ella.

Ceno con mi EX, le explico la situación de Glo. Glo es el tema recurrente en nuestras escasas citas. Hace dos meses que padre e hija no se ven. Le pido a Andy que la llame y que le dedique tiempo, el tiempo que no le dedicó cuando era una niña. El hombre que siempre lleva encima un par de copas de más intenta, como de costumbre, arrastrarme a la cama. Casi me parto de risa.

Carta de Glo 1:

Sueño con insectos luminosos, mamá, sueño con esos insectos casi todas las noches. Son prácticamente invisibles. Cuando se acercan a mí no los puedo tocar, se dispersan si agito las manos o si intento ahuyentarlos con algún objeto. Emiten una luz roja, fija, intensa. La luz aparece de repente como los pilotos traseros de un coche cuando frena de improviso en plena noche. En mi sueño, siento que los insectos se aproximan y que intentan cercarme, son como un enjambre de abejas o de avispas furiosas. Mientras estoy despierta es distinto, despierta sé cómo contenerlos, sé cómo mantenerlos a raya. Pero aunque se alejan, los insectos no desaparecen, no cejan en su empeño de agredirme. A medida que oscurece y me siento cansada y cierro los ojos, los insectos surgen de todos los rincones de la habitación, se agrupan y se aproximan más y más. Puedo oír su zumbido sordo. Puedo oír cómo el zumbido se hace cada vez más estridente y perfora mis oídos. Abro los ojos y me muevo para no quedarme dormida, cuando no puedo más saco un pie de la cama y lo apoyo en el suelo para sentir el frío y permanecer despierta. Pero es en vano; sé, siento, que los insectos están al acecho. Los insectos pueden agruparse y fusionarse y formar cuerpos monstruosos, con enormes fauces de luz y calor que pretenden devorarme. Los insectos se ocultan cuando enciendo la lámpara, sé que permanecen agazapados, adivinan que después de tantas horas de vigilia mis fuerzas se debilitan. Intento esconderme, taparme la cabeza con la almohada y el edredón, trasladarme en mi mente a lugares cerrados, herméticos, pero los insectos consiguen introducirse hasta allí, por rendijas que antes no había visto, que quizá un momento antes no existían, y me siguen, me detectan y surgen de nuevo al amparo de cualquier sombra.

Fue así como los vi la primera vez, a los insectos. Los presentí mientras dormía y encendí la luz. No había nada. Ha sido un sueño, pensé, una pesadilla. Pero mientras apagaba la lámpara vi cómo se encendía un punto de luz en un rincón, luego otro punto y otro más. Enseguida eran miles de puntitos incandescentes. Encendí de nuevo la lámpara y desaparecieron. Intenté dormir con la luz encendida hasta que no pude más y, en un acto reflejo, ya totalmente agotada, la apagué. Un segundo más tarde o quizá una hora, no sé bien, me desperté sudando, en la habitación había una luz de mediodía tropical, estaba desnuda sobre la cama y una ola de fuego parecía caer sobre mí. Grité y salté de la cama. Hui de mi apartamento. Golpeé con las manos y los brazos la puerta del apartamento de enfrente y me abracé a mi vecino. Le pedí auxilio, llorando a lágrima viva, y él me dio cobijo. Le oí exclamar que estaba ardiendo, le oí formular preguntas que no supe responder. A

la mañana siguiente me desperté a su lado, en su cama. Le abandoné mientras dormía.

Hacia mediodía mi vecino vino a verme, a interesarse por mi estado. Me sentí mal, sentí asco y náuseas y mareos. Yo sabía que me había follado, pero no recordaba nada y en cualquier caso era yo quien había acudido a él en busca de ayuda. Y quizá fui yo también quien le buscó a él durante la noche. No puedo recordar eso. No quiero pensar en eso, mamá, me da rabia, coraje. Me siento ultrajada. Abrí la puerta pero mantuve la cadena puesta para impedirle el paso. Pensé en la vergüenza que había pasado para acercarme al portero, descalza, despeinada, vestida únicamente con una camisa de hombre, y pedirle que por favor abriera mi propio apartamento. Mi vecino se quedó al otro lado de la puerta y no hizo ningún gesto que delatara sus intenciones. Se limitó a asomarse para intentar mirarme fijamente, a los ojos, pero me aparté, sentía asco también de mí misma. Le devolví su espantosa camisa sin decir ni una sola palabra. «¿Quién es Sam?», me preguntó una y otra vez. «¿Quién es Sam?».

20 de enero de 2003 Andy me ha llamado, ha comido con nuestra hija. Un poco apagada, pero bien. Ése ha sido su estúpido diagnóstico. La ha encontrado *bien*. No entiende por qué me preocupo tanto. Le ha dado dinero. Eso ha dicho, que sin que Glo se diera cuenta le ha metido un sobre con dinero en el bolso. Así pues, ¡problema resuelto! Cómo no se me había ocurrido antes, bastaba con que el cretino de mi EX, siempre tan sutil, sensible y sofisticado, le diera un fajo de billetes a su querida niñita.

22 de enero de 2003 He vuelto a pedirle a Glo que se mude a mi apartamento. Vivimos juntas después de que sus suegros le arrebataran a Stuart. La convivencia no fue mal, según mi parecer, aunque ella se quejaba de que yo estaba demasiado encima y la agobiaba. Más tarde insistió en volver a su apartamento de Clinton Hill, al hogar que había compartido con Sam y el niño. Como era previsible, los recuerdos se le echaron encima y a las pocas semanas la ingresamos con una crisis de ansiedad. Fue entonces cuando alquiló otro apartamento y cambió de barrio.

23 de enero de 2003 Sun, Sea, Sex. Es el lema de Walt. En NY puedes encontrar de todo, cualquier cosa, lo que te apetezca en cada momento, pero la combinación perfecta se encuentra más al Sur. *Sun, Sea, Sex*.

El tiempo en Florida transcurre de otra manera. Los problemas se abordan con otro temperamento, con otra calma, nada parece urgente.

La gente camina con un ritmo más pausado, más sensual, todo el mundo sonríe y es amable. Nunca soy más consciente de mi cuerpo que cuando estoy en Miami.

24 de enero de 2003 Al volver de la cocina me he detenido en una ventana. Era de noche, casi las nueve. He echado una miradita al otro lado, a los edificios de enfrente. He contado cuántas ventanas tenían luz y cuántas permanecían oscuras, grises. En cuántos apartamentos se podía percibir el resplandor del televisor encendido. He visto pasar a otras mujeres, como yo, por delante de sus ventanas. Me he visto reflejada en ellas, he pensado que me contemplaban como si la ventana fuera el marco de un cuadro. ¿Cuántas mujeres están esperando, como yo, que pase algo en sus vidas?

25 de enero de 2003 Baila de maravilla, Walt, todos los ritmos, con elegancia, con soltura. Tuvimos mala suerte porque era la primera cita y pensé que no debía ponérselo fácil. Conocí a Walt en noviembre, en una fiesta en Pasadena, y enseguida congeniamos. Yo estaba trabajando en LA, haciendo retoques de última hora en el doblaje de una película de dibujos animados, *The Lone Star*. Me acompañó al hotel, pero no quise precipitarme y no le invité a subir a mi habitación. Y al día siguiente, Walt volaba para Chicago.

Se me ha erizado todo el cuerpo cuando he abierto la carta de Walt. Contenía un billete de avión de ida y vuelta a la República Dominicana para pasar unos días en Samaná. El próximo fin de semana. Y una nota muy sencilla y directa: *Sun, Sea, Sex*.

Carta de Glo 2:

El pacto sigue vigente, mamá: puedes pasar por mi apartamento cuando quieras, no me opongo a eso; y si quieres que nos veamos fuera, intentaré complacerte, pero te lo ruego, no me hagas hablar y no me hagas preguntas, a mí me basta con tenerte a mi lado. Si lo necesito, si puedo, te escribiré cómo me siento y qué me pasa por la cabeza. Y si no puede ser así, si no es suficiente para ti, entonces nada, prefiero que no nos veamos. Lo siento, mamá, no puedo hacer más, las fuerzas no me alcanzan. Te lo digo en serio, mamá, no soportaré un interrogatorio como el de la última vez. ¿Crees que yo no lo pasé mal? ¿Cómo crees que me siento cada vez que me encuentro con ese tipo baboso? Me bastó ver su sucia cara para estar segura de que en ningún caso usaría un preservativo. Acudí a la farmacia en busca de algún tipo de ayuda pero no conseguí nada, ya sabes que sin receta no es fácil y en este barrio no me conocen. Lo único que se me ocurrió fue coger un taxi y acudir a mi hospital.

¿Te imaginas la situación? Todas mis antiguas compañeras abrazándome y alegrándose de verme y queriendo saber si me había reincorporado, si me sucedía algo, si me encontraba mal. Qué les podía decir. Al final me quedé a solas con la supervisora y me desahogué con ella, y Charlotte me consiguió una píldora del día después. Está en fase de pruebas, me explicó, pero en Inglaterra ya hace dos años que la prescriben, y también me consiguió una receta para anticonceptivos. Pero mientras me la daba y yo se lo agradecía, Charlotte tuvo que sermonearme. También ella.

Y tampoco quiero más consejos, mamá, estoy cansada de que todo el mundo me diga qué debo hacer y cómo debo vivir. No hay nada que podáis decirme que no me diga yo misma todo el tiempo. Me irrita y me mortifica y me siento humillada cada vez que alguien intenta consolarme y me explica qué haría para salir de mi estado. Como si fuera tan fácil. Como si hubiera elegido mi suerte. He perdido al hombre de mi vida y me han quitado a su hijo. ¿Cómo puede saber nadie cómo me siento? ¿Acaso el dolor puede extirparse como si fuera una muela? «El dolor se extiende como el aceite», dice mi terapeuta; se puede compartir, se multiplica fácilmente, pero no se divide, no hay porciones de dolor que se puedan distribuir. No hay modo de aliviar el dolor que siento.

Para ti, mamá, quizá el tiempo pase deprisa. Para mí, no, te lo puedo asegurar, no para mí, para mí cada minuto es una agonía. Yo me siento hoy igual de perdida, como si esa catástrofe hubiera ocurrido ayer.

No pienso salir a distraerme. De vez en cuando me llaman nuestros amigos, los de Sam y los míos, quieren verme, que salga con ellos, aunque nadie se atreve a pedirme que salga a divertirme. No me interesa ver a otros hombres, a ninguno de esos tipos estupendos que todo el mundo me quiere presentar. No puedo, me es completamente imposible, me ahogo sólo de pensarlo. Siento que me quieren sacrificar en un altar pagano. No había estado con ningún hombre desde entonces, ni siquiera me he tocado porque sentía que mi cuerpo no me pertenecía. ¡Y ahora, con ese individuo que me repele! Veo a Sam, mamá, únicamente cuando estoy en sus brazos.

Carta de Glo 3:

No me hagas demasiado caso, mamá, pierdo los estribos sin darme cuenta. Discúlpame. Estoy segura de que la carta que te escribí ayer te hizo llorar y no te lo mereces. Tú, menos que nadie. Siento que es tu fuerza la que me sostiene, mamá, del mismo modo discreto con que consigues llenar mi nevera o pagar mis facturas,

sin hacerte notar, como una fuerza invisible. De pequeña sentía tu aliento detrás de mí, para que me esforzara, y también tu comprensión, me doy cuenta ahora, porque tuve una edad en la que odiaba haber heredado tus rasgos caribeños. Yo no quería formar parte de ninguna minoría en el instituto, quería ser como las otras chicas, así que dedicaba horas a intentar domar mis rizos, a planchar mi cabello, sin decir nada, sabiendo que tú fingías que no le dabas importancia, e incluso me ayudabas a estirar mis tirabuzones hasta conseguir una melena como la de las otras chicas de mi curso. No me censurabas. Yo sabía que no te gustaba, que te avergonzabas de mi vergüenza; sin embargo, te desvivías para que mi pelo quedara bien liso.

Es tu fuerza, mamá, la que me sostiene, sólo el anhelo de recuperar a Stuart es igual de potente. Tú me pides que luche, cada día, cada hora y cada minuto.

Stuart me pregunta, en cada ocasión, cuándo iré a buscarle.

El doctor Sampler quiere que describa mi dolor.

Papá me ruega que salga a la calle y trate de vivir, que lo intente, que pruebe, que es una cuestión de voluntad. «Querer es poder», me dice. «Y tú quieres», afirma él por mí.

Y mi corazón me pide que me rinda, que tire la toalla, que ya nada vale la pena. ¿Cómo se llenan las veinticuatro horas de un día que es exactamente igual de vacío que el anterior y que el siguiente? Lo intento, vaya si lo intento: me armo de valor y salgo a la calle. Pero no es nada fácil. Antes de salir, planeo cuáles serán mis primeros pasos, hacia dónde iré, si giraré a la izquierda o a la derecha, si caminaré hasta el parque o si me acercaré hasta un centro comercial y fingiré que voy de compras. Y mucho antes de eso, me pregunto si tomaré el ascensor aunque esté ocupado o si esperaré hasta que llegue vacío. Entonces compruebo la hora, pues de ningún modo podría soportar un encuentro accidental con mi vecino. Y antes he de decidir qué me pongo: ¿cualquier cosa informal?, ¿algo más elegante?, y enseguida me pregunto si mi elección habrá sido acertada o no, y salgo de casa con esa incertidumbre. Y un poco más tarde no soporto las miradas de los vecinos, y si alcanzo mi meta y salgo a la calle y camino en uno u otro sentido, las miradas casuales y las furtivas y las malintencionadas de algunos peatones me hacen daño. Y entonces camino de regreso a casa, agotada, y puedo tardar un par de días en volver a intentarlo.

Pero más pronto que tarde suena el teléfono y casi siempre eres tú, mamá, y quieres saber cómo me encuentro; o de algún modo indirecto me recuerdas que tengo cita con el doctor Sampler; o me preguntas qué noticias tengo de la asociación, cuando sabes

perfectamente que la reunión tendrá lugar al día siguiente, y ésa es tu manera de decirme que quieres que vaya. Me doy perfecta cuenta, aunque no diga nada. A veces también me llama Stuart, cuando consigue eludir la vigilancia de sus abuelos. De algún modo los dos me transmitís un poco de energía, la suficiente para que decida no volver a la cama, para que haga un intento más por seguir con mi vida, si esto merece ese nombre.

2 de febrero de 2003 Una mesa para dos en un restaurante pequeño junto a la playa. Poca gente, las mesas muy distanciadas. La decoración sencilla: las paredes de azul pastel muy tenue y algunos motivos marineros, redes tupidas y remos descoloridos, sobre todo. Grandes ventanales para apropiarse de la luz y del azul intenso del océano. Intimidad casi al aire libre. La comida a base de ensaladas, pescado y mariscos. La bebida, whisky con hielo. Y agua mineral muy fría. El suelo del restaurante es de terrazo rojo. Walt lleva un traje de lino de color crudo. Yo estreno un vestido de color cereza, con tirantes, con un escote tipo palabra de honor para producir vértigo. Walt está encantador. Me quito los zapatos y descanso aliviada los pies en las baldosas frías.

Con los postres Walt me ha propuesto un trato: cambiarme su reloj de oro por mi vestido de tirantes. Nos hemos reído proponiendo otros posibles intercambios. La culpa es del whisky con hielo. La cuestión ha quedado zanjada en la habitación del hotel. Nunca había hecho el amor a la luz de la luna, en una terraza frente a un océano tan hospitalario.

4 de febrero de 2003 Esta mañana no he encontrado los guantes de piel. ¿Los he perdido? Estoy tan condicionada que lo primero que me he preguntado es si Glo tiene suficiente ropa de abrigo. Al salir a la calle he sentido un frío atroz en las manos. Las manos y los pies son mis puntos débiles. Me he detenido en Bloomingdale's, desesperada, y me he comprado unos guantes rojos de cabritilla, rojos caldera, largos, forraditos. Me han costado ciento noventa y dos dólares. ¡Ciento noventa y dos dólares! Me habría salido más barato comprar todo un rebaño de cabras.

5 de febrero de 2003 Annie se ha presentado a nuestra cita con su amiga Leo Novally. Han encontrado maravillosos mis nuevos guantes. Leo me resulta antipática. Algo en ella me pone tensa. Leo es ese tipo de mujer sabelotodo, superinformada, que revienta si no puede decir la última palabra, quería compartir con nosotras una gran oportunidad. Que nos estaba haciendo un favor, ha insistido, que era una inversión segura que le había pasado un bróker con el que se

había acostado alguna vez. A mí me ha parecido un camelo. Como diría tía Esperanza, lo bueno siempre escasea.

Carta de Glo 4:

Las pesadillas tardaron meses en aparecer. Al principio no soñaba, simplemente porque apenas podía dormir, pasaba las noches en vela por más que tomara dos o tres somníferos. Horas más tarde, cuando me hacían efecto, caía en un sueño profundo que me parecía la antesala de la muerte. Y me despertaba a las pocas horas con una sensación de ahogo, con dificultades para moverme y para respirar, completamente desorientada, tan cansada como antes de acostarme, incapaz de hacer el más leve esfuerzo. Me sentía presa de una profunda apatía, no hubiera podido responder a ningún estímulo, ni siquiera hubiera podido pronunciar mi nombre, y para recuperar el control de mí misma me arrastraba hasta la ducha.

Y el caso es que yo quería soñar con Sam. Muchas noches me colocaba delante del televisor y pasaba horas viendo las fotos y los vídeos en los que estamos juntos hasta que no podía más. He visto más de cien veces el vídeo de la fiesta, ¿la recuerdas, mamá? Aquella fiesta inolvidable que organizamos para gritarle al mundo que nos queríamos y que íbamos a casarnos en Las Vegas y que era el inicio de una nueva vida juntos. Me acostaba así, con los ojos llenos de imágenes suyas y en cambio no soñaba con él. Cuando empecé a poder dormir más o menos regularmente, con ayuda de las pastillas, empezó a surgir esa pesadilla. No es siempre exactamente igual, aunque aparezcan los mismos insectos. El sueño fue transformándose por mi culpa, el terapeuta me lo dejó bien claro la primera vez que se lo expliqué, porque según él me empeñé en entender el sueño, en interpretarlo, y eso lo hizo evolucionar en ese sentido terrible y angustioso.

Nunca sueño con Sam. Sam no aparece nunca en esa pesadilla horrible en la que estoy a punto de ser devorada por los insectos. Me despierto sudando, jadeando, a veces es tan agobiante que me levanto con la mandíbula dolorida o con las uñas marcadas en la palma de la mano o con el pijama desgarrado. Y entonces salgo corriendo, llamo a la puerta de mi vecino … Y no puedo rechazarlo porque sé que veré a Sam.

7 de febrero de 2003 Me he quedado en el apartamento de Glo. Hemos dormido juntas. Bueno, ha dormido ella, que se ha pasado casi toda la noche abrazada a mí. Se ha movido mucho, ha estado muy inquieta y no he podido conciliar el sueño. De niña hacía lo mismo,

sus patadas no me dejaban dormir y además me cubría las piernas de morados. Glo se ha levantado mejor, con la sensación de haber descansado como nunca.

8 de febrero de 2003 Me cuesta aceptar que Glo sea tan hermética, que levante tantas barreras. Puedo estar con ella, hacerle compañía, abrazarla, pero si intento abrir la boca, cuando intuye que le voy a hablar de su situación, se tensa como una cuerda de guitarra, se levanta bruscamente y se va.

Cómo odio el frío de NY. Nada hay más frío que dormir sola, una noche tras otra. Llevo arrastrando este pesar desde que me divorcié de Andy. Odio la soledad. Sé que algo va a suceder pronto. Es como un pálpito. Si me atreviera, si sirviera para algo, abriría la ventana y gritaría: «¡Búscame!».

11 de febrero de 2003 He llamado a Annie. En opinión de mi gestor, el negocio que nos propuso Leo Novally huele a estafa. «La pirámide», me ha dicho que le llaman a ese tipo de prácticas. Al principio la gente que está en la parte de arriba se puede beneficiar de la entrada de dinero, pero la mayoría que forma la base acaba perdiéndolo todo. La empresa paga los dividendos a los primeros con el dinero de los segundos. Annie se ha molestado, no ha querido escucharme; ha argumentado que no es una pirámide, que Leo lo llamó «un círculo de confianza para la realización personal».

12 de febrero de 2003 Cuatro días ya sin noticias de Glo. La he llamado cien veces. En dos ocasiones me he presentado en su apartamento y no he podido verla. No sé qué pensar. Tengo miedo de que haga una tontería. Pasa demasiado tiempo sola, incluso he pensado en llamar a la policía. No lo he hecho, no he querido dejarme llevar por la desesperación.

Que está bien, me ha dicho con un hilo de voz. Y enseguida lo ha matizado con un «ya sabes lo que quiero decir». Que no me angustie tanto. He llorado de una manera convulsa mientras me hablaba. Ha intentado consolarme, dice que necesita un poco más de tiempo.

15 de febrero de 2003 Llevo puesta toda la ropa que tenía en casa y ni así puedo quitarme la sensación de frío. Odio llevar tanta ropa, con tantas capas me siento una cebolla. Mi urgencia por salir de casa y caminar es superior a la necesidad de calor. Ya en la calle, bastan unos pocos minutos y ya no puedo soportarlo, se me hielan las manos y los pies, y busco enseguida un refugio. Salto de Starbucks en Starbucks como si fuera el juego de la oca. En cuanto pueda me escaparé un fin

de semana a Miami. Quizá Walt acepte una cita calentita.

17 de febrero de 2003 Le envié a Walt un billete para que visite NY el próximo fin de semana, para corresponder a su amabilidad. Me ha llamado, vendrá. El corazón me da un vuelco cada vez que oigo su voz. No he podido respirar hasta que ha aceptado la invitación. ¡Walt va a venir! Le he advertido que hace tanto frío que no podremos salir de mi apartamento. Le ha parecido genial, aunque le apetece una escapadita para patinar sobre hielo. Si quiere, patinaremos, pero nada de Manhattan, la pista de Prospect Park está más cerca.

18 de febrero de 2003 Annie quiere conocer a Walt. Piensa pasar por mi apartamento con una excusa u otra. Le he dicho que estoy segura de que lo hará, porque se muere de ganas de meterse en la cama con nosotros. Annie ha enrojecido hasta la raíz del cabello, no creo que se haya escandalizado, hace siglos que nos conocemos y lo sé todo sobre ella, lo que hay en su lado luminoso y también eso que oculta con tanto mimo en su lado oscuro.

20 de febrero de 2003 Le he pedido a Vivian que le ponga cien velas a la Virgen del Cobre. ¡Glo va a incorporarse al trabajo el primero de marzo! La han llamado, tienen varias bajas y necesitan reforzar la plantilla. Glo cree que no está preparada y que en el hospital se darán cuenta y no la aceptarán. De todos modos habló con su supervisora, y Charlotte le dijo que confía en ella y la citó para el día siguiente. Lo hará por Stuart.

21 de febrero de 2003 ¡Toda la noche nevando! La nieve está amontonada junto a la calzada para que los peatones podamos circular, pero aquí y allá han quedado pequeñas placas de hielo. Una mujer mayor ha resbalado y ha caído delante de mí. Nadie se ha reído, no es cierto que todas las caídas sean cómicas. Se ha hecho daño en una pierna, sangraba, y la hemos acompañado al interior de una tienda. En el siguiente cruce he parado un taxi, eran sólo cuatro calles, pero no tenía ganas de andar como si paseara por un campo de minas.

24 de febrero de 2003 He llamado a Walt y me he sentido bien. Aunque a tanta distancia sea un espejismo. En muchos aspectos Walt es como yo, le gusta vivir la vida, es un luchador optimista. Pero hay una gran diferencia entre nosotros, aunque parezca obvia, él es un hombre, soltero a pesar de su edad, sin hijos, sin compromisos.

Ha sido un fin de semana genial, no ha habido *Sun*, ni *Sea*, pero sí *Sex*, algo es mejor que nada. La sensación que tengo es la misma que

cuando sales de una piscina de aguas termales: fuera el aire es tan frío que hiere.

25 de febrero de 2003 ¡Vaya jarro de agua fría! Hasta hoy no he podido contactar con el abogado Lanchester. Le he explicado que Glo pensaba volver a su trabajo. Lo ha considerado una excelente noticia, aunque le ha parecido arriesgado que el terapeuta utilizara a Stuart como estímulo. El recurso está presentado, pero me ha insinuado que él no es muy optimista.

26 de febrero de 2003 He llamado a Walt y no lo he encontrado. Quería decirle que he soñado con él. Que me perseguían, aunque no sé decir quién, una especie de sombra heladora, y que he corrido desesperada a refugiarme entre sus brazos. Le he dejado mensajes, alguno subido de tono—siempre me arrepiento después—, en todos sus teléfonos: casa, despacho y móvil. Lo más probable es que no me devuelva la llamada. O que espere unos días. Sí, eso es, no me llamará mientras la cuerda esté tensa.

27 de febrero de 2003 Estoy reventada. ¡Odio esa dichosa manía de las mujeres de acabar limpiándolo todo en lugar de liarse a puñetazos! He puesto *Mi tierra* de Gloria Estefan a todo volumen y me he dedicado a limpiar la cocina y el baño. Cuanto más se acerca el primero de marzo, más nerviosa estoy. Tengo la certeza de que si Glo vuelve al trabajo algo empezará a cambiar. Para no pensar, me he puesto a fregotear la casa.

28 de febrero de 2003 Mañana es el gran día. Por suerte este año no es bisiesto. Yo no saco el tema y Glo tampoco, finge que todo sigue igual. La conozco, sé que tiene una decisión tomada. No me atrevo a preguntar por miedo a la respuesta. Y también por miedo a que su mirada contenga un reproche. Con un poco de aceite y una mecha he improvisado una palmatoria, la he colocado ante la estampa de la Virgen de la Caridad del Cobre.

1.º de marzo de 2003 Glo ha vuelto al trabajo. ¡Bendito hospital!

La he llamado al acabar su jornada. Me ha confesado que estaba bien, cansada pero satisfecha. Se ha sentido extraña al iniciar la jornada, pero ha llegado un momento en el que ha podido concentrarse en su trabajo y se ha olvidado de todo lo demás. Creo que ella misma está sorprendida. He llamado también al terapeuta, con el único propósito de darle las gracias; y más tarde a Annie, únicamente para que alguien pudiera oírme llorar.

4 de marzo de 2003 De compras con Glo. Me ha llamado Jenny, es la mujer discreta y bondadosa que hace la limpieza en su apartamento y me informa de lo que Glo necesita. Cenamos juntas después. Intento llevar la conversación hacia la idea de rehacer su vida, ahora que vuelve a trabajar, pero no le interesa. Si tiene ganas de conversar, a Glo únicamente le apetece hablar de Sam y de Stuart.

5 de marzo de 2003 Glo no se parece ni a mamá Vivian ni a mí. De nosotras ha heredado el cabello, los ojos y los labios, ése es todo su aire cubano. Glo es alta, esbelta, está obsesionada con la delgadez como cualquier neoyorquina. Es muy seria y un poco altiva.

Bronca con mamá Vivian. Me ha telefoneado para reñirme porque no la llamo. Tiene gracia. Mamá siempre espera que yo tome la iniciativa, todavía cree que una llamada de larga distancia vale una fortuna. Le he dicho que he estado muy ocupada con Glo y le he preguntado cuánto tiempo hace que no llama a su nieta. Se ha molestado.

Carta de Glo 5:

Todo el mundo cree saber cómo me encuentro, y lo insufrible es que nadie se abstiene de darme consejos, de decirme qué debo hacer, qué harían ellos en mi lugar, e incluso hay quien se atreve a aconsejarme sobre cómo debería vestirme. «Huye del gris y de los tonos oscuros», me dicen. «Utiliza colores que te devuelvan la alegría y las ganas de vivir». Qué estupidez, qué demonios sabrán ellos.

No es verdad. Sólo el doctor Sampler es capaz de reconocerlo, él dice que nadie puede ponerse en mi lugar, que nadie puede saber lo que sucede en mi interior y que es muy lógico que yo no sepa cómo explicarlo. No hay palabras, dice él, para describir las complejas emociones, las sensaciones físicas, que se dan cita dentro de mí. Es como una de esas tormentas en las que el viento, la lluvia y los tornados azotan una ciudad, es imposible describir lo que allí está sucediendo, lo único que podemos hacer es mostrar las imágenes y que cada espectador extraiga sus propias conclusiones. En mi caso, según él, eso no es posible, porque a mi alrededor la gente tiene una idea muy superficial de lo que me está sucediendo, no ven la tormenta que se desata en mi interior, no perciben el furor del tornado, no pueden observar cómo me afecta ni el daño que me hace.

El doctor Sampler tiene toda la razón, nadie puede imaginar siquiera qué se siente cuando la desgracia cae sobre ti y arrasa con

lo que más quieres, con lo que le da sentido a tu vida. Sam fue mi primer amor, al conocerle supe que los otros hombres con los que había salido no habían significado nada para mí.

Debería ser posible renacer; morir y volver a la vida como otra persona y comenzar de nuevo, que en el tránsito pudieras deshacerte de las experiencias que te han marcado a fuego. He buscado el sentido de la vida en la iglesia y también en algunos de esos grupos de autoayuda, pero ellos tampoco saben nada: unos me piden resignación, me dicen que los designios del Señor son inescrutables; y los otros, que busque en mi interior la semilla de mi propia resurrección, como si no hiciera otra cosa, como si no estuviera en este estado a causa precisamente del vértigo y la desolación que siento cuando me asomo a ese agujero negro.

8 de marzo de 2003 He ido a depilarme, con Annie, y a tomar rayos UVA. Un poco de calor siempre viene bien. Quería una depilación a la brasileña, pero he tenido un ataque de locura y le he pedido a la esteticista que me recortara la letra W. Annie me ha llamado «chiflada lujuriosa». He replicado que es un embrujo para atraer al hombre que representa. Nos hemos reído como locas toda la tarde.

Me ha llamado papá. Que llame a Vivian, me ha rogado, que la llame o se va a volver loco. O peor aún, cree que le obligará a conducir hasta NY. Mamá Vivian tiene fobia a los aviones.

10 de marzo de 2003 Todo el día, en todas partes, he tropezado con parejas besándose. De todas las edades. La primera, en la esquina de casa, cuando todavía no eran las nueve. Unos jovencitos estaban diciéndose adiós y no eran capaces de separar sus labios. He pensado dejarles las llaves de mi apartamento, con suerte aún encontrarían caliente la cama. La última, en el taxi que me ha devuelto a casa. La pareja que dejaba el taxi no salía del vehículo porque el último beso ha durado una eternidad. El conductor me ha mirado y ha hecho un gesto de comprensión con los hombros. Durante todo el trayecto he estado pensando que quizá podía empaparme de la pasión y del calor que esa pareja había dejado en aquel cubículo.

11 de marzo de 2003 Siempre que llamo a Glo acaban sudándome las manos. No sé formular las preguntas adecuadas para averiguar cómo se encuentra. A veces me parece que la interrogo y percibo su resistencia en el tono de su voz. Estos días la noto más serena, menos crispada, pero no sé si son imaginaciones mías o si se corresponden de verdad con su estado actual. Quería saber si todavía duerme con la llave de su apartamento atada a la muñeca. Glo se ha limitado a decirme que estar más cansada le ayuda a dormir. Todavía necesita las

pastillas, pero descansa mucho mejor y no se levanta por las noches. A buen entendedor.

12 de marzo de 2003 Llueve otra vez, no se ve ni un alma por la calle. Recuerdo una tarde inhóspita, caía un aguacero insoportable. Un viento furioso arrastraba la lluvia y te azotaba el cuerpo y el rostro. Hacía inútiles los paraguas. En la puerta de un edificio, una mujer joven, bien vestida, se quitó los zapatos de tacón para ponerse unos botines acharolados, no eran muy adecuados para ese momento, pero mejor que los zapatitos rojos con tirantes. Levantó el pie y dejó resbalar el zapato hasta que quedó en equilibrio sobre los dedos. Entonces un furioso golpe de viento se lo arrebató y lo arrastró lejos. Supongo que sin pensárselo salió corriendo tras su zapato, pero antes tuvo que levantar el otro pie en un gesto idéntico al anterior; en esas condiciones era preferible correr descalza, y otro golpe de viento le arrancó el segundo zapato y lo arrastró también. Así que la mujer abandonó la protección de la marquesina para poder atrapar sus zapatos de quinientos dólares, con el bolso y la cartera en bandolera y los botines en la mano. Antes de que hubiera dado diez pasos estaba tan empapada que se quedó clavada en la acera, parecía un espantajo, y se echó a llorar desconsoladamente.

13 de marzo de 2003 Glo se hundió cuando le quitaron el niño. Ya estaba muy tocada, muy angustiada. Hasta entonces había resistido a duras penas porque tenía que cuidar de Stuart y él la necesitaba. Pude convencerla para que acudiera a un terapeuta sólo porque entendió que no podía abandonar a Stuart. Que los dos se necesitaban. Ha pasado un año y medio desde la tragedia y gracias al doctor Sampler ha recuperado su trabajo. Pero en todos estos meses la he oído reír una sola vez. Gracias, tía Esperanza.

16 de marzo de 2003 No he conseguido localizar a Walt. Tengo la sensación de que me estoy equivocando. Me puede la ansiedad. Le he enviado varios mensajes al móvil y otros dos al correo electrónico. Uno de los mensajes suena extraño, es verdad que le echo de menos, no me importa que lo sepa, estoy colgada por él, pero al final se me ha colado un reproche. Lo último que deseo es agobiarlo, que me considere obsesiva o acosadora. Aunque la primavera está abriéndose, o precisamente por eso, el fin de semana ha sido frustrante.

¡BÚSCAME!

Y de repente me ha llamado Walt, simpático y parlanchín, amable y cariñoso. Y me ha prometido que pronto pronto pronto va a organizar una cita.

17 de marzo de 2003 Annie se ha empeñado en desfilar. Definitivamente está loca y yo peor, puesto que le he hecho caso y me he unido a su grupo de irlandeses con un magnífico sombrero verde de plástico y un pañuelo verde manzana al cuello. Por lo menos tres de ellos se llaman Patrick. Después han decidido visitar todas las tabernas irlandesas de Brooklyn. Por suerte tenía una buena coartada, mañana tengo grabación en NICK y mi voz y mi cabeza tienen que estar frescas y claras.

Carta de Glo 6:

Hoy no he trabajado. Ayer mis compañeras me metieron en un taxi y me enviaron para casa. La supervisora me ha ordenado que me tome unos días de descanso forzoso. Ya ves, mamá, no he aguantado ni veinte días.

Estaba en urgencias, habíamos pasado una noche tranquila, con ese goteo constante de pacientes que han sufrido un accidente casero o que se presentan con una contusión leve o que se han asustado a causa de un fuerte mareo, y faltaban tres horas para que acabara mi turno cuando llegaron varias ambulancias con una docena de personas heridas, con politraumatismos, algunas muy graves. Nos habían alertado por teléfono: al parecer había habido un choque múltiple a la salida del túnel Holland y se habían producido numerosos heridos, algunos de ellos con pronóstico grave. Uno de los accidentados era un hombre joven, corpulento, había quedado atrapado en su vehículo y tenía quemaduras de primer grado en el setenta por ciento de su cuerpo. Su estado era realmente crítico. Trabajamos hasta la extenuación en el box para intentar salvarle la vida, probamos con todo, pero no sirvió de nada, le perdimos.

No sé cómo sucedió, la verdad es que estaba tan cansada que no puedo recordarlo, sólo sé que a las 5:04 h el doctor había bajado los brazos y certificado su muerte, pero cuando llegó su mujer me encontraron abrazada a ese hombre, al que yo misma había cubierto completamente con una sábana, estaba sollozando y no podía contener las lágrimas. La mujer se puso a gritar como si justo al verme allí hubiera sido consciente de la muerte de su marido. Tuvieron que llamar a varios celadores para despegarme de él y llevarme a una habitación vacía. La supervisora me recordó que mi turno se había acabado hacía varias horas, me obligó a recoger mis cosas y me mandó a casa; decidieron que era estrés, que había sido una guardia muy exigente.

¿Te imaginas la situación, mamá? ¡Pobre mujer!, le avisan de que su marido ha tenido un accidente, seguramente le dijeron que

estaba grave aunque no le contarían toda la verdad, ella llega corriendo al hospital con el corazón en un puño y encuentra a otra mujer abrazada a su hombre. ¿Qué debió de pensar de mí? Con un poco de suerte, quizá que yo estaba loca, o que era una enfermera histérica que no sabía comportarse con un mínimo de profesionalidad.

Conocí a Sam en el hospital, lo recuerdas, ¿verdad?, también en una situación dramática. Su mujer había tenido un accidente de coche y había ingresado en estado de coma. Sam venía a verla todos los días, a menudo traía en brazos a su hijo Stuart. Sam no solía acudir a las horas de visita convencionales, su trabajo no se lo permitía, y a menudo me quedaba con el niño para que él pudiera estar más tranquilo en la habitación. Audrie no se recuperó. En la planta lo sabíamos todos; por desgracia era sólo una cuestión de tiempo. Unos meses más tarde, cuando Stuart cumplió cuatro años, yo tenía acceso a la ficha de la familia, llamé a Sam. Se extrañó cuando le dije quién era, y aún se sorprendió más cuando le pedí permiso para llevarle un regalo a su hijo. Así empezó todo entre nosotros.

Más tarde, no supe defender a Stuart y me lo arrebataron. Yo era como un monigote, respiraba porque tenía que cuidar del niño, pero no era capaz de nada más. Estaba tan fuera de mí que a veces le preparaba la cena dos veces o intentaba bañarlo sin quitarle la ropa. Era Stuart quien me guiaba y me corregía como si él fuera el adulto y yo la niña extraviada. Tuve miedo de que pudiera pasarle cualquier cosa y no tener fuerza para afrontar la responsabilidad. Cuando sus abuelos vinieron a buscarlo debí comportarme como cualquier animal salvaje al que intentan separar de su cría. Tendría que haber peleado por él, tendría que haber matado por él, y sin embargo me encontraba apática, vacía, y llegué a pensar que incluso podía ser mejor para Stuart. Pobre niño, pobre de mí.

Stuart te llamaba «abuelita», aunque a ti no te hiciera mucha gracia. La verdad es que yo le incitaba a que te llamara así. «Saluda a la abuelita», le decía a Stuart, cuando salía corriendo para coger el teléfono. Necesitaba sentir que querías a Stuart tanto como me quisiste a mí de niña.

Mis compañeras están al corriente de lo que le sucedió a Sam, aunque intuyen que no es un tema del que se pueda hablar conmigo. Saben cómo me siento, que estoy yendo a un terapeuta porque no consigo superar esa pena que me taladra el pecho, y sin embargo ellas se han puesto de acuerdo para decir que la causa de ese episodio de pérdida del control ha sido una punta de estrés. Me han llamado todas para mostrarme su cariño y para pedirme que me cuide, que descanse mientras lo necesite. Sin embargo, el viernes

volveré al hospital; aunque tenga que arrastrarme, no estoy dispuesta a quedarme en casa, se lo debo a Stuart.

29 de marzo de 2003 He llamado al abogado Lanchester; percibo en su voz que le resulto molesta. No me importa, le pago por su tiempo y necesito saber cómo avanza el recurso. Han pasado casi diez meses desde que perdió a Stuart. Glo se hundió, hasta el extremo de que temí por su vida y por su cordura. Para ella fue como si Sam hubiera desaparecido dos veces.

22 de marzo de 2003 Primer fin de semana que Glo no trabaja en todo el mes. No recordaba lo esclavo que es el sistema de turnos y guardias. A ella no le importa, está acostumbrada a vivir en otro horario y le encuentra ventajas: por ejemplo, que así no se tropieza con ese vecino detestable. Como si se pudiera vivir en el caparazón de una tortuga. Glo necesitaba renovar su vestuario y hemos ido de compras sin prisas, es decir, sin hombres.

Hemos seguido las noticias sobre la nueva guerra con Irak. Bush hijo quiere parecerse en todo a su papá. Glo opina igual que Annie, dice que lo de las armas de destrucción masiva es un camelo.

24 de marzo de 2003 Me ha llamado Walt y el corazón me ha dado un vuelco. Ha sido honesto: es difícil mantener una relación sentimental a distancia, no podemos centrar nuestra vida en encuentros esporádicos. Me ha dicho que puedo llamarle cuando quiera, cuando lo necesite, que para él soy un motivo de alegría. También él me echa de menos.

Hay una distancia física, que tiene que ver con la geografía, y otra espiritual, que está relacionada con el estilo de vida de cada uno. Nos hemos citado en Las Vegas.

Carta de Glo 7:

Me odio a mí misma.

Me odio porque me levanto por la mañana y me lavo la cara y me preparo una tostada y tomo café.

Me odio porque puedo peinarme y vestirme y salir al trabajo como si nada hubiera sucedido. Como si Sam estuviera aquí todavía, en la puerta, cerrándome el paso con su fuerte brazo para darme un beso de despedida.

Me odio porque me enfurece perder el autobús y porque me molesta que me sirvan el café tibio y porque de repente soy consciente de que necesito comprarme ropa.

Me odio porque me esfuerzo en sonreír y en escuchar a mis

compañeras aunque no pueda entender qué les sucede.

Me odio a mí misma porque tengo el corazón roto y, sin embargo, sigue latiendo. Me odio porque, a pesar de todo, sigo viva.

Me odio porque ahora sé que, suceda lo que suceda, podré sobrevivir. Porque para mi desgracia, he podido comprobar que cualquiera que sea el daño que la vida me pueda tener destinado, podré sobrevivir.

Me odio porque debí morir con Sam.

28 de marzo de 2003 He ido a buscar a Glo al hospital. Hemos pasado juntas el resto del día. En silencio. A veces cogidas de la mano. En silencio, porque no se me ocurría nada que pudiera mitigar su dolor.

29 de marzo de 2003 He leído una y mil veces la última nota de mi hija, y una y mil veces se me rompe el corazón. A pesar de su crudeza, entiendo lo que hay de positivo en ese texto. Su terapeuta me repite a menudo que es bueno que exprese lo que siente, que debe exponer en voz alta todo su dolor, que ése es un paso más en la buena dirección. Pero he llorado tras cada lectura, lloro cada vez que recuerdo esa última frase: «Me odio porque debí morir con Sam».

3

BUSCA EN TU INTERIOR

Anochecía, a pesar de que sólo eran las cinco, cuando Paul Knobel entró en Legs arrastrando con las botas hojas de acacia humedecidas y pisoteadas que cubrían la acera. Intentó pisar esas hojas alargadas y amarillas con la punta de sus botas para dejarlas entre las dos puertas, pero sólo consiguió pasarlas de una bota a la otra hasta que se hartó de esa fastidiosa danza ceremonial y decidió entrar. La cafetería tenía un momento dulce, apenas media docena de parroquianos que conversaban tranquilamente a resguardo de un viento frío y una humedad que encharcaba el alma. La barra de la cafetería tenía forma de U y creaba a los dos lados una zona más estrecha con una hilera de taburetes junto a la barra y pequeñas mesas alineadas una tras otra junto a los ventanales. En uno de esos pasillos, el que daba a los servicios, estaba su rincón favorito, pues desde allí podía controlar la entrada a su edificio—construido con bloques de hormigón pintados de gris ala de mosca y algunas franjas de color ocre en las ventanas y en la puerta de entrada—, la escalera de acceso e incluso las ventanas de su estudio. Entró para cobijarse y tomar algo caliente. Como cliente habitual, Paul sabía que hasta la hora de cerrar menudearían los parroquianos, en su mayoría gente del vecindario que prefería que le sirvieran una cena rápida, la especialidad de Legs, a tener que cocinar en casa. Esas tardes festivas Fats y Diana, que ya estaban en la cocina, se hacían cargo del negocio hasta medianoche.

Antes de que hubiera acabado de acomodarse Natalie ya estaba al lado de la mesa, con la libretita en la mano y golpeando la cubierta rítmicamente con su lápiz de escolar.

—Hace un par de días que no se te ve el pelo, ¿lo de siempre?—le preguntó la camarera.

—Un té—respondió él—, tengo una cena.

Un par de minutos más tarde la camarera le servía un té con leche. El fotógrafo se echó dos pastillas a la boca y devolvió el botecito de plástico al bolsillo de su chaquetón, tomó la taza y dio un sorbo, corto porque el té ardía. Paul sólo tomaba té negro con leche o té verde con

mucho limón, aunque en los meses de verano le añadía hielo. Daba igual con qué acompañara el té: tanto podía ser un dónut como una hamburguesa, lo determinante era la estación del año. Como no había mucho trabajo Natalie se demoró un poco más de la cuenta.

—No te veo muy arreglado para una cita—comentó al servirle el té—, ¿o se trata de una cena de trabajo?

Paul levantó la vista para cerciorarse, aunque estaba seguro de que encontraría una mueca burlona instalada en su rostro.

—¿Por qué no me acompañas?—le propuso de manera espontánea—. Sí, tú, y no pongas esa cara de alienígena que se sorprende por todo. Es domingo, hoy cerráis pronto, ¿a qué hora sales? A las seis o a las siete—continuó él—, si no me equivoco. Te espero y cenamos juntos—insistió—, quizá conozcas el restaurante, tengo mesa reservada en el Ocho y medio.

—Cerca de Central Park, ¿verdad? Pues no, no he ido nunca, es demasiado caro para mí. Seguro que es una buena elección si vas con la persona adecuada.

—Entonces, ¿me acompañas?—insistió sin mirar directamente a la camarera, como si le quisiera quitar importancia a su proposición.

—Te agradezco la invitación, pero—Natalie se mostró suspicaz—¿no te habrá calentado mucho los cascos ese colega tuyo, Rufus?

—¡En absoluto!—contestó él con un gesto airado que en realidad iba destinado a su ayudante—. Verás—le explicó—, he reservado mesa en el restaurante en el que la propietaria del diario tenía hoy una cita de trabajo. Tu compañía me ayudará a pasar desapercibido y me resultará más fácil echar un vistazo. Si voy solo y me dedico a examinar a todas las señoras que me parezcan interesantes puedo ganarme un buen par de bofetadas. No lo consideres una cita si eso te incomoda—añadió abriendo las manos—, piensa que es una investigación sociológica y que se trata de realizar el trabajo de campo.

—De acuerdo—aceptó la camarera animada—, puede ser una experiencia divertida, sobre todo si realmente aparece esa enigmática señora. Aunque me parece increíble que estés tan obsesionado. No se corresponde nada con la imagen que proyectas. —Natalie suavizó la expresión sobre la marcha para que no pareciera una crítica—. Quiero decir con la imagen que los demás nos hemos hecho de ti.

—¿Por qué?—protestó—. Me comporto como lo haría cualquier ciudadano ejemplar. He encontrado un diario y, como no he hallado en él nada de valor—ironizó—, pretendo devolvérselo a su propietaria para ganarme una recompensa. Y para cumplir mi propósito, no he tenido más remedio que ojear ese cuaderno y algunos textos han llamado mi atención.

—«Nostalgia del beso»—recordó la camarera.

—¿Dónde está el problema?—continuó el fotógrafo—. ¿Es eso estar obsesionado?

—No te equivoques, querido. Has leído su diario y crees conocerla —puntualizó Natalie—, pero recuerda que ella no lo escribió para ti. Puede que no le haga ninguna gracia que te hayas asomado a su intimidad. De todos modos—continuó después de una breve pausa—, acepto tu invitación con una condición: necesito tiempo para pasar por mi apartamento, quiero cambiarme y arreglarme un poco. Tú puedes ir como quieras, hasta disfrazado de Mickey Mouse, pero si yo salgo a cenar a ese Ocho y medio, quiero estar a la altura.

—Yo te veo bien. —Paul lo dijo sin pensar, por ahorrarse la espera —. Por mí no te preocupes.

—No seas ridículo. Las mujeres hemos inventado frases célebres del tipo «Me pongo cualquier cosa y salimos». —Se llevó las manos a la cintura y utilizó un registro que pretendía ser más sensual—: «¿Estupenda?, pero si me he puesto lo primero que he encontrado en el armario»; o «Estoy en un minuto, de verdad, cariño, no necesito más». Y cada frasecita es más falsa que la anterior. La verdad y nada más que la verdad es que nos importa mucho cómo vamos a arreglarnos y si hace falta tiempo, nos lo tomamos. Y exigimos que quien nos espera sepa valorarlo, ¿entendido?

Paul le pidió al taxista que esperase ante la puerta de Natalie, faltaban diez minutos para las siete y media. En su fuero interno, se dijo que mantendría la calma hasta las ocho menos veinte. El fotógrafo odiaba la falta de puntualidad, le parecía la peor de las groserías. «Aquí estoy—pensó—, otra vez en un taxi esperando a una mujer, ¿cuántas veces en lo que va de semana?». En dos ocasiones había estado a punto de coincidir con Gloria Graham, la última el pasado jueves en los estudios de grabación. La recepcionista se había extrañado al oírle preguntar por ella. «¡Pero si la señora Graham acaba de salir!», exclamó incrédula, sin dejar de mirar hacia la puerta de entrada. «¿En qué dirección?», fue lo único que él atinó a preguntar. La recepcionista se limitó a levantar los hombros y más tarde, pese a la insistencia del fotógrafo, se negó de manera tajante a facilitarle su dirección o su teléfono.

—¿Qué haría usted si un pasajero perdiera un diario en el interior de su taxi?—interrogó al taxista. El conductor tenía apoyada la cabeza en la ventanilla y fingía dormitar mientras que con el rabillo del ojo miraba saltar inmisericordes los números en el taxímetro. «En el cielo», salmodiaba el conductor, «el Altísimo debería premiar con pasajeros así a los taxistas honrados». La pregunta de su pasajero lo sacó de su ensoñación y giró la cabeza hacia él—. ¿O si lo encontrara

en la calle—insistió mirándolo abiertamente—, por ejemplo tras estacionar el vehículo?

—¿Un diario?—repitió extrañado el conductor, como si intentara ganar unos minutos para concentrar su atención en la pregunta—. ¿Qué tipo de diario? ¿Me lo puede describir?

—Un cuaderno, normal, del tamaño de un libro, tapas flexibles, un par de centímetros de grosor—le aclaró, aunque ya se había arrepentido de haber iniciado la conversación.

—Nunca me he encontrado un diario. Paraguas, maletines, libros, no le miento si le digo que los he encontrado a cientos, incluso varios móviles, pero un diario, no recuerdo haber encontrado uno nunca.

—Está bien, lo he entendido, no es su caso. Pero ¿qué haría usted si se encontrara uno ahora mismo? ¿Buscaría a la persona para devolvérselo? ¿Lo llevaría a la central de su compañía de taxis? ¿A la oficina de objetos perdidos? ¿Qué hacen ustedes en un caso semejante, la compañía no tiene un protocolo?

—¡Uf!, ¡qué va!—el taxista dudó unos segundos, mientras intentaba procesar esas preguntas encadenadas—, seguramente lo tiraría. Si llevas cualquier cosa a la central tienes que rellenar un formulario y explicar cuándo lo has encontrado, la ruta que hiciste, describir a la persona y cosas así… Siendo un objeto sin valor, ¿para qué me iba a molestar?

—¿Y la recompensa?—le preguntó—. ¿No es habitual que la gente premie con una recompensa a quien devuelve un objeto personal?

—No crea, eso de las recompensas no es nada frecuente, a mí no me ha sucedido nunca, todo lo más he oído referir media docena de casos, y le aseguro que llevo muchos años haciendo el taxi. Para ganarte la recompensa has de entregar el objeto personalmente, y la verdad es que te puedes llevar un buen chasco, o se te puede quedar la cara de tonto cuando te sueltan un billete de diez o veinte dólares, y quizá has tenido que cruzar la ciudad de punta a punta. La gente no suelta la pasta fácil—remató.

Natalie debía de estar pendiente de su llegada, pues apenas pasaban doce minutos de la hora convenida cuando se iluminó el portal del edificio y unos instantes más tarde apareció ella. A contraluz, surgía del portal como una vedette a la que siguen los focos; llevaba sobre los hombros un abrigo de color beige, muy ligero y abierto de modo que parecía que tenía alas. Se había recogido el cabello, llevaba tacones de aguja de diez o doce centímetros y, bajo el abrigo, un vestido azul marino por encima de las rodillas que dejaba a la vista unas piernas largas y esbeltas.

Un minuto antes Paul había salido del vehículo para llamarla a través del portero electrónico y se encontró con la camarera en mitad

de la acera. Por suerte para él, pues a veces hay coincidencias que son favorables, ella lo interpretó como un gesto de caballerosidad.

—Estás estupenda—le dijo forzando una sonrisa—, ¿no te habrá calentado mucho los cascos mi colega, Rufus?

El trayecto hasta el restaurante se inició con un silencio expectante, de tanteo mutuo. Al entrar en el taxi, Paul levantó la gorra que llevaba en la mano y se la puso. Natalie lo miró extrañada y el fotógrafo se limitó a señalar el techo del taxi mientras hacía una mueca de asco. Ella se rio por la ocurrencia. La situación era nueva para los dos, aunque se tratara de una cita que no era una cita, y no se decidían a romper el hielo, hasta que de nuevo surgió el asunto del diario y de su propietaria.

—¿Tienes alguna idea, aunque sea remota, de cómo es ella?—le preguntó Natalie—. Me refiero a datos que permitan reconocerla: la edad, la altura, el tipo de cabello, el estilo…

—En los últimos días he avanzado mucho en mis indagaciones—le confesó, y antes de que ella pudiera opinar añadió—: lo cierto es que he dedicado bastante tiempo a intentar localizarla. Pero, aunque sé algunas cosas, se llama Gloria Graham, no he podido hablar con ella, tampoco la he visto, aunque nos hemos cruzado en uno de los estudios de doblaje en los que trabaja. —Natalie lo miraba con los ojos abiertos de par en par, y con una media sonrisa en los labios, entre sorprendida e incrédula—. Nadie me ha querido dar ni su dirección ni su teléfono particular, como era de esperar—reconoció él—, así que voy dejando el mío por ahí junto al mensaje de que tengo su diario. Si no es hoy, mi suerte puede cambiar en un par de días—añadió—, porque su exmarido, Andy Graham, ha aceptado reunirse conmigo.

—Cuéntame cosas de esa Gloria Graham, ¡va!

—Está divorciada—Paul decidió darle a su relato un tono telegráfico, pues de algún modo le incomodaba revelar todos esos detalles—desde hace unos cinco años. Es actriz de voz, trabaja en el doblaje de películas y de series, sobre todo de dibujos animados, y también en publicidad. Tiene una hija que se llama como ella. Al parecer su hija está viviendo una verdadera tragedia.

—¿Cómo has averiguado todo eso?—quiso saber Natalie.

—He encontrado pistas en el diario: los estudios de doblaje donde suele colaborar, la empresa en la que su marido es jefe de compras, o por ejemplo que su amiga Annie Hawthorne es profesora de la Universidad de Nueva York—respondió, como si su comportamiento fuera el esperado en esos casos—, pero de momento sólo he conseguido hablar con los estudios y con Annie. Hay una serie de nombres que se repiten habitualmente. Con uno de ellos, Walt, tiene, o ha tenido, una relación, pero vive en la Costa Oeste y se ven poco. Quizá los besos de los que Gloria Graham siente nostalgia sean los

suyos.

—¿No te produce una sensación extraña saber tantas cosas de alguien que no conoces?—comentó ella—. Normalmente esta aproximación suele darse en los dos sentidos, cómo se dice…, de manera recíproca. Y sin embargo cuando la veas, imagina que es esta misma noche, para ti será alguien familiar, próximo, y en cambio tú para ella serás un perfecto desconocido que, además—Natalie se irguió un poco—, va acompañado de una mujer despampanante. De todos modos—añadió—, imagino que tienes un plan, habrás pensado cómo vas a reconocerla. —Paul abrió los ojos de par en par. Ni se le había ocurrido, pero no dijo nada—. Si tiene una cita de trabajo—continuó ella—, lo más razonable es que esté acompañada, quizá sea un grupo numeroso. Se me ocurre una idea: cuando estemos en el restaurante llamas por teléfono y preguntas por la señora Graham, dices que se trata de un asunto muy urgente y cuando la llamen por su nombre, puedes presentarte. Y si te parece violento, al menos sabrás quién es, qué aspecto tiene, y además, cuando la veas—sonrió—, quizá se te quiten las ganas de intimar.

Paul levantó la mirada y se puso serio, como si meditara en las palabras de su acompañante.

—Lo único que sé—dijo al fin—es que su cita era a las ocho. Son las ocho y veinte, así que seguro que Gloria ya ha llegado. Y nosotros también—continuó señalando hacia un local ante cuya entrada había varios vehículos mal estacionados—. El restaurante está situado en el sótano del número 9 de la calle 57 Oeste con la Quinta Avenida. La recepción se abre al pie de una escalera imponente que desciende en espiral desde el nivel de la calle. Se trata de un espacio visible desde cualquier punto de la sala, ya que queda algo elevado. He reservado mesa para dos a nombre de Paul Garner—le dijo a Natalie; ella le miró extrañada, era la primera vez que oía ese apellido—. Hazme un favor, mientras te atienden iré al baño, empezaré mi inspección con un recorrido por la sala; así podré descartar a las mujeres que no me parezcan apropiadas, alguien que grita «¡Búscame!» en su diario debe de tener un aspecto especial.

—De acuerdo—replicó ella visiblemente divertida—, de momento iré estudiando la carta de vinos.

Tardaron en ordenar la cena porque Natalie no pudo contenerse y se dedicó a comentar los curiosos adjetivos que ilustraban los platos y sus no menos sorprendentes precios. Una vez atendidos, se dedicaron a describir y a valorar una por una a todas las mujeres que cada uno de ellos tenía a la vista en el sector del local que podían controlar con la mirada. Ella colocó las copas de agua y las del vino en el lugar que ocuparían, en un reloj imaginario, las tres, las seis, las nueve y las doce.

—A las diez—empezó—, una mujer algo gordita, sobre los cincuenta años, con un collar cuyo seguro es más alto que mi sueldo, pero tiene morbo. —Paul se giró hacia allí de manera disimulada, echó un vistazo y fingió que su cabeza se desplomaba sobre la mesa.

—No, por favor—masculló—, ten piedad de este pobre fotógrafo. A las seis, justo detrás de ti—continuó él—, aparenta treinta, pero si le añadimos los que pretende haberse quitado con la cirugía, debe de estar por encima de los cuarenta y cinco.

Natalie se volvió, como si pretendiera llamar la atención de un camarero.

—Por Dios—comentó—, si es ella debes huir del país lo antes posible.

El ejercicio de observación empezó medio en serio y continuó como un juego cada vez más alocado, en el que parodiaban la situación y su propia labor de concienzudos investigadores. Se atrevieron incluso a levantarse para realizar rápidas observaciones en territorios cercanos y volver con informes detallados sobre las posiciones enemigas. Siguieron así un rato, hasta que las risas y algunas frases fuertes de Natalie planearon sobre la sala y decidieron que era mejor permanecer callados en su rincón.

—Es imposible—reconoció Paul—, además de nuestras excelentes dotes como observadores deberíamos poder oír sus conversaciones por si surge su nombre o un dato que me permita identificar a esa mujer.

—Quizá deberías haber recurrido a medios técnicos—se le ocurrió a ella—: una cámara de esas minúsculas camuflada en un botón y un micrófono ambiental para captar todas las conversaciones. Luego sería cuestión de analizarlas en tu laboratorio y listo.

—¿Qué más has averiguado sobre esa mujer?—quiso saber la camarera—. Me refiero a otro tipo de cuestiones, al margen de que esté divorciada o tenga un novio. ¿Cómo es, qué le gusta, qué espera de la vida? Has descubierto más frases como esa de la nostalgia del beso, ¿verdad?

—Parece una mujer muy apasionada—respondió él—, odia el frío de Nueva York, pero lo que se refleja con más insistencia es su preocupación por Glo. Le ha pasado algo grave a su hija, parece que su marido murió en un accidente y ella no lo ha superado.

—¡Menciona una hija que ya está casada!—exclamó Natalie—, ¿qué edad debe de tener entonces? Entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años—calculó, y cabeceó como si ese dato fuera un grave inconveniente.

—Algo así, pero no estoy seguro—repuso él—, quizá más. Ésta era la primera salida que mencionaba. En algunas páginas ha encartado las notas que le envía su hija, supongo que en el día que las recibe,

pues no están fechadas. Ahí menciona también a un niño, hijo de su marido, y problemas con su custodia. Por lo demás—continuó Paul—, he encontrado también anuncios y críticas de películas en las que ella ha intervenido como actriz de voz, pero no estoy seguro de poder reconocerla, ni tampoco que sea realmente su registro habitual, pues algunas voces están claramente impostadas. Sobre Walt—se adelantó él—, parece que su relación sufre altibajos. Walt vive en Los Ángeles. Es probable que esa expresión, «¡Búscame!», que aparece en diferentes registros, vaya dirigida a él. Aunque sólo es otra hipótesis. De hecho aparecen alusiones, pero no he encontrado una referencia directa. También cabe la posibilidad de que sea una llamada genérica, la expresión del ansia de ser encontrada. En la misma línea que la «nostalgia del beso» puede referirse a los besos de alguien concreto o a los besos que compartimos cuando estamos enamorados.

—No te reconozco, Paul, de verdad. «Búscala»—insistió Natalie mientras se servía otra copa de vino—. Me parece mayor para ti y puede que acabe ofreciéndote una tonta propina por la molestia que te estás tomando, pero creo que vale la pena. Si estuviera en tu lugar, no lo dudaría.

—En cualquier caso—continuó él después de un silencio expectante—, está visto que no podrá ser hoy.

—¿Por qué se llama Legs, tu cafetería?—El fotógrafo dudó un momento y luego soltó la frase de un tirón—: ¿Acaso por esas piernas tan largas y bonitas?

—¡Vaya…!—Natalie casi se atragantó al oír el intento de piropo—. El tipo de las cavernas sabe alternar… Supongo que no has oído hablar de un famoso bandido, Legs Diamond—continuó sin inmutarse—. Se dedicó al contrabando de alcohol durante los años de la prohibición. Resulta que Legs se llamaba Jack Nolan y fue vecino de mi bisabuela Lisette en Brooklyn. De hecho Jack Legs Diamond y su familia vivieron en la misma calle que mis abuelos. En casa conservo una foto del bandido con mi abuela, también llamada Lisette, ella era una niña entonces. Es una fotografía especial, una reliquia, ha perdido nitidez, pero es la imagen más antigua de alguien de mi familia.

—¿Tu familia vive todavía en Nueva Jersey? Quiero decir padres, hermanos y todo eso—se interesó él, que se sentía en deuda con Natalie.

—Mi padre era camionero, una excelente persona. Mientras él estuvo bien, físicamente quiero decir, fuimos la típica familia americana. Pero tuvo un accidente con el camión y además de los daños físicos, le sobrevino un shock nervioso y el cuerpo dejó de responderle de cintura para abajo hasta que acabó en una silla de ruedas. Mi madre se hizo entonces cargo de la familia—continuó ella—, empezó a recibir ayudas de una congregación religiosa, la

Asamblea de Jesús, gente muy relamida, demasiado radical, y empezaron a lavarle el cerebro con Dios y con la religión. En su nueva concepción de la existencia, la de mi madre—puntualizó—, nuestra situación era fruto de algún pecado que debíamos de haber cometido, no podíamos saber cuándo, ni quién, ni de qué gravedad, y en cualquier caso únicamente podía redimirse mediante el esfuerzo, la penitencia y el sacrificio. ¿Te imaginas?

El fotógrafo dudaba sobre qué era más conveniente, no sabía si cambiar de tema, con el riesgo de parecer desconsiderado, o indagar más y permitir que ella se desahogara.

—¿Cómo pudiste romper con todo eso?—le preguntó al fin.

—A los dieciocho años me fui de casa, con lo puesto, literalmente. Mis pertenencias se reducían a lo que llevaba encima: mi documentación y menos de cien dólares. Antes de abandonar mi casa camino de Los Ángeles, mi madre me preparó dos cuentas: en una recogía todo lo que yo le debía a la familia por lo que consideraba extras, todo lo que no era comida, ropa y cobijo; y en la segunda cuenta todo lo que mi madre esperaba de mí hasta el día de mi boda, que era cuando ella creía que saldría de su casa. Todo muy bien calculado, en dólares y centavos. Aún no he podido romper con esos recuerdos y esas emociones—continuó después de vaciar la botella en su copa—, y no podré mientras viva mi padre. La última vez que fui a verles sólo pude quedarme una noche. No pude pegar ojo, en parte por los recuerdos que me asaltaban, me daba miedo estar bajo su mismo techo. Quiero decir miedo físico—aclaró—. Llegué a pensar que mi madre podía atacarme mientras dormía, atarme y retenerme para siempre en aquella casa. Sí, ya sé que es difícil de creer—continuó con un hilo de voz—, pero lo viví tal como te lo cuento.

—No sé qué decir—se lamentó Paul.

—Estoy bien—repuso ella—, no te preocupes. Seguro que es el vino, que me desata la lengua. De todos modos, es culpa tuya; si te hubieras bebido tu mitad—le reprochó ella—, no estaría así. Mi sueño infantil—le explicó forzando una sonrisa y fingiendo estar más animada—era trabajar en el cine y ser famosa y ganar mucho dinero. El sueño de todas las chicas pobres, ni siquiera en eso pude ser original. Pero no tuve suerte. En realidad ni suerte ni oportunidades. Es como una tirada de dados: para ganar necesitas talento, belleza, ambición, resistencia a la frustración, autoestima a prueba de capullos y suerte, mucha suerte. No importa el orden en el que salgan, pero tienen que salir todas las caras si quieres triunfar. Durante esos años trabajé sin descanso, estaba acostumbrada, y gané bastante dinero y, como no sabía en qué gastarlo, pues ahí lo tenía, en el banco, muerto de risa. Hasta que un par de colegas, Fats Helman y Diana Rivera, hartos también de esperar una oportunidad, me propusieron volver a

Nueva York y montar la cafetería, nada menos que en Manhattan. Unos tíos de Diana nos traspasaban ese local que tenía un alquiler increíble.

—¿Por qué has usado el apellido Garner para hacer la reserva?—se interesó ella mientras volvían en taxi.

—Es el de mi padrastro, el honorable juez Garner, con el que simplemente no me relaciono, ni poco ni mucho ni nada. Por suerte, el desinterés es recíproco, así que no hay conflictos. He usado el Garner porque era la única manera de conseguir una reserva de un día para otro.

—¿Y tu trabajo de fotógrafo?—quiso saber Natalie—. A mí siempre me ha interesado la fotografía, aunque me parece muy difícil. Me gustaría tomar buenas fotos. ¿Qué cámara me recomiendas?

—No es la máquina—continuó Paul, pues le parecía menos comprometido que hablar de sí mismo—, ni la perfección técnica, ni siquiera la luz, a pesar de que es vital; lo determinante es la mirada. La mirada—insistió ante la extrañeza de su amiga—apuntando con dos dedos hacia los ojos. La mirada puede transformar el objeto contemplado. Hay maneras de mirar las cosas que hacen que éstas se conviertan en únicas. Tardé años en poder fotografiar algo que había estado siempre ante mis ojos. Por eso sólo puedo fotografiar Nueva York y sus gentes. Si tuviera que trabajar en otra ciudad, primero tendría que aprender a mirarla y eso me llevaría toda una vida. Hay pintores, cineastas, dibujantes, fotógrafos, que son capaces de reflejar su mirada en sus obras. Lucho por conseguir eso, por conseguir que otras personas vean este rincón del mundo a través de mis ojos. Mi madre era una mujer excepcional—continuó—; ella me inoculó ese veneno, creo que de manera consciente y premeditada, aunque tampoco pueda estar seguro. «¿De qué sirve querer reflejar la realidad?», le decía yo cuando mi madre me arrastraba de museo en museo, «está ahí, sabemos cómo es». Pero Norma tenía una sensibilidad especial para captar los matices. «La realidad es una convención», me explicaba ella una y otra vez, «la realidad no existe porque la vida no se puede detener». «¿Recuerdas a Heráclito, Paul?», me decía, «nadie puede bañarse dos veces en el mismo río porque sus aguas no serán las mismas. Con la vida sucede del mismo modo, fluye, es inasible. La realidad, hijo, necesita un mediador: el ojo, el pincel, la palabra, la cámara, una interpretación que la fije en un espacio y un tiempo concretos». «La realidad únicamente es objetiva cuando es compartida», me decía, «cuando se comparte lo que uno ha capturado y quiere comunicar a los otros».

El taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos de Natalie. Paul le pidió al conductor que esperase un momento y salió del vehículo

para acompañarla hasta la puerta de entrada. Al ponerse en pie se sintió mareada, se cogió del brazo del fotógrafo y apoyó la cabeza en su hombro. Caminaron en silencio hasta la puerta.

—Si me prometes que no le dirás nada a ese salido amigo tuyo—le susurró ella cogiéndolo de las solapas de su chaquetón—, te dejo subir. Es una lástima que una cena tan interesante y divertida pueda tener un final apto para menores de trece años, ¿no te parece?

—Es una oferta muy tentadora—bromeó él—, pero ¿de qué me sirve si no lo voy a poder contar?

—Los hombres sois unos bocazas, desde el primero hasta el último —se rio ella—, pero tú eres poco hablador, no creo que te suponga un esfuerzo excesivo.

Natalie se acercó a Paul, le abrazó para que notara su calor y le besó golosamente.

—¿Sin compromisos?—susurró él.

—Ve y despide el taxi—le dijo sin despegarse de él, mientras con los labios le acariciaba el cuello y la cara—. Sólo un poco de sexo. Sube a mi apartamento; a mí, esta noche, ya me has encontrado.

Andy Graham respondió al teléfono tras el segundo timbrazo. La tarde anterior Paul había probado suerte con ese número, pero el contestador le recordó con exquisita amabilidad el horario de oficina en el que podría ser atendido. En el diario de Gloria Graham había una nota que recogía con cierta ironía el nombramiento de su exmarido como jefe del departamento de compras de su empresa. Al fotógrafo le resultó sencillo dar con los datos de la compañía, y a continuación le facilitaron el número del señor Graham. Para su sorpresa, Andy no sólo no opuso resistencia alguna para hablar de su exmujer, sino que incluso se mostró tan locuaz como cordial. Estaba al corriente de la pérdida de su diario y no tenía inconveniente en recogerlo y devolvérselo.

—No mantengo una relación muy regular con ella—le confesó—, fue mi primera esposa, nos divorciamos hace cinco años. Fue cosa suya, si quieres que te sea sincero, yo todavía no acierto a explicar qué sucedió, en qué me equivoqué. —Era como un tic, Andy dejaba escapar una risita corta en medio de una frase o al finalizarla, como si no tomara en serio sus propias palabras—. Y, sin embargo, ya ves, ella sigue sola, al menos eso cuenta, y yo estoy a punto de casarme por penúltima vez. —Paul no supo qué decir, había imaginado que se las vería con un exmarido susceptible, y en cambio resultó un tipo parlanchín, capaz de hacerle confesiones íntimas a un desconocido incluso por teléfono—. No me engaño—continuó Andy como si hablara con un viejo amigo—, por más que me esfuerzo no soy capaz de encontrar una mujer que esté a su altura. Ya ves, me has pillado—otra vez adornó la expresión con una breve carcajada—, sigo

obsesionado con Gloria a pesar de todo. Y bueno, un cierto contacto sí que mantenemos, aunque no puedo asegurarte cuándo podré verla. Que yo sepa, tiene que viajar a Seattle, pero aunque me ahorcaran no podría recordar cuándo, puede que fuera ayer o quizá mañana.

—Qué contrariedad—exclamó el fotógrafo.

—No te preocupes—Andy se mostró conciliador—; en cualquier caso puedo hacerme cargo de su diario. Puedes apostar lo que quieras, Paul, has dicho Paul Knobel, ¿verdad?, puedes apostar que recuperar su diario la hará muy feliz.

Quedaron en verse a la salida de la oficina, un par de días más tarde, en un pub irlandés situado a unos doscientos metros del edificio en el que trabajaba. Andy no supo decirle cómo se llamaba ese local, tenía un nombre en gaélico que se le atravesaba; sin embargo le hizo una descripción tan detallada y precisa que parecía que lo hubiera diseñado él.

—¿Cómo podremos reconocernos?—se preguntó, y volvió a acompañar la frase con esa risa tonta—. Supongo que lo del clavel en el ojal no es muy práctico. Quizá—insistió en la idea—podamos llevar el mismo periódico.

—No te preocupes, Andy. Soy fotógrafo—repuso—; si hay dos personas o más con una cámara encima de la mesa, entonces puedes gritar mi apellido, Knobel, estaré atento.

El local estaba cerca del Lincoln Center y Paul llegó con tanta antelación que se detuvo en la librería Barnes & Noble para merodear entre los libros de arte. La espera valió la pena: encontró una nueva edición del libro de James Agee y Walker Evans, *Cotton Tenants*, un reportaje sobre tres familias de aparceros en tiempos inciertos con magníficas fotografías. Y a pesar de eso, se instaló en el pub quince minutos antes, se sentó de modo que podía ver entrar a los clientes y observar cómo se dirigían a la barra o bien cómo buscaban acomodo en una mesa. La barra de mármol, negro y blanco, llamaba la atención, quedaba a la izquierda al entrar, e iba desde la puerta hasta casi el otro extremo del local. Era un lugar estrecho, entre la barra y la pared apenas cabía una fila de mesas, hacia el final se abría un espacio algo más amplio con media docena más de mesas. Y justo en esa pared del fondo había un espejo mural que duplicaba las imágenes y le daba más profundidad. Detrás de la barra trabajaban cuatro camareros: chaqueta negra, camisa blanca y pajarita, que conocían a todos los clientes por su nombre de pila y los saludaban de manera animada y sonriente.

—Chicos, ha llegado Andy—gritaba uno al reconocer a su cliente.

—Bienvenido, Andy—coreaban sus compañeros.

—Bienvenido a casa—continuaba el primero—, te hemos echado

de menos, campeón.

Sin darle más importancia, colocó la cámara encima de la mesa, activó el autofoco, desconectó el *flash*, y cada vez que un individuo de mediana edad entraba por la puerta pulsaba el disparador, que ocultaba en su mano izquierda. No hubiera podido reconocer a Andy Graham: tenía el mismo aspecto que la mayoría de los hombres que habían entrado antes que él. Era un tipo de aire distinguido, vestía un buen traje, uno de esos que cuestan por lo menos mil dólares, llevaba el pelo por encima de las orejas, seguramente teñido, pues debía de haber dejado muy atrás los cincuenta. Antes de acercarse a la mesa que ocupaba el fotógrafo, pasó por la barra para avituallarse, sin intercambiar más que un leve movimiento de cabeza el camarero le acercó una jarra de cerveza y un bourbon sin hielo en un vaso pequeño.

—Vengo a este local dos o tres veces por semana, al salir del trabajo—comentó al sentarse—, y me tienen preparada la medicación. —Andy levantó la jarra, la adelantó hacia Paul como si le ofreciera un brindis y se bebió prácticamente la mitad—. Con esto puedo ahogar los sinsabores de la jornada laboral—continuó entre risas mientras se deshacía el nudo de la corbata, la doblaba con esmero y la guardaba en el bolsillo de la chaqueta—y afrontar el resto de la noche con más optimismo. Ahogar las penas, de eso se trata.

—No he podido traerte el diario, lo lamento. —Paul fue directo al grano para evitar la decepción o los reproches de Andy—. Esta mañana he visto que el cuaderno todavía estaba húmedo y le he pedido a mi ayudante que le pasara el secador. Y más tarde me ha sido imposible acudir a mi estudio a recogerlo—continuó con un tono apesadumbrado—. He venido, de todos modos, porque no quiero que pienses que soy un bromista.

—No es la mejor noticia del día, desde luego, pero no te preocupes. Si de verdad has encontrado su diario—le excusó—, no tienes que darme tantas explicaciones. No le he comentado nada a Gloria, aunque he hablado con ella esta misma mañana, antes de que volara hacia Seattle, no he querido crearle falsas expectativas. En realidad es mejor así—sonrió y le hizo a Paul un guiño cómplice—, no hubiera podido resistir la tentación de leer ese diario y, sinceramente —afirmó risueño—, quizá no me habría gustado lo que dice de mí. Seguro que no me habría gustado.

—Entonces, si no tienes inconveniente, podría devolvérselo personalmente. ¿Qué te parece?—le propuso procurando mostrarse tranquilo y natural, sobre todo porque ya le habían negado varias veces ese mismo dato—. ¿Puedes facilitarme el teléfono de Gloria o darle a ella el mío? Te aseguro que el único interés que me mueve es devolverle su diario cuanto antes.

—Es posible—comentó Andy malicioso—, pero, en primer lugar, debo recordarte que no lo has traído. Y en segundo lugar, ¿por qué te tomas tantas molestias por una desconocida? ¿Qué esperas conseguir? Antes de tener que viajar tanto, por trabajo—continuó sin esperar respuesta—, el diario personal de Gloria no se movía de casa. Creo que conserva todos sus diarios en uno de los cajones de su escritorio, es tan confiada, mi ex, que ni siquiera lo cierra con llave. En otros tiempos, por supuesto sin que ella lo advirtiera, me había atrevido a echarles un vistazo. Es la primera vez que pierde su diario, está muy afectada. Ni te imaginas lo afectada que está. Déjame que adivine lo que pasa—continuó después de un corto silencio y otro largo de trago de cerveza—. Quizá es que has metido la nariz en esas páginas y ahora estás intrigado y quieres conocer a la mujer que hay detrás. No te excuses—Andy levantó las manos y las sacudió como si quisiera borrar los intentos de justificarse de Paul—, yo hubiera hecho lo mismo. Cualquiera lo habría hecho.

Paul estuvo a punto de negar esa acusación, incluso pensó en hacerlo con cierta vehemencia; podía argumentar que se había limitado a buscar los datos necesarios para comportarse como un buen ciudadano, pero entonces observó un brillo malicioso en los ojos de Andy, una mirada vidriosa, entre desconfiada y pícara.

—Es cierto, confesó mostrando las manos abiertas, sé que no debería haberlo hecho, pero no pude o no supe resistir la tentación y he leído ese diario, y sí, te has anotado un *strike*, Andy, tengo mucho interés en conocer a Gloria.

El ex se levantó y se acercó a la barra; un minuto después tenía otra jarra de cerveza y otro bourbon preparados. No era fácil moverse en el local, estaba a rebosar, y sobre todo había un constante flujo de clientes que dejaban su copa en la barra y salían a fumar un cigarrillo. Desde allí le hizo un gesto a Paul, invitándole a tomar algo más, pero éste negó con la cabeza y señaló su té.

—No querrá saber nada de ti—le espetó Andy a bocajarro—, no eres su estilo de hombre. No es que me parezcas mal tipo, ni mucho menos—y dejó escapar esa risa incómoda—, estás aquí para hacerle un favor a una persona que no conoces, pero tu aspecto es muy duro. Fíjate en tu forma de vestir—continuó como si se tratara de un examen—, tienes un aire taciturno, aunque sea inconsciente es una estética agresiva. Además llevas la cabeza casi rapada y esas patillas que te cubren las mejillas te dan un aspecto fiero. Sonríes poco. Hablas menos. Si ella se encontrara con un individuo como tú en una calle mal iluminada seguro que cambiaría de acera. Y no quiero señalar la diferencia de edad, puesto que es evidente. Estás justo en las antípodas de Gloria, te lo dice alguien que la conoce bien, estuvimos casados dieciocho años. No tienes nada que hacer—negó con la cabeza

—, ninguna posibilidad.

Paul no supo qué responder, seguramente Andy tenía razón. Él sentía curiosidad por Gloria, en parte porque de algún modo pensaba que ya la conocía. Lo que no podía saber era qué opinaría ella de él, y desde luego el diagnóstico de su ex era muy decepcionante.

—¿Qué ha escrito sobre mí?—la pregunta interrumpió su reflexión—. Si has leído su diario, quizá puedas recordar alguna frase. Siento una insaciable curiosidad—comentó echando un trago, parecía no darle ninguna importancia ni a la confesión de Paul ni a su contundente descalificación, como si fueran hechos que no tuvieran trascendencia alguna—, ¿qué dice de su exmarido?—sonrió abiertamente—, ¿recuerda que estuvo casada conmigo?

—La verdad es que se refiere a ti en textos muy breves. —El fotógrafo recordaba perfectamente los comentarios que Gloria dedicaba a Andy, pero le parecía más apropiado fingir una cierta distancia—. Te menciona unas cuantas veces y el tono que utiliza es bastante neutro; algunas de ellas con relación a vuestra hija y otras con motivo de alguno de vuestros encuentros.

—¡¿Nada más?!—se lamentó—. Unas pocas referencias obligadas y listo, ¿ningún calificativo digno de mención? No sé si creerte, Gloria aprovecha cualquier ocasión para echarme en cara mi despreocupación. Según ella, no le dedico a Glo ni el tiempo ni el esfuerzo que requiere. Pero si te soy sincero, yo no sé qué hacer. Mi hija ha tenido mala suerte, en lo personal quiero decir. En lo profesional está bien, tiene un buen empleo y se gana bien la vida, pero para una persona con veinticinco años, sin demasiada experiencia, es imposible superar la pérdida de un marido y de un hijo. He envejecido demasiado deprisa. No, déjalo, no pasa nada—se rio abiertamente antes de que el fotógrafo pudiera intervenir—, no me cuesta reconocerlo. Sólo tengo algo más de cincuenta y ya presumo de viejo. Seguro que al verme has pensado que estaba más cerca de los sesenta, ¿verdad?—Paul no respondió, no era más que una pregunta retórica. Andy escondió las manos bajo la mesa en un gesto que parecía de impotencia—. Por eso la perdí y por eso voy dando tumbos de un lado para otro. Cincuenta y dos años—puntualizó—, y me siento tan perdido ahora como cuando era un jovencito imberbe. Qué puedo decirte de Gloria, querido amigo. —Andy levantó los hombros y los dejó caer, se le veía tan abatido que Paul dudó de si era producto de la añoranza o de la bebida—. Me enamoré de ella a primera vista—continuó—. Fue un flechazo, como suele decirse. Éramos unos críos entonces, vivíamos en el mismo barrio y me cruzaba con ella por la calle a diario, así que procuré acercarme, me sentaba en su puerta, me interesé por sus cosas, nos hicimos amigos y un buen día le pregunté si quería ir a bailar conmigo. Cuando empecé a salir con Gloria me creí

el rey del mambo. Si hubieras visto la cara de envidia de mis amigos… Ellos no podían creérselo y yo tampoco. A la larga se convirtió en el principal problema, pues acabé sintiendo una especie de complejo de inferioridad ante ella. O por lo menos ése fue el diagnóstico de nuestro asesor matrimonial. —De repente se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos—. ¿Por qué te cuento todo esto? ¿Quién eres, en realidad? No fue su culpa, de Gloria, quiero decir. —A pesar de todo continuó hablando de su exmujer—. Lo que pasó es que la había puesto en un pedestal y llegué a pensar que no era digno de ella. Yo era un niñato—dijo sonriendo, abriendo los brazos y mostrándose—, un chaval de barrio, simpático, achulado, bueno para nada, aunque estaba dispuesto a comerme el mundo siempre y cuando no me costara ningún esfuerzo. Y ella era lo más parecido a una princesa que hubiera visto nunca. En serio lo digo. Su madre, ¿conoces a su madre? No, claro. Vivian era modista, bastante buena, ganaba un buen dinero sin salir de casa. Y además, con cada retal que le sobraba solía hacerle un vestido o una blusa a su hija. Imagina cómo iba de elegante y guapa. Las demás chicas del barrio la odiaban, la envidiaban y la querían a partes iguales. Gloria tiró de mí—continuó—. Me transmitió su ambición, su fuerza, sus ganas de abrirse paso en la vida. De repente pasé de arrastrarme por el instituto con más pena que gloria a que mis notas subieran como la espuma, a recibir elogios de mis profesores. Mis padres la adoraban. Llegaba a tal extremo que me reñía si sacaba malas calificaciones, y yo que siempre había pasado de mis viejos, que oía sus reproches como quien oye llover, llegué a temer las regañinas de mi novia. Sin esforzarse convenció a mis padres para que me dejaran ir a una universidad técnica en Brooklyn, y lo hicieron y me gradué. Gloria es así en todo y con todos: interviene, opina, no puede permanecer callada, no se conforma, quiere obtener lo mejor y actúa para conseguirlo, no le importa parecer impertinente o entrometida. Supongo que un día me cansé de esforzarme por mejorar—se lamentó—, y ella debió de sentirse agotada. Quizá pensó que ya no valía la pena seguir luchando por este carcamal. Te pondré un ejemplo: ¿ves este traje? Todavía parece impecable, ¿verdad? Me lo compró ella, es el último que tengo así, los nuevos son más baratos, de peor calidad. Pues así me va en todo sin Gloria.

Paul se levantó, mientras el ex se refugiaba en un silencio lleno de nostalgia, fue a la barra y ordenó un té para él y una cerveza y un bourbon para Andy. La conversación había tomado una deriva que no había previsto, era una confesión en toda regla y él no sabía qué decir, prácticamente no había abierto la boca. Volvió a la mesa con las bebidas y mientras ocupaba su sitio frente a Andy Graham formuló una pregunta en un tono que pretendía ser neutro, sin emoción.

—¿Cómo es físicamente?—Paul se arrepintió de haber formulado

una pregunta tan directa y la corrigió—. Quiero decir, ¿cómo podría reconocerla?—incluso evitó nombrarla para mostrarse distante.

Andy cogió la jarra de cerveza con las dos manos, sin levantarla de la mesa, como si la estudiara. Se hizo un silencio que hubiera resultado incómodo de no ser porque el ruido de las conversaciones y la música inundaban hasta el último de los rincones del pub. Paul pensó que no le respondería, pero se equivocaba.

—Gloria es una mujer muy atractiva, todavía lo es, y muy sensual, es especial, no sé cómo explicártelo. No es para ti, mírate, por Dios, si eres todo lo contrario: lóbrego, adusto, triste, gris… Lo siento, lo siento, no tengo derecho a juzgarte, perdona… Qué puedo decirte.

Andy interrumpió su descripción bruscamente, como si de repente hubiera recordado algo urgente, o una cita en otro lugar, se levantó y se acercó a la barra, se entremezcló con los otros parroquianos, pagó la cuenta, se giró un momento y levantó la mano hacia Paul. El fotógrafo se quedó sentado a la mesa, pensó que era un nuevo avituallamiento y que volvería después de pasar por el baño, pero se equivocaba.

Andy no regresó a la mesa y Paul se quedó pensativo, dándole vueltas a todo lo que le había contado, a la manera tan brusca que había empleado para descalificarlo. Se había ido sin darle el teléfono ni ningún otro dato que le permitiera contactar con su exmujer, pero no le importó; en ese momento fue consciente de que ya estaba, de que era cuestión de días, de pocos días. «Mañana llamaré a Andy de nuevo—se dijo—, le preguntaré cuándo tiene previsto Gloria volver de Seattle o le pediré un dato poco comprometido, la dirección del estudio de doblaje, o le sugeriré que le dé mi número».

«No querrá saber nada de ti». Paul se repitió esa frase lapidaria que Andy había puesto encima de la mesa sin inmutarse, como si fuera algo evidente.

El jueves 30 de octubre Paul Knobel se levantó de madrugada, todavía era noche cerrada cuando decidió salir de su apartamento y cruzar la calle para desayunar en la cafetería Legs. La calle Varick estaba desierta, envuelta en sombras y rumores sordos, una escasa luz de un verde deslucido bañaba la acera junto a la cafetería. El local estaba prácticamente vacío y tan limpio que todavía olía a desinfectante, a esas horas sólo había tres noctámbulos acodados a una barra de madera rojiza, una pareja ensimismada—ella comiendo un sándwich, él sosteniendo indolente un cigarrillo—, que al parecer no tenía ya nada que decirse, ambos pendientes de los movimientos del camarero—un joven rubio que solía cubrir los horarios extremos, con chaqueta blanca y un gorro también blanco que parecía un barco de papel—, que fregoteaba las copas mientras no le quitaba ojo a la

mujer, y al otro lado de la barra un hombre de edad incierta, con aire ausente, algo inquietante, situado de espaldas a la calle, los cuatro parecían atrapados en un silencio desapacible como la noche que cercaba el local. Todas las mesas estaban desocupadas. El fotógrafo gruñó un saludo y buscó cobijo en su mesa habitual, desayunó una hamburguesa y un té negro con leche, como si estuviera decidido a aburrir al cocinero pidiendo siempre lo mismo.

—¡Vaya madrugón, jefe! ¿Quieres decirme para qué te sirve el teléfono? Para el uso que haces de él, podrías tirarlo a la basura. Ayer estuve llamándote toda la tarde. ¿Qué estabas haciendo? Sarah te llamó cuatro veces al estudio, le dije que estabas muy liado preparando la exposición, traté de ser convincente, pero no sé si me creyó. Le pregunté si podía ayudarla y no me respondió, sólo quiere hablar contigo. Sí, ya sé lo que vas a decir, que no es cosa mía, que me meta en mis asuntos, pero llegué a pensar que los siameses te habían retenido y que no iban a liberarte hasta que no hubiéramos aflojado hasta el último centavo. —Rufus soltó su perorata de un tirón, malhumorado, mientras se instalaba en la cafetería, y luego dejó su maletín y su abrigo en la silla de al lado, de cualquier manera—. No he podido dormir—protestó mientras se sentaba—, estaba dispuesto a llamar a la policía si no te encontraba aquí. ¡Con lo mal que me sienta madrugar!—masculló.

Paul le había visto llegar. Él se situaba siempre de cara a la entrada, de modo que pudiera controlar la puerta de su estudio. Se extrañó por la hora, pero no replicó, le hizo gracia que viviera el percance con los usureros con tanto dramatismo, se limitó a rebuscar en el bolsillo de su chaquetón y sacó el móvil junto con un par de frasquitos de plástico con sus pastillas.

—Me quedé sin batería y no pude encontrar el cargador. Estuve todo el día de un lado para otro.

—Vaya mierda—protestó su ayudante, y echó mano de su maletín y extrajo varios cargadores—, para el uso que le das podrías volver a las señales de humo. Es este modelo—confirmó—, pero este cargador es mío—recalcó como si temiera que Paul quisiera apropiárselo—. Dame el móvil, jefe, voy a pedirle a Natalie que lo enchufe por ahí. ¿Has visto a Natalie, jefe?—comentó un minuto más tarde—. Esta chica me desconcierta, me ha dedicado una sonrisa enigmática que no sé cómo interpretar, no sé si se alegra de verme o si lo que le pasa es que tiene una flatulencia.

La camarera se acercó a la mesa. En la bandeja llevaba un té negro para Paul y una botella de agua mineral, le sirvió sin decir ni una palabra, incluso parecía que ambos evitaban mirarse. La cena en el Ocho y medio había sido un éxito, se habían divertido y habían compartido un buen rato, pero el fotógrafo no debió aceptar la

proposición de la camarera. Tendrían que haberle puesto fin a su no cita en el taxi, pero tampoco encontró un motivo razonable para rechazarla. Lo que siguió fue un fiasco rotundo. Él sintiéndose mal por su gatillazo y ella echándose la culpa por haber bebido demasiado. Resultó tan inesperado como patético, y antes de medianoche el fotógrafo estaba ya en la calle. No quiso quedarse, no quiso volver a intentarlo y le vino bien que ella se sintiera mareada para poder largarse. No es que su gatillazo le preocupara demasiado, o quizá sí y lo que temía era verse atrapado en una rueda de médicos y tratamientos. Había leído que podía ser a causa del estrés, le había sucedido también con Sarah en un par de ocasiones. Incluso lo había comentado con Rufus, aunque lo hizo de manera que entendiera que no era algo con lo que se pudiera bromear, y éste había sido muy tajante al señalar como culpables a las pastillas, insistió en que tomaba demasiados tranquilizantes.

Sin embargo, el lunes siguiente, a Paul no le pareció motivo de preocupación suficiente. Había pensado no acercarse a la cafetería durante unos días. No temía la reacción de Natalie, lo que le preocupaba era que malinterpretara lo que había sucedido y que estuviera dispuesta a darle otra oportunidad. Así que se dejó llevar por la inercia y volvió por la cafetería al día siguiente de su cita, y en efecto notó a la camarera expectante, demasiado pendiente de él, tanto que decidió poner un poco de distancia. Pero unos días más tarde tuvo que volver a sus rutinas y entró en Legs casi sin pensárselo, como si nada hubiera pasado, y aceptó pagar el precio de una temporada de incomodidad.

La camarera sacó su libreta y su lápiz de un bolsillo del uniforme y empezó a hacer sonar su tam-tam.

—¿Qué te apetece, camarada?—le dijo a Rufus. Él aprovechó para hacerle un repaso tan ostensible que resultó cómico. Esa mañana, debajo del uniforme amarillo, llevaba unas medias oscuras de rejilla muy sensuales—. ¿Sales de caza hoy?—le preguntó.

—A la hora que me levanto no soy capaz de abrir los ojos—respondió ella, que se situó de espaldas a Paul—, me arreglo con lo que encuentro a mano. Alucinarías si pudieras ver la ropa interior que llevo puesta algunos días.

—Pero tú oyes, jefe. Nuestra Natalie es una provocadora, siempre lo he sabido, esta mujer lleva una doble vida, y lo peor es que nos mantiene al margen. ¡Qué injusticia!

—¿Qué va a ser?—repitió ella—. No tengo todo el día.

—Café, sólo café—pudo articular antes de que la camarera se alejara y permutara la sonrisa en una mueca de disgusto—. Creo que estoy enamorado, jefe—comentó Rufus mientras se ajustaba el nudo Windsor de su corbata—, tendré que confesárselo a Alice.

Hacía varios días que el fotógrafo y su ayudante no hablaban con calma. De hecho, apenas se habían visto desde que consiguieron captar las imágenes de la frutería. Además, el aviso que aquella tarde los siameses o sus sicarios habían dejado en el estudio había condicionado su actividad inmediata: para poder comunicar el incidente a su compañía de seguros necesitaban presentar una denuncia. Pasaron un mal rato en la comisaría, ambos estuvieron de acuerdo en que, al menos de momento, era preferible no dar demasiadas explicaciones a la policía, su primera y única opción era pagar la deuda, intentar ganar un poco más de tiempo, pero pagar hasta el último centavo.

Paul comentó con su ayudante que las próximas semanas iban a ser muy ajetreadas, que había previsto pasar a menudo por la galería Axelle para controlar la colocación de las fotografías y la iluminación, y por la editorial para revisar pruebas y textos, aunque no creía que a la señora Bold se le escapara ningún detalle. Sobre los nuevos proyectos, los tendría en *standby* hasta después de la inauguración de WSW. De Rufus, esperaba que se concentrara en la inauguración de la exposición, en las invitaciones, en dosificar la noticia para atraer a los medios y en la logística. Si todo iba bien, intentó tranquilizarle, sus finanzas darían un vuelco antes de acabar el año y podría hacer frente al primer pago y a los intereses extra que quisieran cobrarle. A Rufus le pareció bien el plan. Tenía riesgos, por supuesto, pero él rebosaba optimismo, tampoco pensaba decirle que en los últimos días esos individuos habían estado llamando constantemente y que su tono era cada vez más y más amenazador. «Es una estrategia simple—se consoló—, esos tipos también han iniciado un período de tensa vigilancia, nos van a apretar las clavijas hasta que cedamos o hasta que explotemos».

El fotógrafo recuperó su móvil. Al activarlo comprobó que tenía siete llamadas perdidas: dos de la editora, una de la galería y cuatro de Sarah, pero sólo un mensaje de voz, de Sarah, un mensaje frío, cortante, para rogarle que la llamara. Lo dejó para más tarde, cuando estuviera a solas. Había pensado tomarse el día con calma; hacía frío, pero estaba despejado y le apetecía caminar, así que al despedirse de su ayudante decidió subir por Varick, cruzar Canal Street y continuar por Varick y por la Séptima Avenida hasta llegar a la 14 Este. Si no recordaba mal, Balducci's estaba en la esquina de la 14 con la Octava Avenida. Era un trayecto largo, aunque apenas fueran cinco o seis paradas de metro, pero caminar a buen ritmo resulta un ejercicio excelente para que las ideas fluyan. La única parada que hizo en todo el trayecto fue a la altura de la calle Spring: tras un escaparate vio un formidable despliegue de snacks y se detuvo para comprobar si tenían Nature Valley. En efecto allí estaban, a dólar la barrita, de todos los

colores: verdes, marrones, morados. Compró una docena y prosiguió su camino.

Dedicó ese tiempo a darle vueltas a la conversación con Andy. Le pareció un buen tipo, aunque seguramente era un candidato a recorrer los doce pasos de alcohólicos anónimos, y a su modo seguía enamorado de Gloria, no recordaba haber oído nunca a nadie hablar de su pareja o de su expareja con tanta añoranza. Por alguna extraña conexión, Andy le recordó a Sarah, que también tenía esa capacidad para emocionarse, ese brillo en los ojos cuando se apasionaba por algo, pero en un hombre de su edad le pareció un comportamiento anómalo, o cuanto menos inesperado. Lo que más le preocupó fue la manera en que habló de su hija, como si lo que le sucedía a Glo no tuviera remedio; le dio la impresión de que lo consideraba una batalla perdida. En cambio, en su diario, Gloria se mostraba esperanzada, creía que su hija podía recuperar a Stuart y estaba dispuesta a emplear toda su energía para conseguirlo. Parecía evidente que en ese, y seguramente en muchos otros aspectos, Andy y Gloria eran muy distintos.

Entró en Balducci's un poco anonadado. Siempre se sorprendía ante la variedad de productos en exhibición. Había estado allí en varias ocasiones con Sarah; le gustaba por la manera en que iluminaban los diferentes tipos de alimentos, en esa técnica eran verdaderos artistas, se podría hacer un curso de iluminación siguiendo los ambientes que conseguían crear para hacer más tentadores sus productos. Pero Paul no quería entretenerse, preguntó si tenían cerezas y se dirigió hacia donde le indicaron. Cuando se interesó por ellas le dijeron que provenían de Chile; no supo qué cantidad tenía que comprar, así que cuando le pareció que el dependiente colocaba suficientes en la cestita con paja artificial, le hizo una señal de «basta». Como no deseaba ninguna otra cosa, el dependiente le acompañó a la caja y le cobraron. «En primera clase—se dijo mientras pagaba—; las cerezas deben viajar en primera desde Chile hasta Nueva York». En cuanto salió a la calle, abrió su paquete y se llevó una a la boca y luego otra y otra más. Las cerezas eran muy gustosas, dulces, algunas un poco ácidas, muy sabrosas. El color rojo le pareció muy intenso, muy atractivo, algo enigmático, como si ocultara un fondo azul. Mientras caminaba, de algún modo vago pensó en Gloria Graham y en su predilección por ese rojo tan especial, continuó con su ruta mientras se comía las cerezas, pero se le acabaron mucho antes de llegar a la galería.

Desde Balducci's caminó por la Octava Avenida hasta la 25 Este, unas diez calles, por una zona tranquila aunque algo deprimida; desde allí se dirigió a la galería Axelle, que está entre la Décima y la Undécima, y mucho antes de llegar pudo percibir el viento frío y

húmedo que soplaba desde el río Hudson. El plan de trabajo consistía en analizar con Dreiser la mejor disposición para las fotografías, qué imágenes colocarían en cada sala, y en cada pared, y cómo las iluminarían. Pensó de nuevo en Balducci's, quizá alguno de sus técnicos podría asesorarles, seguro que ellos sabrían encontrar la luz más adecuada para cada imagen. A Paul le gustaba intervenir en todo el proceso y Dreiser, aunque era un especialista y ya había preparado una simulación en el ordenador, no tenía inconveniente en escuchar sus preferencias. Sin embargo, no conseguía concentrarse en el trabajo y el galerista se dio cuenta enseguida, pues en varias ocasiones él se había quedado en silencio, esperando una intervención que no se produjo. Dreiser sugirió entonces hacer una pausa, almorzar algo en Trestle y seguir más tarde, cuando Paul hubiera descansado. El fotógrafo se disculpó, tal vez no era el mejor día para esa tarea. Le propuso al galerista quedar en otro momento, le dijo que podía adaptarse a su agenda y que, mientras tanto, si no tenía inconveniente, repasaría los textos que había encargado para la presentación y el catálogo.

Paul todavía tenía otra cita, había quedado para almorzar con su editora. Era un encuentro importante, pues le mostraría las últimas pruebas que iba a poder revisar, aunque suponía que únicamente iba a permitirle cambios que fueran consecuencia de errores flagrantes, o pequeñas modificaciones fáciles de incorporar y que supusieran una mejora sustancial. En cada fase, la negociación con Rachel Bold había sido un poco más ardua que en la anterior, como si ella fuera colocando el listón cada vez más alto. Después de esa revisión, el proyecto iría a la imprenta, que había reservado un hueco para ese trabajo urgente, luego a la distribuidora y el 15 de noviembre estaría en todas las librerías de la ciudad. El fotógrafo había pedido supervisar también la campaña de comunicación, pero la editora se había negado con una carcajada estridente que no dejaba lugar a dudas. Paul quería cotejar esas pruebas, pero no le apetecía comer con ella, la llamó para excusarse y decirle que estaría en su despacho a las dos de la tarde.

Se refugió entonces en un Starbucks. Se notaba espeso, había empezado a dolerle la cabeza en la galería y tenía la certeza de que acabaría con una migraña insoportable. La migraña le hizo pensar en Sarah; buscó su número en el móvil, pero no se decidió a llamar: ¿qué podía decirle?, ¿qué era eso tan importante que necesitaba contarle?, ¿tenía sentido una nueva cita? Y sin embargo estaba seguro de que esa noche la echaría de menos. Sólo conseguía cierto alivio cuando Sarah le masajeaba las sienes y la nuca con esas manos delicadas pero fuertes con las que se ganaba la vida. Pidió agua mineral, un té y dos sándwiches de pollo, se sentó en una butaca apartada, se tomó dos

pastillas y desplegó el periódico, no pensaba leerlo pero le ayudaría a aislarse y a relajarse. Necesitaba dormir. Antes de cerrar un instante los ojos pensó en qué le convenía más: esperar a que Gloria volviera de Seattle o hacer algún otro movimiento, como visitar a su hija en el hospital.

Mientras el taxi se dirigía hacia el hospital, Paul Knobel llamó de nuevo a Young Hee pues, de su mensaje, lo único que había entendido era que Rufus estaba malherido. Su directora financiera, como solía llamarla en broma su ayudante, tampoco sabía mucho más. A ella la habían telefoneado desde el hospital a petición del propio Rufus. Al parecer un vecino lo había encontrado tirado entre dos coches, sangrando, y había llamado a una ambulancia.

—Está consciente, puede hablar—le explicó Young Hee—. Me ha dicho que lo ha atropellado una furgoneta de reparto que se ha dado a la fuga. —Y ese supuesto accidente había tenido lugar allí mismo, en el cruce de Varick con Broadway Oeste, apenas media hora después de que Paul saliera hacia la galería Axelle y mientras Young Hee todavía estaba en el estudio—. Es increíble—se lamentaba—que un drama así pueda sobrevenir a pocos metros de donde una se encuentra y quedar al margen, no poder hacer nada. ¿Puedes creerlo? Rufus estaba tirado en la calle, malherido, pero ¿cómo podía prestarle ayuda si no sabía que estaba sufriendo?

—No te atormentes—intentó consolarla, aunque sabía que pedirle eso a Young Hee era inútil.

El fotógrafo no esperaba encontrar a nadie en la habitación del hospital y mucho menos a una señora de edad incierta. La mujer tenía la cabeza apoyada en la cama, como si llevara muchas horas en esa habitación y necesitara descansar. Lo primero que hizo al verle entrar fue colocarse unas gafas oscuras para ocultar unos ojos casi transparentes. La mujer era prácticamente albina, tenía el cabello de un blanco algodonoso, incluso las cejas, y la piel parecía translúcida.

—¿La señora Obramovich?—preguntó, porque era la única hipótesis que se le ocurría a pesar de que hubiera jurado que la madre de Rufus había fallecido.

—No—respondió ella escuetamente—, se equivoca de habitación.

—Pero él es Rufus Obramovich…—insistió sin moverse de la puerta.

Rufus estaba dormido; aunque tenía la cabeza vendada, no cabía duda alguna sobre su identidad. Una sonrisa lastimosa apareció entonces en el rostro de la mujer. Ella había creído reconocer al fotógrafo del que su hijo le hablaba a menudo, pero oírle pronunciar ese apellido ruso la había desorientado.

—Disculpe—le aclaró—, soy la madre de Ruddy. —Se levantó de la silla y le estrechó la mano—. Evelyn Wallace—se presentó—, la madre de Ruddy Wallace—repitió, haciendo un gesto en dirección a la cama. Ella aprovechó el cambio de posición para caminar hasta la ventana y levantar un poco la persiana, estaba cayendo la tarde y prefería alargar la luz natural antes que encender alguna de las lámparas.

Paul no fingió su sorpresa. Para él la persona que había sido atropellada a pocos metros de su estudio era su ayudante, Rudolf, Rufus, y su madre, según su propia descripción, debía de ser rusa, judía, analfabeta, una definición que no encajaba ni con el aspecto ni con el acento de la señora que tenía delante.

—Imagino lo que estarás pensando—le dijo la señora Wallace—, pero Ruddy siempre ha sido así, un chico fantasioso más que imaginativo, al que le cuesta diferenciar entre soñar despierto y soñar dormido. De pequeño, como los demás niños, jugaba a ser Batman o Spiderman o el Capitán América, pero a él la caracterización le podía durar semanas, era más que un juego: se empeñaba en dormir con el disfraz, quería ir al colegio vestido así, hablaba con los otros niños y con los adultos como si acabara de salvar al mundo de una catástrofe. En el instituto empezó a querer ser otra persona. —La madre de Ruddy sonrió al comprobar que el fotógrafo se había quedado boquiabierto—. Podía ser un compañero de clase, un vecino, un personaje de la televisión, y se vestía como él, hablaba y caminaba como él, incluso se hacía llamar como él. Fue una temporada muy difícil para mí, créeme, no me respondía si le llamaba por su nombre, tenía que recordar siempre en qué persona o personaje se había convertido. Cuando sus amigos le reprochaban que fingiera ser otro, les decía que era adoptado, que yo no era su madre biológica, y se inventaba una historia aún más descabellada que la anterior para poder mantener la impostura. Lo llevé al psicólogo y tampoco sirvió de nada—se lamentó la mujer—. Imitaba tan bien a su terapeuta que al poco tiempo se mostró incapaz de diagnosticarlo y me recomendó que lo orientara hacia el mundo del espectáculo. ¿Te imaginas? Hay profesionales que son una vergüenza, no sé para qué sirven los códigos deontológicos, no sólo no son capaces de ayudar a su paciente, sino que se permiten ironizar sobre ellos.

Desde luego, Ruddy o Rufus era un personaje extravagante, con unas habilidades insospechadas. Era ambidiestro, por ejemplo, podía utilizar las dos manos para cualquier actividad por minuciosa y delicada que pudiera ser. De niño tenía preferencia por usar la mano izquierda. A su jefe le había explicado que su madre, una mujer que él definía con esa sarta de términos—rusa, campesina, judía, casi analfabeta—, que había emigrado a América a causa del hambre, pensaba que ser zurdo debía de ser un castigo de Dios y que su

obligación era enderezar a su hijo y forzarle a escribir con la mano derecha. No sirvió de nada que en el colegio le dijeran que no era un problema, que ser zurdo era tan natural como ser diestro. Según él, la superstición de su madre era tan extrema que solía atarle la mano izquierda para que hiciera los deberes con la derecha, así que tuvo que aprender a escribir con las dos manos, con caligrafías muy distintas, y a manejarse en todas las tareas cotidianas con una u otra indistintamente.

Sin duda había sabido obtener provecho de esa habilidad y más de una vez le había sacado de un apuro poder fingir que era sólo diestro o sólo zurdo; en realidad tenía dos firmas y las utilizaba según le convenía. Cuando marcaba un número de teléfono en el móvil tenía que concentrarse y recordar con qué mano se relacionaba con esa persona porque el movimiento de los dedos sobre el teclado es distinto para marcar un mismo número. Para potenciar el equívoco, Rufus utilizaba una mano u otra en distintos contextos, e incluso llevaba puestos dos relojes de pulsera, uno en cada muñeca, por supuesto uno especial para zurdos con la corona en el lado opuesto al habitual.

—Después de la adolescencia—continuó la madre—, empezó a inventarse personajes nuevos, creados por él, siempre uno cada vez: ha sido profesor de música italiano, cirujano plástico canadiense, modisto francés y qué sé yo cuántos individuos más. Algunas de esas personalidades le duraban apenas unas semanas o unos días, pero otras han permanecido a mi lado durante meses; un despropósito—se lamentó—, era como convivir con un desconocido. Es muy duro de sobrellevar, te lo aseguro, ya sé que puede sonar divertido, pero cuando la policía llama a tu puerta y te pregunta si conoces a un tal Laurent Langlois, al que resulta que buscan por una presunta estafa, y te enseña una fotografía de tu propio hijo, entonces te puedo jurar que no es nada gracioso. En la actualidad Ruddy lleva años interpretando a ese pretencioso personaje ruso, con ese acento insufrible que utiliza a veces y ese lamentable aspecto de nuevo rico. Nunca había permanecido tanto tiempo en el mismo personaje, dice que es como una segunda piel. Cuando se lo reprocho, me contesta que se encuentra a gusto y que le encanta trabajar contigo, que eres un artista, pero yo sabía que un día ese fingimiento le acarrearía problemas. Soy su madre—remarcó—, y las madres tenemos un sexto sentido que nos alerta de los peligros.

—¿Cómo está?—le preguntó Paul, que trataba de disimular su sorpresa, pues no sabía cómo encajar lo que estaba oyendo—, ¿qué han dicho los médicos? ¿Es grave? ¿Tiene algo roto?

—Únicamente un par de costillas, un esguince en el brazo, varias contracturas, poca cosa si tenemos en cuenta su aspecto—respondió la madre—, tampoco parece tener lesiones internas, los médicos están

asombrados porque está lleno de moratones y se temían lo peor. Le han dado un sedante para que pueda descansar y en un par de días lo enviarán a casa, sólo le han recetado antiinflamatorios, aunque no sé cuándo se podrá reincorporar al trabajo. Ruddy llevaba un chaquetón como el tuyo, ha quedado algo maltrecho, está en ese armario.

—Por el trabajo no se preocupe, señora—comentó Paul mientras abría la puerta del armario—, ya nos arreglaremos. —Iba a decir que lo importante era que pudiera recuperarse bien cuando se quedó mudo, ni siquiera pudo acabar esa frase, en el armario estaba colgada la ropa que llevaba Rufus, pero esas prendas eran suyas, como si para vestirse antes de ser atropellado su ayudante hubiera subido a su apartamento a cambiarse. Pasó la mano por el chaquetón, como si quisiera cerciorarse de que no era un espejismo. El fotógrafo cerró enseguida la puerta del armario, quizá demasiado bruscamente, ya que no quería alarmar a la señora Wallace. Entonces, pensó, no había sido un accidente. Rufus le había suplantado a conciencia, a pesar de que sabía el riesgo que corría, o precisamente por eso, porque lo sabía. Cerró los ojos para eludir la secuencia de imágenes que le asaltaba en ese momento, pero no lo consiguió, era como si hubieran montado esa secuencia en un bucle sin fin.

«Rufus debió de ver a esos matones rondando el edificio—se dijo—, ya habían pasado por allí en otras ocasiones para presionarlos, y quizá los notó especialmente amenazadores; o puede que el nivel de tensión haya ido subiendo en las últimas semanas y él me lo haya ocultado». Le imaginó subiendo a la carrera hasta su apartamento, lo vio revolver en su armario hasta encontrar un pantalón y un chaquetón como los que él solía usar habitualmente, incluso puede que utilizara una de sus gorras para que su cabello rubio no le delatara. «Seguro que se detuvo ante el espejo—pensó—para cerciorarse de que podía confundirles. Estaría inquieto, le sudarían las manos, pero completamente decidido». Y luego le vio bajar hasta la calle fingiendo calma.

Desde la entrada, buscó con la mirada a los matones y se alejó unos metros del edificio, cruzó la calle Franklin en dirección a Broadway Oeste como si no le importara su presencia. Les vio acelerar los pasos y acercarse a él con cara de pocos amigos. Se encaró a ellos sabiendo el peligro al que se enfrentaba, ocupando su puesto, porque esa gentuza había ido en busca de él, no de Rufus.

«Son profesionales—pensó—, saben lo que hacen. Éste, cuál es, ¿su tercer aviso? ¿El cuarto? ¿Desde cuándo sabía él que esto podía pasar? ¿Por qué me ha suplantado para enfrentarse a ellos? ¿Iba destinada a mí esa paliza?». Una cadena de preguntas le asaltó y tuvo que concentrarse para reprimirla, no era el momento. Echó un vistazo entonces al informe del hospital, temía que le hubieran dañado algún

órgano interno, pero no, les había bastado con una buena paliza sin causar lesiones irreparables, simplemente se habían limitado a incrementar el nivel de gravedad de la amenaza.

—¿Sabe usted quién puede haber sido?—le preguntó ella—. Mi hijo les ha dicho a los doctores que le han atropellado al salir del estudio, pero no ha sabido dar detalles sobre la furgoneta ni tampoco recordaba la matrícula, incluso pretendía que no avisaran a la policía. No le creo, no sé decir por qué, demasiada insistencia en el accidente y muy pocos detalles, no sé, no tengo motivos para dudar, es mi hijo y sin embargo no puedo creerle. ¿Volverán?—le preguntó al fotógrafo—, ¿corre peligro?

—No, señora—le respondió, sorprendido por su propia contundencia—, no volverán. —Paul se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro—. No se preocupe, yo me ocuparé de todo. —Pensó que debía conseguir dinero para pagar esa deuda lo antes posible, hoy mejor que mañana, mañana mejor que pasado. Había estado madurando una idea, pero no se había decidido a llamar al abogado Orson H. Preston. Ahora tenía claro que debía pedirle ayuda para resolver esos dos asuntos: pagar la deuda que había contraído con los usureros de B&B antes de que el daño pudiera ser irreversible y quizá implicarlo en el recurso que la hija de Gloria Graham había presentado para recuperar a Stuart.

En el vestíbulo del hospital se cruzó con Sarah Norton, no se habían visto ni habían hablado desde la cena frustrada. Sarah caminaba apresurada, mirando al frente con decisión, llevaba una gabardina crema, larga y amplia que ocultaba su figura, y un enorme bolso atrapado por el asa, como si lo llevara a rastras. La modelo había llamado una vez más al estudio y Young Hee le había contado el accidente de Rufus. Ralentizaron sus pasos y se detuvieron un instante, cara a cara. Sarah enrojeció al ver a Paul, se saludaron con un leve movimiento de cabeza, en silencio, sin rozarse siquiera. Él se sintió culpable por todas las llamadas que no le había devuelto. De repente sintió que sí la había echado de menos, que sí había sentido nostalgia de sus besos. La modelo permaneció seria y distante, la media melena dorada cayendo apenas sobre sus hombros, pero no le hizo ningún reproche. Apenas se dijeron hola y adiós y cada uno siguió su camino. El fotógrafo dio tres o cuatro pasos y se detuvo en medio del vestíbulo obstaculizando el paso de otros visitantes, giró la cabeza y contempló cómo Sarah se detenía ante los ascensores, sintió el impulso de ir en su busca pero se contuvo. «¿Es tarde?», se preguntó. Le asaltó una extraña emoción, como si sintiera celos de Rufus. No encajaban pero imaginó que estaban saliendo. ¿Era eso lo que Sarah quería contarle, que tenía una relación con su ayudante, era eso lo que había motivado tantas llamadas?

Paul Knobel caminó entre las mesas de la cafetería del hospital, pero esta vez se trataba de otro hospital. Una de las notas que Glo había dirigido a su madre y que el fotógrafo había encontrado en el diario estaba escrita en una cuartilla que llevaba impreso el membrete de ese hospital. Así la localizó. En bandolera, llevaba colgada una bolsa gris, impermeable, con un par de cámaras y las ópticas, y en una mano una bandeja con su desayuno. Fingía que buscaba una mesa libre, aunque en realidad intentaba leer las tarjetitas de identificación de todas las enfermeras que podían ser Gloria Sheffield, Glo, hasta que dio con ella.

En la recepción se había presentado como reportero de una revista de enfermería, *AJN, American Journal of Nursing*. Le habían enviado a fotografiar a una enfermera que se llamaba Gloria, pero había perdido la nota, se lamentó, y no recordaba el apellido. La recepcionista no se extrañó, como si allí los reportajes fueran algo habitual. Le confirmó que Gloria trabajaba allí, Gloria Sheffield, y le aclaró que sólo había una enfermera con ese nombre de pila, y que en efecto tenía turno esa mañana. Hizo una llamada para comprobarlo y preguntó por ella. Paul pensó que la situación se le estaba escapando de las manos a causa de su profesionalidad. «En este momento no está en urgencias—le informó mientras se ocupaba ya de otros quehaceres—, es su hora de descanso. —El fotógrafo tuvo un golpe de suerte—. Y muy probablemente la encontrarás en la cafetería del primer sótano».

La cafetería era inmensa: entre pacientes, visitantes y personal estaba casi al completo. A pesar del ajetreo, sintió que partía con ventaja, ya que los sanitarios vestían con batas blancas o azules y la mayoría llevaba prendida en el pecho la tarjeta de rigor. Pasó por el *self-service* y pidió un té, le ofrecieron tarta de zanahoria o una magdalena de arándanos que no le apetecieron. Todavía le quedaban un par de barritas Nature Valley, las de envoltorio verde, recordó, y caminó con la bandeja de un extremo a otro como si buscara una mesa libre, procurando leer las tarjetas de manera más o menos disimulada o tratando de entrever algún rasgo que le resultara familiar. Recordó la breve descripción que había leído en el diario: una chica joven, delgada, alta, con el cabello rubio rizado, labios gruesos, según la madre se trataba de una neoyorquina con algunos rasgos caribeños. Por suerte, no había muchas mujeres jóvenes uniformadas que, además, reunieran esas características. Finalmente dio con ella; no sólo le pareció entrever esos rasgos, sino que su actitud abatida se correspondía con sus expectativas. Gloria Sheffield estaba sola junto a una ventana que daba a un caprichoso jardín, creado en la base de un lucernario. El fotógrafo se sentó a cierta distancia, hizo desaparecer las barritas y el té en un instante, y se dedicó a observar a la

enfermera. Con aquel uniforme blanco, sin maquillaje, el cabello recogido, parecía una niña grande. Estaba abstraída, movía las manos y se las llevaba a la cabeza y dejaba sus dedos enredados entre los rizos de su cabello, en poco más de cinco minutos se llevó la taza a los labios al menos una docena de veces pero en ninguna ocasión llegó a beber. Más tarde, cuando una compañera reclamó su atención, echó un trago rápido y la bebida debía de estar ya fría, pues sus labios dibujaron un mohín de disgusto.

Glo parecía tener los ojos enrojecidos de no dormir o de llorar o de ambas cosas. Miraba al exterior como si estudiara el crecimiento de una estilizada palmera y de una ceiba imponente que rivalizaban por el señorío de ese jardín. Pero miraba sin ver. Paul sabía reconocer ese tipo de expresiones. Ella fingía estar pendiente de lo que sucedía en el jardín para poder tener la mente en otro sitio, para evitar un cruce de miradas, para no verse obligada a iniciar una conversación en la que no estaba interesada. Mientras sus ojos hurgaban en algún rincón de un absurdo jardín tropical trasplantado al hemisferio norte, pronunció algunas palabras, quizá dirigidas a personas que sólo estaban en su mente, como si mantuviera un diálogo que nunca podrá aflorar a la superficie.

De camino al hospital había pensado abordarla enseguida; sin embargo, al percibir su postración, le costó dar el paso final. Tenía preparado un discurso para justificar no únicamente su presencia, sino también que supiera quién era ella o que incluso pudiera estar al corriente del drama que estaba viviendo. En definitiva, un discurso que justificara lo injustificable. Pensaba decirle que había hablado con su padre pero no con su madre, que era en realidad a quien estaba buscando para devolverle su diario, y toda esa palabrería le parecía confusa e inverosímil. Estaba a diez o doce metros de Glo y sin embargo no se decidió a acercarse, todo ese cúmulo de explicaciones le parecía demasiado artificial, sonaba poco sincero. Sacó una cámara de la bolsa, la colocó encima de la mesa y mientras fingía que la examinaba enfocando hacia el jardín le hizo unas cuantas fotografías. Le hubiera gustado poder tomar una fotografía con calma y con la luz apropiada y en un entorno en el que su belleza pudiera expresarse sin ataduras, ya que, a pesar de su postración, era una mujer hermosa.

Como si se tratara de un gesto automático, Glo se llevó la mano al bolsillo de la bata y extrajo una pequeña cartera, la abrió, miró a los dos lados durante unos instantes y después se la acercó a los labios. «Fotografías—pensó él—, quizá de Sam y de Stuart». Había alguna cosa en ella que no encajaba con la imagen que se había formado. Le pareció demasiado joven, tenía la sensación de que las cartas que había leído, tan cargadas de dolor y de desesperanza, eran de una persona mayor. Sin embargo aparentaba la edad que tenía: veinticinco

años, tal como le había confirmado Andy, y a Paul le parecía injusto que a esa edad hubiera perdido ya a un marido y a un hijo. Lo del marido había sido tan traumático que entendía que fuera difícil de asimilar. En su experiencia con la muerte había sido consciente de la importancia que tenía poder despedirse de un ser querido. Él había llegado tarde cuando murió su madre; sin embargo, Norma se le había anticipado y había dedicado el verano anterior a despedirse de él. Lo del hijo quizá no fuera tan traumático o irremediable, pero se lo habían arrebatado. De improviso alguien pronunció su nombre: «¡Gloria!». Otra enfermera la llamaba desde una puerta blanca que se abrió hacia la cafetería, una puerta que seguramente conectaba con la zona de trabajo. Glo se dio la vuelta con parsimonia, y cuando su mente cansada procesó la situación se levantó bruscamente y se fue tras su compañera.

Un minuto más tarde, la oportunidad de entrar en contacto con ella se había evaporado. La enfermera había desaparecido camino del servicio de urgencias y a él le pareció que sería una intromisión excesiva interrumpir allí su trabajo para darle inverosímiles explicaciones que sólo tenían como objetivo conocer a su madre. Era a Gloria Graham a quien Paul estaba buscando, pero ¿sería su aspecto o la edad un obstáculo?, tal y como su exmarido había pronosticado.

De todos modos, estaba satisfecho de sus averiguaciones: había conocido ya a su exmarido, Andy, y a su hija, Glo, confirmado el apellido de ésta—Sheffield—, que aparecía una sola vez en el diario, había dejado su tarjeta en dos estudios de doblaje, había podido hablar con su amiga Annie, aunque no esperaba gran cosa de ella, pues se había mostrado muy desconfiada. Era evidente que el cerco se estaba estrechando. Paul se quedó unos minutos más, cogió su cámara y echó un vistazo a las fotografías que acababa de hacer. Había tomado nueve, de las cuales borró seis allí mismo, y examinó las tres que le servían. A través del visor Glo tenía una expresión extraña, enajenada más que triste, parecía que mientras su cuerpo estaba obligado a permanecer allí, encerrado en aquel hospital, su alma pudiera volar hacia otro lugar.

—¿Juegas al golf?—le preguntó el abogado—. ¿Cuál es tu hándicap?

El abogado Orson H. Preston y Paul Knobel estaban cómodamente sentados en unas butacas de mimbre en la terraza del club de golf del abogado. Desde su posición podían ver a un jugador tratando de embocar la bola en el hoyo número tres, la mañana se había levantado fría y húmeda pero luminosa y, protegidos por las grandes vidrieras, tenían la oportunidad de disfrutar del tímido sol matutino.

Preston quería informarle sobre los progresos de un asunto que el

fotógrafo le había planteado incumpliendo todos los protocolos: por teléfono, de un modo muy melodramático y con carácter de suma urgencia.

—No tengo dos semanas—le había dicho Paul al ayudante del abogado—, ni siquiera una, se trata de un caso de extrema gravedad. —En el último segundo el fotógrafo había evitado sucumbir a la tan manida expresión «de vida o muerte»—. Dígale eso al señor Preston, que es de extrema gravedad, el abogado me encontrará en este teléfono a cualquier hora del día y de la noche.

Al abogado le había parecido un despropósito esa manera de proceder y pensó que debía reconducir el asunto con la máxima discreción. Le devolvió la llamada, aceptó ocuparse de las negociaciones que le proponía y le citó en su club el domingo siguiente para explicarle cuáles eran las reglas del juego. Cuando llegó Paul, Preston estaba en una zona de entrenamiento intentando mejorar su *swing* con la ayuda de su entrenador personal. Al verle acercarse, despidió al entrenador con una frase inusualmente amable, y juntos se encaminaron a la terraza cubierta de la cafetería.

—Soy una nulidad en cualquier deporte—le respondió Paul—. Mis educadores lo intentaron sin ningún éxito mientras fui un niño y en cuanto pude decidir por mí mismo sepulté en un armario todos esos objetos de culto: el guante de béisbol y el bate, la pelota de baloncesto, la camiseta del ídolo de turno, los álbumes con las fotografías de todos los jugadores de todas las ligas…

—¿Qué vas a tomar?—le interrumpió el abogado.

—Nada—respondió él de un modo tajante—. Pide algo, cualquier cosa, agua; si no lo haces, este señor—el abogado cabeceó en dirección al camarero—va a estar todo el tiempo pendiente de nosotros. —El camarero asintió con una sonrisa protocolaria—. El juez Garner es muy hábil, desde luego—le dijo después de que el camarero les hubiera servido un té con limón y un jerez seco—, sabe lo que hace. Tal y como te adelanté, no quiere tratar de estos asuntos directamente contigo, pretende que yo sea su único interlocutor. «Es mejor entre profesionales», me comentó por teléfono.

»Nos vimos en su despacho—continuó el abogado—. El juez no aceptó mi invitación a comer o a tomar un café, supongo que ahora sabe quién soy, que está al corriente de la relación que mantuve con Norma y que eso le hace sentirse incómodo. No quise demorar demasiado el asunto, y después de dedicar un par de minutos a intercambiar saludos de amigos comunes y parabienes por los éxitos respectivos le expuse la situación. Le expliqué que estabas dispuesto a cederle el tercio del apartamento de la Quinta Avenida que te había correspondido a cambio de una cantidad que era apenas la mitad de su valor. El juez Garner no intervino, esperó a que le planteara la

segunda parte de tu propuesta. “Paul está muy interesado”, le comenté sin más dilación, “en el caso de una joven que ha interpuesto un recurso para recuperar la tutela del hijo de su pareja, los documentos pertinentes no se firmaron a causa del fallecimiento del padre. Así pues, necesita apoyo legal para que esa joven pueda presentarse ante el tribunal con garantías”.

»El juez Garner no puso ningún inconveniente en adelantar una suma de dinero considerable; es más—le aclaró el abogado—, ni siquiera discutió la cantidad, tampoco preguntó para qué necesitabas tanto dinero. Es muy curioso lo que sucede en esta ciudad con el dinero. —Preston sonrió abiertamente—. El que no tiene está todo el día maquinando cómo podrá hacerse rico, y el que tiene mucho finge que no está interesado en él, que es un ser desprendido, cuando en realidad está aún más ávido que el primero. No es la electricidad lo que hace que esta ciudad funcione, lo que circula por esos cables, túneles, tuberías, es dinero, sólo dinero. En cualquier caso—el abogado extrajo un sobre de su maletín—, basta con que firmes estos documentos de cesión de la tercera parte del apartamento a la mujer de tu padrastro y en este sobre encontrarás un cheque de mi bufete. Como puedes ver el juez ha evitado que su nombre o su firma puedan aparecer en ningún documento. El cheque puedes hacerlo efectivo mañana mismo.

—¿Cómo?—se sorprendió Paul, y se le escapó una sonrisa que le iluminó el rostro—. ¿Ya está?

El abogado Preston no pudo evitar cierta ironía:

—La familia de la nueva señora Garner—le explicó—fabrica y distribuye la mayoría de las cremas hidratantes con que nuestras mujeres sacian sus pieles resecas. De todos modos, debo advertirte que corres cierto riesgo si te gastas esa fortuna antes de que el juez cumpla con la segunda parte de tu demanda, él podría negarlo todo, ese asesoramiento que le has solicitado no aparece en ningún documento.

—No me preocupa, le conozco bien—repuso—. Para el juez Garner es un desafío en toda regla y querrá demostrarle a su desagradecido hijastro lo inteligente que es.

—Sobre el recurso—continuó Preston—, el juez Garner me dijo que necesitaba estudiar a fondo los detalles, puesto que, como yo podía imaginar, no estaba dispuesto a infringir la ley ni un milímetro. Con los escasos datos que me facilitaste—el abogado lo recalcó para que el fotógrafo valorase también su eficacia—, mis colaboradores localizaron el tribunal, el expediente y toda la documentación del caso. —Paul sonrió, no esperaba disponer tan rápido de ese dinero—. Apenas dos días más tarde el juez me llamó para aceptar el trato—continuó el abogado—. Me dijo que una persona de su confianza me haría una transferencia esa misma mañana, por esa cantidad exacta y

que, por supuesto, no figuraría su nombre. Me comentó también que el caso de Gloria Sheffield era muy interesante. «Un caso como éste puede sentar jurisprudencia, abogado, aunque no tiene un tratamiento fácil. La ley de adopción es por principios muy garantista y el grado de consanguineidad supone una preeminencia clara. De todos modos, si me permite la expresión, me divertirá estudiar el caso».

El fotógrafo abrió el sobre en el que se encontraba el cheque.

—Supongo que me enviarás una factura con tus honorarios—le dijo al abogado, antes de echar un nuevo vistazo a la cifra.

—Por supuesto, todo se hará según convenimos. Me sorprendió tu llamada. —El abogado cambió de tema—. Han pasado casi cinco años desde nuestro primer encuentro. Por un momento pensé que tu intención era reclamarme esa charla sobre mi relación con tu madre que quedó pendiente, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente—afirmó él—. Esa conversación sobre Norma todavía planea sobre nosotros.

—Hoy puede ser un buen día—propuso el abogado—, la comida del restaurante del club no es del todo mala. Te invito a comer, si no tienes otro compromiso.

—Acepto—sonrió Paul—, es hora de pasar página. O como hubiera dicho Norma: hay que hablarlo todo, hay que expresar eso que se siente, las palabras que se quedan en el interior de uno acaban envenenando el alma.

Paul se asomó a la ventana que daba a las calles Varick y Franklin, Gloria Graham no tardó en aparecer, caminaba resuelta, decidida, todavía llevaba la gabardina colgada del brazo. La vio detenerse junto al semáforo y levantar el bolso crema para llamar la atención de un taxi. La observó pesaroso durante un par de minutos, pensó que quizá había perdido su única oportunidad de conocer mejor a esa mujer; lamentó haber dejado en sus manos la posibilidad de un segundo encuentro. Mientras ella abordaba el taxi, le embargó la idea de que quizá había quemado su único cartucho.

En el taxi que la llevaba a su casa, Gloria sacó el sobre de su bolso. «Paul Knobel», leyó en la etiqueta; «Ni un solo dato más—se dijo—, como si todo el mundo estuviera obligado a saber quién es y dónde vive». De repente cayó en la cuenta de que no había comprobado que realmente fuera su diario, así que lo abrió y recorrió sus páginas. El cuaderno estaba muy estropeado, aunque encontró allí las cartas de su hija. En realidad era lo único que ansiaba recuperar, habría dado o hecho cualquier cosa por esas cartas. Estaba todo, también el sobre con las postales y los recortes de prensa. Sonrió al comprobar su contenido, se sintió aliviada y lamentó no haber sido más amable con

ese fotógrafo, después de todo podía haber dejado que su diario se pudriera en un charco y sin embargo se había tomado muchas molestias para poder devolvérselo. Recordó que le había prometido una cena y, con su diario en la mano, no tuvo el valor de arrepentirse. «Parece un tipo extraño—reflexionó—, aunque, como diría tía Esperanza, seguro que no es tan fiero el león como lo pintan».

A Gloria, perder su diario le había causado una gran pena, angustia y más tarde desesperación. En el primer momento, al llegar a casa y vaciar su bolso, pensó que sólo era un contratiempo, temía haberlo olvidado en casa de Charlie Arrows y detestaba tener que darle explicaciones y sobre todo temía que se atreviera a echar un vistazo donde no debía. Hacía meses que le habían presentado a Charlie en el estreno de una película. No habían trabajado nunca juntos, pero era un compañero de profesión y cuando hay asuntos de los que quejarse resulta fácil mantener una conversación, pero al día siguiente ya se había olvidado de él.

La tarde del 9 de octubre ella volvía de Los Ángeles, después de dos semanas de trabajo, con el tiempo justo para llegar a la biblioteca de la Grand Army Plaza, en Brooklyn, para rendir homenaje a la que había sido su maestra en la escuela de doblaje: Simone Degraw. Annie Hawthorne la esperaba con su coche en el aeropuerto de La Guardia, a Annie no se le podía pedir puntualidad, iba contra su naturaleza, pero el avión llegaba con retraso y Gloria le agradeció a su amiga el gran favor que le hacía. Un favor doble, puesto que además de dejarla en Brooklyn, Annie se haría cargo de su equipaje y lo llevaría a su casa. Al despedirse en Grand Army Plaza cargó únicamente con su bolso, una gabardina para combatir el frío y la lluvia, un pequeño neceser por si debía retocarse el maquillaje y en el último momento decidió llevarse su diario, le inquietaba separarse de él, y sobre todo le inquietaba dejarlo en manos de la entrometida e indiscreta Annie. Al finalizar el acto, Charlie Arrows la saludó como si fueran viejos amigos que se encuentran de manera inesperada, y para sorpresa de Gloria se inventó toda una serie de encuentros disparatados en toda clase de circunstancias que se remontaban prácticamente hasta el jardín de infancia, y ella lo encontró ocurrente y divertido. Él aprovechó entonces para invitarla a tomar una copa en un lugar menos concurrido y más cálido. En realidad, superados los fuegos de artificio, Charlie era un tipo que ni fu ni fa. «Cómo echo de menos a tía Esperanza—pensó Gloria—. Si la tuviera cerca seguro que me equivocaría menos». Pero él debió de percibir que ella estaba sensible y apretó el acelerador, así que a una copa le siguió otra, y la tercera condujo a esas confidencias involuntarias que crean una falsa intimidad, y así, al amparo de una noche destemplada, él se le insinuó y ella se dejó llevar a la cama.

Gloria se despertó confusa y rabiosa consigo misma. Ya no era una criatura para dejarse embaucar por cualquier casanova de pacotilla. Pensó en Walt, y lo culpó porque hacía más de un mes que no tenía noticias suyas. Estaba tan enfadada que hubiera gritado. Charlie ni siquiera sabía besar; incluso pensó que si algún día reunía fuerzas y humor suficientes para contárselo a Annie le explicaría de qué modo absurdo adelantaba sus labios como un cerdito. Recogió sus cosas a toda prisa y, mientras él estaba bajo la ducha, con el ego entre las manos, ella se despidió hasta nunca. Al llegar a su casa y no encontrar su diario se sintió perdida, pensó que ese descuido la obligaría a quedar con ese tipo de nuevo. Le llamó enseguida, él se sorprendió y por un momento debió de pensar que la había conquistado, pero Gloria, con su tono más dramático, le pidió que buscara su diario en el apartamento y se lo enviara con un mensajero o con un taxista, como si le fuera la vida en ello y no pudiera esperar siquiera unas horas. Por un lado, se sintió liberada al saber que su diario no había quedado atrapado en territorio enemigo, y acto seguido empezó a angustiarse temiendo no poder recuperarlo. Lo había perdido. «En el taxi», pensó. Al entrar en el vehículo caía un aguacero terrible y había arrojado sus cosas al interior de cualquier modo.

Se desesperó, no estaba preparada para aceptar una pérdida así. En el diario estaban las cartas que su hija Glo escribía para ella, y en ese momento no se le ocurrió que hubiera nada más importante en el mundo que esos textos. Maldijo mil veces a Charlie Arrows, lo hizo culpable de su pérdida y de su traición a Walt. Gloria miró su reloj: la esperaban en el estudio de grabación en menos de una hora. Antes de salir de casa, arrancó las páginas de la guía con las compañías de taxis, las oficinas de reclamación y de objetos perdidos del Ayuntamiento, y salió a la calle haciendo llamadas desesperadas. Durante ese fin de semana lo intentó todo: preguntó en las compañías hasta la impertinencia, se presentó en varias ocasiones en el lugar donde había cogido el taxi con la vana esperanza de poder encontrarlo tirado por allí, preguntó en la biblioteca, ofreció incluso una buena recompensa. Fue en vano, todo su esfuerzo por recuperar su diario resultó absolutamente inútil. Se desesperó al pensar que había perdido para siempre las páginas que su hija había escrito para ella.

Se había resignado ya a la pérdida cuando, casi un mes más tarde, empezó a recibir mensajes que, aunque provenían de lugares muy diversos, de personas que no guardaban relación entre sí, compartían un contenido similar: «Un fotógrafo tiene tu diario, ha llamado varias veces con el objetivo de devolvértelo». Ella no podía entender qué había sucedido. Durante días lo había buscado como una loca y no había obtenido ningún resultado. Y de repente, a la vuelta de Seattle, donde sólo había pasado ocho días, todo el mundo había tenido

noticias de su diario, aunque nadie lo había visto. Cuando se reincorporó a los estudios de grabación de NICK se encontró con un sobre cerrado en la recepción. «Lleva aquí varios días—le dijo Martha—, lo trajo un hombre muy alto y corpulento, pensé que era un mensajero y no le di más importancia, lo siento, sólo más tarde me fijé en que era personal». No era un sobre convencional, una de las caras era rígida como si contuviera una plancha de plástico o de cartón para proteger el contenido. Antes de abrirlo, Gloria se lo llevó a la nariz, no olía a nada en especial y en su interior halló una nota manuscrita: «Gloria, tengo tu diario», y firmaba «Paul Knobel». Aparecía también una dirección de Manhattan y un número de teléfono fijo. «¿Son malas noticias?», le preguntó Martha al ver la decepción en su rostro. «Sí y no—respondió enigmática—, alguien tiene mi diario y me lo hace saber, pero habría sido mucho más fácil meterlo en un sobre como éste y dejarlo aquí, ¿no te parece? ¿Qué pretende?—se preguntó mientras se alejaba—, ¿querrá algo de dinero?».

Lo que le parecía más extraordinario es que, sabiéndolo tanta gente, tantos amigos y conocidos, su diario siguiera en poder del fotógrafo. Incluso Andy, que la había llamado para decirle que había conocido a ese tal Knobel y que incluso se habían tomado una copa juntos, no se había molestado en recuperarlo. La noticia era muy buena, Gloria se sintió aliviada y se alegró, pues había dado por supuesto que nunca podría recuperar las cartas de Glo, pero no conseguía entender que nadie hubiera cerrado el círculo. Ni siquiera Annie. Su amiga también había hablado con el fotógrafo y sin embargo tardó una semana en llamarla a Seattle para decírselo.

Annie recordaba casi al pie de la letra la llamada, ya que, según ella, había sido bastante absurda. «Estaba en mi despacho de la universidad—le contó a Gloria—, esperaba una llamada de Dick, sabes de quién te hablo, ¿verdad?, porque habíamos quedado en vernos ese fin de semana, cuando sonó el teléfono. “¡Richard!”, me precipité yo un poco ansiosa. “Lo siento, no soy Richard, ¿eres Annie Hawthorne?”. Su voz era grave y no sonreía, sé notar esos detalles por teléfono. No reconocí la voz y me molestó mucho que no fuera Dick y que además estuviera ocupando la línea, así que le respondí un poco agresiva: “¿No sabe a quién llama…?”, le dije. No pude contenerme, Gloria, pero él no se inmutó. “Por casualidad”, insistió él después de un largo silencio, incluso pensé que quizá había colgado, ¿no tendrás alguna amiga que haya perdido un diario?”.

»“¿Cómo dice?”, me pareció una pregunta trampa. “¿Quién es usted?”. “Disculpa, Annie”, me dijo, “soy Paul *Nosequé*”, la verdad es que no recuerdo bien su apellido, pero comentó que era fotógrafo, de eso estoy segura. “Hace unas semanas encontré un diario en Brooklyn”, continuó él, “cuando iba a tomar un taxi. Me gustaría

devolvérselo a su propietaria, en algunas páginas cita tu nombre y he procurado localizarte. ¿No te ha comentado alguna amiga la pérdida de su diario? Eres Annie Hawthorne, ¿verdad?”.

»Estaba a punto de colgarle—le contó Annie a Gloria—, pues lo peor que me podía pasar era que mi teléfono estuviese comunicando cuando llamara Dick, ya sabes que es muy quisquilloso y quizá lo intente un par de veces, pero no tres. Por supuesto que recordaba que lo habías perdido—continuó—, menudo enfado tenías. Lo que no entiendo es por qué aparecen datos personales de tus amigas en tu diario. Si quieres que te lo diga, me parece un poco irresponsable.

»“En efecto, me llamo Annie Hawthorne”, le aclaré en un tono distante, “y sí, mi amiga Gloria perdió su diario hace unas semanas”. “Estupendo”, me pareció que su voz sonaba más relajada, “no sabes el peso que me quitas de encima, ¿puedes darme el teléfono de tu amiga?”. No respondí inmediatamente—le contó Annie a su amiga—, había alguna cosa que no encajaba. Si tenía el diario, ¿por qué me pedía tu teléfono? “No, lo siento, no estoy segura de que a ella le parezca bien. Si quiere, puede enviármelo a mí aquí, a mi despacho de la universidad, y ya se lo entregaré yo”. “Por supuesto, Annie, es una solución estupenda”, me confirmó él, “sólo que me gustaría poder hacerlo personalmente”. “Si es por la recompensa, no se preocupe”, intenté convencerlo, y le prometí que le daría una buena propina. “No, por favor, no me malinterpretes”, me cortó él, “no quiero nada. ¿Qué te parece si lo hacemos al revés, te doy mi número y tú se lo das a Gloria? Y si ella todavía quiere recuperar su diario, le bastará con llamarme”.

»Me dijo que era fotógrafo—recapituló Annie—. Estoy segura de que se llama Paul, su apellido me resultó familiar, pero no porque conozca a alguien que se llame así. No sé decirte más, y no me creerás, pero lo peor es que no encuentro el papelito en el que anoté su teléfono, cómo te diría…

Annie no estaba familiarizada con las disculpas, y un *cómo te diría* entrañaba una profunda lamentación. Gloria no se extrañó, su amiga era capaz de las más grandes hazañas, podía memorizar media docena de textos para intercalarlos en sus clases de historia, pero también podía olvidar a qué hora habían quedado, o el lugar exacto de una cita, o dónde había aparcado su coche.

—¿Por qué no le diste mi número?—protestó Gloria—, eres plenamente consciente de lo importante que es para mí recuperar ese diario. Daría cualquier cosa por tenerlo otra vez en mis manos, le hubiera dado mil dólares…

—Pensé que podía ser una trampa—se excusó Annie—. Ahí fuera—dramatizó—hay gente capaz de hacer cualquier cosa por obtener datos sobre mujeres que viven solas. Psicópatas, perturbados y gente así, los

periódicos publican cada día noticias muy desagradables. Supongo que estás enterada, ¿no es cierto?

—Vale, vale, no compliques más la situación, por favor. Tú sabías que yo había perdido mi diario y lo que guardaba en él.

—Claro, guapa, pero entonces ¿por qué no te llamó a ti directamente?—replicó Annie victoriosa—, ¿o es que tu número y tu dirección no figuran en la primera página?

4

NI SALUDO NI DESPEDIDA, NI REMITE NI REMITENTE

1.º de abril de 2003 No consigo apartar de mi mente la última frase de Glo: «Me odio porque debí morir con Sam». ¿Hay algo más que pueda hacer? ¿Hago por mi hija todo lo que está a mi alcance? Annie dice que obsesionarse es un peligro, que no me va a ayudar ni a mí ni a ella, y me recomienda que hable con su terapeuta. Qué fácil resulta dar consejos. Hay momentos en los que consigo dejar de pensar, o simplemente sucede aunque yo no lo pretenda: mientras trabajo; cuando estoy con Walt y él me acoge en sus brazos.

3 de abril de 2003 «Me odio porque debí morir con Sam». Cómo pudo escribir algo así. ¡Mi cielo! A mí, Sam no me gustaba. Me cuesta dejarlo por escrito—nadie merece un final tan trágico—, y además siento que traiciono a mi hija. No me gustaba para Glo. Muy mayor para ella, casi diez años. Viudo. Con un hijo. No digo que fuera mala persona, ni mucho menos, pero eran vidas y experiencias muy distintas. Y a mamá Vivian, cuando se enteró de que estaban juntos, casi le da un infarto. Si acepté a Sam fue porque vi en los ojos de Glo una determinación que no admitía objeciones.

5 de abril de 2003 Tengo grabación la semana próxima y no consigo memorizar el guión. No me concentro. Vivo pendiente del teléfono. Espero una llamada de Glo y también una llamada de Walt, y sólo pienso en cómo romper el silencio ominoso que me rodea. Entonces deliro e imagino la conversación que mantendré con ellos, lo que le diré a mi hija o a Walt, lo que me responderán, lo que replicaré. Me volveré loca. Me rindo. He llamado a Annie y le he propuesto una cena con pizza, vino italiano y todas las películas de Cary Grant que le apetezcan. Aunque le he rogado que no me obligue a ver otra vez *La fiera de mi niña*.

7 de abril de 2003 Ceno cualquier cosa en el sofá, pongo música, hoy Nina Simone, y abro un libro para no quedarme dormida. He

empezado dos veces *El festín del amor*, de Charles Baxter, pero estoy tan cansada que me duermo con el libro en las manos. ¿Ésta es la vida que me espera?

Nadie piensa en mí. Nadie me llama. Quizá me he quedado sola en el mundo y no me he dado cuenta. Esta noche, cuando mis vecinos duerman, cuando no haya ninguna ventana iluminada, cuando el fragor de la ciudad más ruidosa del mundo se acalle, abriré la ventana que da a Fulton Street y gritaré que todavía estoy viva. Gritaré ¡BÚSCAME!, lo gritaré tan fuerte que espero que Walt me oiga desde LA.

9 de abril de 2003 Llego a casa y ni siquiera tengo ánimo para cambiar el cedé *A Single Woman*. Pero no me engaño: si sonara el teléfono, y fuera Walt, seguro que haría un esfuerzo. Quien sí me ha llamado es Annie, parecía contenta porque las tropas han entrado en Bagdad. Le he recordado que estaba en contra de la guerra. Me ha replicado ofendida que por supuesto, pero que si nuestros jóvenes ya están allí, cuanto antes acabe, mejor.

11 de abril de 2003 Walt me llama pero no puedo verle ni tocarle; me llama y no me atrevo a confesarle el consuelo que trae a mi corazón. No se lo digo para que no se sienta obligado, para que no lo convierta en una rutina. Andy también me llama, la tercera vez en lo que va de abril. Desde que lo dejó su novia devoradora de hamburguesas con doble de queso, anda como perro en celo corriendo de un lado para otro, olisqueando cualquier culo que encuentra a su paso. Quiere celebrar que lo han nombrado jefe del departamento de compras de TradePlus y es capaz de utilizar cualquier excusa, hasta hablar de Glo, pero ahí se equivoca.

Carta de Glo 8:

Si pudiera, mamá, sólo trabajaría por la noche y los fines de semana. Mis compañeros están encantados porque no me canso de repetirlo y ellos se aprovechan un poco. No me importa, el favor me lo hacen a mí. Cuando vivía Sam, toda mi preocupación era que nuestras guardias no coincidieran para que uno de los dos pudiera atender a Stuart. Al principio me daba miedo quedarme sola con el niño, estaba en esa edad de las pesadillas y a menudo se despertaba gritando y llamando a su mamá. Entonces acudía yo para consolarlo, pero me rechazaba. «Vete, vete, vete…», Stuart gritaba aún más fuerte: «Quiero a mi mamá». ¡Me costó tanto que, en esos momentos, aceptara mis abrazos y mi consuelo! Pobre niño, a veces me pedía que le enseñara fotografías de su madre, buscaba los

álbumes, nos sentábamos en el sofá y él pasaba las páginas y me explicaba quiénes eran las personas que aparecían en las fotos. Era muy guapa la madre de Stuart, Audrie murió con solo veintinueve años.

Las noches en el hospital son más llevaderas que las que paso en mi apartamento. En el hospital no estoy sola. Además estos días suele haber bastante actividad. Y en esas horas valle en las que nadie acude, en las que parece realmente que la ciudad duerme, tomo café y leo. No puedo dormir y ni siquiera lo intento.

Únicamente leo biografías de actrices. Nunca me ha interesado demasiado el cine, y no soy muy mitómana, pero una compañera me dejó la biografía de Katharine Hepburn y me pareció una vida apasionante. Así que después he leído también la de Marilyn Monroe, qué mujer tan atormentada. Y el otro día me compré la biografía de Bette Davis y la de Grace Kelly. Me ha sorprendido averiguar que tras esa imagen de glamour haya unas mujeres tan luchadoras.

Si no duermo durante la guardia, la noche siguiente, que la tengo libre, estoy tan cansada que me basta una pastilla para poder dormir al menos cinco horas. No es mucho, pero es suficiente. Lo mejor es que no me despierto con pesadillas ni tengo que salir corriendo para lanzarme en los brazos de ese cerdo.

Mi vecino ha cruzado el rellano en varias ocasiones para llamar a mi puerta. Me he limitado a observar por la mirilla y, por supuesto, no le he abierto. El tipo ha debido de hacer guardia para fingir un encuentro casual. Basta con que me mire para que sienta arcadas, pero además debe de creer que he caído rendida a sus pies, y que ahora me hago la estrecha para hacerme valer. Eso, o simplemente piensa que soy una puta enferma.

No a todo. Le he dicho no a todo en cada ocasión: invitaciones a cenar, al cine, a tomar una copa, a dar un paseo. Ha enfurecido y me he asustado. Me ha amenazado con no abrirme su puerta cuando una de estas noches acuda a él, desesperada. He sentido miedo de que realmente pueda suceder.

14 de abril de 2003 Cómo lamento no haber conocido mejor a Sam. Querían tener varios hijos, discrepaban en eso; ella, como mínimo dos, mejor tres, y a él le bastaba con uno más, una niña. De pequeña, Glo siempre reclamaba un hermanito. La primera vez que coincidí con ellos, salían los tres de compras. Stuart me pareció un chico simpático con una sonrisa traviesa. Me sorprendió que cogiera de la mano a Glo y que incluso se abrazara a ella cuando nos presentaron. No me gustaba la idea de que tuviera un hijo de cinco años, a su edad, pero qué podía decirle yo, si cuando la tuve a ella era más joven.

15 de abril de 2003 Se me parte el corazón cada vez que abro el buzón y encuentro una cuartilla doblada, una página escrita por Glo para mí, para desahogar esa pena que inunda su pecho, que ha acabado con su alegría y que amenaza su propia vida y su cordura. Leo sus cartas una y otra vez hasta que siento que podría recitarlas de memoria. Y no me quejo, me siento agradecida pues significa que confía en mí. Al principio casi meto la pata, llamé al doctor Sampler para decírselo. Que era fantástico que me escribiera, me dijo, y que me agradecía la información. Pero no podíamos traicionar su confianza.

Glo deja sus notas en el buzón, ¿por qué no sube a verme? En sus cartas no hay saludo ni despedida, no hay remite ni remitente.

16 de abril de 2003 He quedado con Annie en una cafetería, le he leído algunos fragmentos de las cartas de Glo. Necesitaba desahogarme. Me ha escuchado en silencio, expectante. Mientras leía se ha emocionado, he visto cómo sus ojos se humedecían.

17 de abril de 2003 Mamá Vivian quiere que vaya a Miami por Semana Santa. Y si es posible, con Glo. Que nos iría bien un poco de recogimiento y de oración a las dos. He estado tentada de preguntarle si había seguido en los noticiarios los escándalos sexuales de la iglesia católica. No lo he hecho. Mamá Vivian es feliz con esa mezcla de religiosidad y superstición que ha forjado a su medida. Y mejor aún nos sentaría el sol y la playa, he pensado mientras ella insistía con el inventario de sus muchos achaques. Qué lejos quedan Dios, la infancia, la iglesia, los vestidos de domingo…

18 de abril de 2003 Mamá Vivian es creyente, aunque sólo asiste a los oficios religiosos que ella considera más importantes. Entre sus collares lleva siempre una cruz. En su casa hay estampas religiosas y amuletos por todas partes. Tiene incluso un pequeño altar dedicado a la Virgen de la Caridad del Cobre. Se confiesa a través de Internet. Un día quiso conocer a su confesor. Por suerte la acompañó mi papá. El tipo era un iluminado que le propuso dejarlo todo e instalarse en su rancho. Ni siquiera era católico, era el único sacerdote de una iglesia inventada echando mano de las tres religiones monoteístas. Mamá Vivian le escribió al Papa, indignada. De esto hace dos o tres años; todavía espera respuesta.

19 de abril de 2003 Nuestro santo, sábado de Gloria, he quedado con mi hija que hablaremos cuando acabe su turno.

Me ha llamado Walt para felicitarme y me ha dado un salto el corazón. Hemos hablado durante una hora y me ha hecho reír. Entre risas y bromas me ha dicho, quizá se le ha escapado, que me echa de menos, que echa de menos mis besos. Y espero que también algo más. Quizá le llegó mi grito de la otra noche, puede que deba asomarme más a menudo a la ventana y aullar su nombre.

22 de abril de 2003 Soy creyente a mi manera. Creo en un Dios benigno, paternal, que lo perdona todo y que no cuestiona nada. Me niego a aceptar que el sufrimiento de las personas, que el sufrimiento de Glo, responda a un propósito divino e inalcanzable. Pecado, culpa, infierno, ¿a quién le sirve un Dios del miedo? Me gustan los ritos, me encanta la liturgia, los ropajes de los sacerdotes llenos de símbolos, el ceremonial, la invocación al misterio, el sentimiento de comunidad. Ahí está mi límite.

Carta de Glo 9:

Lucy nos había invitado a todas las enfermeras de la planta a su fiesta de despedida de soltera. Es feliz. Todavía hay gente feliz. Se casa con Ryan, que es radiólogo, viven juntos desde hace tres años y quieren tener niños. Lucy, sólo una niña. Ryan, por lo menos tres. Sam y yo también habríamos tenido tres hijos, además de Stuart. Lo habíamos hablado. Al principio a Sam le parecían demasiados, pero luego se convenció. Los dos somos hijos únicos, a los dos nos hubiera gustado tener hermanos con los que reír y pelear.

He participado en todo, como una más, en el regalo, en la merienda, pero había decidido que a la fiesta no iría. No tengo el corazón para fiestas. Mis compañeras lo han adivinado y se han presentado en mi casa. Siete mujeres estupendas, jóvenes, con ganas de divertirse, arregladas para comerse el mundo. Han dicho que sólo saldrían de mi apartamento si me unía a ellas. Iban en serio. No he sabido cómo escabullirme de esa trampa. Estaban tan puestas en su papel que hasta han asaltado mi armario y me han dicho cómo debía vestirme. La fiesta estaba convocada en un local de Coney Island, teníamos reservado un espacio pero la sala era enorme y además de la nuestra, había otras celebraciones, una multitud con ganas de divertirse. No podía soportar la alegría desbordada de la gente. He entrevisto a Sam en las miradas de otros hombres, en los gestos y los rasgos de otros, en su manera de caminar y de moverse, y he bebido, me he emborrachado de un modo deliberado y sistemático para no pensar y para no sentir. Sólo se me ha ocurrido esa forma de huida, estar allí sin ser del todo consciente de que estaba allí.

No puedo recordar la secuencia exacta de los hechos. Sé que de repente he recuperado la conciencia en medio de una pista de baile. Han empezado a lanzar agua con mangueras como si se tratara de lluvia y me he despejado de la impresión. Estaba en brazos de un tipo enorme, que me magreaba y me besaba como si fuera mi amante. Lo he mirado con tal odio que se ha separado de mí, y le he dado un empujón que le ha hecho rodar por el suelo. He salido corriendo con mi bolso y he cogido uno de los taxis que había en la puerta del local. Al llegar a casa me he dado cuenta de que había olvidado el abrigo en la sala de fiestas. No me he atrevido a llamar a mis compañeras para pedirles que lo recogieran. Mala suerte.

27 de abril de 2003 He ido con Annie a pasar la tarde del domingo en casa de Glo. Le he propuesto inaugurar el magnífico televisor plano de treinta y seis pulgadas que le he regalado. Hemos encargado sushi y, sobre todo, Annie ha seleccionado cuatro películas de la Hepburn, una con Cary Grant, dos con Spencer Tracy y la cuarta con Humphrey Bogart. Glo no ha podido resistirse. Mientras las veíamos, en esa pantalla tan impresionante, han estado hablando de KH, lo sabían todo sobre ella.

No he hecho ninguna mención a su carta de ayer.

29 de abril de 2003 Me he sometido a una pequeña intervención, en el pecho, no para añadir ni para quitar, sólo para levantarlo un poco. Me gusta lucir un escote atractivo, de todos los tipos: bañera, palabra de honor, *halter*, de pico profundo…, y usar pañuelos, bufandas, estolas, para evitar el frío y para añadirle un poco de misterio.

De adolescente lo pasé fatal. Cuando las otras niñas eran como tablas de planchar, yo ya tenía un pecho pujante y generoso. Entonces me lo tapaba, me lo apretaba para disimular y sentirme como las otras. Vivian se reía. Y tía Esperanza lo adornaba con dichos populares que no pienso reproducir aquí.

2 de mayo de 2003 De reposo hasta el lunes. Me duele un poco el pecho cuando hago algunos gestos, así que me muevo por la casa como un robot, con los brazos pegados al cuerpo. Hay una cirugía que es simplemente reparadora, me dijo el cirujano, y que no había motivo de preocupación. En teoría la recuperación era inmediata. Vuelve a sentirte orgullosa de ti misma, segura, atractiva. Eso decía la publicidad. Si salgo de ésta, ese cretino me las va a pagar. Me duele el cuerpo hasta cuando respiro.

4 de mayo de 2003 Annie y Glo han tenido la misma idea, presentarse en mi casa y ocuparse de mí durante el fin de semana. Les

he prohibido que limpien y que cocinen. En la nevera tengo un montón de vales descuento de comida italiana, china, mexicana, japonesa y tailandesa. El sábado empezaron por la tailandesa y creímos morir de lo picante que era. El resto del fin de semana hemos sobrevivido con sándwiches, ensaladas y yogurts.

Annie ha explicado cientos de anécdotas de sus clases en la Universidad de Nueva York, quizá las haya exagerado un poco. La atractiva profesora Hawthorne, como se ha descrito a sí misma, y Glo se han reído. Yo he tenido que contenerme. Mi hija se siente culpable cuando se ríe o cuando se divierte, lo leo en sus ojos, pero se ha animado a explicar también algunos casos curiosos del hospital. Y entonces la he visto a ella, a la Glo de antes de la tragedia, a la hija que tengo que recuperar.

6 de mayo de 2003 Hace unos días participé en una reunión en una agencia de publicidad, en la avenida Madison, me habían contratado para darle voz a unos objetos. «Todo el mundo sabe—dijo uno de esos tipos engreídos con pinta de enteradillo que se creen con derecho a interrumpir a los demás, uno de esos individuos prepotentes que quieren tener siempre la última palabra—que la voz de las lámparas es aguda y aflautada y que, en cambio, los electrodomésticos tienen la voz grave». Pensé que bromeaba, pero lo repitió varias veces. Me pareció un necio.

Mientras esperaba en una salita, le eché un vistazo a un libro de anuncios de diferentes épocas y encontré uno de Cinzano que me encantó, estuve a punto de arrancar la página. Mostraba a una modelo con un escote salvaje, llevaba un collar hecho de cubitos de hielo que, en contacto con su piel caliente, se deshacía sobre su abundante pecho. Probaré esa sensación cuando llegue el verano, quizá le pida a Walt que me lo abroche.

7 de mayo de 2003 Hoy hubiera sido capaz de mendigar un beso. Quizá patente la idea. Puedo apostarme en un semáforo, como esos indigentes que se empeñan en ensuciar aún más los parabrisas, y ofrecer un beso a los conductores. Un beso por un dólar. Un beso por la voluntad. Le he enviado un mensaje a Walt para contarle mi idea y le ha parecido genial.

8 de mayo de 2003 Para ese libro de anécdotas profesionales que Annie, Glo y yo prometimos escribir juntas algún día.

Hoy he trabajado con Phil Serapius; no era la primera vez y nunca había sucedido nada semejante. Empezamos a grabar sin problemas. Como en el estudio siempre hace calor, me he quitado el pañuelo y lo

he dejado en una silla. Unos minutos más tarde, Phil no ha entrado a tiempo. Corte. Hemos retrocedido un poco y hemos vuelto a grabar; ha ido bien hasta que se ha equivocado de nuevo y ha pronunciado mal una frase. Corte. El director le ha propuesto un descanso. Phil ha dicho que se encontraba bien, pero que quizá descansar un minuto le permitiría recuperar la concentración. Al volver al estudio nos ha acompañado el director para comentar algunos detalles. Nos hemos situado en nuestras posiciones, uno frente al otro, y entonces el director me ha mirado, se le ha iluminado el rostro, se ha dirigido a la silla, ha cogido el pañuelo y me lo ha puesto sobre los hombros. Me ha quedado claro, me lo he puesto como un chal, seguro que Phil y la Compañía me lo han agradecido.

Carta de Glo 10:

Qué va a ser de mí a partir de ahora, mamá. En qué me voy a convertir. El trabajo le da a mi existencia una imagen de normalidad que no siento y que no deseo. Como voy cada día a trabajar, mis compañeras creen que me encuentro bien, o al menos mejor, y se atreven a proponerme todo tipo de actividades: salir a cenar, ir al teatro o a un concierto, pasar un fin de semana en la costa. Quieren que salga con ellas a divertirme. Vamos a tomar una copa para celebrar el cumpleaños de ésta o de aquélla, me sugieren al acabar el turno, y pretenden arrastrarme, ¿vienes Glo? Siempre hay algo que celebrar. Puedo entenderlo, algunos días estamos sometidas a tanta tensión, a tanto estrés, que necesitamos un desahogo. Pero yo no tengo nada que celebrar. No quiero divertirme. No siento esa necesidad. No quiero sufrir, nunca más, una situación como la de la sala de fiestas.

Es muy duro tener siempre el NO en la boca. No a todo. Un no que a mis compañeras les causa extrañeza, que no pueden entender. Me observan y me miran y cuchichean, primero extrañadas, luego comprensivas, después condescendientes. No está curada, todavía sufre, se lamentan, y me miran de ese modo que me causa tanta rabia. Estoy paranoica, ya lo sé, pero al dolor no puedo sumarle la humillación de ese sentimiento compasivo.

Me encuentro bien cuando hay mucho trabajo, entonces me considero una profesional más, no percibo las miradas ni siento la protección de mis compañeras. En las guardias somos pocas enfermeras, algunas noches el equipo resulta claramente insuficiente, pero ésa es mi situación ideal. No hay tregua, no se puede parar. No hay un momento para el descanso ni para las confidencias. Luego llegan esas horas mágicas en las que el tiempo y la actividad se detienen. Mis compañeras se acomodan o se

acuestan para descansar un poco y duermen una hora o dos. Entonces puedo leer o saco mi cuaderno y escribo. Al principio no entendía la insistencia del doctor Sampler en que escribiera lo que me pasara por la cabeza. Ahora ya sí. Escribo sin ton ni son, empiezo por las cosas banales de cada día, y poco a poco van surgiendo esas imágenes que me atormentan. Ojalá esos fantasmas pudieran quedar atrapados para siempre en el papel.

10 de mayo de 2003 Annie me ha llevado a Queens, a la consulta de una vidente brasileña, Mae Lourdes, quería que le preguntara por mi relación con Walt. Ésa era la excusa. En realidad a Annie le habían hablado de esa señora y se moría de curiosidad por conocerla. Está instalada en una tienda que vende ropa étnica y me extrañó que fuera tan joven. Annie quería que le echara las cartas. Es típico de ella, necesita estar al corriente de todas las novedades que puedan surgir en la ciudad. Además de las cartas—la baraja estaba tan gastada que daba un poco de asco tocarla—, tenía un puñado de caracolas que desparramaba sobre la mesa. Nos ha leído el futuro a las dos. Más que una vidente debía de ser una perturbada pues me ha visto vestida de novia. Annie ha fruncido los labios y me ha mirado de través: «lo sabía», quería decir con sus mojigangas, a duras penas he podido contener la risa. También le he preguntado por Glo. La vidente ha puesto la mano sobre una fotografía suya y ha cerrado los ojos. Sanará, ha dicho.

12 de mayo de 2003 Me ha llamado Phil Serapius. Es uno de esos tipos amistosos que finge escuchar para parecer sensible y comprensivo. Se muestra siempre tan prudente que me ha costado entender qué quería. Me ha hecho una proposición descabellada. Pretendía que saliéramos a disparar ciento cincuenta balas con rifle en un local de la calle 20 Oeste, y luego a cenar un entrecot en Frank's, pero ya no he prestado atención. Nunca hubiera imaginado que, con ese aire bohemio, le gustara disparar. He anotado el nombre del local por Annie. Odia las armas y cree que hay que enmendar la constitución, pero no se lo querrá perder.

15 de mayo de 2003 ¡Walt!

Walt en Nueva York.

Walt, tres días dedicados a mí para celebrar su cumpleaños.

Se lo he explicado todo, cómo me siento cuando me llama, cómo le echo de menos a todas horas, todo excepto la visión de Mae Lourdes.

19 de mayo de 2003 Annie me ha propuesto una cita a ciegas para el próximo sábado. Su último amigo casi novio con derecho a cama le

había propuesto una cena, y en el último momento Richard ha recibido una visita inesperada, Douglas, un compañero de la universidad. Entonces, a la parejita se les ha ocurrido que podían invitar a alguna amiga pringada necesitada de afecto, es decir, a mí. No he aceptado. En el registro más melodramático que he podido improvisar, le he preguntado a Annie si me estaba pidiendo que traicionara a Walt.

20 de mayo de 2003 Creo que mis gritos y mis aullidos nocturnos dan resultado; esta noche, de madrugada, lo volveré a probar.

BÚSCAME, BÚSCAME, BÚSCAME

22 de mayo de 2003 He pasado por el apartamento de Glo, miraba fotos de Stuart y le escribía una carta que procuraba ser optimista. Una larga carta, en un papel de aproximadamente 50 × 50 centímetros, como un mural, llena de dibujos, de recortes, de pegatinas, de fragmentos de cuentos y de canciones.

25 de mayo de 2003 Según Annie, Douglas resultó un tipo simpatiquísimo, la hizo reír hasta llorar, sólo por eso se lo hubiera llevado a la cama. «¿Y Richard?», le pregunté extrañada. «A Dick también», me respondió entre carcajadas.

Walt me ha llamado esta misma tarde—se lo he contado a Annie para que entienda que me encuentro atrapada—, y me ha confesado que había pasado conmigo tres días inolvidables. Me ha prometido que iba a organizar algún encuentro, pronto, en un lugar cálido, ardiente, y tendríamos unos días de *Sun, Sea, Sex*.

27 de mayo de 2003 Lanchester: ¡qué arrepentida estoy de haberlo contratado! El juzgado le ha pedido que aporte datos y documentos adicionales. No sabe cómo interpretar ese requerimiento, aunque le parece positivo, sobre todo si nos permite aclarar alguna duda. He protestado por la lentitud de los trámites, de la justicia, de todo, y prácticamente se ha reído de mí.

28 de mayo de 2003 He pasado por el apartamento de Glo, estaba llorando. Stuart ha recibido la carta y la ha llamado. El niño le ha dicho que la echaba mucho de menos, a ella y a Sam, luego ha colgado. Me he quedado con ella, no he tenido valor para dejarla sola.

Carta de Glo 11:

He escrito y reescrito esta página varias veces. En alguna de las

versiones parecía como si estuviera culpabilizándome sólo para obtener tu comprensión, mamá, y para forzar palabras de consuelo. Otras las he destruido porque no me reconocía en ese texto, no acababa de expresar con precisión lo que quería contarte. Me gustaría saber utilizar el lenguaje como un redactor de noticias, como alguien que nos cuenta algo sin haber estado allí, sin haber presenciado lo sucedido.

Hay una cosa que no le he contado nunca a nadie, ni al terapeuta, ni a ti, ni a los compañeros de Sam. Me quema por dentro. Si yo no hubiera sido tan caprichosa, si no me hubiera comportado como una niña malcriada, quizá nada habría sucedido y ahora no tendría que escribirte esta carta. Sam fue a trabajar ese martes por mi culpa. Sam podría haber estado de vacaciones, pero cambió sus planes porque yo se lo pedí. Y mientras él se levantaba, se sacudía el sopor y se iba a cumplir con su obligación, me quedé en casa, en la cama, durmiendo plácidamente. Tampoco tenía que llevar a Stuart al colegio, y quizá ese retraso le habría salvado, a Sam, porque el niño había pasado la noche en casa de la canguro.

Sam quería que nos tomáramos unos días libres para ir a la playa antes de que se acabara el buen tiempo, con Stuart, y yo le convencí para que lo pospusiera una semana. Hacía dos meses que había sacado entradas para el concierto de Michael Jackson pero no se lo había dicho a Sam porque a él no le gustaba. Aunque sabía que si se lo pedía en el momento adecuado, Sam me acompañaría. Era un concierto especial, lo recordarás, Michael Jackson celebraba el 30 aniversario de su carrera como solista y actuaba nada menos que en el Madison Square Garden. No me podía perder ese concierto.

Sam me complacía en todo lo que le pedía, no era capaz de negarme nada. Pero al día siguiente, aunque nos fuimos a dormir muy tarde y estábamos muy cansados, Sam no quiso quedarse en casa, tenía esa maldita manía que le empujaba a hacer siempre lo correcto, así que fue a su trabajo y ya no volvió nunca más. Antes de irse, me dejó el desayuno preparado.

Pudo haber sido distinto, pudo suceder de otro modo. Podría haber renunciado a ese concierto, he visto a Michael Jackson en directo al menos media docena de veces, y sin embargo no lo hice, le sorprendí con las entradas e insistí para que fuéramos juntos y se lo pedí a Sam de manera que no pudiera negarse.

Y no sólo le fallé a Sam, sino a todos. Mientras mis compañeros luchaban contra el desastre yo estaba durmiendo como si nada sucediera. Me llamaron del hospital pero tenía el teléfono desconectado, así que no me enteré de nada hasta mediodía, hasta que hablé contigo, mamá, entonces salí corriendo hacia el hospital,

muerta de vergüenza, y estuve trabajando casi cien horas seguidas, sin saber qué le había sucedido a Sam, sin poder localizarlo, cada minuto que pasaba más y más angustiada.

1.º de junio de 2003 Todo el fin de semana pendiente de Glo, haciéndole saber que estaba allí. A su lado. No podía decirle que no se sintiera culpable, sería pedir un imposible, pero he querido estar presente para que pudiera desahogarse conmigo, para que pudiera quemar toda la rabia y todo el dolor que asfixia su corazón.

3 de junio de 2003 He ido a ver a Andy al hospital. Glo me ha llamado porque su padre está ingresado en la planta de traumatología de su centro. No es una lesión grave, pero ha de tener la pierna izquierda inmovilizada un par de días antes de poder regresar a casa. Lo he encontrado muy animado, al parecer se debe a su nuevo amor. Andy ha sustituido a la comedora de hamburguesas con doble de queso por una mujer hogareña tejedora de jerséis de lana virgen ecológica. Era impresionante con qué celeridad movía las agujas.

4 de junio de 2003 Y yo qué, qué va a ser de mí, qué hay de mi vida. Siento nostalgia del abrazo lento y cálido y envolvente de Walt. Siento nostalgia de una tarde de sofá y lectura, de una mano cálida sobre mi hombro que solicita mi atención y me acerca la taza de té que ha preparado para mí.

Carta de Glo 12:

Llevo sobre mis hombros el peso de las horas y de los días. Sue, la fisioterapeuta, me lo dice en cada ocasión. Que tengo los hombros y el cuello muy tensos, que debería relajarme más, que estoy cargando ahí todo lo que me sucede. A veces, cuando tiene un hueco, Sue me hace un masaje. Es curioso cómo me afecta, porque en cuanto noto que los músculos se me relajan un poco se me saltan las lágrimas y ya no puedo parar de llorar.

Salgo del hospital reventada, muerta de sueño, porque he evitado dormir en los momentos de calma de la guardia, pero en cuanto pongo un pie en mi apartamento me noto desvelada. Sin embargo, estoy tan cansada que siento dolor, me escuecen los ojos y si me los froto tengo la sensación de tenerlos llenos de cristalitos que crujen y me hieren. Me duelen también la espalda y las articulaciones. Y no puedo dormir. Me preparo algo suave para comer, tomo una manzanilla y me tumbo en el sofá. Si no lo he hecho ya, debo levantarme de nuevo y esconder cada maldito reloj. Porque los veo y los oigo. No importa dónde estén, puedo escuchar

cómo cada segundo cae sobre el anterior con un estrépito de cristales rotos. Me preparo una infusión, manzanilla o valeriana, me tomo una pastilla y al final caigo rendida en cualquier sitio, en el sofá, con los brazos cruzados sobre la mesa, en el cuarto de baño, en el suelo del dormitorio, en mi cama si he tenido suerte.

Apenas si descanso, la mayoría de los días duermo de un modo convulso, hasta he llegado a despertarme de una sacudida de la pierna o del hombro. Pero estoy mejor. Si puedo llegar al hospital, estoy salvada, todo adquiere un nuevo sentido: ducharme, cambiarme de ropa, prepararme un té, comer algo. Si no tengo turno, si tengo todo el maldito día por delante, estoy perdida. No sé qué hacer, no sé con qué llenar las horas, nada tiene sentido entonces. Enciendo el televisor pero no consigo interesarme ni por los noticiarios ni por las series. Abro un libro, el mismo que he estado leyendo en el hospital, y sin embargo en casa apenas puedo concentrarme y me encuentro perdida una y otra vez en la misma línea, en el mismo párrafo. Quito el polvo que nadie más que yo podría ver, reordeno los armarios una y otra vez, solo la actividad física me distrae un poco.

A veces, si no me llamas tú, puedo pasar todo el día, incluso varios días, en completo silencio, sin hablar con nadie, porque ya nadie me llama, he rechazado a mis amigos tantas veces que ya ni siquiera lo intentan. Tampoco yo les llamo. No sé qué quiero. Antes de volver al hospital, ese silencio podía durar una semana. Entonces llegaba a la consulta, me tendía en el diván y oía las preguntas que me formulaba el doctor Sampler, pero yo sentía que ya las había respondido, en otro momento o quizá únicamente en mi interior, y no veía la necesidad de empezar de nuevo.

Si levanto el auricular sólo se me ocurre llamar a Stuart, la mayoría de las veces cuelgo el teléfono antes de que sus abuelos contesten a mi llamada, no me siento con fuerzas para mantener una conversación con ellos, por breve que sea. Sólo cuando estoy muy desesperada, me mantengo firme. Sé que a sus abuelos no les gusta que le llame, pero de algún modo Stuart intuye que soy yo, quizá sea por la crispación que percibe en ellos, entonces el niño grita mi nombre y exige ponerse al teléfono. Siento cómo las lágrimas descienden por mis mejillas mientras hablo con él, que siempre me pregunta cuándo iré a verle, y me dice que me echa de menos y que me quiere, y cuando colgamos tengo ganas de golpear las paredes con mi cabeza, de pura rabia, de pura impotencia, pero no lo hago, porque siento que he de librar por Sam, y sobre todo por Stuart, esta última batalla.

Tengo que vivir, me digo, apenas tengo veinticinco años. Pero esa línea de pensamiento me lleva al absurdo de la vida, a las

lágrimas, al desconsuelo. Tengo que vivir. Cuánto va a durar esto. Cuánto más va a durar.

6 de junio de 2003 No me llama. Hace dos semanas que Walt no me llama ni da señales de vida. Podría consolarme con excusas vagas como la diferencia horaria o su ajetreada profesión que le obliga a ir de una ciudad a otra continuamente. Podría aliviarme recordando sus palabras cariñosas, sus abrazos. Podría justificarle diciendo que quizá Walt espera mi llamada. Podría, pero no quiero. No me basta.

8 de junio de 2003 He ido a ver a Walt, sin pensarlo demasiado. En realidad lo planeé el jueves. Durante un segundo, mientras aparecía al otro lado de la puerta de su apartamento, ha abierto los ojos de par en par y se ha quedado de piedra. Enseguida ha reaccionado como un caballero. Ha sonreído primero con los ojos y luego con todo su rostro. Que era un regalo del cielo, me ha susurrado. Más tarde se ha lamentado porque, a su edad, la distancia se convierte en un abismo insalvable. Me he quedado con Walt un par de días. Ha estado amable, cariñoso, solícito, pendiente de mí cada minuto. Le gusto, me quiere, pero no sabe cómo gestionar la distancia que nos separa. Creo que estoy enamorada.

9 de junio de 2003 Vestida para WALT.

Una cinta de color rojo cereza en el cabello.

Un vestido de color granate, corto, por encima de las rodillas, con un escote profundo en uve.

Una chaqueta de color blanco, liviana como la nieve.

Unos zapatos también blancos, muy elegantes, con un tacón de aguja finísimo.

La ropa interior de color fresa.

Carta de Glo 13:

Me pregunto qué sucederá si no consigo recuperar a Stuart. Ésa es mi única motivación, todo lo que hago: trabajar, acudir al terapeuta, alimentarme, tomar esas pastillas que me permiten dormir y también las que me mantienen despierta, y las que deben proteger mi estómago, todo eso tiene como único objetivo que un juez me devuelva a Stuart.

Le he colgado fotos mías en una página web porque al parecer han desaparecido o se han extraviado las fotografías en las que estábamos juntos. Se le ha ocurrido a él; sólo tiene ocho años, pero es tan inteligente que no deja de sorprenderme. Stuart tenía una caja de metal llena de fotografías, en ella guardaba las de Sam y de

Audrie, de cuando eran pequeños, y también las de sus mascotas: de los peces, de la tortuga y del hámster que había tenido. Me pidió más fotos de Audrie para guardarlas en su caja, no le bastaba con que estuvieran en el álbum y las mirásemos juntos de vez en cuando, quería tenerlas él. Cuando aprendió a quererme, me pidió también fotografías mías, de cuando era niña, y algunas que nos hicimos juntos, los tres, o de él y yo solos. Supe así que por fin Stuart me había aceptado, aunque siguiera teniendo pesadillas y llamara a su mamá, porque acudía yo y me dejaba abrazarle y aceptaba que durmiera en su cama.

¿Cómo se le explica a un niño de seis años que ha perdido a su padre? Puedes decirle que se ha comportado como un héroe, pero ¿de qué le sirve eso a él? No sé qué le expliqué, no lo recuerdo, sé que enseguida empecé a llorar y que mis palabras rotas sonaban como balbuceos, pero Stuart me entendió. En tres años había perdido a su madre y a su padre. A Audrie, Stuart la vio en el hospital una vez, sólo fue un momento, pero permití que Sam entrara con su hijo en la habitación. Estaba en su derecho; el niño merecía tener la oportunidad de un último beso y de una despedida. Y más tarde, hubo una ceremonia a la que también pudo acudir. En esos momentos, Stuart estaba con su padre y él le explicó lo que estaba sucediendo. De Sam, sin embargo, Stuart no pudo despedirse. De repente se desvaneció, ya no estaba, no volvió del trabajo, no hubo un último abrazo, ni siquiera una última mirada de adiós. Y a partir de ese momento únicamente me tenía a mí. Le juré que yo permanecería siempre a su lado y apenas unos meses más tarde le defraudé y nos separaron.

Cada mañana me despierto cuando todavía está oscuro, sé que ya no voy a dormir más, así que apago el despertador y lo coloco de modo que pueda ver avanzar los minutos azules. Cada mañana, en la cama, hago recuento. Seiscientos treinta y siete días, seiscientos treinta y ocho, seiscientos treinta y nueve; en ocasiones incluso me entretengo en calcular las horas y los minutos. Son datos fríos, podría ser la mitad o el doble y significaría lo mismo. Cierro los ojos y me pregunto si todo este ingente esfuerzo, el de seguir viva, servirá para algo.

11 de junio de 2003 Glo no tiene pesadillas desde hace varias semanas. Me ha llamado para decírmelo. No es que duerma bien, se despierta de vez en cuando sobresaltada, pero no ve nada, no recuerda nada. Unas veces consigue dormirse de nuevo enseguida, y otras, ha de levantarse y ponerse a leer o a ver la televisión. No he sabido qué decirle, entiendo que es positivo. Descansa mejor. No siente el impulso de correr desesperada y lanzarse en los brazos de ese vecino sarnoso.

Un pasito más.

12 de junio de 2003 Es cierto, a nuestra edad la distancia se convierte en un abismo, como dijo Walt: un abismo insalvable.

¿Cómo era el bolero: «*Dicen que la distancia es el olvido*…»?

Cuatro mil cuatrocientos noventa kilómetros de abismo.

Cuatro mil cuatrocientos noventa kilómetros que contribuyen al olvido.

13 de junio de 2003 Me he comprado un regalo. Me encantan los regalos, y más cuando son una sorpresa. Hace varios días que paso por Banana Republic y me quedo embobada mirando un vestido gris marengo, ajustado, sin mangas, con un cinturón negro y falda por debajo de la rodilla. Hoy he entrado en la tienda, me lo he probado y he decidido que me lo merecía. Le he pedido a la vendedora que me lo envolviera para regalo. Se ha extrañado porque me lo había probado. He puesto cara de buena chica y le he dicho que me encantaban las sorpresas.

14 de junio de 2003 Mi cumpleaños. No voy a consignar el dato aquí, al fin y al cabo este diario podría caer en manos chismosas, más de cuarenta y menos de cincuenta, casi cinco años ya divorciada. No puedo quejarme; me han llamado todas las personas que me importan: Glo, la primera, antes que sus abuelitos, y algunas amigas, como Annie, y algunos compañeros de trabajo. Todos, incluso Walt, cariñoso, que me ha enviado una docena de rosas. Hemos hablado una hora y, pese a mis descaradas insinuaciones, no he conseguido fijar un encuentro.

16 de junio de 2003 He pensado en escribirle a Walt. En mi mente he redactado una larga carta para él. Quería que fuese una carta romántica, como se escribían antes, nada de un mensaje de correo electrónico ni un escueto mensajito telefónico. He salido en busca del sobre y del papel idóneos, en ese momento me han parecido imprescindibles, estaba dispuesta incluso a comprarme una pluma y a perfumar el papel. Me he conformado con un sobre blanco con vetas grises, como de mármol, y un papel grueso, de tacto suave, de color rosa muy muy tenue. No he comprado la pluma, quizá por eso no le he escrito la carta.

17 de junio de 2003 Sun, Sea, Sex es el lema que Walt ha adoptado como estilo de vida. No encuentro motivo para censurarlo, me lo planteó abiertamente cuando nos conocimos. Quizá, si estuviera en mi

mano, realizaría una pequeña variación, no para él, pero sí para mí. Lo dejaría en *Sun, Sea, Love*. El otro lema es más redondo, funcionan bien las tres eses y además *Sex* tiene mucho tirón. Definitivamente, prefiero *Sun, Sea, Love*.

18 de junio de 2003 Sun, Sea, Sex. Sun, Sea, Love.
Annie me ha dicho que soy una cursi irrecuperable.

Carta de Glo 14:

Paso demasiado tiempo en casa sin hacer nada. El doctor Sampler está contento, ya que considera que la vuelta al trabajo ha sido una gran oportunidad, pero no le basta, dice que no es suficiente. Ahora pretende que salga de casa, que llene mi tiempo con actividades que tengan sentido, que recupere mis estudios, que llame a alguna amiga. Le dije que no había nada en mi vida que tuviera sentido, que no se engañara, que había vuelto al trabajo únicamente por Stuart, en primer lugar, y porque no tenía el valor necesario para dejarme morir, y también porque me parecía un abuso depender de tu dinero para todo.

No me apetece salir de casa. Apenas salgo para ir al hospital, incluso hago la compra a la ida o a la vuelta para no tener que volver a la calle. También salgo para verte a ti, y a mi pesar, acudo a la consulta. Cuando estoy en la calle me siento mal, tengo la sensación de que todo el mundo me observa; además los espacios abiertos me ahogan. ¿No te parece paradójico? Sólo me encuentro a gusto en lugares cerrados, con poca luz, a solas. Y en un lugar público, o en la calle a la luz del día, me siento en peligro.

Y si entro en una cafetería, porque no creas que no lo he intentado alguna vez, busco la manera de permanecer al margen de todo. No sé estar sola en los lugares públicos, me parece que estoy expuesta a las miradas de extraños. Tengo miedo de que quieran hablarme, de que me hagan preguntas, y de sentirme obligada a responder. Me sobresalto cuando alguien se acerca a mi mesa y no es un camarero.

El tiempo es mi peor enemigo, me siento prisionera de los días y las horas. Si no hago nada, sólo sentarme en el sofá ante el televisor, mudo, puedo ver avanzar los segundos como si estuviera cronometrando una carrera. Un segundo tras otro, cinco minutos pueden ser una eternidad. Así que procuro hacer cosas, hacer cualquier cosa. Ocupar el tiempo aunque sea con actividades inútiles. Pero al cabo de un rato me encuentro sentada en una silla, ensimismada, con una sensación de vacío en el cuerpo, como si algún líquido helado estuviera circulando por mis venas y

paralizara mis músculos, con lágrimas en los ojos que no acaban de aflorar. Entonces me instalo de nuevo ante el televisor y sintonizo cualquier cadena, un poco alto el volumen, para que acalle esa voz interior que me angustia. Si tengo suerte, consigo taparme las piernas con una manta de viaje y me quedo adormilada.

24 de junio de 2003 Mamá Vivian estaba enternecida. Me ha hablado de mi bisabuelo Socos Pérez. Me sentaba a su falda, me ha dicho, y me cantaba canciones mientras me hacía saltar sobre sus rodillas. Por un momento he pensado que me cantaría alguna por teléfono. Era de un pueblo de La Mancha, Belmonte, España, me ha contado. No sé qué me pasa, ha añadido, cada día siento mi niñez más próxima. En la víspera del día de San Juan la gente armaba grandes hogueras y entregaba a las llamas las cosas viejas de las que quería deshacerse. «Todo lo viejo al fuego», era el grito de la fiesta: todo lo viejo al fuego.

25 de junio de 2003 Todo lo viejo al fuego. De repente se me ha ocurrido una idea, he cogido papel y lápiz y he escrito una lista de todo lo viejo que tiraría al fuego. No ha sido fácil. Me he esforzado en creer que podía hacerlo de verdad, que podía deshacerme de cada una de esas cosas, de las materiales y de las inmateriales. Al acabar he puesto la lista en el fregadero y le he prendido fuego. Algo es algo.

29 de junio de 2003 Walt me prometió que me llamaría el fin de semana. Son las nueve de la noche y no me ha llamado. Soy una tonta, estoy en la cama escribiendo estas líneas, alargando el día, con el móvil encima de la mesita, al lado del teléfono fijo, que he comprobado que tiene línea unas cien veces, y voy viendo pasar cada minuto porque no soy capaz de dejar de mirar el reloj. Y Walt no llama. No me llamará. Lo pasa bien conmigo. Se ríe y se divierte a mi lado, pero no sé si está enamorado de mí. *Sun, Sea, Sex*, pero quizá no *Love*.

Carta de Glo 15:

No tengo excusa, lo sé, mamá, y necesito contártelo para poder sentir vergüenza y para que me sirva de escarmiento. En un par de ocasiones he sentido el vértigo de verme en brazos de Sam y he llamado a la puerta de mi vecino y me he acostado con él. Ni siquiera era de noche, y tampoco es que me haya visto asaltada por una de esas horribles pesadillas: fue un acto tan consciente como desesperado.

La última vez estaba tirada en el sofá, delante del televisor, ni

siquiera puedo decir cuántas horas llevaba clavada allí. Estaba hundida en un silencio tan profundo que pude escuchar el ruido del ascensor y la puerta al abrirse y cerrarse. Eché un vistazo al reloj, sólo podía ser mi odioso vecino. De repente me asaltó el recuerdo de esas noches en las que me despertaba enfebrecida y salía huyendo despavorida y acababa en su cama y veía a Sam y era él quien me hacía el amor. Tuve incluso la sangre fría de ir al baño, me di una ducha, me peiné y me puse un poco de color en los labios y en las mejillas. Fui capaz incluso de escoger una ropa que realzara mis atractivos. Recuerdo que antes de llamar a su puerta me desabroché el botón superior de la blusa para aparecer más tentadora. Antes de que mi vecino pudiera abrir, ya me había arrepentido, tenía la certeza de que no encontraría lo que estaba buscando, pero no me moví de allí.

Y estaba en lo cierto, en ninguna de las dos ocasiones he obtenido lo que buscaba, no he visto a Sam. Ha sido una experiencia muy degradante, mamá, nunca me había sentido tan mal. Desde entonces procuro no coincidir con él. Cuando alguna vez me ha parecido verlo, o he sospechado que llegaba en el ascensor mientras yo lo esperaba, el corazón se me ha desbocado como si sufriera una taquicardia. Si recupero a Stuart me mudaré de apartamento, no quiero que ese tipo pueda verme con él, de ningún modo, en ninguna circunstancia.

5

ÚLTIMO VERANO EN CAPE COD

El conserje salió de su madriguera alertado por alguna señal de peligro, levantó la cabeza como un oso pardo y olfateó el aire para localizar al intruso, cruzó el vestíbulo en tres grandes zancadas y en un segundo se plantó ante los ascensores para bloquear el paso de Paul Knobel. Al conserje no parecía amedrentarle ni la estatura, casi dos metros, ni el aspecto de Paul, vestido de oscuro de arriba abajo, el pelo castaño recogido en una larga cola, barba de un par de días, gafas oscuras y una bolsa de viaje cruzada en bandolera. Por el contrario, el conserje le cortó el paso, se acercó hasta menos de un palmo, separó ligeramente las piernas para apoyar bien su formidable envergadura y le miró a la cara desafiante, como si fuera un jugador de la NFL y estuviera profiriendo un grito silencioso pero que sin duda su rival podía oír muy nítido: «No vas a pasar gilipollas, antes te moleré todos los huesos».

A Paul le extrañó el recibimiento, él sí que había reconocido al conserje, Guillaume, natural de Trinidad Tobago, embutido a duras penas en un uniforme azulón que parecía que iba a desgajarse por todas las costuras, el tipo con los hombros más anchos que hubiera conocido nunca; incluso le habría bastado un rápido vistazo a su pequeña mesa para adivinar en qué cajón guardaba sus libros de numismática, pues el conserje coleccionaba monedas; según él, la calderilla sin valor de todos los países del mundo. Sin embargo, hacía más de un año que no volvía por su casa, y en los últimos tres años apenas si había pasado allí una docena de fines de semana, pero aun aceptando que podía resultar un desconocido no imaginó que su aspecto pudiera despertar esa alarma en el conserje. De todos modos no protestó, se limitó a levantar las gafas hasta la altura de la frente, sin quitárselas, y miró al conserje resueltamente, y entonces éste encontró su ficha en un resquicio de su memoria fotográfica: «Paul Garner», se dijo, el hijo del juez Garner y se echó a un lado como si llevara un resorte secreto en los zapatos negros y acharolados.

Hasta ese día, en abril de 1993, Paul Knobel—ése era el único apellido que él admitía—había vivido de un modo intermitente en ese edificio de la Quinta Avenida, al que se mudaron poco después de que su madre contrajera matrimonio con el juez Garner. Nunca había tenido un solo hogar; había pasado los primeros años de su infancia entre el apartamento de Tribeca de su madre y la casa de sus abuelos, en Union Square. Más tarde lo enviaron interno a un colegio en Boston y de allí pasó a la Universidad de Harvard, así que durante muchos años solo regresó a Nueva York algunos fines de semana y durante el período de Navidad, hasta que su madre se instaló en Martha's Vineyard y Paul empezó a alternar la universidad y la isla, a la que podía acceder fácilmente desde New Bedford. De año en año su madre empezó a alargar sus estancias en Aquinnah, únicamente los inviernos le resultaban demasiado duros. Él tenía integrado que su hogar estaba donde se encontrara su madre y, aunque la vida en la isla le resultaba monótona, en cualquier caso le permitía evitar a su padrastro.

Su madre, Norma Garner, de soltera Knobel, había heredado el apartamento de la Quinta Avenida de una tía abuela, pero no únicamente se encontraba en un estado deplorable, sino que las instalaciones básicas estaban tan dañadas que resultaban inservibles. Más que una vivienda parecía un edificio en ruinas, como si hubiera sido devastado por un huracán. Era un inmueble valioso del que nadie se ocupaba; habían descuidado su mantenimiento y ni siquiera se habían molestado en pagar los impuestos, hasta el punto de que el Ayuntamiento amenazó con intervenirlo y subastarlo. Hubo un momento en el que Norma pensó en venderlo, pero, por un lado, su estado de conservación no permitía conseguir un buen precio y, por otro lado, recordaba la sentencia de su abuela Caroline: yo nunca pasearía delante de una casa o de una tierra de la que pudiera decir «una vez fue mía». Su marido, Robert Garner, la convenció para afrontar las deudas, reformarlo a fondo, decorarlo en una línea más clásica que moderna, y convertirlo en el hogar de la nueva familia que estaban construyendo. Lo que Robert no le dijo es que estaba ubicado en el lugar ideal para impulsar su carrera profesional y tal vez política. El juez Garner, en cambio, supo utilizar argumentos más románticos, más adecuados al momento que estaban viviendo. «Un nuevo nido, cariño—le susurraba a Norma—, para la nueva vida que vamos a compartir». Y ella aceptó porque necesitaba creérselo.

—No le había reconocido, señor—exclamó Guillaume—, ha cambiado usted mucho, ya lo creo. —Mientras Paul caminaba hasta los ascensores, el conserje recordó la situación y corrió de nuevo hacia él—. Lamento mucho lo de su madre, señor, aquí todos apreciábamos

a la señora Norma, lo sabe usted bien. —Su madre no toleraba que la llamaran «señora Garner», pero como reconocerlo abiertamente le parecía indiscreto, le pedía a todo el mundo que utilizaran su nombre de pila. El conserje se adelantó una vez más para abrir la puerta del ascensor y cederle el paso, y todavía tuvo ocasión de manifestar de nuevo su desolación—: Le acompaño en el sentimiento, señor. Una gran pérdida, sin duda.

El ascensor se detuvo en el recibidor de su propio apartamento, un lugar espacioso revestido de madera de nogal que presidía una reproducción del cuadro de Hopper propiedad de la familia, con un amplio sofá para hacer más confortables las esperas, un mueblecito triangular, una verdadera antigualla, donde el juez Garner colocaba su colección de bastones alineados horizontalmente, un paragüero de cerámica con varios paraguas de cortesía que llevaban inserta en la empuñadura una plaquita de metal con el apellido del anfitrión, una mesita lacada sobre la que descansaba una bandeja de plata con forma de media cáscara de nuez que siempre contenía bombones, y que ahora estaba cubierta con un paño morado. A su lado, sobre un atril que quedaba a la altura del pecho, para poder escribir sin necesidad de inclinarse, el juez había preparado un libro de condolencias. A simple vista, por el grosor de las páginas de la izquierda, un buen número de personas había dejado ya testimonio de su pesar.

Un criado uniformado, con aspecto de pertenecer a algún cuerpo de seguridad privada, se dirigió a Paul para pedirle que se identificara, pero una de las ayudantes de su padre, la que tenía a su cargo el libro de condolencias, le frenó a tiempo y le susurró al oído de quién se trataba. Le franquearon la puerta y entró como si fuera un invitado más en la sala de su propia casa, el lugar en el que deudos, amigos y meros conocidos se habían dado cita para velar a su madre.

Paul estudiaba Derecho en la Universidad de Harvard. La abogacía no le interesaba lo más mínimo y, sin embargo, para el juez Garner había sido casi una cuestión de principios que su hijo fuera abogado. De todos modos fue Norma quien le convenció, o mejor dicho quien le rogó que estudiara Derecho y que se graduara. «En cuanto cumpla los dieciocho y sea mayor de edad—protestó él—, podré hacer lo que me dé la gana». Sin embargo su madre le insistió tanto que no pudo negarse. Por otra parte, de no haber estudiado leyes seguramente tampoco se habría matriculado en ninguna otra facultad.

Paul pasaba todo el año en Harvard, excepto los períodos de vacaciones, en los que solía encontrarse con su madre en la isla de Martha's Vineyard. Allí se aficionó a la fotografía y su madre le instaló un cuarto oscuro para que pudiera revelar sus instantáneas. El juez Garner—como se hacía llamar por todo el mundo—y Norma estaban

formalmente casados, pero llevaban vidas independientes. Paul y el juez apenas se hablaban. Para el joven su padrastro era culpable del peor de los delitos: no sólo no era capaz de aliviar la pena de su madre, sino que la hacía aún más desgraciada.

Dejaron el aviso de que Norma agonizaba en su antigua habitación de la residencia de Harvard, y tardó catorce horas en llegarle, y eso gracias a que su compañero Chris Ames interceptó el mensaje y se lo acercó al apartamento que compartían en Terry Terrace. Paul recogió algunas de sus cosas y preparó una bolsa de viaje como si se tratara de una salida de fin de semana. Al menos eso pensaron los pocos profesores y compañeros que se acercaron a mostrarle su pesar: que después de unos días volvería a sus clases. Únicamente Chris se dio cuenta de que algo extraño le sucedía a su compañero, pues descolgó de la pared las fotos de su ahijado Alan y recogió objetos que tenían un valor especial para él. Y además, porque insistió en regalarle su termo de líquidos, una antigualla que mantenía caliente el café o el té mucho más tiempo que cualquier otro termo del campus. Ames y Knobel eran sin duda los alumnos menos populares de toda la facultad: se habían conocido en la residencia y los dos habían visto en el otro una oportunidad para abandonarla y llevar una vida más independiente. Ambos muchachos eran sombríos, taciturnos, callados, entre ellos apenas si intercambiaban alguna frase cada semana, pero se respetaban mutuamente y la coexistencia era posible.

El resto de los estudiantes era más benévolo con Ames, puesto que era muy brillante, de una gran capacidad oratoria, tanto que incluso temían enfrentarse a él en los debates por la originalidad con que enfocaba cualquier tema. En cambio, Knobel era mediocre, no mostraba interés por ninguna materia, y a pesar de sus dos metros había rechazado de una manera sistemática las reiteradas invitaciones del profesorado para que formara parte del equipo de baloncesto. Sus compañeros le consideraban un raro, un marginado vocacional, y lo llamaban Míster Caulfield. Pensaban que ese apelativo era suficientemente ofensivo y explícito, pero eso a Paul no le afectaba, lo cierto es que nunca había conseguido acabar la novela de Salinger. A él, según sus propias palabras, le parecía demasiado artificial y rebuscada para, de hecho, limitarse a describir una serie de pequeños acontecimientos que no interesaban más que al propio protagonista, y él se sentía en las antípodas de un personaje atrapado en su propio ombligo, del que era incapaz de liberarse. Su mundo literario había acabado mucho tiempo atrás con John Dos Passos y *Manhattan Transfer* o con *Némesis*, de Philip Roth: la mirada hacia fuera, pendiente del exterior, atenta a la vida que discurre a nuestro alrededor, tan diversa y distinta, tan fascinante. Se fue sin despedirse, no había nada ni nadie en aquel campus que despertara en Paul el

interés más insignificante. Pasó página, se alejó de allí de manera apresurada, como quien dobla una esquina camino de una cita en la que ha puesto grandes expectativas.

Cruzó entre la gente que había acudido a presentar sus condolencias sin atender ni una sola mirada, ni un solo reclamo. Imaginó que la secretaria ya habría advertido al juez Garner de su llegada, pero se desentendió, se dirigió directamente a la habitación en la que supuso que yacía su madre, cerró la puerta y se sentó en el suelo, en una esquina desde la que pudiera contemplar el rostro de Norma, se recogió las piernas con los brazos y permaneció en silencio. Paul se incorporó de inmediato, fue al otro lado de la cama y bajó la persiana. «Demasiada luz, ¿verdad, Norma?», masculló entre dientes mientras oscurecía la habitación. «Busca la luz», ésa era la primera recomendación que su madre le hacía cada vez que se enfrentaban a un cuadro. «Busca los focos de luz». La luz fija los límites del espacio y permite estructurar la escena. «Piensa—le decía—que el pintor los ha necesitado para poder mostrarnos esa imagen. Fíjate si es importante —insistía ella—que lo primero que Dios se vio obligado a hacer, tras crear los cielos y la tierra, fue la luz, sin la luz no habríamos podido contemplar la majestuosidad del resto de la creación».

Había tardado apenas unos minutos en preparar su equipaje y salir a toda prisa de Harvard, pero aun así no había llegado a tiempo. «Tu madre está grave—decía la nota del jefe de estudios—, ponte en contacto conmigo». Pero él prefirió ahorrarse el trámite; esa información le bastaba para ponerse en marcha. No tenía conciencia clara de lo que podía haber sucedido y estaba muy cabreado: ¿le habían avisado cuando ya era tarde o el mensaje no había circulado con la celeridad necesaria? ¿Por qué lo habían enviado a su anterior residencia? ¿Por qué no le había llamado el juez Garner? ¿Acaso porque ya era demasiado tarde? Alguien le debía una explicación y él estaba decidido a exigirla. Pero no en ese momento, a su debido tiempo. Era tarde para despedirse de su madre, aunque quizá aún podrían tener la última de sus largas conversaciones. «¿Cómo lo sabías, Norma?—preguntó en voz alta—, sólo faltan unos meses para mi graduación. ¿Lo tenías planeado? ¿Qué más nos va a suceder, mamá? ¿Qué va a ser de nosotros ahora?».

El juez Garner abrió la puerta procurando hacer el mínimo ruido posible, la mantuvo entreabierta para poder asomar su poderosa cabeza de cabellos blancos y sedosos, pero aun así penetró el fragor de las conversaciones y Paul se sintió ofendido, podía imaginar cómo un océano de banalidades y convenciones baratas se habían impuesto al dolor de los pocos amigos de su madre que habían acudido. El juez era un hombre alto y corpulento, vestía siempre de un modo impecable,

era bien parecido, las mujeres decían que con el cabello más largo sería idéntico a Richard Gere. Su sola presencia imponía respeto en los tribunales, por supuesto, y en cualquier otro lugar. Cuando se acomodó a la escasa luz del dormitorio, el juez esbozó un tímido «Paul, hijo». Estaba serio, con el rostro cariacontecido y unas profundas ojeras que reflejaban el penoso momento que estaba viviendo, pero antes de seguir adelante con sus palabras se encontró con los ojos vacíos de Paul, unos ojos que lloraban hacia dentro lágrimas amargas y frías. El juez Garner se detuvo, nunca había podido conectar con su hijastro, pensó que tenía la misma mirada severa que su madre. «Deberíamos hablar», le propuso, y sin embargo abandonó la habitación.

«Aquí estamos, tú y yo, Norma, en un apartamento que nunca hiciste tuyo, que siempre consideraste ostentoso, desproporcionado, de nuevo rico. Iba a ser nuestro nuevo hogar, y en cambio apenas hemos vivido aquí. “Has decorado este apartamento—recuerdo que se lo echaste en cara al juez Garner—no para vivir en él, esto no es un hogar, sino un escenario, para poder invitar a tus correligionarios y para poder ser invitado por ellos. No cuentes conmigo—le reprochaste, y no sabes cómo me sentí orgulloso de ti—para ofrecer representaciones sobre los sólidos valores de una familia unida y feliz”».

Y como era de esperar, Paul debía de enfrentarse al espectáculo de un marido dolido, que parecía realmente desolado, como si únicamente él hubiera sufrido aquella desgracia, que no tenía escrúpulos en acaparar sobre sí mismo toda la atención, incluso en el momento reservado para velar la muerte de su esposa. Nunca se habían entendido, pero ese día decidió renovar su juramento: nunca le perdonaría su egoísmo ni su frialdad.

Norma Knobel había sido madre soltera y ese hecho condicionó su vida de un modo difícil de predecir. El nacimiento de Paul supuso un cambio brusco de dirección en su vida, demolió los planes que se había trazado de manera concienzuda, tanto sus proyectos a corto plazo como el futuro que apenas se había atrevido a esbozar. Quería tener varios hijos, una verdadera familia numerosa, pues provenía de una saga de hijos únicos que podía celebrar el día de acción de gracias sin tener que preocuparse por la capacidad de la sala ni por el tamaño del pavo. Quería un marido, quería a Thomas Stinger como marido, y había imaginado que llevaría una vida activa en lo social y que seguiría una carrera profesional en la órbita del arte. Norma era la hija única de una familia liberal, adinerada, que, entre otros negocios, tenía una empresa de importación de artesanías que todos pensaban que acabaría dirigiendo. Quiso estudiar Arte y fue una alumna brillante, hasta que la desgracia se abatió sobre ella: se quedó

embarazada antes de finalizar sus estudios, su novio enfermó gravemente antes del nacimiento de su hijo y la boda no llegó a celebrarse. Entonces, a pesar del escándalo, su familia la protegió, se mostraron todos entusiasmados ante la llegada de Paul y lo vivieron como el gran acontecimiento del siglo; además se hicieron cargo del niño y la apoyaron para que pudiera terminar su carrera. Pero tras doctorarse, Norma no llegó a ejercer ninguna profesión. Se desentendió de la empresa familiar, a los veintiocho años se encontró con un hijo de cuatro y un casi marido que le reclamaban toda su atención, todo su tiempo y más energía de la que ella podía generar.

De vez en cuando sus compañeros de estudios o sus profesores la requerían para que les ayudara a organizar exposiciones e incluso hizo de comisaria de algunas muestras de sus pintores favoritos, colaboraba también en revistas como crítica de arte y participó en algunos libros sobre la pintura de entreguerras o sobre los pintores de Nueva York. Era una experta en Edward Hopper, sobre el que escribió un par de libros, y a menudo le pedían que dictara conferencias. Toda esa actividad le habría permitido ganarse la vida, pero Norma no tenía que preocuparse por los asuntos materiales, recibía de un modo regular unos ingresos considerables que procedían de las inversiones de su familia y vivía en un apartamento de su propiedad en Tribeca, en la calle Varick.

Más tarde, cuando Paul había cumplido ya nueve años, conoció a un joven abogado muy ambicioso, Robert Garner, y después de un par de años de estrecha relación se casó con él. Norma estaba desencantada, había llegado a la conclusión de que el país iba dando tumbos, que necesitaba una especie de rearme moral, un liderazgo fuerte, y que el líder debía ser Ronald Reagan, el actor y gobernador de California. Su familia había votado siempre a los demócratas, pero ella creía de corazón que era necesario un cambio de rumbo. Acudió a una oficina de campaña de Reagan para realizar trabajo voluntario y fue aceptada con los brazos abiertos. El director de la oficina era Robert Garner.

Norma no tenía gran cosa que objetar a sus primeros años de casados; se entendían, se respetaban y llevaban una vida cómoda. Le hubiera gustado que entre Robert y Paul hubiera más cercanía, más cariño, pero ella comprendía que esa relación sólo podría fraguar con el paso del tiempo. Hasta que se convirtió en el juez Garner y empezó a obsesionarse con su vida profesional y su proyección política; eso de algún modo alteró su presunta escala de valores y sus prioridades. Norma, tan brillante, se sintió entonces ignorada, relegada por un individuo que se esforzaba en hacerle creer que era superior en todo y que su única opción era someterse.

Paul no aceptó al juez Garner, ni siquiera cuando todavía era Robert, un pretendiente demasiado habitual. Había algo en él que le repelía, y además le irritaba ver a su madre presuntamente enamorada de ese individuo. De pequeño era un chico gordito, prácticamente obeso. A los diez años medía más de un metro sesenta y pesaba unos ochenta kilos. Los endocrinos que lo trataban no sabían cómo diagnosticarlo y después de efectuarle todo tipo de análisis lo derivaron a un psicólogo. El niño afirmaba tener hambre, siempre, y necesitaba llevarse a la boca alguna cosa continuamente. No regulaba su apetito; si no tenía algo que comer estaba irascible, agresivo, y en una situación extrema podía tener una bajada de tensión y caer desvanecido. Robert Garner, su padrastro, tenía su propia teoría. «El umbral de frustración de este niño es bajísimo—argumentaba él—, ha sido criado entre algodones, siempre rodeado de personas adultas, en su mayoría mujeres, que le consienten todos sus caprichos por irrelevantes que sean. “Pobre criatura”, piensan aunque no quieran reconocerlo, “ha nacido prácticamente huérfano de padre, un hombre internado desde antes de que él naciera y que no sabemos si se recuperará”. Verlo gordito os tranquiliza—opinaba Garner—, por esa asociación absurda entre gordura y salud, más propia de otras épocas y otras mentalidades, hasta que habéis percibido que la situación se os ha escapado de las manos». Robert asumió entonces su responsabilidad de nuevo padre y decidió que había que alejar a Paul de su madre, de su abuela y de sus asistentas. Buscó para él un colegio privado, lo bastante alejado como para que únicamente pudiera viajar a la ciudad algunos fines de semana y, por supuesto, siempre que se ganara ese privilegio.

«¿Qué ha pasado, mamá?—balbuceó Paul—, ¿por qué no me dijiste que estabas enferma? ¿Es esto lo que no te atreviste a contarme el verano pasado?». Sin contar a Edward Hopper, solía decir Norma, sólo ha habido en mi vida dos grandes pasiones: Thomas Stinger y Paul. A Thomas lo había visitado regularmente durante años en los diferentes hospitales y residencias en los que había estado ingresado. Y qué decir de Paul; para su hijo ella deseaba una vida auténtica, alejada de la alocada ambición que mostraba su marido. Tras la muerte de Thomas, que había estado internado más de veinte años, Norma, con un hijo que estaba a punto de acabar sus estudios—y ésa era la teoría que Paul elaboró sin tener en qué sustentarla, al margen de su propia intuición—, Norma, como no tenía fuerzas para suicidarse, simplemente se metió en la cama y decidió que no quería vivir más: era su manera de liberarse de una vida que la había desgastado hasta la extenuación.

«La vida ha sido injusta con un ser tan sensible como tú, mamá»,

susurró. Cuando su hijo podía haberle aportado un poco de consuelo, lo habían apartado de ella: primero, interno en un colegio, y más tarde en una universidad para que estudiara Derecho, una disciplina que detestaba, y cuando fue consciente del deterioro de su madre, sobre todo en el último año, era ya demasiado tarde. Y al final, el proceso se había precipitado de una manera sorprendente; ni siquiera había podido llegar a casa a tiempo para acompañarla en ese momento, para despedirse como era debido.

«Hubiera querido dar contigo un último paseo. —Paul lo dijo en voz alta—. Uno de aquellos largos paseos de sábado por la mañana, cuando entrábamos y salíamos de Central Park para alternar las visitas a los museos con los ratos en los que me permitías correr y saltar como un loco. O quizá una última caminata hasta el faro de Gay Head en Aquinnah, para contemplar una de esas tumultuosas puestas de sol que tanto te estremecían. Ahora que no tiene remedio, siento que no te he dicho con la frecuencia precisa lo mucho que te quería, lo importante que eras para mí».

La señora Moö le entregó un pequeño baúl metálico que Norma había dejado para él. Tardó un par de días en coincidir con ella, pues, tras la muerte de su madre, la señora Moö había sido relegada a la función de criada y, como consecuencia, se había visto exiliada a la zona de servicio del apartamento; sólo estaba autorizada a acudir a las habitaciones principales si requerían su presencia. En el interior del baúl Paul encontró un verdadero tesoro: juguetes de su más tierna infancia que ni siquiera podía recordar, la camiseta de los Yankees autografiada que nunca quiso ponerse, trabajos escolares, fotografías de grupos de niños con los que debió de compartir aula, informes e insignias de los odiosos monitores de piscina, cajas y cajitas llenas de objetos que de repente lo trasladaban a su niñez y lo inundaban de emociones contradictorias. En un estuche se conservaban lo que debieron ser sus dientes de leche. Había también medallas de competiciones escolares en las que ni siquiera recordaba haber participado, carpetas con esos estereotipados dibujos infantiles, todos debidamente fechados, paquetes y sobres de diferentes tamaños que guardaban todo lo que su madre había conservado para él durante más de veinte años. En la tapa del baúl había una inscripción que decía «Señora Moö». «Fue un ardid de la señora Norma—le dijo con un guiño cómplice—para evitar que miradas entrometidas quisieran hurgar en su interior». Revisar el contenido a fondo y analizarlo iba a ser una tarea ingente, pero estaba dispuesto a dedicar el tiempo necesario. A partir de ese momento tendría todo el tiempo que se quisiera tomar. Dentro de un ejemplar de *Cartas a mi amiga Lucy Stone*, había una carta de Norma dirigida a él, manuscrita, de varias páginas.

Paul abrió el sobre inmediatamente y empezó a leer: «Querido Paul, la vida se ha ensañado conmigo. En un período de menos de diez años me vapuleó de tal modo que perdí el deseo de seguir viviendo».

No pudo ni quiso continuar, releyó esas frases iniciales una y otra vez y no encontró el ánimo ni la fuerza para seguir con la lectura en ese momento, iba a necesitar grandes dosis de templanza para poder enfrentarse a aquellas páginas. En los últimos años, sobre todo cuando pasaban varios días juntos en Martha's Vineyard, Norma le pedía perdón a menudo sin que hubiera un motivo concreto. «Perdóname, hijo», le rogaba con lágrimas en los ojos. Ella lamentaba sobremanera que hubiera crecido sin conocer a su padre, con quien estaba segura de que se habría entendido, y se reprochaba a sí misma haber agotado su escasa energía y no tener voluntad para seguir luchando. Le pedía perdón, sobre todo, por no haber estado a la altura de sus necesidades. El último verano, en Aquinnah, le había confesado que si le había rogado que estudiara Derecho no era para contentar al juez Garner, sino porque siempre había temido que aflorara en él una especie de pulsión destructiva. Una pulsión que también había acabado con Thomas Stinger, su padre. Norma decidió que estudiar esa carrera le haría bien a su hijo, ya que verse en la obligación de memorizar leyes, normativas y reglamentos podía servir para adormecer ese espíritu atormentado que ella presentía.

En el baúl encontró también un álbum de fotografías que reconoció al instante y recordó que su madre lo había mencionado el verano anterior. En la primera página, Norma había escrito «Paul Knobel-Garner (1982-1985)», que era como había firmado durante sus primeros años, cuando todavía se esforzaba por aceptar que su madre se había casado con el que sería el juez Garner. El álbum recogía la mayoría de las fotos que había tomado por indicación de su madre en los largos paseos por Nueva York que solían acometer los sábados por la mañana. A ella le encantaba salir a caminar, solía usar unas zapatillas de tenis blancas con las que se sentía cómoda y ligera. Al principio, a Paul no le hacía gracia tener que acompañar a su madre, sobre todo porque nunca conseguía saber adónde se dirigían. «Al menos dime dónde vamos», se enfurruñaba él, que buscaba una excusa para negarse. No entendía que se pudiera salir a la calle sin un motivo concreto y menos aún sin anticipar un recorrido. Y más tarde, tampoco puede decirse que le entusiasmara, pues enseguida supo que antes o después acabarían en un museo o en una galería de arte. Su actitud negativa acabó cuando Norma le regaló una cámara de fotos, una Polaroid. «Me gustaría que fueras mi ayudante—le pidió—; yo hago muy malas fotos. Necesito que me acompañes y fotografíes todo lo que yo te pida». Los paseos se convirtieron así en safaris fotográficos por la ciudad. A ella únicamente le interesaban un par de

lugares cada vez, pero él gastaba todo el cartucho.

Nunca pudo saber si su madre improvisaba los itinerarios o si tenía un plan preestablecido; al repasarlos más tarde, ya de vuelta en casa, le incomodaba no haber utilizado el camino más corto. Cuando mucho más tarde quiso averiguarlo, Norma se sorprendió por la pregunta. «No lo recuerdo, hijo, Nueva York es una ciudad muy cartografiada, en muchos aspectos muy artificial, pero muda tanto de piel que ha de ser explorada de manera permanente». Sin embargo, él tenía la impresión de que cada salida respondía a un plan, pues de repente dedicaban un sábado tras otro a visitar los puentes sobre el East River, y ella le pedía que los fotografiase. «Si les pidiésemos a cuarenta fotógrafos—le proponía—que fueran hasta el puente de Brooklyn y tomaran algunas instantáneas, seguro que nos traerían mil imágenes distintas; sin embargo, muy pocas de ellas, quizá ninguna, sería verdadera. Porque ¿qué es el puente de Brooklyn, Paul? ¿Una estructura de acero, piedra y madera? ¿Un ingenio que nos permite salvar una barrera natural?—continuaba ella—, ¿sólo eso? No, es mucho más, ese puente es sobre todo un nexo, un hiato, entre la vida a las dos orillas del East River, un mirador privilegiado sobre los márgenes de una ciudad convulsa».

Podía hacer todas las fotografías que quisiera, pero siempre había una instantánea especial, una toma que estaba dirigida por su madre. «Fotografía desde aquí el puente de Queensborough—le decía—, procura que aparezca aquel edificio en el extremo». Y una hora más tarde en un museo u otro aparecía esa misma imagen, un óleo pintado por Edward Hopper en 1913 desde el mismo punto de vista que su fotografía. Y enseguida le llovían las preguntas: «¿Qué te sugiere? ¿No te parece que Hopper ha pintado esa niebla para que le sirva de telón de fondo y para resaltar el protagonismo del puente? ¿Y no es curioso que precisamente ese manto blanco le dé más profundidad, que haga al puente de Queensborough más imponente?». Siempre era igual, cuando empezaba a hacer preguntas no había modo de frenarla. «Fíjate en las pinceladas—le insistía ella—: ¿cuántos colores ves atrapados en ese blanco roto? Es uno de los primeros cuadros americanos de Hopper después de su viaje a Europa. Cómo ha cambiado el perfil de la ciudad, ¿verdad, hijo?».

Siempre era así y Paul se sorprendía una y otra vez. Podía ser la fachada de un edificio, una calle tomada desde una terraza elevada, los edificios flotando por encima de una barrera de olmos revestidos de otoño amarillo y rojo, fotografiados desde Central Park, una escena cotidiana vista de un lado u otro de un ventanal, un vendedor ambulante fumando pensativo tras su carrito, un grupo de personas pendientes de un semáforo para cruzar la calle, un borracho tirado en algún zaguán, un grupo de mujeres arremolinadas en un paso de

peatones. No importaba lo caprichoso que pudiera ser el punto de vista: un poco más tarde, a un lado u otro del parque, en un museo o en una galería, aparecía esa misma imagen en un cuadro de Hopper preferentemente, pero también podía ser de Joseph Stella, George Bellows, John Sloan, Georgia O'Keeffe, Robert Henri o cualquier otro pintor.

Los paseos duraban toda la mañana, se iniciaban tras tomar un desayuno suave y se prolongaban hasta después de la hora del almuerzo. Norma creía que Paul necesitaba esas caminatas: no practicaba ningún deporte, estaba grueso, era torpe y se sentía ridículo, un cóctel demasiado peligroso para entrar en la adolescencia y ella estaba preocupada porque su hijo tenía tendencia al conformismo, no tomaba la iniciativa y le parecía bien cualquier cosa que le proponían. En esos paseos, que encontraban su momento de calma en la quietud de una sala o en el vaivén de un taxi, le hablaba de pintores y de cuadros, de los pintores que habían querido captar el espíritu de Nueva York en sus telas, con diferentes estilos, con diferentes miradas, a través de lugares emblemáticos o de personajes singulares.

En algunas contadas ocasiones la salida de Norma y Paul no tenía preámbulo, no había paseo ni visita a un lugar concreto de la ciudad, ni siquiera una mera fotografía para contentarle. La primera vez que le pidió que observara *Hotel Room*, de Hopper, obedeció con desgana. Al entrar en aquella sala y ver el cuadro en una ubicación preferente supo que habían ido a ver esa exposición justo por ese óleo, ya que era el pintor favorito de su madre. Entendió entonces las prisas de Norma y por qué habían pedido un taxi y se habían encaminado al Whitney sin mayor dilación. Mientras ella se sentaba frente al cuadro, él se limitó a echarle un vistazo, tenía trece años y creía conocer de sobras la vida y obra de ese pintor. Norma insistió en que era una oportunidad, ya que pertenecía a la colección Thyssen y había sido cedido para esa muestra.

Más tarde, mientras tomaban un refresco en la cafetería, ella volvió a la carga. Como madre era muy permisiva, laxa casi, pero como profesora podía ser una pesadilla. «¿Qué te ha parecido el cuadro?—le preguntó a Paul—. ¿Qué imágenes te vienen a la mente?, ¿qué sensaciones?». Ella nunca planteaba una sola cuestión, añadía siempre algún matiz a su pregunta inicial hasta que surgía con nitidez lo que realmente le interesaba.

—No me ha parecido que difiera mucho de otras pinturas de Hopper—contestó Paul con suficiencia—. Una mujer lee un libro sentada en la cama… He tenido la sensación de que ya lo había visto.

—¿Y nada más?—replicó Norma—. Piensa en esa pintura, visualízala en todos sus detalles, como si pudieras moverte delante del

lienzo.

»El cuadro de Hopper—continuó ella—muestra una habitación de reducidas dimensiones. A la izquierda, todo el espacio está ocupado por una pared gris, una cama de madera oscura y una butaca en la que ella ha dejado su abrigo, y a la derecha hay un mueble también de madera, en medio queda un estrecho pasillo. Es de noche, pero la habitación tiene una luz excesiva, detrás de la mujer las paredes en forma de U aparecen muy luminosas. No hay colgado adorno alguno en las paredes, ni cuadros ni ningún otro objeto. Hasta para ser un hotel sencillo resulta demasiado austero e impersonal.

»Es una tela de buen tamaño, pero para reforzar esa estrechez Hopper traza líneas y configura zonas de color que van delimitando el espacio y constriñen aún más su figura. La mujer, que parece alta y delgada, está sentada en la cama, efectivamente parece leer. Supongamos que es una carta—le propuso Norma—y que el mensaje que ha recibido no es agradable, o no es el que ella esperaba. Esta posibilidad aparece claramente reforzada: la estrechez de la habitación, su semidesnudez, la posición corporal, los hombros caídos, y por la oscuridad que se muestra a través de la ventana, una oscuridad que no penetra en la habitación. Hay dos elementos en ese cuadro que atraen la mirada. El primero es la mujer sentada en la cama, aunque curiosamente su rostro queda en penumbra y no podemos valorar su expresión, mira fijamente la carta y tiene los labios juntos aunque no apretados. Y el segundo es, sobre todo, esa mancha negra a la que ha quedado reducida una parte de la ventana, tras la cual sólo hay negror, no hay luz, ni siquiera una luz débil y mortecina, no hay esperanza.

»Si es una carta, ¿es el motivo por el cual está en ese hotel? ¿Tiene una cita? O bien recibió la carta al llegar al hotel y sus planes han quedado truncados. No vemos el sobre, o al menos no está a nuestro alcance. ¿De quién es la carta, qué relación tiene su autor con la mujer?—insistió—. Puede ser de su marido o de su amante… ¿Cuántas veces ha leído esa carta? ¿Cuáles van a ser sus siguientes pasos?—Norma bajó el tono y suavizó la tensión que había creado, sonrió para su hijo, que la escuchaba embelesado—. A Hopper no le interesa qué ha sucedido antes ni qué sucederá después, él se limita a mostrar a una mujer en tránsito. Ha creado una escena para mostrarnos un personaje que ama, sufre, ríe, llora… Aunque el espectador puede ir más lejos si lo cree conveniente, ésa es su prerrogativa, y puede hacerse preguntas no únicamente sobre lo que el artista refleja, sino también sobre lo que ha pretendido ocultar, quizá de manera deliberada o quizá no.

»Algunos críticos sostienen que, a pesar de que los detalles no son realistas, y no lo son para nada (observa que las grandes superficies

que aparecen, las paredes, la ropa de cama, los muebles, no tienen una textura definida, ni siquiera muestran imperfecciones que podrían parecernos naturales), los cuadros nos sugieren fotografías. No se equivocan, pero sería más acertado decir que parecen fotogramas. *Hotel Room* es un fotograma de una película, pero nunca podremos contemplar el resto de las escenas.

»Y si, como dicen algunos críticos, se tratara de un horario de trenes. ¿Qué preguntas te sugiere eso? ¿Ha alquilado una habitación para esperar unas horas? Entonces, ¿por qué se ha quitado la ropa? ¿No quiere sudar? ¡Pero si es de noche!—se sonrió ella—. Y hay un detalle más, inquietante; observa el punto de vista que ha adoptado el artista: estamos contemplando la escena desde la puerta de la habitación, inmiscuyéndonos en la vida de esa mujer, interfiriendo en su intimidad.

»Una última reflexión, hijo, ¿por qué Hopper ha escogido un título tan anodino para un cuadro tan desolador? Si un observador puede depositar en ese cuadro tantas emociones, ¿cómo es posible que su título sea *Hotel Room*? Otro artista quizá habría buscado un título más dramático, por ejemplo *No hay espera ni esperanza*. Los títulos tienen la capacidad de condicionar la mirada del espectador, ¿no crees? La mayoría de los títulos que utiliza para designar sus cuadros son meramente descriptivos, se limitan a señalar un lugar o una situación, como *Compartment C, Seven A.M.*, *Stairway, A Woman in the Sun, New York Movie, Cape Code Evening, Two in the Aisle, Hotel Window*… ¿Por qué ese empeño en destacar el elemento más casual, cuando los espectadores nos vemos reflejados en los atributos de lo que esas escenas reflejan: la soledad, la serenidad, la espera, el aislamiento, la incomunicación, los sueños…? Sólo en algunos casos, como en el cuadro titulado *Nighthawks* o en *Night Shadows* o en *Automat*, que tanto puede referirse a la cafetería como a la mujer, Hopper va un poco más lejos.

En el álbum estaban todas las fotografías que había tomado en aquellos tres años, debían de haber permanecido en algún lugar cerrado, pues se conservaban bastante bien. No recordaba la mayoría de aquellos lugares, pero su madre había tenido la precaución de anotar, en la parte inferior de cada instantánea, la fecha en la que Paul había tomado la foto y el lugar del que se trataba. No fue entonces cuando decidió dedicarse a la fotografía: para él lo más entrañable de aquellas salidas era no tener que compartir a Norma con nadie. Tampoco en los veranos en Aquinnah, cuando se entretenía haciendo y revelando instantáneas supuestamente artísticas, sino que lo hizo mucho más tarde, después de la muerte de su madre, cuando permaneció encerrado en su casa de la Quinta Avenida y buscaba un

motivo para salir a la calle, una actividad que le permitiera abandonar el hogar paterno y no tener que regresar.

Además del baúl, la señora Moö le entregó un sobre acolchado de grandes dimensiones, uno de esos en cuyo interior hay una funda con burbujitas de aire. El sobre estaba cerrado con un precinto. Dentro Norma había tenido la precaución de guardar los títulos de propiedad de algunos bienes que, según ella, sólo podía heredar él. Los apartamentos de la calle Varick, la cabaña del abuelo Lukas, el apartamento de la Quinta Avenida, aunque veía difícil poder echar a su padrastro, y un cuadro de Hopper, el mayor tesoro de su madre. Paul tenía muy presente ese cuadro, estaba colgado en el dormitorio de su madre en la casa de Martha's Vineyard. Juntos habían dedicado cientos de horas a interpretarlo, a explicar la historia de los personajes que lo habitaban. En el cuadro aparece una casa aislada en una zona costera, escarpada, y al fondo puede verse el océano. La luz proviene del mar, de la derecha del cuadro, e ilumina la fachada blanca de la casa que hay en el otro extremo. Asomada a un ventanal de esa casa hay una mujer pensativa, que dirige la vista hacia las aguas, pero es más probable que su mirada esté volcada hacia su interior, o hacia su pasado. Tiene algo en las manos, posiblemente un libro, y éstas recogidas contra el pecho. Lleva un vestido azul muy claro, casi blanco en algunas zonas, sin mangas, que ciñe su cuerpo maduro. Detrás de la casa hay una zona boscosa, difusa, amenazadora. La mirada del espectador se siente atraída por la fachada y por la mujer, iluminadas por la luz implacable de un sol de mañana radiante. Hay serenidad en su rostro. «Hopper ha compuesto esa escena—le repetía Norma una y otra vez—, ha dispuesto la posición de esa mujer y de cada objeto que hay a su alrededor (el libro, la esquina de un mueble, un fragmento de cortina) para comunicar algo, o la ausencia de algo. Se trata de adivinar eso—le proponía a Paul—: qué quiere comunicar o qué quiere ocultar el artista».

La fachada de la casa del cuadro no guardaba ningún parecido con la de la cabaña del abuelo Lukas, aunque compartiera algunos elementos como esos grandes ventanales que permiten atrapar la fuerza del mar y la luz del sol, y sin embargo ella siempre creyó que Hopper había querido pintar su casa, y que esa mujer era ella, aunque tal vez lo hubiera pintado mucho antes de su nacimiento.

«¿Por qué tenías prisa por envejecer, Norma?—Lanzó la pregunta al aire, seguro de que nadie iba a responderla—. Parecía que te molestara sentirte joven. —Paul bajó la cabeza y la escondió entre las piernas. Llevaba horas en esa habitación, velando a su madre; de vez en cuando oía algunas voces, cada vez más esporádicas y amortiguadas como si el velatorio estuviera concluyendo—. Si hubiera

llegado a tiempo—se lamentó—. Tenía tantas preguntas que hacerte todavía…».

Era cierto, su madre quería sentirse mayor, pretendía eludir así las molestias y los incordios de esas urgencias supuestamente juveniles. Con apenas cuarenta años vestía ya con la sobriedad de una señora mayor. Norma tenía una elegancia natural y un sexto sentido que le ayudaba a discernir cuándo debía callar o cuándo estaba de más. Mientras Paul estaba en la universidad, ella aparecía y desaparecía como por encantamiento; él podía seguirle la pista a través de las cartas que le enviaba desde Florencia, Berlín, San Petersburgo, Buenos Aires. Sus escapadas eran imprevisibles, aunque cortas, una semana, dos en situaciones excepcionales, pues había adquirido un compromiso que tiraba de ella y no le permitía alejarse demasiado. Casi nunca estaba en el apartamento de Nueva York, pero si su hijo la necesitaba, en ese mismo momento, surgía de su dormitorio o aparecía en la sala como si adivinara que Paul la estaba buscando y ella pudiera teletransportarse desde el otro extremo de la ciudad o del planeta.

La casa de Martha's Vineyard pertenecía a la familia de Norma Knobel desde hacía un siglo. Tras más de una década de duro trabajo en América, Lukas Joseph Knobel comprendió que nunca volvería a su aldea, que el suyo había sido un viaje sin retorno, y se impuso entonces como tarea hacer realidad un sueño al que consagraría el resto de su vida: construir una cabaña frente al océano, en algún lugar que le permitiera mitigar la añoranza que sentía del rumor de las olas, de los espacios abiertos en los que es posible contemplar cómo se desencadenan esas grandes tormentas que llenan de furia el horizonte. Encontró un paraje escarpado y solitario en la isla de Martha's Vineyard, en un momento en que prácticamente estaba deshabitada, no muy lejos de la pequeña localidad de Aquinnah, una población de apenas trescientos habitantes. Llevaba más de cincuenta años enclavada allí, había resistido cientos de temporales y sin embargo fue una tormenta seca de verano la que destruyó la cabaña y el pequeño cobertizo. Un rayo abatió el tejado y provocó un incendio que destruyó prácticamente toda la casa.

El mayor de sus nietos, el abuelo Stefan, la hizo reconstruir a partir del único muro de piedra que había quedado intacto. También sobrevivió una rueda de carro, y el abuelo tuvo la idea feliz de convertirla en mesa, una mesa amplia alrededor de la cual pudiera reunirse la familia. Sólo que, puestos en obras, y bajo la influencia de la abuela Meredith, una mujer escocesa tan pragmática que podía sobreponerse a cualquier sentimentalismo, el abuelo hizo edificar una casa de dos plantas, con seis dormitorios y tres baños, con tejado de

pizarra a dos aguas, muros de piedra viva, que resistieran el viento y la lluvia inclementes, y con todas las comodidades que la época podía proporcionar. A pesar de su rotundidad, la casa debía tener grandes ventanales porque al océano hay que mirarlo a la cara, con respeto pero sin miedo.

La familia continuó refiriéndose a la casa de Aquinnah como la cabaña del abuelo Lukas, aunque su robustez y sus dimensiones no encajaran bien con esa denominación. No era únicamente el refugio veraniego de Norma Knobel. Tras la muerte de sus padres ella lo percibía como su verdadero hogar, el lugar donde cada año pasaba más tiempo. Norma y la señora Moö—su asistenta, cocinera y confidente—solían trasladarse en marzo y permanecían allí prácticamente hasta que el frío de noviembre las cercaba y el sentido común las devolvía a Manhattan.

Norma salía a pasear cada mañana y cada tarde. A primera hora caminaba hasta el faro de Gay Head, una imponente torre de ladrillo rojo, y por la tarde se acercaba hasta una playita resguardada por un acantilado. Para llegar allí tenía que descender por un sendero pedregoso y escarpado y, si no contaba con un brazo amigo en el que apoyarse, utilizaba un bastón de montaña con punta de acero. También solía llevar una silla plegable, muy ligera, y un libro. Y la mayoría de las veces cargaba una mochila que contenía una manta liviana para echársela sobre los hombros o sobre las piernas y un termo con té de vainilla. Su afición al té negro con vainilla era racional, se inició en él cuando supo que la vainilla procedía de una orquídea. Desde una playa sembrada de piedras, en un rincón protegido por las rocas y mimado por un sol tibio de tarde, contemplaba el océano, escuchaba sus lamentos y leía o escribía mientras quedara un hilo de luz o hasta que el té estaba demasiado frío. Camino de esa cala hacía siempre el mismo recorrido, seguía un sendero desigual, rodeado de dunas que casi se convertían en arena antes de llegar al acantilado. Mientras caminaba, con la mirada iba haciendo inventario de todos los cambios que las estaciones debían de producir, y se inquietaba si tardaban en aparecer, entre la arena, las cintas verdes y alargadas de las que en verano surgirían unos lirios blancos silvestres. También esperaba la aparición, entre abril y mayo, de las rosas rugosas, unas florecillas de apariencia frágil, con una textura muy singular, ya que la flor parecía arrugada como si la hubieran confeccionado con papel pinocho. Cada primavera se sorprendía de que un pequeño arbusto, de hojas cortas y de un verde deslucido, pudiera dar esa flor tan caprichosa.

El verano anterior a la muerte de su madre, Paul viajó directamente a Martha's Vineyard sin pasar por Nueva York. Una amiga le acercó con su coche hasta el puerto de New Bedford y allí

cogió el ferry. Él sabía que su madre estaba en la cabaña; además le había escrito y le había pedido que se reuniera con ella en la isla, que le regalara al menos una semana de ese verano de 1992. Tenía algo que contarle, algo que requería tiempo, calma y largos paseos. Norma no aportaba ningún dato concreto en su carta, ningún indicio. Él prefería no especular, pero no podía evitar pensar que tal vez su madre había decidido, por fin, divorciarse del juez Garner; al fin acabó desechando todas las hipótesis, si hubiera sido realmente urgente no le habría escrito, sino que se habría limitado a presentarse en Harvard.

Él no tenía ninguna necesidad de pasar por Nueva York. Cuando lo hacía era por una cuestión logística: para tomar un avión o porque se había citado en Manhattan con algún compañero de viaje. En su habitación de la cabaña de Martha's Vineyard disponía de todo lo preciso para pasar un largo verano, aunque en los últimos años no resistía más de un par de semanas. Cuando llegó a la cabaña, la señora Moö, la única persona que solía acompañar y cuidar de su madre, le abrazó y reprimió un sollozo contra su pecho. Ese comportamiento, tan expansivo como inusual en la asistenta, le pareció muy extraño, como si fuera la primera señal de una tragedia en ciernes, pero además la señora Moö le retuvo entre sus brazos más tiempo del que parecía prudente.

—No sabes cómo me alegro de verte—le dijo—, por fin alguien que puede ayudarme a sobrellevar esta carga. La señora está muy taciturna, tiene un aire serio y triste—se lamentó—, aunque mantiene sus rutinas hay algo en su cabecita que no la deja descansar. No duerme, está levantada hasta la madrugada, y apenas prueba bocado. Estoy muy preocupada.

—¿Está enferma?—se inquietó Paul.

La señora Moö lo negó con un gesto ambiguo, mientras se le escapaba un suspiro profundo:

—No sé, hace mucho tiempo que no ve a un médico, pero no creo que sea algo físico—le aclaró—, es algo que le pasa por la cabeza. A mí no me cuenta nada y lo poco que sé no te lo puedo explicar, debe hacerlo ella. Ya sabes cómo le gusta caminar, es incansable, yo ya no la puedo acompañar—se quejó—, mis pobres piernas no resisten su ritmo. Esta mañana ha ido hasta el faro y ahora puedes encontrarla en esa cala donde suele refugiarse a leer. Podría descender por ahí. —La señora Moö señaló hacia la puerta principal de la casa, de donde surgía un sendero ancho bordeado de arbustos que, con una ligera pendiente, conducía hasta la playa más cercana—. No son ni cuatrocientos metros, pero ni se lo plantea, ya sabes lo cabezota que puede llegar a ser, así que camina hasta esa playita llena de piedras. —Paul dejó su escaso equipaje en la sala y decidió caminar hasta el

acantilado en busca de su madre—. Le hará bien tu compañía, hace días que te espera—comentó mientras él abandonaba la cabaña.

Llegó al acantilado mientras el sol todavía era visible sobre la línea del horizonte. El cielo estaba salpicado de nubes blancas deshilachadas que en breve se teñirían de rojo, naranja y violeta, y tendrían una magnífica puesta de sol. Desde el promontorio se divisaba el océano y la playa: allí estaba Norma, sentada en su sillita plegable con un libro en la falda. En ese momento no leía, tenía el torso incorporado, tenso, y la cabeza alzada como si resiguiera con la mirada la línea azul del horizonte, permanecía atenta al murmullo de las olas arrastrando las piedras de la orilla y disfrutaba de esa brisa refrescante con la que el océano premiaba su fidelidad. Cuando Paul empezó a descender por el camino hasta la playa, ella se giró y le vio avanzar. Abrió los brazos y sonrió, estaba ansiosa por verle. Al lado de Norma, su hijo era un gigante, y en el abrazo ella quedaba casi oculta, envuelta entre sus brazos.

—Ayúdame a recoger—le pidió—, veremos la puesta de sol desde el sendero. ¿Has visto el regalo que nos dejaron las tormentas del pasado invierno?—Y Norma señaló el tronco de un árbol atrapado entre las rocas, desde las raíces hasta las primeras ramas, un tronco rojizo de unos seis metros que había perdido casi toda la corteza.

—¿Qué es esto?—le preguntó Paul, refiriéndose a una carpeta llena de papeles que introdujo en la mochila—. ¿Otro libro sobre Hopper?

—No, esta vez no—protestó con una risa franca—. Hacía varios años que una idea me rondaba por la cabeza, la comenté con mi editora y me animó a llevarla a cabo. Verás—continuó—, dentro de poco se cumplirá el centenario de la muerte de una sufragista, Lucy Stone. Pensé que un siglo más tarde podía escribirle una serie de cartas explicándole cómo había evolucionado la vida, cómo es esta época desde el punto de vista de la mujer, en los aspectos político, social, cultural y también en los cotidianos, para que pueda saber que su lucha no fue en vano. ¿Qué te parece?

—Es una idea magnífica—exclamó—, ¡muy interesante! Espero que no te olvides de dedicar algunas cartas a la lavadora y al microondas—añadió con un deje irónico.

—Por supuesto. —Norma no se dejó provocar—. Y también a la píldora anticonceptiva y a los pañales y a la comida preparada. Seleccioné una lista de setenta temas, me he documentado un poco y tengo las cartas muy avanzadas.

Caminaron juntos, Paul con la mochila de su madre al hombro y Norma cogida de su brazo, casi apoyada en él, hasta la cabaña del abuelo Lukas.

—Me gusta verte animada y con proyectos—comentó él—, espero que me cuentes cosas de la señora Stone.

Norma no respondió ni a su comentario ni a esa pregunta explícita, no era un buen momento para hablar de las sufragistas. Tenía algo que decirle, algo muy importante, y pensaba que cuanto más lo demorase más difícil le sería.

—Sabía que vendrías a pasar conmigo unos días—empezó—, pero te escribí para que nada se interfiriera. Hace un par de meses me llamaron de la residencia en la que estaba internado Thomas, en los últimos días su estado se había agravado y no respondía a ningún tratamiento. Llegué a tiempo para despedirme, pero no pude hacer nada por él, apenas permanecer a su lado. —Paul sintió que su madre se estremecía y la abrazó con fuerza.

—¿Por qué no me llamaste, mamá?—le reprochó él sin estridencias.

—Ha sido muy difícil para mí, ¿y sabes qué ha sido lo peor?, pues no haber tenido con quién compartir el dolor de la pérdida de mi querido Thomas. No lo digo por ti. —Se detuvo un instante, acarició la cara de su hijo y le revolvió su largo cabello—. Me refiero a alguien que le hubiera conocido hace más de veinte años. ¡Pobre Thomas!, se hubiera comido el mundo, pero tuvo la mala suerte de tropezar conmigo.

—No digas esas cosas, mamá—la reprendió él—, ¿qué le pasó a Thomas? ¿Qué enfermedad padecía? No te enfades—le rogó—, pero es complicado crecer teniendo a la vez un padre biológico y un padrastro. A mí me hubiera bastado con un padre a secas, sin más, un padre convencional, como el de los otros niños. Por eso siempre me ha costado referirme a Thomas como «mi padre».

—Lo lamento—dijo tomando a Norma de la mano.

—¿Qué le ocurrió? ¿Por qué enfermó? ¿Cuál fue el diagnóstico? ¿No seguía un tratamiento?—insistió antes de que su madre se decidiera a responder—. Recuerdo que de pequeño me llevaste de visita a la residencia en la que estaba internado, conservo la imagen de unos jardines espaciosos, con el césped recién cortado y grandes árboles, y un hombre muy alto y delgado que caminaba en silencio a tu lado. Me llamó mucho la atención que Thomas fuera vestido con un pijama y zapatillas, pues aquel espacio era tan amplio que pensé que estábamos en un parque y no podía entender qué hacía aquel hombre, mal afeitado, sentado muy rígido en el extremo de un banco de madera, al lado de mi madre, que iba como siempre guapa y elegante. Me impresionó porque, a pesar de ese aire desvalido y ausente, su semblante era serio, adusto, no pronunció ni una palabra en toda la tarde. No me atreví a decírtelo entonces, mamá, pero me dio miedo.

—Fue un error—repuso Norma—, no debí llevarte conmigo. Él no te prestó ninguna atención, creo que ni siquiera llegó a mirarte. Y para ti, creo que tampoco fue positivo. Cuando me preguntabas por tu

papá, porque todos los niños han de tener uno, yo solía decirte que estaba enfermo y que no podía vivir con nosotros, pues necesitaba muchos cuidados. Entonces tú me pedías que te hablara de él y yo te explicaba las pocas anécdotas que conocía de su infancia, te enseñaba las escasas fotografías en las que estábamos los dos, te contaba cómo le apasionaban los aviones y su trabajo. No era gran cosa, lo sé. Hasta que un día me dijiste que querías acompañarme. Tú sabías que le visitaba regularmente y de la forma más natural me cogiste de la mano y quisiste venir conmigo. No fue realmente planificado, ni siquiera se lo consulté a su médico, surgió de repente y lo acepté. En esa época, estaba ingresado en una residencia en Coney Island. Me equivoqué, Thomas no te identificó como a su hijo y tú no le reconociste a él como padre, ese tópico de la llamada de la sangre no funcionó, puedo asegurártelo, quizá te defraudó porque lo que pudiste ver no se correspondía con lo que te había contado. Fuimos juntos a la residencia en media docena de ocasiones. Ya ves, lo intenté por si se producía alguna especie de milagro, fue una de esas grandes ideas sin fundamento que surgen y se esfuman con la misma facilidad, pero no sucedió nada y desistí.

Norma y Paul llegaron hasta la puerta de la cabaña, antes de entrar ella quiso echar un último vistazo al océano y al cielo que empezaba a estar pespunteado de estrellas.

—De todos modos aquellos encuentros tuvieron alguna utilidad. —Quiso acabar con un comentario positivo—. Tras la primera visita me pediste que te diera una de las fotografías en las que estábamos los dos, una en la que yo aparecía embarazada, y se la enseñaste a tu amigo Henry Mulroney junior, que al parecer dudaba de que tú tuvieras un padre.

Norma ya había desayunado cuando su hijo bajó a la cocina, había dormido casi once horas y tenía un hambre feroz. Le sucedía siempre en Aquinnah hasta que pasados unos días se aclimataba a un ritmo de vida marcado por la tregua veraniega que parecía ofrecerles la naturaleza. A Paul le gustaba dormir con la ventana abierta, un lujo que sólo se permitía en la cabaña del abuelo Lukas y, aunque se despertaba a su hora habitual, la ausencia de ruidos, una luz tan blanca que parecía irreal, el rumor monótono del océano, el fragor de los pájaros en las copas de los árboles que podía contemplar desde su cama, le acunaban y volvía a quedarse dormido otra vez. En la cocina, sentado frente a un zumo de naranja, pudo comprobar que su madre había ampliado la colección de boyas; de las cuatro que le parecieron recientes le gustó una muy antigua, de un azul desteñido, con uno de los extremos pintado de color rojo. Norma coleccionaba motivos marineros, en especial esas boyas con forma de proyectil, pero

también pequeños mascarones de proa, que solía repintar, y otros utensilios, siempre usados, que luego distribuía por la casa de un modo bastante impredecible.

Ella fue a besarle y retuvo su cabeza contra su pecho durante un instante.

—Me encanta tenerte aquí—le susurró, y le propuso el plan que había trazado para ese día.

La señora Moö les había preparado un almuerzo y ella había puesto a punto las bicicletas, así que irían primero hasta Menemsha, ya que la señora Moö quería que encargaran un poco de pescado, desde allí seguirían por la carretera del Norte hasta Tisbury para visitar uno de los dos faros enfrentados que protegían la pequeña bahía, el West Chop o el East Chop, en el otro extremo de la isla. Norma prefería este último, le parecía más rotundo y estaba un poco más aislado que su vecino, pero lo decidirían sobre la marcha. Su plan era almorzar por el camino y seguir hasta Oak Bluffs. Había calculado que haciendo algunas paradas podrían estar en Edgartown hacia las seis y había reservado dos habitaciones con terraza en un pequeño hotel, el Victorian Inn, una casa de estilo colonial, siempre de un blanco inmaculado y con un servicio muy esmerado. Su idea era volver desde Edgartown a la mañana siguiente, bien temprano, para estar en casa para el almuerzo y no disgustar a la señora Moö.

La bicicleta es el medio de transporte ideal en Martha's Vineyard, hay pocos coches en la isla y las distancias son tan cortas que no vale la pena utilizar otro tipo de vehículo. Además, el ritmo de paseo en bicicleta es el que se parece más al del caminante, permite cargar con la cesta del almuerzo y detenerse en cualquier lugar para disfrutar del paisaje.

Norma había preparado a conciencia la visita de Paul, quería estar a solas con su hijo durante la mayor cantidad de tiempo posible. La señora Moö era una persona muy discreta con una innata habilidad para desaparecer cuando convenía y aunque no esperaban ninguna visita, en Martha's Vineyard esa posibilidad no era descartable en los meses de verano. En cualquier caso, quería contarle muchas cosas a su hijo, y deseaba hacerlo sin interrupciones y sin dramatismos, y no se atrevía a preguntarle de buenas a primeras cuántos días iba a quedarse en la isla.

Norma era muy habilidosa, sabía manejar cualquier medio de transporte, podía montar a caballo o en motocicleta, conducir cualquier tipo de coche, y en la isla era la encargada de ir a Menemsha en bicicleta para hacer pequeños recados. La mayor parte del trayecto pudieron circular en paralelo, despacio, de modo que podían intercambiar opiniones sobre el tiempo o sobre el paisaje. Tras una señal de Norma, se salieron de la carretera por un sendero

angosto y polvoriento, entre viñas, y siguieron rodando a trompicones hasta poder contemplar el océano. Extendieron un mantel bajo un roble imponente que más que darles sombra debía protegerles del viento y abrieron la cesta que había preparado la asistenta. El mantel era rojo, con algunas líneas verdes, y contrastaba con el azul cobalto del océano y con el azul pálido del cielo, un azul roto por unas nubes grisáceas que más tarde quizá descargarían un poco de lluvia en alta mar.

—En el hospital coincidí a menudo con la madre de Thomas—rememoró Norma mientras almorzaban—, y a veces también con su padre. Apenas los conocía, les había visitado en dos o tres ocasiones y siempre se habían mostrado muy amables, aunque también algo recelosos. Ellos estaban orgullosos de su hijo, había acabado los estudios con notas excelentes, aunque eso ya te lo he explicado mil veces, ¿verdad?—se disculpó—. Fue el primero de su promoción—continuó de todos modos—, y lo consiguió contra todo pronóstico, pues había podido estudiar sólo en condiciones muy precarias. Sus padres me aceptaron a regañadientes, me veían si no como a una intrusa, sí como a una extraña. «Debes comprender a mi madre», me dijo Thomas en una ocasión, «ella sigue a la gente como tú a través de las revistas, por mucho que ella me quiera le resulta difícil entender que tú estés enamorada de un pelagatos».

A Paul le extrañó esa especie de prejuicio inverso en la familia de su padre, pero ella le recordó que a finales de los sesenta la sociedad era mucho más clasista y que, desde luego, desconfiaba de toda esa ideología hippie que había inundado los campus.

Acabaron de comer enseguida, pero ella no hizo ningún ademán de proseguir el camino, se sentía a gusto en aquel lugar y había decidido que aquella conversación no iba a sufrir interrupciones.

—Era un buen chico—continuó. Quería hablar de Thomas, era evidente, y él adoptó una actitud expectante. Mientras su madre buscaba las palabras exactas sacó el termo de la cesta y le sirvió un té de vainilla—. Buen estudiante, mal deportista, ya sabes cuál es el prototipo—le dijo—, defendía valores como el esfuerzo, la honestidad, la solidaridad. Además era cariñoso, me amaba locamente y yo también a él. A veces Thomas reía porque el corazón se le alegraba al verme. Me lo decía así, y yo sólo podía enternecerme. «Tu Thomas ni siquiera es feo», se burlaban mis amigas, «lo que le sucede es que tiene una carencia absoluta de atractivo». A mí, sin embargo—le explicó a Paul como si todavía estuviera extrañada—, me parecía adorable. Mis amigas estaban escandalizadas, ellas decían que era un noviazgo contra natura, pues, según ellas, yo era rica, guapa, inteligente, podía quedarme con el hombre que quisiera, ya que pretendientes no me faltaban. Y Stinger, como solían llamarle, era todo lo contrario: hijo de

una familia trabajadora, humilde, sin recursos, tan brillante como desgarbado y feo, según su opinión. Thomas medía casi dos metros, sus piernas y sus brazos eran como de alambre, no sabía moverse, parecía una marioneta manejada por una criatura. Llevaba siempre el cabello demasiado corto y unas gafas de miope agudo con una montura horrible. Esas gafas ocultaban unos ojos grandes de un azul transparente. Su mirada, su presencia, su serenidad, me reconfortaban, me sentía en paz a su lado, segura y querida. Él ni siquiera estudiaba en nuestro campus, solía venir acompañando a un amigo, al principio porque en nuestra biblioteca encontraba libros de diseño que le parecían más interesantes y más tarde, por mí, para verme, aunque me confesó que nunca se habría atrevido a pedirme que saliera con él.

»Nos conocimos—abrió las manos y ladeó la cabeza como si quisiera decir: "¿puedes creerlo?"—en una concentración de protesta contra la guerra de Vietnam y le animé a participar en una asamblea que íbamos a celebrar esa misma tarde. Asistió contra todo pronóstico, aunque se había limitado a escucharme en silencio y había seguido su camino sin reparar ni en mí, ni en mis palabras, o por lo menos eso me pareció. Y más tarde le reconocí, porque efectivamente era distinto: no tenía ese aspecto deportivo, colorista y jovial que exhibían mis compañeros, parecía un ejemplar poco corpulento de neandertal. Todo tuve que hacerlo yo, tendrías que haberlo visto, tan desmadejado, tan torpón, cuando caminaba no sabía qué hacer con las manos y si se sentaba parecía que las piernas le estorbaban. Me hacía reír. Le abordé al finalizar aquella asamblea y le pregunté cómo se llamaba, qué estudiaba, dónde vivía, por qué no me había parecido verle nunca antes por el campus. Me respondió con las palabras justas, de manera entrecortada, era un gran tímido, y al final me limité a decirle que nos reuníamos en la sala de profesores del departamento de Arte Moderno, por si alguna vez quería venir a echarnos una mano para confeccionar carteles y preparar octavillas. Pensé que no le volvería a ver y sin embargo acudió al día siguiente. Trabajó duro con nosotros, toda la tarde, y cuando se lo agradecí le pregunté por qué lo había hecho. "Por ti", me dijo mirándose los zapatos, "si puedo serte sincero, lo he hecho por ti, por el placer de estar cerca de una chica tan bonita y luchadora". Eso me dijo el gran oso tímido, ¿te imaginas? Debió de costarle un dolor de muelas—se rio—. Me sorprendió, no me lo había imaginado tan directo, y después supe que estaba en lo cierto, que las galanterías no eran su fuerte. Y es que era distinto, no pretendía protegerme, no temía contrariarme, no me cortejaba como otros jóvenes, aceptaba algunos de mis argumentos y rebatía aquellos con los que no estaba de acuerdo. Cuando yo enfurecía, cuando estaba a punto de perder el control y empezar a decir inconveniencias o estupideces, me miraba en silencio y levantaba los hombros, o me

tomaba de la mano y sonreía, y enseguida recuperaba la calma y la sensatez.

»Pero no quiero causarte una impresión desajustada de la realidad —quiso aclararle Norma—, Thomas era una persona orgullosa, consciente del esfuerzo que había tenido que hacer por lo que otros obteníamos gratis. Se sentía bien consigo mismo, satisfecho de haber alcanzado la meta que se había propuesto, iba a doctorarse en Ciencias Exactas y había encontrado trabajo en la industria aeronáutica. Me propuso matrimonio a los siete meses de conocernos y, aunque en aquel momento quise aceptar, tuve un ataque de cordura o de pánico y le rogué que no fuera tan deprisa. Era cuatro años mayor que yo, tenía un buen empleo, estaba buscando un apartamento para vivir por su cuenta… "Siento que estoy dando los primeros pasos en eso que llaman la edad adulta", se me declaró, "y por más que me esfuerzo no puedo imaginar mi vida sin ti". Acepté, claro, aunque le pedí un poco de tiempo para hablarlo con mi familia, lo que para nosotros era un paso lógico ellos iban a vivirlo como una decisión muy precipitada. Mi actitud prudente no sirvió de gran cosa, el tiempo se nos echó encima al quedarme embarazada.

Para Norma, el faro más atractivo de Martha's Vineyard era el de Aquinnah, el Gay Head, por su situación privilegiada en una zona de acantilados, por el contraste de la vegetación con el colorido de la tierra, blanca, ocre o rojiza según el capricho del sol, porque ella solía visitarlo casi todos los días, y también algunas noches sin luna, cuando la luz de su foco teñía de azul el aire húmedo que descendía y se posaba sobre la vegetación, así que pasaron de largo antes de llegar al West Chop y al East Chop y siguieron la ruta hasta Oak Bluffs, dejaron las bicicletas y caminaron hasta la costa. Hacía viento y las olas golpeaban la costa con dureza; lo más sorprendente era el color de las aguas, azul celeste en la zona más próxima y de un fuerte azul marino, casi violeta, denso como la tinta, hasta la línea del horizonte. Su reflejo en el cielo guardaba la debida simetría, despejado sobre sus cabezas y cargado de oscuras nubes bajas a continuación. Paul y Norma permanecieron en silencio contemplando aquel océano imponente.

—Hoy habrá una puesta de sol violenta—se admiró él.

—Veremos—respondió ella—. ¿Te he contado alguna vez que el abuelo Lukas no sabía nadar?—le preguntó ella un poco más tarde.

«Por supuesto que sí», pensó él, pero no protestó. En eso su madre sí que parecía una anciana: podía contarle las mismas anécdotas todos los veranos.

—Para el abuelo Lukas—continuó ella—, el mar significaba esfuerzo, trabajo, supervivencia. Sentía un gran respeto hacia estas aguas. Es curioso, pero no podía entender que el océano pudiera ser

diversión o entretenimiento, por eso construyó su cabaña en Aquinnah, frente al mar abierto, y no en la bahía de Cape Cod, donde da la impresión de que las aguas han sido domesticadas, porque el abuelo venía aquí a contemplar el océano en toda su bravura, las rugientes olas, el viento azotando la isla, las tormentas que parecían no cesar nunca, como si se desataran con el propósito de limpiar la tierra. No creas que soy tan mayor como para haberle conocido—le aclaró con una sonrisa en los labios—, a mí me lo contó mi padre cuando era pequeña, me lo contó en infinidad de ocasiones, tantas como yo a ti—se adelantó a la posible réplica de Paul—, así que no te quejes.

—Cuando le dije que esperaba un hijo—Norma había esperado el momento oportuno para continuar—, Thomas lloró de alegría. No vivíamos juntos y nos habíamos citado en una cafetería. Yo estaba preocupada, no por su reacción, sabía que me quería, sino por cómo se lo diríamos a mi familia y a la suya. Cómo me emocionó su emoción. Le cambió la expresión cuando oyó la noticia; allí mismo se puso de pie y comenzó a saltar y a dar gritos como un loco. Fue tal el escándalo que uno de los camareros se acercó a controlar la situación y Thomas le abrazó y debió de decirle algo al oído, pues el tipo le sonrió comprensivo. No estaba acostumbrada a ese tipo de manifestaciones, había sido educada para preservar mi intimidad como si fuera una joya que se guarda en una cámara acorazada, pero él no podía contenerse, reía como un poseso, y yo contemplé la escena, primero con estupor, hasta que enseguida acabé riendo también como una loca. Tendrías que habernos visto, exultantes, convertidos en el foco de todas las miradas, de todas las sonrisas. Su reacción tuvo un efecto balsámico sobre mí. A partir de ese momento dejó de preocuparme lo que pudiera pensar mi familia o el resto de la gente. Me sentí dichosa.

»Thomas empezó a preocuparse por mí, por el embarazo, por el futuro bebé; al principio era una llamada para saber cómo me sentía. Y de repente empezó a convertirse en algo obsesivo: me telefoneaba a casa diez o doce veces al día—imagina el estupor de mis padres—, me interrogaba sobre lo que había comido, quería saberlo con absoluta exactitud, y me recomendaba alimentos con mucho hierro para que no me quedara anémica; pretendía saber también si había descansado lo suficiente y se atrevía a preguntarme cuántas horas, necesitaba el dato preciso. Enseguida empezó a leer libros sobre el período de gestación y se dedicaba a descartar todas las posibles complicaciones. Le sorprendió que los especialistas afirmaran que los hombres solían vivir la etapa del embarazo con distancia, incluso con frialdad, que sólo parecían tomar conciencia cuando podían tener al niño en sus brazos.

Le sorprendió porque desde luego no coincidía con su estado, con la euforia y el desasosiego que él sentía. Estaba feliz, radiante, y por algún extraño mecanismo su preocupación se tornó en angustia. Y antes de que pudiera entender qué le estaba sucediendo, a qué respondía esa excitación, cuando estaba en la semana doce o trece de mi embarazo, cayó enfermo, con una grave crisis de ansiedad. El primer diagnóstico fue poco clínico, pero no sospechamos que pudiera haber mucho más, hablaba de agotamiento, quizá ante la incorporación a la actividad profesional, por la presión de su empleo o porque los nervios se le habían desatado ante el hecho de ser padre. El doctor llegó a afirmar que quizá nuestra situación, el no estar casados, podía influir en él, que era posible que le produjera una sensación de inseguridad, y que únicamente así se justificaba que todavía no le hubiera dicho nada a su familia. A mí, ese diagnóstico me pareció más ideológico que profesional: eran sólo opiniones burdas que una podía esperar oír en boca de un sacerdote, pero no de un científico.

»Le recetaron descanso y algunos calmantes que apenas sirvieron para camuflar su estado. Y por si acaso, por si servía para tranquilizarle, convinimos en celebrar la boda en cuanto le dieran el alta. Durante mucho tiempo pensé que era una enfermedad pasajera, que la medicación y la terapia harían su efecto y se pondría bien. Tardé casi cuatro años en perder toda esperanza. —Norma calló un momento, como si necesitara recuperar fuerzas para poder seguir con su confesión—. Tardé años en aceptar que su enfermedad era no sólo irreversible, sino también degenerativa. Una tarde en que Margaret, su madre, estaba sola y desconsolada porque Thomas había tenido un mal día, coincidimos en la cafetería del hospital. Yo había bajado en busca de una botella de agua, ya que el ambiente en las habitaciones era muy reseco, y su madre estaba tomando una infusión, sola, sentada a una mesa apartada. Me acerqué a ella, pues, aunque la mujer procuraba no llamar la atención, vi que lloraba angustiada. Me senté a su lado y a modo de reconocimiento me tomó de la mano. La señora Stinger repetía la misma frase una y otra vez, algo ininteligible como: “Pero ¿qué he hecho mal, Dios mío, qué he hecho mal? Si he procurado protegerle, siempre…”. Pensé que debía de sentirse culpable por razones que no estaba a mi alcance comprender, me acerqué más, la abracé, me miró con los ojos entristecidos y dejé que se desahogara.

»Tu abuela Margaret, Maggie, me había mirado siempre con desconfianza, no abiertamente, pero yo percibía cierta resistencia. Para ella nuestro noviazgo era tan ilógico que quizá llegó a pensar que podía haber influido en la enfermedad de su hijo. Posiblemente no entendía qué buscaba una chica de Manhattan en un muchacho de una barriada de Queens, pero la realidad tozuda era que yo estaba allí,

a su lado, y eso tenía que significar algo. Entonces decidí que le contaría nuestro secreto. Para evitar habladurías, yo solía vestir con ropas anchas y cómodas que disimularan mi embarazo. No pude ocultárselo a mis amigas ni a las personas más cercanas, por supuesto, pero para los demás todavía podía pasar desapercibido. En la cafetería del hospital me separé un poco de Maggie, cogí mi blusa y la ceñí a mi vientre. “Estoy embarazada”, confesé, “serás abuela pronto”. Ella abrió tanto los ojos que parecían querer salírsele de las órbitas y enseguida rompió a llorar de nuevo. A duras penas consiguió serenarse, me cogió del brazo y me explicó una extraña historia. Pero esa parte te la explicaré más tarde, ahora estoy destemplada, este viento frío se me ha metido en los huesos. —Paul cogió de los hombros a su madre, la atrajo hacia él y la apartó de la playa.

Ya no se detuvieron hasta llegar a Edgartown, aunque circularon a un ritmo muy suave y en silencio. Desde Oak Bluffs hasta Edgartown apenas si se cruzaron con un par de camionetas de reparto y varios grupos de ciclistas. Llegaron al atardecer y cuando acabaron de registrarse en el hotel se acercaron a la costa para contemplar la puesta de sol. Norma sólo llevaba una chaqueta liviana que no le abrigaba suficiente y Paul le puso sobre los hombros una cazadora que le cubría hasta las rodillas. Las nubes que habían contemplado unas horas antes se habían acercado hasta la costa, parecían más bajas, y se habían incendiado de un rojo cárdeno. El cielo de Cape Cod solía mostrar un paisaje siempre cambiante, parecía el mejor aliado del mar para romper y exacerbar la belleza serena de las dunas y las playas. Paul tenía razón, fue una puesta de sol tumultuosa, violenta, con rojos, azules, violetas y negros tiñendo las nubes y cubriendo el cielo hasta donde alcanzaba la vista. «Imagino que esto es lo que echaba de menos el abuelo Lukas», comentó.

Norma parecía estar muy cansada y decidieron cenar en el hotel. Disponía de un salón de reducidas dimensiones, muy sobrio en la decoración, aunque colmado de flores. Las mesas eran pequeñas, para dos personas, y estaban cubiertas con manteles blancos bordados con un hilo gris perla. A Paul, lo que más le llamó la atención fueron los cubiertos, redondeados y pesados.

—Su primer marido, el padre de Thomas, les había abandonado cuando el niño tenía poco más de dos años. —Norma retomó el hilo desde donde lo había dejado—. A Maggie le costó mucho conseguir la anulación de su matrimonio, ya que un buen día su marido desapareció, sin previo aviso, sin dejar una simple nota, y no hubo modo alguno de localizarlo. «Nadie: ni familiares, ni amigos, ni compañeros de trabajo sabían dónde encontrarle. ¿Te imaginas la situación? Como si se lo hubiera tragado la tierra. Creí volverme loca», me explicó la pobre mujer. A ella le angustiaba no saber qué le había

pasado a su marido, se desvelaba pensando que quizá estaba enfermo en algún lugar, sufriendo, y que no podía socorrerle. Lo superó porque tenía a Thomas y él la necesitaba. Por supuesto denunció su desaparición a la policía. Acudieron unos agentes a casa y les mostró sus pertenencias: su ropa, su caja de herramientas, no se había llevado nada; tampoco había ido a trabajar, así que algo malo debía de haberle sucedido.

»Para su desgracia, Maggie estaba equivocada. La policía averiguó que su marido tenía una cuenta en un banco de la que ella no tenía noticia, y que había retirado casi dos mil dólares el día de su desaparición. La policía se portó bien con ella, según me contó, un detective fue a visitarla y le explicó todo lo que habían averiguado: "Lo siento mucho, señora", le dijo el agente, "su marido no ha desaparecido, lo más probable es que se haya marchado y esté escondido en algún lugar. Es muy posible que no dé señales de vida. Tal vez se ponga en contacto con usted más adelante para hacerle saber que está bien, puede que vuelva dentro de unos meses, muchos lo hacen, pero mi consejo es que siga usted con su vida".

»Pasó más de un año y Maggie solía tener problemas con la administración, ya que de vez en cuando le solicitaban el número de la seguridad social de su marido, o su firma parecía imprescindible en cualquier gestión, y en cada ocasión tenía que presentar un documento de la policía que certificara que seguía desaparecido. Como no podía divorciarse rápidamente, tuvo que iniciar los trámites para la anulación de su matrimonio. "¿Puedes creerlo?", me dijo ella. "Como si un papel pudiera borrar seis años en la vida de una persona, como si el pequeño Thomas no fuera la prueba viviente de que eso que pretendía anular había sido real". Fue un proceso muy doloroso, la anulación era más lenta y cara que el divorcio, pero al final consiguió su propósito. "Mi marido era un inmaduro, un ser débil, un individuo que no estaba preparado para tener una familia, llevaba mal los problemas económicos, las responsabilidades le agobiaban hasta sentirse bloqueado, era incapaz de reaccionar, y simplemente huyó. Aún puedo verle", se emocionó ella. "Al principio confundí sus desvelos de padre primerizo con el cariño: se levantaba de madrugada para asegurarse de que el niño respiraba, me observaba mientras le daba de mamar y le obsesionaba que el niño pudiera necesitar algún suplemento…, hasta que de repente se desentendió de la criatura. Le oía llorar y él continuaba agazapado tras el diario, rumiando con la cabeza baja su miserable traición. Nos abandonó", remató Maggie. "Desapareció sin decir una palabra, sin dar una explicación. Cuánto sufrimiento me habría ahorrado a mí misma si entonces hubiera sido capaz de expresarlo así: me abandonó a mí y a nuestro hijo de veintisiete meses. Mi familia y mis amigos me recomendaron que

acudiera a un psicólogo que me ayudara a entender y a asumir lo que había sucedido, pero no les hice caso, no era yo quien necesitaba ayuda, faltaría más, en todo caso era mi marido quien debía haber visitado al terapeuta. Investigué, leí mucho en esa época sobre estos asuntos porque necesitaba respuestas y llegué sola a mis propias conclusiones. Hay un síndrome que suele darse en personas con baja autoestima, un síndrome que se manifiesta como miedo a no estar a la altura de la responsabilidad que les ha tocado en suerte. Aquel tipo—continuó en un tono despectivo, como si pudiera escupirle a la cara—, me juré que nunca volvería a pronunciar su nombre, era un calzonazos, un cobarde de la peor especie. Thomas no conserva ningún recuerdo de su padre, hice desaparecer sus fotos y todas sus cosas de pura rabia. Le hablé de él, ¡claro que le hablé de él!, le conté lo que nos había hecho, le maldije por eso, hasta que me casé y pudimos empezar una nueva vida.

Cuando el niño tenía siete años Maggie se casó de nuevo, esta vez con Reginald Stinger, un tipo legal, un buen hombre que tenía una pequeña ferretería en Queens, que había querido y criado a Thomas como si fuera su propio hijo.

La noticia de que Norma estaba embarazada y que esperaba un hijo de Thomas encendió una luz en su mente, que por fin encontraba una causa para la enfermedad de su hijo y eso le permitía abrigar alguna esperanza. Maggie sugirió que, de algún modo que ella no sabía explicar, su hijo estaba reviviendo la historia de su padre, le era imposible afrontar la responsabilidad de tirar adelante una familia, de criar a un hijo, que algún episodio de su primera infancia debía haberse instalado en algún rincón recóndito de su mente o de su corazón, algo que ella no había sabido detectar y que ahora ese veneno, inoculado cuando era un ser inocente, se lo estaba llevando a él. Thomas no era como su padre biológico, no era un cobarde, él no iba a abandonar a Norma y a su futuro hijo, pero algo en su mente había huido, por eso estaba como enajenado.

A Norma le pareció una teoría rebuscada: Thomas no le había hablado nunca de ese hombre. Para él su padre era Reginald; sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando más adelante el psiquiatra comentó que era una hipótesis plausible que debían tener muy en cuenta.

—La hospitalización se alargó—continuó Norma, que no se decidía a probar bocado y que impedía que el camarero pudiera retirar los primeros platos para servirles el pescado que habían pedido, mientras Paul buscaba algo que decir que fuera pertinente para que su madre pudiera tomarse un respiro—. Dos meses más tarde Thomas salió del

hospital para ingresar en un sanatorio—prosiguió—. De allí pasó a una casa de reposo para enfermos crónicos y más tarde, cuando el diagnóstico fue que aquella enfermedad era irreversible y que posiblemente se agudizaría, lo trasladamos a una residencia donde la vida fuera lo más amable posible. Sus padres no podían hacer frente a ese gasto, y mi familia se ha hecho cargo durante más de veinte años. Si no hubiera sido por el apoyo de mis padres—le confesó—, creo que también hubieran tenido que ingresarme a mí. Fue una época terrible, Paul, en menos de seis meses mi vida había perdido su propósito, todos los planes que habíamos dibujado se esfumaron sin poder hallar ningún recambio. Bueno, todos menos uno, el más importante. —Norma estiró el brazo y puso su mano sobre la de su hijo—. Puesto que la vida se abre paso, el ciclo se cumple, y esta vez fui yo la que tuvo que ingresar en un hospital para dar a luz a un niño de cuatro kilos trescientos gramos. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

»Durante todo este tiempo—Norma continuó con su relato en cuanto se rehízo de la emoción que había ahogado sus últimas palabras—, he procurado visitarle al menos una vez a la semana. De vez en cuando he consultado a otros especialistas que le han prescrito nuevos medicamentos, incluso le he cambiado de residencia en busca de tratamientos alternativos, pero siempre ha sido en vano. Cuando Thomas recuperó la movilidad y otras funciones básicas, comprobamos que únicamente reconocía a su madre. Íbamos juntas y creo que se acostumbró a verme al lado de Maggie y acabó aceptándome. Su madre murió cuatro años más tarde. No era una mujer fuerte y la desesperanza la quebró, y yo ocupé su lugar. Todo este tiempo me he limitado a estar a su lado, a hacerle sentir mi presencia. Si hacía buen tiempo salíamos al jardín, paseábamos un poco y luego nos sentábamos en un banco y le explicaba cosas de cuando éramos jóvenes, de cómo nos conocimos y empezamos a salir. También le hablaba de ti, porque hubiera sido fantástico teneros a los dos. Tu padre no decía nada, me miraba como si entendiera todo lo que le explicaba, sólo parecía ensimismado, pero ya sabes que no era ése el diagnóstico. Si le tomaba de la mano, Thomas me la apretaba un poco; si le cogía del brazo, se doblaba para apoyar su cabeza en la mía. Parecía que me escuchaba, es cierto, pero no retenía nada, pasaba una semana y volvía a explicarle lo mismo o casi lo mismo, dependía de mi propio humor, de si era un día radiante o plomizo, de si llovía y decidíamos sentarnos en un sofá de la sala para contemplar el jardín. Ha sido una rutina de veinte años; ahora, desde abril, descansa.

Norma se había sentido cansada la noche anterior y se había retirado a su habitación, habían pensado ir hasta el faro después de la

cena, pero decidieron dejarlo para el día siguiente. El faro de Edgartown está en una lengua de tierra en un costado de la bahía. Tiene una bonita estampa, con los muros blancos y sólidos, y sin que ninguna otra construcción le reste protagonismo. El faro, a diferencia del Gay Head en Aquinnah, está a nivel del mar. Caminaron hasta allí en silencio, ella cogida del brazo de su hijo, la conversación del día anterior había quedado inconclusa, pero ninguno de los dos se decidía a retomarla.

—Norma. —Paul consumió un largo silencio después de pronunciar el nombre de su madre, pues quería que le prestara toda su atención—. Norma, ¿crees que puede sucederme a mí lo mismo que a Thomas o que a su padre? ¿Crees que puede ser una maldición o una especie de síndrome con algún fundamento genético?

—No, no lo creo—respondió ella. Replicó de manera ágil y tajante a esa pregunta, la esperaba, estaba segura de que Paul la formularía cuando ella le explicara lo que había sucedido con su padre, y había meditado la respuesta durante esa noche y muchas otras noches—. ¿Has oído hablar de la epigenética, Paul? Por lo visto es posible que un hecho traumático modifique la manera en que se expresa el ADN de un individuo y que eso afecte a sus descendientes. He visto a algunos especialistas y sé que están investigando también en fármacos para tratar distintas enfermedades asociadas. Pero no sé si la enfermedad de Thomas está relacionada con algún hecho traumático que pudo vivir su padre o su abuelo. No sé si es especulación o ciencia, sinceramente. Tiene que haber alguna cosa más—continuó después de una pausa—. Que en aquel entonces los médicos no fueran capaces de realizar un diagnóstico certero sólo significa que su estado era tan complejo que no supieron cómo abordarlo. Desde ese punto de vista, no podemos estar seguros de nada. Pero si nos atenemos a los hechos comprobables, a los hechos ciertos, es obvio que Thomas no era como su padre, si él no se hubiera esforzado, si no hubiera luchado toda su vida, no habría podido finalizar sus estudios, ni tampoco nos habríamos conocido. No, Paul, no creo que a ti pueda sucederte nada semejante—Norma lo expresó con fuerza, en voz alta, quizá también para convencerse a sí misma—, ni me parece que lo genético deba ocupar el lugar de un determinismo que ya nos sacudimos de los hombros de una vez y para siempre.

Un par de días más tarde, Norma se acercó a su hijo y desplegó ante él un viejo mapa de Cape Cod. La ruta 28 aparecía destacada en amarillo desde Woods Hole hasta Chatham; desde allí había coloreado en verde la 39 hasta Orleans, donde se une con la ruta 6; y otra vez había utilizado el amarillo hasta Provincetown. Algunas poblaciones habían merecido un rosa brillante y en los márgenes surgían también

precisas anotaciones con letra menuda y clara que indicaban lugares, fechas, hoteles, teléfonos y otros datos operativos. «¿Qué te parece?», le preguntó después de darle un poco de tiempo para que pudiera captar el recorrido, y a continuación le propuso realizar un itinerario parecido al que habían hecho juntos seis años atrás, cuando él era un jovencito de dieciséis años, y que les llevó desde Provincetown hasta Menemsha. Entonces, en 1986, el objetivo del viaje fue localizar los lugares que podían haber inspirado a Hopper para pintar algunos de sus paisajes. Lo habían hablado en varias ocasiones desde el invierno anterior, cuando Norma tenía ya el libro embastado y la misión de Paul consistía en hacer las fotografías para ilustrarlo. Norma le fue a buscar a su colegio, cargaron sus cosas en el coche y tomaron la ruta 3 para cruzar el canal de Cape Cod por Sagamore. En la primera parada le pidió que fuera al baño y que se quitara de una vez el penoso uniforme escolar y la ridícula corbata. A él le faltó tiempo para cumplir el deseo de su madre, volvió con botas, pantalones vaqueros y una camiseta negra de los Ramones. En pocos años Paul había hecho un cambio radical: se había convertido en un muchacho alto y espigado, atractivo a pesar de que sonreía poco, como si sonreír fuera un gesto contra natura. Entonces el plan de su madre era seguir por la ruta 6 hasta Provincetown, sin detenerse, y desde allí volver, sin prisa, por Truro, Eastham, Chatham, Harwich, Hyannis, Cotuit y Falmouth. No cumplieron el itinerario fijado, lo alteraron a su capricho para bañarse, tomar un helado o presenciar una actuación musical, y así dedicaron casi dos semanas de las vacaciones escolares a cumplir su cometido.

En cambio, en el verano de 1992 el objetivo del viaje era inconfesable, o por lo menos a Norma no le apetecía ponerle título. A ella le bastaba con que su hijo le dedicara cuatro o cinco días para poder desmenuzar con él todos los asuntos pendientes. A menudo Norma se sentía culpable, pues se reprochaba que le debía a Paul mucho tiempo, no pocos abrazos y, sobre todo, si encontraba las palabras adecuadas, si era capaz de controlar sus emociones, le debía también muchas explicaciones.

En aquel primer recorrido, iniciado como si se tratara de una huida, sin siquiera pasar por la cabaña, Paul recibió el encargo de ocuparse de los mapas y de las fotografías. Además, Norma le pidió a su hijo que fuera minucioso, que situara en el mapa cada instantánea, por si alguna salía mal y decidían volver para repetirla.

Norma había escrito dos libros sobre Edward Hopper: *Las mujeres en la obra de Hopper. Una aproximación sentimental* y *Los paisajes de Cape Cod en la obra de Hopper*. El libro sobre las mujeres tuvo una repercusión extraordinaria y pudo haber vivido de dictar conferencias. Aunque destinado en principio a un tipo de público interesado en el

arte, su éxito fue abrumador. Desde los clubs de lectura y las asociaciones de mujeres le llovieron cientos de peticiones solicitando su presencia en toda clase de eventos culturales. Fue durante la visita a uno de esos combativos clubs de mujeres en Worcester, Massachusetts, cuando se le ocurrió por primera vez escribir un ensayo sobre las sufragistas, aunque de hecho sólo lo pudo concretar al estudiar la figura de Lucy Stone.

—Seguro que recuerdas las largas jornadas caminando sudoroso por las colinas de Truro. —Norma se apoyó en el hombro de Paul y buscó su mirada cómplice mientras él analizaba el recorrido—. En honor a la verdad debo decir que, a diferencia con los paseos por la ciudad, apenas te quejaste; te ilusionaba pensar que algunas de esas fotos podrían formar parte de mi libro sobre los paisajes de Cape Cod. Sin embargo, durante años me dijiste que lo que recordabas con más viveza de aquel viaje eran los faros. Pues bien—añadió dejándose llevar por el entusiasmo—, ha llegado el momento de visitarlos todos, o casi todos. Conoces de sobra los de Martha's Vineyard y los de Nuntacket. ¿Qué te parece si fotografiamos todos los que podamos visitar desde el faro de Nobska hasta el de Wood End?—le propuso Norma señalando los dos lugares en el mapa.

Una vez más, lo tenía todo preparado: la ruta, las reservas de hotel, los permisos para entrar en algunas zonas, como el refugio nacional de Monomoy, las cámaras, incluso había encargado que revisaran una vieja pickup para poder cargar las bicicletas. La camioneta les iría bien para desplazarse, pero a algunos lugares protegidos no se podía acceder con coche y visitar otras zonas sólo era posible en bicicleta o a pie. Paul había visto y examinado el vehículo, estaba aparcado a la entrada del garaje, un espacio que desde hacía tiempo era el taller donde Norma restauraba los viejos mascarones de proa que coleccionaba. Paul echó un vistazo; su madre trabajaba en un busto de mujer de unos setenta centímetros: el rostro y el cuello eran blancos, con un tono cáscara de huevo, el cabello negro alquitranado, los ojos oscuros, grandes e intensos, la nariz recta, la boca pequeña de labios rojos bien perfilados, una blusa azul marino contenía un pecho pujante. En la piel del mentón, en la parte baja del cuello y en la blusa tenía algunas manchas negras. Un detalle le llamó la atención y se acercó al mascarón, y sí, una lágrima de un azul muy tenue se deslizaba por su mejilla izquierda.

El recorrido que Norma le proponía, aunque tenía lugar en el mismo territorio, no se parecía al que habían realizado en 1986. O mejor dicho, era idéntico en cuanto a los nombres de los lugares que iban a visitar, pero el itinerario era distinto, estaba dibujado en sentido opuesto al de la primera vez. Aquel verano Norma condujo

por la ruta 6 hasta llegar a Provincetown, y desde esa base de operaciones recorrieron con calma toda la zona de Truro y Eastham; de ahí procedían la mayoría de los paisajes que Edward Hopper había pintado, o por lo menos ésa era la hipótesis que recogía la documentación que había manejado. La siguiente base de operaciones fue Chatham y así fueron recorriendo Cape Cod con la minuciosidad de un topógrafo.

La nueva propuesta era distinta: la idea era recorrer todo el perímetro exterior, siguiendo los faros que jalonaban la costa, la mayoría de ellos todavía en activo, y que servían de salvaguarda a los pescadores y a los turistas que se aventuraban en las aguas del Atlántico, desde Woods Hole hasta Provincetown, que sería el final de trayecto.

—Ahí nos separaremos, si te parece—le propuso a Paul—. Tú puedes coger un avión para reunirte con esa chica en Canadá y yo volveré por la costa interna, recorriendo la hermosa bahía, tengo comprometidas algunas visitas en Sandwich y en Barnstable.

—La chica de Canadá tiene nombre—puntualizó él mirándola a los ojos—: se llama Nínive.

—Disculpa, hijo, pero no consigo retenerlo. Nínive, dices, no es muy corriente.

—Su padre es libanés y su madre canadiense—le aclaró—, y ella nació en Montreal. Como sabes, Nínive fue una antigua ciudad mesopotámica.

—Nínive—repitió ella en voz baja—. Es un bonito nombre, no lo olvidaré. ¿Es de tu curso, Nínive?—volvió a la carga—. No recuerdo que la hubieras mencionado.

—No es de mi curso, no estudia en Harvard, es camarera en un Starbucks de Cambridge. ¿Satisfecha, doña metomentodo?—se burló él.

Cruzaron en el ferry y se detuvieron en el faro de Nobska, que era el primero en su recorrido, e incluso por puro compromiso le hicieron varias fotografías, intentando que las casas construidas al otro lado de la cerca no minaran su porte, y porque no parecía un buen augurio esquivar el objetivo que figuraba en primer lugar.

Conducía Paul, que en esa época todavía no sentía aversión a los coches. Cuando arrancó la camioneta le sorprendió que la radio estuviera puesta. Sonaba Van Morrison, «Moondance», y esperó a que la canción finalizara para apagarla. Fue una acción consciente, intuía que a su madre aún le quedaban cosas que explicar o que confesar y la música podía ser un impedimento. Sin embargo, ella parecía concentrada en el mapa, como si no conociera Cape Cod como la palma de su mano, y no dijo nada hasta después de abandonar el faro

de Nobska. Al arrancar de nuevo la pickup, la radio volvió a conectarse y se escuchó de nuevo a Van Morrison, en esta ocasión «Brown Eyed Girl». Paul se extrañó.

—Está rota—le comentó ella pensando que su extrañeza se debía a que la radio se había conectado sola—, hace algún contacto y se enciende cada vez que pones el coche en marcha.

—Mientras sea Van Morrison no me importa. —Y de nuevo esperó a que finalizara la canción antes de apagar la radio.

Conducían tan despacio que podían recrearse en el paisaje. Se detenían a menudo aunque no bajaran de la camioneta, para contemplar la colisión de azules en el horizonte, el cielo cárdeno del atardecer o una nube caprichosa que se deshilachaba y parecía querer remansar sobre las aguas.

—Conservo todas las fotos que hiciste: las de mi libro y también las anteriores, las que hacíamos en aquellos largos paseos por Manhattan, ¿recuerdas?

—Por supuesto—respondió él animado—. He podido comprobar—añadió echando un vistazo hacia su equipaje—que no has olvidado mi vieja Polaroid. Todavía me parece una cámara fantástica. Nos empeñamos en hacer fotos complejas—enfatizó Paul—, con un encuadre muy estudiado, cuando a menudo lo más importante es la frescura, la instantaneidad, la proximidad al objeto, la capacidad de rectificar. ¿No te parece?

—Es un punto de vista a considerar. —En el lacónico comentario de Norma la duda y el asentimiento se daban a partes iguales.

—No me gustan esas cámaras superautomáticas—insistió él—, no soporto que no me permita desenfocar la imagen si lo prefiero así. ¿Te he contado la última *performance* del increíble J. G. Sempere?—Al comprobar que su madre negaba con la cabeza continuó—: Fue una hazaña magnífica que por desgracia no se recogerá en los anales de Harvard. El jefe de estudios le pidió que tomara las fotos de una entrega de diplomas en Radcliffe. Sempere tiene un magnífico equipo, fama de buen fotógrafo y una aureola de tipo raro y asocial ganada a pulso. A él le incomodó la petición, nunca habría imaginado que el profesorado pudiera tenerlo catalogado dentro del elenco de alumnos colaboradores, pero no protestó. Se presentó en la ceremonia bien pertrechado y tomó cientos de fotos que, unos días más tarde, expuso por sorpresa en el vestíbulo del edificio. Sempere tendió tres hilos de pescar de lado a lado, a diferentes alturas, y colgó las fotografías con unas minúsculas pinzas de colores. Enseguida corrió la voz y acudió una multitud de estudiantes y de profesores. No había ni una sola fotografía convencional, ni una sola que sirviera para ilustrar el evento, en la que pudiera contemplarse el rostro satisfecho de un profesor o la expresión orgullosa de un estudiante. Lo que expuso

fueron planos detalle de las hombreras de las togas, primeros planos de birretes, nucas distraídas, manos sosteniendo un mismo diploma como si fueran atletas entregando el testigo en una carrera de relevos, una gran colección de zapatos, dedos hurgando en una nariz sobre cuyo propietario hubo encontradas hipótesis, manos nerviosas, filas de participantes a los que les faltaba la cabeza… Nunca nos habíamos reído tanto. Esa semana Sempere se convirtió en el tipo más popular, fue literalmente asediado, felicitado e invitado a tomar toda la cerveza que se pudiera beber. El decano le llamó a su despacho y le reconvino por su actitud, pero no fue sancionado. Su defensa fue impecable. «No soy un fotógrafo de bodas y bautizos», le dijo al decano, «soy un artista, todo el mundo lo sabe en el campus, y he aportado un punto de vista original al evento».

Paul guardó silencio después de contar esa anécdota, como si reflexionara sobre ella o lamentara haber sido tan vehemente. Norma aprovechó la oportunidad para cambiar de tema.

—¿A qué te vas a dedicar?—quiso saber—. ¿Tienes algo en perspectiva?

—Estudio Derecho—respondió él como si le sorprendiera la pregunta.

—Vamos, hijo, los dos sabemos que no ejercerás nunca. Dime, ¿qué te apetece hacer? ¿Continúas dibujando?—No respondió, se limitó a hacer un movimiento de cabeza que parecía una negación aunque en realidad era de una ambigüedad calculada, un *no pero sí*—. Me gustaban mucho tus dibujos—insistió ella—, sobre todo los retratos a carboncillo, siempre has tenido mucho talento y poca paciencia—se rio Norma—, pero había energía en ellos, perspicacia. No es fácil representar la figura humana, y mucho menos la expresión de un rostro para que se vea la vida fluir, para comunicar emociones.

Paul quiso protestar. Era cierto que durante un tiempo, sobre todo al ingresar en Harvard, había buscado en el dibujo una válvula de escape.

—No te justifiques—puntualizó Norma antes de que pudiera decir nada en su defensa—, me gustaron tus dibujos aunque pueda aceptar que eran meros ejercicios.

—Demasiado cerebro—sentenció él—y poco corazón, ése era el mal que sufrían mis dibujos. ¿Y tu libro sobre la señora Stone?—contraatacó él.

Norma entendió que pretendía eludir el tema de su futuro, aunque ella tampoco contestó a la pregunta que él le había formulado.

—Es año electoral—dijo ella de repente—. No te lo había dicho, pero voy a volver a votar demócrata, me gusta Bill Clinton, tiene coraje.

Paul no dijo nada, conducía hacia Chatham después de haber pasado por Harwich, donde se habían desviado para contemplar los humedales y los campos de arándanos rojos, y se limitó a asentir. El manto de flores rojas cubriendo las aguas tranquilas era uno de los espectáculos más vistosos y coloristas que había visto nunca, la lástima era que la cosecha no tendría lugar hasta otoño.

—Los republicanos se están escorando mucho a la derecha—insistió su madre—y han abandonado los ideales liberales, han caído en las garras de las iglesias, de los ultraliberales y de esos cristianos extremistas que se sienten en posesión de la verdad única.

Paul asentía, aunque su interés por la política era nulo.

—¿El juez Garner va a dar el gran paso, por fin? ¿Se va a presentar con las huestes republicanas? Me cuesta creer que sea capaz de someterse al veredicto de sus conciudadanos. ¿Se lo permitirá su vanidad?

Sus preguntas no pillaron por sorpresa a Norma, le pareció que era una asociación de ideas lógica.

—Ni lo sé ni me interesa ni me preocupa—respondió ella con especial énfasis—, no es de mi incumbencia lo que él haga o deje de hacer.

Resultaba curioso observar cómo la relación con Robert Garner se había estabilizado a partir del momento en que pudieron empezar a llamarle «juez Garner», pues durante años había ido de mal en peor. Incluso Norma se sintió aliviada al poder llamarle así, y por supuesto Paul, que siempre había eludido el «papá», que tampoco podía llamarle «señor» porque le parecía demasiado formal, y utilizar su nombre, Robert, o su diminutivo, Bob, habría supuesto demasiada familiaridad. Al nombrarle juez, todos supieron que habían encontrado el apelativo idóneo, juez Garner, como si sus padres lo hubieran inscrito así en el registro.

Redujeron la velocidad, dudaban entre detenerse a repostar y tomar un café o continuar hasta Chatham. Un automóvil los adelantó a una velocidad desmedida y les dedicó una generosa pitada. Paul no se inmutó, pero a ella le ofendió tanta desconsideración, se sintió como si la hubieran insultado. Decidieron entonces que era un buen momento para descansar, una parada serviría para apaciguar los ánimos.

—¿Por qué no tomas una foto de la gasolinera?—le pidió.

—¿Vamos a empezar otra colección, además de la de los faros?—se extrañó él.

—Las gasolineras son como faros en tierra firme—replicó mientras su hijo repostaba—, por eso las pintó Hopper, por el contraste, porque son un reflejo de la civilización en medio de la naturaleza, como una

avanzadilla, la última parada antes de adentrarse en el bosque o en el camino.

«Hopper no pinta un paisaje porque lo haya vivido o contemplado —había escrito en su segundo libro—, tampoco pinta una escena concreta». Con el apoyo de su memoria y su imaginación recrea determinados lugares y los reconstruye, y muestra en ellos situaciones que reflejan el mundo moderno, el mundo de unas personas que han perdido el contacto con la naturaleza y se refugian en la civilización, aunque la naturaleza continúe al acecho al otro lado de la ventana o al otro lado de la carretera. Norma empezó su libro sobre los paisajes de Cape Cod haciendo referencia a un cuadro muy anterior, *Road in Maine*, pintado en 1914, y lo conectó con otros pintados claramente en Truro, como *Road and Houses* o *Corn Hill* o *The Camel's Hump*. Les costó tener que adentrarse por rutas secundarias y por caminos poco accesibles, pero encontraron algunos lugares que pudieron haber inspirado esos cuadros a Hopper y Paul pudo hacer unas fotografías estupendas que sirvieron para ilustrar su libro.

Más tarde Norma tuvo una fuerte discusión con el editor, ya que ella pretendía que las reproducciones de los cuadros fueran en blanco y negro y su editor se oponía frontalmente. Según él eso le restaría atractivo al libro y, por tanto, vendería menos ejemplares. No pudo convencerle: ella no quería que el lector tuviera la sensación de que le bastaba con el libro, que esa obra le podía proporcionar la experiencia de haber contemplado los cuadros de Hopper. Para ella la reproducción a todo color falseaba esa vivencia, era imposible captar la pincelada, la intensidad. Al reducir las proporciones no era posible captar la importancia de cada detalle, y tampoco era posible percibir cómo unos colores se camuflaban dentro de otros y no surgían hasta que la mirada se detenía en esas formas el tiempo suficiente.

Escribir esos dos libros la puso en contacto con otros expertos, con directores de museos y con coleccionistas de la obra de Hopper. Fue así como supo que aquel lienzo, el cuadro de la fachada de una casa blanca, iluminada por el sol de la mañana, con una mujer con las manos en el pecho contemplando el océano, estaba en venta y decidió que debía comprarlo, aun arriesgándose a una penúltima pelea con su marido, aun sabiendo que no le quedaría más remedio que deshacerse de algún paquete de acciones.

—¿Qué te recuerda este lugar, Paul?

—No sé—respondió distraído. Acababan de registrarse en el Chatham Bars Inn Beach—. ¿Habíamos estado aquí?

—Vamos, vamos, no disimules mal—bromeó ella—, estoy segura de que te trae buenos recuerdos.

—¡Fue en este hotel donde…!—Paul sonrió y no acabó la frase.

En el viaje anterior, mientras cenaban, una chica de su edad se había acercado a su mesa. Era una joven esbelta, con una sonrisa luminosa y una larga cabellera dorada como el trigo y los ojos azules, claros y brillantes como el cielo en un día despejado. Vestía un pantalón pirata elástico, ceñido, y una camisa muy liviana, tres o cuatro tallas más grandes, de color rosa pálido con algunos motivos étnicos bordados. Parecía un ángel, si es que un ser celestial puede ser tan locuaz. «Hola—saludó—, me llamo Angie Prazelski: Angie por la canción de los Rolling; mis padres están pirados por ellos y se les ocurrió ponerme ese nombre, pero no me importa, me gusta Angie y la canción es muy bonita. No os pregunto si la conocéis porque todo el mundo la oído miles de veces, ¿verdad? Quería pediros un favor—continuó sin poder dejar de moverse a derecha e izquierda—, si no tenéis inconveniente».

Paul la miraba con la boca abierta, como un besugo sorprendido por un cebo apetitoso y no sabe si picar o pasar de largo, así que respondió Norma.

—Primero deberías hacer tu petición, ¿no te parece, Angie? Algunas cosas no están a nuestro alcance, pero excepto la Luna quizá podamos concederte todo lo demás.

—Hoy es sábado y el hotel organiza un baile, es country—les explicó amagando algunos pasos de baile, pues no podía dejar de moverse y de sonreír—. Yo me pirro por el country, pero a mis padres no les gusta, lo consideran demasiado popular, son unos snobs—dijo mirando hacia ellos y saludándoles con la mano—. Lo que pasa—continuó ella—es que no dejan entrar a personas solas, tienen que ser parejas. Es una norma muy tonta, ya lo sé, pero el encargado se justifica diciendo que él no crea las normas. Además a mí me gusta que mi pareja de baile sea más alta que yo, mido más de uno setenta, que para mis dieciséis años está muy bien, ¿no os parece?, y en este hotel no hay muchos jóvenes alojados. De repente te he visto entrar, ¿sabes? Bueno, en realidad ha sido Kate, mi madre, quien te ha visto primero. Se ha fijado en ti por esas botas camperas tan estupendas que llevas, y hemos pensado que quizá a tu madre no le importaría. ¿Podrías ser mi pareja?—le pidió a Paul acercándose a él hasta colocarse a su altura y poniendo carita de pena—. ¿Te gusta el country? ¿Sabes bailar?

Al oír esa batería de preguntas, quiso negar con la cabeza, pero su madre le dio una patada por debajo de la mesa.

—Paul estará encantado de acompañarte—se adelantó ella—, por supuesto, no es muy buen bailarín, pero seguro que tú puedes enseñarle. Vamos—se dirigió a su hijo—, acompaña a Angie, recuerda que le hemos prometido concederle un deseo.

La joven besó a Norma en la mejilla y se alejó satisfecha, volvió victoriosa a la mesa en la que esperaban sus padres para decirles que lo había conseguido. Y Paul se levantó pesaroso, aunque una media sonrisa en los labios y un brillo incrédulo en los ojos le delataban.

—¡Qué suerte tuviste, huevón!—exclamó Norma fingiendo acento mexicano.

A la mañana siguiente hicieron el equipaje y siguieron ruta hacia Hyannis. Norma no sabía qué decir. Todo lo que se le ocurría giraba alrededor de lo sucedido con Angie. Y si no tenía relación, le parecía poco creíble, como si fueran maniobras dilatorias a la espera de que surgiera la gran cuestión. Y Paul tampoco se atrevía a hacer comentarios, pues temía las preguntas de su madre. Ella condujo despacio para poder contemplar el paisaje, tosió varias veces como si estuviera a punto de empezar una conversación, pero con el rabillo del ojo pudo observar cómo se despertaba en su hijo un inusitado interés por estudiar la guía de viaje, como si al evitar mirar a su madre pudiera eludir también el interrogatorio.

—¿Puedo hacerte una pregunta, hijo? Bueno, ¿dos? ¿Tres? ¿Tres y ninguna más? Va—insistió—, estoy en ascuas.

Paul no dijo ni que sí ni que no, abrió un poco las manos y levantó las cejas, era su manera de decir que lo sabía, que lo esperaba, que cuanto antes, mejor.

—Te oí llegar a tu habitación, era muy tarde. ¿Te divertiste?

—No, así no—replicó—, te conozco, así no acabaremos nunca, hazme las tres preguntas a la vez.

—Está bien. —Norma se tomó un tiempo. No quería perder la que quizá fuera su única oportunidad, y las preguntas surgieron encadenadas—: ¿Era Angie la chica que te acompañó a tu habitación? ¿Tomasteis precauciones? ¿Era tu primera vez?

Sus respuestas fueron titubeantes pero claras, quizá demasiado lacónicas, pero bastaron. Después el silencio se extendió sobre la carretera y una Norma sonriente se enfrascó en una reflexión muda sobre su hijo, sobre el paso del tiempo, sobre cómo había pasado de ser protagonista de su propia vida a espectadora de la experiencia de otros.

Paul Knobel salió temprano a correr por la playa de Chatham, poco después de que amaneciera. Había dormido mal y en cuanto vio un poco de luz decidió que era mejor ponerse en marcha. Según la ruta trazada por su madre se detendrían en el faro de Nauset, en los que llamaban Three Sisters, en Eastham, aunque a él esos tres faros bajos y gruesos no le parecían interesantes, tenían poca presencia, y más tarde habían previsto visitar uno de los faros más altos, el de Highland, en

Truro, donde habían decidido pasar la noche. Mientras corría por la playa, trazando pequeños arcos para encararse a las olas de vez en cuando, visualizó el recorrido. Algunos de los paisajes los había podido contemplar decenas de veces, aunque siempre le sorprendía su belleza. Sobre todo le maravillaban por su fragilidad esas dunas que erigían una inestable barrera que el océano y el viento erosionaban continuamente, pero que resistían lo suficiente para que la vegetación y la vida pudieran abrirse paso.

Cuando volvía sudando hacia el hotel, caminando por la arena húmeda, ya descalzo, le pareció ver a su madre sentada en una de las tumbonas de la playa, una de esas grandes tumbonas blancas de mimbre que son como pequeñas casetas, que te aíslan del viento y de los vecinos, y que incluso tienen un pequeño toldo para protegerte del sol de mediodía. La caseta es tan ancha que dos personas pueden sentarse cómodas y él se instaló a su lado. Norma estaba llorando, tenía la mirada fija en el océano y unas lágrimas lentas y transparentes surcaban su rostro sin que ella hiciera nada por impedirlo. Paul la cogió de la mano, tuvo la certeza de que ese día no seguirían el plan previsto, como si los jueces de la competición hubieran decidido que los participantes necesitaban una etapa de descanso adicional.

—Pobre Thomas—balbuceó ella—, ni siquiera tuve la oportunidad de traerle aquí. Cuando estaba internado en la residencia de Coney Island solíamos pasear primero hasta el barrio ucraniano y a continuación hasta un espigón donde los pescadores se afanaban por atrapar algún pececillo. Nos sentábamos allí, en un banco de madera, y se quedaba quieto, inmóvil como una estatua, daba la impresión de que el rumor de las aguas y la brisa suave que empujaba las olas le serenaban. En los meses fríos hacíamos el mismo recorrido, era impensable plantear otro. Entonces yo me acurrucaba contra él para no quedarme helada; no me pasaba el brazo por encima de los hombros, ni me atraía hacia él, quizá ni siquiera era consciente de que yo estaba allí, a su lado. Hubiera dado cualquier cosa por pasear con él por estas playas. Se habría quitado las gafas y se habría apretado los ojos con el pulgar y el índice como si tuviera que borrar imágenes acumuladas para hacerle un hueco a este paisaje y a esta luz tan azul. Ve a desayunar—le ordenó después de un silencio frío como el hielo, y Paul entendió que todavía necesitaba estar sola—. Te espero aquí—le dijo—, no tardes.

—A finales de los setenta me encontré muy sola. —Norma empezó a hablar sin mirar a su hijo, que había vuelto con dos capuchinos muy calientes, parecía concentrada en seguir el vaivén de las olas que rompían en la playa—. Estaba a punto de cumplir los treinta y cuatro, habían pasado muchas cosas en mi vida, tantas y tan dramáticas que

ni siquiera podía reconocerme. Me había desvinculado de la vida ordinaria, me sentía lejos de las preocupaciones de mis semejantes y me pareció que en el país reinaba la confusión, que había que recuperar ciertos valores vinculados al esfuerzo personal, a la dignidad colectiva. Y entonces conocí al juez Garner, en 1979, cuando todavía era solo Robert, un joven abogado descendiente de irlandeses, luchador, ambicioso, dispuesto a abrirse paso en esta sociedad tan competitiva. Los dos trabajamos como voluntarios en la campaña de Reagan. Fue un año y medio de una actividad incesante, muy comprometida. Recuerdo ese período con satisfacción, que por otra parte finalizó con nuestra boda el mismo día de las elecciones, el 4 de noviembre de 1980. El trabajo está hecho, nos dijimos, el triunfo nos parecía inevitable, así que consideramos que era justo celebrarlo de ese modo.

»Si te soy sincera, pensaba que le quería. Aparta ese amago de burla de tu rostro—le amenazó ella—o te tiraré el café a la cara. —Paul levantó las manos en señal de paz y luego cogió de nuevo su mano, pero no dijo nada, no se le ocurría nada que no fuera ofensivo para el juez—. Robert me convenció de que merecía una segunda oportunidad—continuó ella en el mismo tono sereno y triste—. Insistió en que no afectaría a mi relación con Thomas, y que también sería positivo para ti. Tuvimos un par de años buenos o al menos aceptables. A mí me sirvió para poner orden en mi vida y encontrar mi camino, empecé a trabajar en los libros sobre Hopper. Bueno, hijo—interrumpió ella su relato—, qué te puedo contar que no sepas… Pero sin un objetivo común, nuestra relación se fue erosionando como un castillo de arena. Por suerte o por desgracia no tardé en comprobar que el único verdadero interés de Robert Garner era el juez Garner. —Norma cogió a Paul del brazo y se puso de pie, lo arrastró hacia la playa y caminaron uno al lado del otro, dejando que las olas acariciaran sus pies—. En 1982 me quedé embarazada—le confesó a su hijo—, ya sé que te parecerá mentira que en ese hombre haya habido nunca una brizna de pasión, pero fue así. Cuando le di la noticia, fingió que se alegraba, pero sé que sólo lo fingió. Nunca ha sido un gran actor, mi querido juez, aunque haya tomado clases de dicción y de presencia escénica; creo que ha tomado clases de todo aquello que pudiera reportar algún beneficio a su carrera. El embarazo no fue bien, algo no andaba como debía en mi interior, antes de que tuviera tiempo de explicarte a ti la buena noticia, cuando estaba de nueve semanas tuve muchas pérdidas, me ingresaron y me hicieron abortar, y no sólo eso, además tuvieron que extirparme los ovarios y con ellos la posibilidad de tener más hijos. Sé que es feo y sucio que te lo diga así, aquí y ahora, porque él no va a tener la oportunidad de defenderse, pero tengo la certeza de que el juez Garner se sintió

aliviado. ¿Puedes imaginar el abismo que se abrió entre los dos? Además, no tenía a nadie a quien acudir: tú tenías doce años y pasabas la mayor parte del tiempo en el colegio. Me sentí radicalmente sola. Qué diferencia con la manera en que lo vivió Thomas. ¡Pobre Thomas Stinger!, qué precio tan injusto tuvo que pagar.

Paul se limitó a mirar a su madre, acarició su mano frágil y la retuvo entre las suyas; no sabía qué decir, ni si Norma esperaba algo concreto de él, si simplemente lo que necesitaba era hacer balance y sincerarse. Desde el primer momento había sentido animadversión hacia Robert Garner, había algo en él que le repelía. El juez no tenía un competidor, Paul no había llegado a convivir con su padre, y podría haberle sido fácil ocupar ese lugar, pero simplemente no le interesó.

—Siempre he admirado el espíritu práctico del juez—le dijo ella con una sonrisa irónica en el rostro—, si se hubiera quedado en ese rol de buen amigo quizá hoy sería alguien entrañable para mí, y puede que para ti también. Le odié cuando decidió que debías ingresar interno en un colegio, le odié pero no me opuse, pues de algún modo pensé que su intervención te haría bien, porque a pesar de la frialdad con la que tomaba una decisión que te alejaba de mí consideré que tenía un fondo de razón. Por eso mismo le apoyé también cuando decidió que debías estudiar Derecho: eras un ser demasiado frágil y creí que te haría bien imbuirte de ese pragmatismo de acero de los abogados. Espero no haberme equivocado, necesito pensar que confías en mí, que entiendes mis razones aunque hasta ahora no me haya atrevido a confesarte mis debilidades.

Paul permaneció en silencio, no se le ocurría nada relevante, se limitó a pasar el brazo por encima de los hombros de su madre y continuaron paseando en silencio, prestando su atención al rumor amable de las olas, al agua fría que despertaba sus sentidos, a la arena húmeda que parecía renovarse a cada paso.

—Por fin una ciudad en la que podré callejear—exclamó Norma al llegar a Provincetown hacia las diez de la mañana. Lo dijo como si se sintiera liberada. Ella había alternado los períodos de una gran locuacidad con otros de un mutismo absoluto, y de repente parecía que al alcanzar la meta recuperaba su serenidad—. Debes de estar harto de mí, ¿verdad, hijo?

—De lo que estoy harto es de esta vieja camioneta—comentó él—. La próxima vez elegiré yo el medio de transporte. —No habían recorrido una larga distancia, pero con tantas paradas y a una velocidad más que moderada se hacía muy pesado conducir. Para distraerse, durante sus largos silencios, mientras ella contemplaba el

paisaje a través de la ventanilla o mientras buscaba la palabra exacta para comunicarse con su hijo, él jugaba a adivinar qué canción o que músico sonaría al arrancar el vehículo, curiosamente no volvió a sonar Van Morrison, y sólo acertó en una ocasión con Bruce Springsteen cuando sonó «Born in the USA», y cuando pensó que le apetecería oír algo de jazz y esperaba que fuera John Coltrane o Charlie Parker.

—¿Sabes qué vamos a hacer?—propuso Norma—. Nos tomaremos el día libre, nos instalaremos en el hotel y cada uno saldrá por su cuenta. Tengo algunas compras que hacer y tú puedes aprovechar para comprarle algún regalo a esa chica canadiense. ¡Nínive!—exclamó rápidamente para que no la regañara. Propuso su plan con tal convencimiento que Paul no se molestó en rebatirlo.

—Está bien—respondió él—, pero ¿quedamos en el hotel para cenar o tienes otros planes?

—De la cena ya me he ocupado, por supuesto—repuso ella—, en The Mews. Tenemos mesa reservada con vistas al puerto, a las siete.

—¿Le has comprado algo a Nínive?—se interesó Norma una vez instalados en el restaurante—. ¿Le interesa el arte?

—A ella no le he comprado nada—respondió él—, pero a su hijo sí. A Alan le gustará este tren de madera, lo he encontrado en una tienda de artesanía, los vagones se pueden enganchar a la máquina. La gracia está en las ruedas—continuó Paul haciendo caso omiso a la expresión de estupor de Norma—: son enormes y los vagones suben y bajan.

—¿Eso me convierte en abuela?—preguntó con un hilo de voz—. No es que me importe…

—Me temo que no. Nínive ha decidido regresar a Montreal, su hijo tiene que empezar la escuela y prefiere criarlo allí. Es largo de explicar—apostilló.

—¿Cómo has encontrado la ciudad?—Norma retomó la conversación después de encargar la cena, aunque no se atrevió a volver a su relación con la chica canadiense y su hijo—. No habías vuelto por P-town, ¿verdad?

Paul negó con la cabeza.

—Muy agradable—respondió enseguida—, parece una ciudad de vacaciones, como si nadie trabajara aquí. Me encantan esas calles en las que se conservan las casas de madera con enormes porches, tan cuidados, tan llenos de flores. Lo que más me ha sorprendido es que deben de haber inaugurado cien galerías más. ¿Qué sucede? ¿Todo el mundo pinta o fotografía o esculpe en Cape Cod? ¿Fue así, viniendo aquí de vacaciones, como brotó en ti esa pasión irrefrenable por Hopper?

—Estudié a Hopper en la universidad—sonrió ella—, pero es

posible que lo llevara en el inconsciente desde que era una niña, a mi madre le encantaba esta ciudad. Hopper me cautivó en primer lugar por su iconografía, por su cromatismo, por la fidelidad a ese estilo propio que le hace singular. —Paul se dio cuenta tarde de que había activado el resorte Hopper en la mente o en el corazón de su madre—. Me fascinó que se mantuviera fiel a su estilo a pesar de vivir en un siglo tan convulso, también en el mundo del arte. Y después, al estudiar su obra con más detalle, tuve la sensación de estar presente en muchos de sus cuadros. ¿Te sorprende que te lo diga? ¿No lo habías adivinado? Hopper me ha pintado a mí, aun sin conocerme. Por supuesto, no me refiero a que haya ningún tipo de parecido físico con sus personajes, sino que tiene que ver con mis estados de ánimo. El pintor, mejor que nadie, ha reflejado claramente mi situación personal en diferentes épocas de mi vida: la soledad, la contemplación o el ensimismamiento, la incomprensión, la espera desesperanzada.

«En muchos de sus cuadros—escribió Norma en su primer libro—, aparece una mujer sola en su dormitorio o en la sala, vestida o desnuda, expuesta a la luz del sol que penetra por la ventana; una mujer sola, ensimismada, en un espacio público, en una cafetería, en el vagón de un tren, en el vestíbulo de un hotel, en la platea de un teatro o de un cine; una mujer que espera en silencio o una mujer que lee; casi siempre son las mujeres las que leen. La lectura es un refugio, nos permite eludir una comunicación que no nos aporta nada o que no deseamos, y a la vez es una fortaleza, pues la mujer sólo podrá conquistar su independencia a través del conocimiento. En otras pinturas esa mujer está con su pareja, dentro o fuera de su casa, aunque no hay verdadera comunicación entre ellos, a menudo ni siquiera se miran, están juntos pero la sensación que producen es de extrañamiento […] Me obsesionan los cuadros en los que la mujer está en un espacio acotado, en su casa, en su reino, en su trinchera, aislada del resto del mundo, de todas las demás personas. Porque el mundo no se acaba entre esas cuatro paredes; por eso Hopper pinta las ventanas y los edificios adyacentes, para que sepamos que hay otras realidades paralelas a la de nuestro personaje, otros seres tan aislados como ella. Esas mujeres miran hacia el exterior, en muchos de los casos hacia la luz, para recibirla en su cuerpo vestido o desnudo, miran hacia el espacio compartido, hacia el espacio de la comunidad que ya no compartimos».

—Me ha pintado siempre—insistió Norma ante la sonrisa comprensiva de su hijo—. He sido su amiga, su mujer y su amante. Estoy presente en la mayoría de sus cuadros. Soy ella, esa mujer preocupada o resignada que espera en la habitación del hotel, no sufro, simplemente estoy ahí, esperando a que algo suceda.

Al día siguiente, después de desayunar, Norma quiso dar un paseo. Se alejaron de Provincetown con la camioneta y llegaron hasta el faro de Long Point. Pero ésa no era su meta, aunque su diseño singular de base cuadrada coincidía con el de Wood End, decidieron caminar hasta este último faro. Era su último paseo juntos, una lengua de tierra de unos dos kilómetros que constituye uno de los parajes más hermosos de Cape Cod, para llegar al faro de Wood End. Norma se quitó las zapatillas al acercarse hasta la arena húmeda, tenían el océano a los dos lados y la brisa marina refrescaba la tarde. Era la etapa final: al día siguiente él cogería un avión a Boston y luego otro hasta Montreal y ella volvería sin prisa a Martha's Vineyard con la pickup, aunque antes llamaría a la señora Moö para que no se inquietara más de la cuenta. Paul se situó a su lado, le puso su cazadora sobre los hombros y Norma sonrió y se cogió del brazo de su hijo.

—¿A qué vas a dedicar el resto del verano?—le preguntó él.

—Lo pasaré con Lucy—respondió.

—¿Y cuándo verá la luz el libro?—insistió—. Me gustaría leerlo y además quizá se lo regale a la chica canadiense.

Ella sonrió y buscó cobijo en el cuerpo de su hijo.

—Tengo el firme propósito de entregar el original el próximo 19 de octubre—respondió de un modo tan tajante que expresaba más una esperanza que una realidad, habrán sido casi tres años de trabajo—. La verdad es que estoy muy satisfecha con el resultado, creo que será un libro interesante, estoy segura de que a las mujeres les encantará.

—Me gusta verte así, te siento rejuvenecida.

—Gracias, pero no te molestes, te advierto que no percibo en la juventud esos valores, esas calidades que se le reconocen, prefiero la madurez. No echo de menos los años de mi juventud. Ni creo que cualquier época pasada fuera mejor. Quizá alguna vez me gustaría sentir el estremecimiento que me provocaba una cierta mirada cuando tenía veinte años, la forma en que el tímido de Thomas me miraba a hurtadillas. Pero sólo un momento, como saborear el último trago de una copa de vino o degustar el último bocado de un manjar exquisito, únicamente por todas esas sensaciones que podría revivir, y enseguida querría recuperar la calma y la distancia que proporciona la edad, lejos de todas esas emociones complejas que zarandean el alma.

»He envejecido prematuramente—continuó Norma sin atender las protestas de su hijo—, eso es todo. Y no me importa. Me hubiera gustado vivir a caballo del siglo XX y haber tenido la oportunidad de conocer a las sufragistas, y de cartearme con Virginia Woolf o con Dorothy Parker, o mejor aún con las dos. Ésa sí que fue una época

gloriosa, una época en la que las mujeres, algunas mujeres valientes, decidieron ponerse en pie de igualdad con los hombres y aportar su visión del mundo. La visión del mundo de los hombres es muy estrecha, ya sabes: ganadores o perdedores, amigos o enemigos, blanco o negro, buenos o malos.

—Hablas como si fueras una anciana—le reprochó él—, y apenas tienes cuarenta y siete años, ¿no crees que exageras, mamá?

—A eso es a lo que aspiro—le confirmó ella abriendo los brazos como si quisiera atraparlo y retenerlo—, quiero ser ya una anciana cascarrabias y no sé si me alcanzará el aliento.

—¡Por favor, mamá, cómo puedes decir eso!—exclamó él, y continuó con una frase que le había oído a su madre cientos o miles de veces—, con el sol caldeando tus huesos y el océano lamiéndote los pies.

—Quizá habría podido sobreponerme a la pérdida de Thomas—continuó ella después de abrazar a su hijo—, a la pérdida total y definitiva, lo pensé muchas veces. No me avergüenza decir que casi lo deseé. Para vivir así, me decía, sin memoria, sin identidad, quizá fuera mejor morir. Y sin embargo, ya ves, nunca pude alejarme demasiado del hombre de mi vida. Lo que mi cuerpo o mi salud o mi mente, no sé bien, no ha podido soportar es el daño constante, la laceración, el dolor y la desolación que me envolvía una visita tras otra, un año tras otro. Me devoraba esa sensación horrible de estar cerca de Thomas y a la vez sentir que ya no era él. ¿Sabes, Paul? En los mercados, las principales lesiones no se producen al cargar grandes pesos, sino al efectuar tareas rutinarias miles de veces, como girar la muñeca para colocar una pieza de fruta o cambiar de sitio y acomodar una lechuga. ¿Por qué pones esa cara? ¿No me crees? Pues te aseguro que es muy cierto. También sucede con los materiales, supongo que habrás estudiado o al menos habrás oído hablar de la fatiga de los metales, ¿no es así? El tiempo es su peor enemigo, por supuesto, por eso los ingenieros calculan el trabajo que van a realizar, ese movimiento constante y repetitivo, para saber cuándo deberá ser sustituida una determinada pieza del engranaje. Y si sucede con los metales, que se fatigan, ¿cómo no va a pasarle a nuestro pobre corazón, expuesto a un desgaste sin límite, o a estos cuerpos frágiles hechos de carne, hueso y emociones?

»Sólo querría tener tu edad, dar un salto hacia atrás en el tiempo, quizá por recuperar…—Norma dudó un segundo antes de continuar—, quizá por recuperar el primer beso de Thomas. El gran oso tímido me pilló desprevenida, con un solo paso se plantó ante mí, avasallador, afectuoso, sin dejarme espacio para moverme y entonces me abrazó, me puso sus grandes manos en la espalda y casi me levantó. Depositó un beso suave y dulce sobre mis labios, y a continuación compartimos

un beso húmedo y profundo como si intentáramos reconocernos a través de los labios. Siempre—sonrió Norma, aunque únicamente se alegraron sus labios, no sus ojos—, siempre he añorado ese primer beso. Todos estos largos años—susurró para sí.

Tras la muerte de su madre, y durante casi dos años, Paul Knobel se dedicó a deambular por la ciudad sin una finalidad aparente. Era un pálpito que le empujaba a la búsqueda incesante, a la búsqueda de lo ignoto y sin embargo intuido, como el pálpito que debe sentir un explorador. Salía de buena mañana, con la primera claridad del día, y no regresaba hasta muy entrada la noche. Pronto, doce o catorce horas de vagabundeo le resultaron insuficientes y en algunas ocasiones demoró incluso en varios días el regreso a su casa. Cualquier recorrido le parecía aceptable siempre que no traspasara los límites imprecisos de la ciudad de Nueva York. En un primer momento, le bastaba como objetivo evitar un encuentro con el juez Garner, en principio tan probable como indeseado, mientras decidía qué orientación iba a darle a su vida. Por supuesto no pensaba volver a Harvard, el Derecho ya no era una opción. Durante semanas caminó sin rumbo, siguiendo la cuadrícula de la ciudad, calle tras calle, como en un laberinto de pasajes idénticos, hasta que fue consciente de que así nunca podría escapar de esa maraña de ideas entrecruzadas y recurrentes que le asaltaban una y otra vez, puesto que de manera automática su mente, como sus pies, acababan regresando a los lugares comunes. Y así un día tras otro hasta que, cansado de sentirse atrapado, decidió cambiar de estrategia. Sus paseos empezaron a dibujar recorridos concretos, exactos, planificados, que se repetían a lo largo de las jornadas como si fuera un repartidor de diarios, y más tarde volvía a ellos como si quisiera comprobar, o mejor aún descartar, que hubiera habido cambios.

Pensó en trazar fronteras, en realidad límites que le permitieran acotar el espacio y poder contener sus pasos. Al estudiar el mapa de la ciudad, y mientras recorría con la vista el curso de los ríos y la telaraña de puentes y túneles que conectaban sus barrios, entendió que los ríos de la vida eran las líneas del metro y que esas líneas debían fijar sus propios itinerarios, que su andadura debía llevarle desde la periferia hasta el corazón de la urbe. Viajó a contracorriente hasta el extremo de las diferentes líneas, al azar, a menudo atraído sólo por la resonancia de los nombres de las estaciones: Pelham, Wakefield, Rockaway, Jamaica…, y comprobó enseguida que era una tarea ingente que le desbordaba, que con sus escasas fuerzas no podría abarcar ni la veintena de líneas ni las cuatrocientas estaciones. En algunas zonas el océano le pareció un muro inexpugnable; en otros lugares, los parques constituían un espejismo, como si un espacio de

transición entre el asfalto y la naturaleza fuera posible. Paul Knobel buscaba a ese poblador fronterizo, un individuo con el que mimetizarse, acodado en la última ventana de la última almena, el lugar que debía servir para otear al enemigo y para protegerse de su ataque. Una ciudad es como un cuerpo, si te hieren en un brazo, si te pisan, sientes dolor, sin duda, pero lo puedes sobrellevar, en cambio si te afecta a un órgano vital—el corazón, los pulmones, el cerebro—, el riesgo es la propia vida. Ésa es una lección que Nueva York ha tenido que aprender muy a su pesar.

Paul sintió que además de caminar debía aprender a mirar. Decidió permanecer agazapado en los trenes, observar el flujo de los pasajeros y dejarse arrastrar por la marea informe de los cuerpos. A lo largo del recorrido el grupo iba mutando como si pudiera adoptar fisonomías y personalidades distintas, se alteraban las actitudes corporales, variaban los umbrales de silencio, surgían nuevas formas de mirar y de evitar la mirada del otro, incluso los olores y los temores eran diferentes. Paul se vio atrapado por la vida en el subsuelo, parecía un reflejo invertido de lo que sucedía en la superficie, la vivencia de ese inframundo quizá fuera incluso más impactante, pues sin la protección del entorno los cuerpos estaban más desnudos, más expuestos, y se producía una confusión de identidades. Le pareció que lo más interesante era seguir a la multitud en tránsito y detenerse donde se producían las grandes oleadas. Y de repente fue consciente de que, una vez más, se equivocaba, que también viajaba a contratiempo y pensó que debía moverse según un ritmo distinto, seguir un ciclo opuesto al de la multitud, porque ellos acudían a su trabajo, habían salido con un propósito definido, y él era sólo un merodeador. Decidió apearse entonces en la estación en la que se incorporaban los grupos más numerosos, visitar sus barrios cuando sus pobladores se ausentaban, como quien se cuela subrepticiamente en una casa cuyos moradores acaban de salir, como el zorro acecha el gallinero, como el depredador husmea la huella de su presa.

Al principio sus salidas le permitían volver a su domicilio por la noche, casi siempre de madrugada. Poco a poco se dio cuenta de que ese regresar, esa vuelta al hogar paterno, era un peaje que no podía pagar, que al traspasar esa puerta agotaba las escasas fuerzas que le quedaban, y entonces los recorridos se hicieron más extensos y sus ausencias más prolongadas. Como el náufrago o el refugiado o el migrante, buscaba a la vez una identidad y un objetivo que lo atara a la vida, pero su viaje no era lineal, no seguía el hilo irregular aunque seguro de las vías o del asfalto, sino que pretendía extraviarse en el laberinto que formaban las calles de su ciudad; no buscaba dotarse de una personalidad singular, sino confundirse con la multitud anónima; no perseguía una experiencia única, sino compartir el frío y el calor, la

escasez y la abundancia, la calma y la urgencia, la luz y la oscuridad. Después de incontables meses haciendo recorridos que se repetían en ciclos de un día o de varias semanas, una mañana salió con una cámara colgada del cuello, una réflex de la marca Canon que le había regalado su madre al cumplir los dieciocho años, y rehízo uno de sus itinerarios habituales pero dándole otro ritmo a sus pasos, como si se desplazara a cámara lenta, para disponer del tiempo necesario para captar a una serie de personajes en unas instantáneas únicas, en las que el encuadre y la composición parecían muy meditados pero que reflejaban frescura y espontaneidad, eran imágenes llenas de vida.

Paul tardó veintisiete días en rehacer algunos tramos de ese itinerario vital, como si fueran las estaciones de un viacrucis, y tomó cientos de instantáneas de las que más tarde apenas aprovechó varias docenas. Medio año después, escribir el texto con el que debía presentar su primera exposición le costó todavía más tiempo y más esfuerzo que el que había empleado en conseguir esas fotografías. Percibió entonces que también las palabras necesitan un encuadre adecuado, una luz precisa, un tiempo de exposición, antes de poder revelarse en la mente y fijarse en el papel.

Aprendió en la soledad de su cuarto oscuro lo exigente que resultaba seleccionar sólo un manojo de fotografías: era una decisión arriesgada que requería un nivel de sinceridad muy doloroso. «¿Tiene vida?», era la pregunta que se hacía ante cada imagen, «¿hay amor o dolor en ella?». Cuando tuvo preparada la colección, que ordenó y reordenó una docena de veces, llevó las fotografías en blanco y negro a *The New Yorker*. Aunque sabía perfectamente que era un gesto muy inocente, lo hizo con plena conciencia, quiso entregarlas en mano y saber en manos de quién las depositaba. Después de esperar cincuenta y tres días, cuando ya había bajado la guardia, le llamaron y le compraron catorce fotografías para componer un reportaje demasiado obvio, petulante incluso, pero que tuvo una considerable resonancia. Paul tenía veinticinco años, el único consejo que le dio el redactor jefe fue que trabajara para una agencia o que crease una empresa. Un par de semanas después de que ocho de esas fotografías aparecieran en *The New Yorker*, el director de una pequeña galería de Brooklyn se puso en contacto con él para ofrecerse como agente y proponerle montar allí su primera exposición.

El dinero que le pagaron por el reportaje y el que unos meses más tarde obtuvo por la venta de algunas fotografías en la exposición le permitió abandonar el apartamento de la familia en la Quinta Avenida para instalarse en una minúscula vivienda en Harlem. Dedicó la mejor habitación, la más amplia, a sala de revelado, y vivió allí hasta que tres años más tarde, cuando el juez Garner le comunicó por varias vías

que había decidido volver a casarse, le reclamó la herencia de su madre y le amenazó con llevarle a los tribunales. Consiguió así los apartamentos de Tribeca, en la calle Varick, donde él había vivido con su madre, Norma Garner, de soltera Knobel.

Desde el entierro de Norma, el juez y Paul se habían visto en contadas ocasiones: unas por azar, pues ambos se esforzaban por eludirse, y otras por necesidad, ya que compartían el mismo apartamento. En esas ocasiones ambos habían evitado dirigirse la palabra, al margen de los gruñidos de rigor que intercambian las personas que conviven. Al cabo de dos semanas, que fue el tiempo que el juez consideró más que suficiente para que, tras el duelo por la muerte de su madre, Paul volviera a la normalidad, le escribió una nota, y para asegurarse de que la leía se la dejó a la criada. La señora Moö se la entregó en mano y, tal y como le habían indicado, esperó hasta que el joven abrió el sobre.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó él, que había ido aplazando el momento para hablar con la vieja asistenta.

—Mal, ¿cómo quieres que me encuentre? Soy veinte años mayor que la señora, así que lo lógico es que yo me hubiera ido primero.

Paul no dijo nada, era la respuesta que había previsto, y el motivo por el que había rehuido esa conversación. La vida no se elige, y la muerte, a menudo, llega por sorpresa, cuando menos la esperas.

«Paul, hijo, me gustaría hablar contigo de tus estudios—leyó la nota en voz alta y con el tono engolado que el juez debía de emplear para comunicar sus rigurosas sentencias—. ¿Cuándo tienes previsto volver a Harvard? He hablado con el decano y se ha mostrado muy comprensivo, me ha asegurado que te asignarán un tutor para que puedas ponerte al día enseguida».

Le pareció patético que el juez Garner le llamara «hijo», con esa aparente ternura y esa preocupación por su futuro inmediato que reflejaba la nota. También encontró muy ocurrente que su padrastro pusiera el énfasis en la fecha, en el cuándo, y que diera por sentado que su buen hijo iba a volver a encerrarse en esa universidad. Podría hacerlo, estaba a un paso de graduarse, pero ése no era ya el camino que quería recorrer.

«No hay respuesta» fue el mensaje que le pidió a la señora Moö que le transmitiera al juez. Paul se levantó y se acercó a ella, hubiera querido abrazarla, pero no era capaz de anticipar qué pasaría después y se contuvo. Siempre había admirado la relación que tenían Norma y la señora Moö, tan cercana y distante, tan respetuosa y afable. «La respuesta—puntualizó—es que no hay respuesta».

Unos días más tarde el juez Garner ajustó su agenda para estar en

casa a una hora en la que pensó que podría encararse con su hijastro. Paul había vuelto muy tarde de uno de sus acostumbrados recorridos y esa mañana se levantó casi a las doce. Cuando salió de la ducha se encontró al juez en la cocina, impecable, ni siquiera se había aflojado el nudo de la corbata. Estaba sentado a la mesa, con una taza de café en la mano, el periódico abierto sobre el que reposaban sus gafas y el estuche metálico, y delante tenía una bandeja preparada con un almuerzo completo.

—Me gustaría hablar contigo unos minutos—empezó el juez poniéndose de pie y alejándose hasta la ventana de la cocina, si no tienes inconveniente.

—Lo tengo—respondió cortante. Se bebió el zumo de naranja de un trago, cogió un panecillo recubierto de semillas de sésamo y se lo echó a la boca. A continuación, antes de que el juez hubiera podido procesar su impertinente respuesta, se dio media vuelta, recogió sus cosas en su dormitorio y se marchó. De ese nuevo safari, tardó nueve días en regresar, volvió de madrugada en un estado lamentable, se encerró en su habitación y tardó casi veinte horas en salir. Cuando obtuvo los primeros ingresos por sus fotografías, Paul abandonó el domicilio familiar sin despedirse.

Hacía tres años que vivía en Harlem cuando supo que su padrastro iba a casarse de nuevo. No le sorprendió; de tener tiempo, humor y ganas hubiera podido describir a la novia, el tipo de ceremonia que escogería, el traje a medida que el juez Garner se haría confeccionar e incluso la cantidad de diamantes que haría engarzar en el anillo de su prometida. El anuncio del enlace matrimonial le llegó por varias vías: un mensaje de su padrastro en el contestador del teléfono después de dos llamadas fallidas; una invitación por correo a la ceremonia y al banquete, actos para los que se solicitaba vestido largo en el caso de las señoras, además de confirmación de la asistencia; y una llamada *in extremis* de una de las secretarias de su padre para averiguar si pensaba asistir; en realidad para asegurarse de que ni siquiera se lo había planteado.

Por su parte, en cuanto recibió el primer aviso, Paul llamó al colegio de abogados de Nueva York y preguntó la dirección del despacho de Orson H. Preston, quien, según tenía entendido, era el mejor especialista en asuntos de herencias y sucesiones. Le tuvieron unos minutos al teléfono y finalmente un amable caballero le facilitó los datos del despacho profesional del señor Preston. A continuación llamó a esas oficinas y supo mostrarse convincente; de hecho se presentó como Paul Knobel-Garner para conseguir que le concedieran una cita sólo doce días más tarde.

El despacho de abogados le defraudó desde el punto de vista

escénico. Esperaba encontrar un conjunto de oficinas como el de las películas, con muebles regios, estanterías repletas de grandes volúmenes encuadernados en piel, paredes ocultas bajo centenares de diplomas, secretarias estupendas yendo de un lado a otro cargadas de documentos, aguerrida gente joven entrando y saliendo de los cubículos acristalados. Y, sin embargo, en lo que estuvo a su alcance observar, resultó ser una oficina sencilla, en el piso veintisiete de un edificio como tantos, que podía haber sido el despacho de cualquier profesional, un lugar aséptico que podría estar siendo ocupado por horas por distintos especialistas.

Cuando le abrió la puerta, una señora mayor con aire cascarrabias le llamó por su nombre y le condujo de inmediato a una pequeña sala de reuniones. «Tome asiento, por favor, el doctor Preston acudirá en un minuto. ¿Le apetece un refresco, agua o café?», recitó sin esperar respuesta. La sala estaba decorada en el mismo estilo sobrio: era una salita interior, con una ventana que debía de dar a un patio cerrado, pues apenas aportaba un poco de luz. En una de las paredes había media docena de cuadros con fotografías de la ciudad, en distintos tamaños, todas ellas en blanco y negro e incluso pertenecían a la misma época, principios del siglo XX, antes de la segunda guerra mundial. Ninguna de las fotos indicaba título o autor, pero él se habría atrevido a nombrar al autor de cada una de ellas. A los pocos minutos entró el abogado, iba seguido de un joven que llevaba un portátil. Preston se sentó frente a Paul; el joven escogió una silla en el otro extremo de la mesa.

—Puede hablar en completa libertad—aclaró el abogado—, él solo tomará notas—y ni siquiera se molestó en mencionar su nombre—. ¿Cómo prefiere que le llame: señor Garner o señor Knobel?

—Llámeme Paul, y si lo prefiere o lo necesita para su trabajo, puede utilizar Paul Knobel.

Orson H. Preston era un tipo alto y delgado, con unas manos finas y unos dedos largos con los que seguramente nunca había realizado un trabajo pesado. Destacaba en él una cabeza prominente con una frente amplia y cuadrada y una nariz aguileña. Lo más insidioso del abogado eran sus ojos, de un azul tan suave que parecía aguado, que entrecerraba para escuchar a su interlocutor y le daban un aire inquietante.

—¿Ve usted la boda del señor Garner como una amenaza para su patrimonio?—le preguntó directamente, sin más preámbulo—, ¿quizá por la posible aparición de un nuevo vástago?

—Nada me haría más feliz que contemplar a esa parejita con su retoño—repuso él con un desprecio evidente—. Lo único que quiero es que el juez Garner no pueda volver a pisar la casa de Martha's Vineyard. También me inquieta pensar que su flamante esposa pueda

decidir redecorar el apartamento de mi madre, en Tribeca. En definitiva, señor Preston, considérelo un caso de legítima defensa.

—¿Ha hablado usted de estos asuntos con su padre?—El abogado juntó las manos y las colocó bajo su mentón—. ¿Debo entender que su madre murió sin hacer testamento? ¿Sabe en cuánto están valoradas esas propiedades? ¿Hay alguna hipoteca o alguna carga sobre ellas? ¿Qué otros objetos o propiedades quiere usted obtener? ¿Intuye que su padre opondrá alguna resistencia a sus pretensiones?

El abogado fue formulando una pregunta tras otra, de un modo mecánico, pero con la sistematicidad y el rigor que proporciona una experiencia de muchos años. Las respuestas de Paul fueron todo lo contrario: como si hubiera memorizado todas las preguntas fue levantando los dedos de la mano derecha, uno a uno, y dejó ir expresiones tan precisas como lacónicas:

—No. Sí. No lo sé. No lo sé. No se me ocurre en este momento. No tengo ni idea. Pero mi madre tuvo la precaución de dejarme preparado este sobre con los títulos de propiedad, se trata de los documentos originales. —Paul aprovechó para dejarlo encima de la mesa—. Aquí hallará también instrucciones detalladas, de su puño y letra, sobre lo que esperaba que yo hiciera y su voluntad manifiesta de lo que debía hacerse con su patrimonio.

—Su relación no es muy buena, ¿verdad?—comentó el abogado cogiendo el sobre y echando un vistazo a su interior—. ¿Se ven ustedes con regularidad?—añadió.

—¿Percibe usted honorarios extra por la mediación familiar o la terapia es gratuita? Vamos, abogado—explotó Paul, poniéndose de pie y acercándose a las fotografías expuestas—, usted mejor que nadie sabe perfectamente que el juez Garner sólo es mi padrastro y que la animadversión o el desprecio o la indiferencia, como quiera llamarlo, es recíproco. ¿Es de Berenice Abbot?—le preguntó señalando una fotografía alargada, de formato vertical, que mostraba en toda su extensión una calle estrecha enmarcada por edificios altos, como un desfiladero urbano.

—En efecto—confirmó el abogado—, veo que tiene buen ojo.

—Avedon—dijo Paul y señaló otra fotografía—: Robert Frank…

—¿Le gustan, Abbot, Avedon?—le preguntó el abogado.

—Por supuesto. —Paul se acercó más, como si quisiera apreciar algún detalle. Le asaltó una duda y balbuceó—: No serán…

—Sí, afirmó categórico Preston, son copias *vintage*. Todas lo son. —E hizo un gesto que abarcaba el resto de las fotografías expuestas—. Y que conste que en mi colección también tengo un par de fotografías tuyas, originales, incluso una de tu primera exposición. —El abogado le tuteó por primera vez mientras él se giraba para contemplar las

imágenes con detenimiento.

—¿Por qué quieres que yo te represente?—Antes de que pudiera responder, el abogado miró a su asistente y le indicó con un gesto que debía salir de la habitación—. No ha sido casual, ¿verdad?

—El verano anterior a su muerte, mi madre me dejó instrucciones muy precisas. Están ahí—dijo señalando el sobre—. Ella sabía que el juez Garner tenía una o más amantes y que más pronto que tarde se casaría con alguna de ellas. No le importaba, sinceramente. Y si eso sucedía, había algunas cosas que de ningún modo podían caer en otras manos que no fueran las mías: los dos apartamentos de Tribeca, la cabaña del abuelo Lukas en Martha's Vineyard, que supongo que habrás visitado en alguna ocasión, el cuadro de Hopper.

Paul sospechaba que también Norma había tenido alguna relación amorosa. No podía estar seguro, ella nunca habría hablado de un asunto así con su hijo. Pero de vez en cuando rompía sus rutinas de manera abrupta: pasaba de un vagar taciturno que balanceaba entre el apartamento de la Quinta Avenida, donde procuraba estar el mínimo tiempo posible, las visitas a la residencia en la que estaba internado Thomas, sus estancias en la cabaña de Martha's Vineyard, siempre acompañada de su fiel señora Moö, a comportarse de un modo extraño, aparecía de un humor excelente, cambiaba su modo de vestir, con colores más alegres, vestidos más desenfadados, y desaparecía para volver al cabo de una semana con regalos que traía de París, Roma o Río de Janeiro, lugares a los que no viajaría precisamente sola…

En alguna ocasión pensó que quizá su madre acabaría divorciándose del juez Garner, y él procuró hacerle saber que contaba con todo su apoyo, por supuesto, pero eso no llegó a suceder. Norma estaba resignada: dos veces se había atrevido a proyectar grandes expectativas para su vida y no había tenido suerte en ninguna de esas ocasiones. Su vida sentimental había hecho aguas, para siempre, cuando todavía era una jovencita.

—Norma me recomendó que acudiera a ti, el mejor abogado de Nueva York para estos asuntos—respondió Paul—, pero sobre todo te consideraba un amigo. No me dijo nada más, tampoco me facilitó una tarjeta o una dirección. Por suerte, Orson es un nombre poco corriente y un día, de repente, la recordé a ella hablando por teléfono y repitiendo tu nombre: Orson, Orson, Orson…, como si el nombre fuera una caricia y repitiéndolo fuera capaz de transmitir serenidad a su interlocutor. ¿Fuisteis amantes?—le preguntó bruscamente, escrutando con una mirada acerada el rostro del abogado.

—Si no te importa…—Preston se recostó en la silla, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas; era una estrategia que utilizaba a

menudo en las negociaciones para ganar tiempo, como si no pudiera hablar y limpiar las gafas a la vez—. Preferiría no abordar asuntos tan personales en estos momentos. No estoy preparado para hablar de Norma precisamente con su hijo. Quizá más adelante, en una situación más distendida, cuando haya podido anticipar en mi interior qué tipo de preguntas podrías hacerme y qué respuestas serían las más apropiadas… Ser abogado—dijo en un arranque de sinceridad—no ayuda a ser espontáneo. Colecciono arte—cambió de tema—, sobre todo fotografía y también algo de pintura, pero sólo obras muy concretas. Me interesan especialmente los motivos vinculados a la obra civil y preferentemente anteriores a 1950. Norma me asesoraba en algunas elecciones difíciles, así es como la conocí hace nueve años. Estuve a punto de no aceptar tu petición de entrevista porque temía que no fuera casual, y sin embargo a la vez deseaba verte por si te parecías a ella, y sí, tienes su boca y sus ojos. La verdad es que Norma fue una gran mujer, ha dejado un vacío inmenso en la vida de los que teníamos la suerte de considerarnos sus amigos.

Desde que recibió la petición de una cita por su parte, el abogado Preston pensó que se entrevistaría con él en una salita y no en su despacho. Si le hubiera llevado hasta allí, Paul habría visto varias fotografías del abogado y Norma en diferentes lugares del mundo, juntos, sonrientes, abrazados o cogidos de la mano. Por un momento, el abogado pensó que podía esconderlas en un cajón mientras durase la reunión, pero sintió que eso podría significar que él se avergonzaba de su relación con ella y semejante actitud le parecía indigna. Así pues, prefirió parecer descortés con Paul en lugar de quedar como un traidor ante su madre.

Orson H. Preston aceptó el encargo y decidió ocuparse personalmente. En calidad de abogado de Paul, se puso en contacto con el juez Garner para solicitarle de manera formal la herencia de su madre. Se trataba realmente de un magnífico abogado, experto en estos menesteres, y él le había aleccionado sobre el trato que debía dar al juez.

—No aceptaré acuerdos extraños ni componendas—le dijo a Preston—, hágale saber que quiero los dos apartamentos de mi madre en la calle Varick, con todo lo que contienen, que no me importa que tengan inquilinos, y por supuesto la casa de Martha's Vineyard con todo lo que contiene, y que si no acepta de inmediato pleitearemos por cada cuadro, por cada jarrón, por cada maldito libro de su biblioteca, por cada acción, y que por supuesto le daremos toda la publicidad que el caso requiera. También necesito dinero en efectivo, exactamente la cantidad que me permita pagar tus honorarios y liquidar también los impuestos que me correspondan, pero este extremo puedes argumentarlo de otro modo. Y sobre todo no le

concedas tiempo, si no está arreglado en un mes acudiremos a los tribunales.

Así, mientras su padrastro se encontraba de luna de miel por Europa, Paul tomaba posesión de sus apartamentos y uno de ellos, en la cuarta planta de la calle Varick, se convertía meses después en su vivienda y estudio profesional.

Preston le hizo un regalo adicional:

—Como ya debes de saber—le dijo—, el juez Garner no tenía patrimonio cuando se casó con Norma. Es uno de esos grandes hombres que se ha hecho a sí mismo—el abogado no pudo evitar el sarcasmo—, incluso podríamos argumentar que él pudo desarrollar su carrera profesional gracias a que su adinerada esposa lo mantenía. De todos modos, también él ha obtenido un buen pellizco, así que me ha parecido justo, por si alguna vez tienes apuros económicos, exigirle además el treinta y tres por ciento del apartamento de la Quinta Avenida, aunque en caso de que quieras vender tu parte, además del usufructo mientras viva, Garner tendrá la primera opción de compra.

Paul no respondió, se limitó a asentir y a esbozar una sonrisa de circunstancias.

—Gracias por todo, abogado—dijo al fin—. Espero que algún día podamos tener esa conversación sobre Norma que ha quedado pendiente.

Querido Paul:

La vida se ha ensañado conmigo. En un período de menos de diez años me vapuleó de tal modo que perdí el deseo de seguir viviendo. La etapa más feliz la viví hasta los veinticinco años, cuando tú naciste. Una no debería abandonar nunca ese territorio de la infancia y del juego, de la risa espontánea y de las emociones más intensas. Y la etapa más aciaga me asaltó justo en los años siguientes, durante los cuales me fui quedando prácticamente sola, sin la compañía ni el consejo ni el amor de mis mayores.

Después de ese tiempo, y a pesar de que en algún momento puedo haber dado otra sensación, sólo he esperado que ese día *me diera alcance. Mientras tanto necesitaba verte crecer, necesitaba saber que mi adorado Thomas ya no me esperaría junto a la puerta de la residencia, con las manos entrelazadas, como un niño grande. En esta última etapa me he entretenido con algunas ocupaciones, es cierto, he hecho algunos viajes, me he dejado mecer por el océano en la cabaña del abuelo Lukas, he estudiado la obra de mi entrañable Edward Hopper, le he escrito largas cartas a mi admirada Lucy Stone. Pero no te engaño, ni me engaño, sólo se trataba de llenar las horas, puedes creerme*.

Quiero que vivas, Paul, ése es el motivo último de esta carta,

pedirte que no te dejes atrapar por esa angustia que acecha en algún pliegue de tu frente y que siempre me ha dado miedo. Busca refugio duradero en la isla, en el dibujo, en la fotografía, encuentra un motivo al que dedicarle tu energía.

Tuve una infancia feliz, demasiado consentida, como quizá corresponde a la hija única de dos familias adineradas, y a decir de algunos hombres de varias épocas me convertí en una mujer atractiva, inteligente, elegante… Fui una de esas jóvenes dulces, de maneras suaves; algo en mí ha potenciado siempre en los hombres el deseo de amarme y protegerme. No te rías de mí, cariño, intento ser sincera. Parece halagador, ¿verdad, Paul? Sin embargo, esa protección encierra una trampa en la que nunca quise caer. Quizá fuera una mujer dulce, pero en ningún caso débil, y con el paso de los años me hice cada vez más fuerte.

Estuve en la universidad a finales de la década de 1960. Fue una gran época: me desvió de mi camino, me hizo distinta. Estudié Historia Contemporánea y preparaba mi doctorado en Arte, y a la vez militaba en el movimiento contra la guerra de Vietnam y en pro de los derechos civiles; me identificaba con ese ideario difuso de los hippies. Me sentía a gusto con los jóvenes de mi generación, también cuando nos equivocábamos. Fue una época magnífica, sobre todo fuimos capaces de formular las grandes preguntas, esas para las que los mayores nunca tienen respuesta, tampoco nosotros, por cierto, pero dejaban en el aire la posibilidad de construir un mundo distinto. Luego, la vida me tendió una trampa: me dio a Thomas y lo acepté, feliz, y más tarde llegaste tú y así quedé totalmente expuesta, a merced de cualquier contratiempo que quisiera acecharme. Y en efecto, justo entonces la vida decidió cobrarse su precio, el más alto que una persona pueda estar dispuesta a pagar. Me sentí como si me hubiera declarado la guerra. Hubiera querido morir, pero la vida había tomado rehenes: estaba Thomas, estabas tú, y yo tenía que resistir por vosotros. Durante los dos o tres primeros años, me teníais absorbida los dos. Era un sentimiento agridulce. Por la mañana debía hacer frente a tu energía, a tus ganas de vivir, a tu interés por todo, y por la tarde debía rendirme ante la postración de Thomas, que ni siquiera me reconocía. Descuidé todo lo demás, acabé mi doctorado únicamente porque la profesora Hightower derrochó en mí toda su paciencia, no presté atención a mi familia, aunque ellos estaban volcados en mí. Y entonces, como si ese dolor no fuera suficiente, entre 1974 y 1978, en apenas cinco años, me quedé sola, me convertí en el único miembro adulto de la familia Knobel.

Quiero que vivas, Paul. Quiero que continúes mi colección de boyas, no dejes que el salitre corrompa la pintura de mis preciosos

mascarones de proa.

Primero fue mi abuela: murió el 17 de noviembre de 1974 a causa de una neumonía. En su momento le supuso un gran disgusto saber que su nieta estaba embarazada. «Mi legado más preciado no es material—a la abuela le encantaba repetirme una cantinela que pasaba de una generación a otra—, os dejo una educación y una fe, eso basta para que os abráis paso en la vida». En todos esos años de rebeldía, la abuela Caroline se había mostrado tan comprensiva conmigo que fui a verla para explicarle lo que no necesitaba explicación. «Esperaba asistir a tu boda en la iglesia de Saint Patrick—solía decirme—, la novia más bonita de toda la ciudad, y ya ves, embarazada y con el futuro padre en un hospital. Pero te quiero igual, hija mía—me dijo mientras me abrazaba—, y te deseo lo mejor».

En ese momento pude resistir el golpe porque estaba protegida, el doctor Aaron Meretz, que atendía a Thomas, me dijo que estaba soportando mucha presión, que podía ser un proceso lento y que con un niño tan pequeño a mi cargo no podía bajar la guardia. Me animó a recibir un poco de ayuda y me aconsejó una terapeuta, la doctora Jane Spark, y la verdad es que sólo puedo estarles agradecida a los dos. La doctora Spark era una mujer mayor, de unos sesenta años, muy culta, y organizaba las sesiones de modo que parecían encuentros entre dos viejas amigas, excepto porque yo le pagaba sus honorarios, incluso encontraba el té preparado y unas galletitas buenísimas que le enviaban de un convento de Santa Clara en Nuevo México. Cuando murió la abuela Caroline, la doctora Spark me dio una hoja de papel y me pidió que escribiera todo lo que pensaba que había perdido con su muerte. «Ahora, querida—me rogó—, escríbalo ahora, no lo demore más».

Luego fue mi padre. Papá murió el 8 de junio de 1977. Los negocios empezaron a irle mal, había estallado una crisis del petróleo, los precios de muchas materias primas se dispararon y él no supo reaccionar. Pensó que era un fenómeno pasajero, que no tendría apenas repercusión, pero se equivocó, y lo peor no fue el dinero que perdió, sino el infarto que le costó la vida. Perdí a una persona que siempre estaba dispuesta a escucharme, a oír mis argumentos aunque no los compartiera. «Haz lo que debas hacer—me decía en un tono muy formal—, lo que te pida tu conciencia. No aspiro a comprender tus razones, hija, pero sé que debo respetarlas».

En 1978, apenas diez meses más tarde, el 3 de abril, falleció mi madre. Elisabeth no estaba preparada para esa situación, para vivir sola y enfrentada a unos negocios que no entendía. Mi madre murió de tristeza, ni siquiera tú, que eras la única persona que conseguía

distraerla y que la hacía sonreír, ni yo, que sólo le daba quebraderos de cabeza, pudimos evitar que se fuera apagando. Cómo he echado de menos nuestras discusiones en la sala de costura por cualquier motivo, parecía que una de nosotras estuviera esperando que la otra dijera algo para opinar de inmediato todo lo contrario. Y sin embargo, siempre estaba allí cuando la necesitaba, entregada a mí en cuerpo y alma.

Quiero que vivas, Paul, para que la memoria de mis padres y de mis abuelos alcance un nuevo siglo. Tú tenías ocho años; yo, treinta y tres, y nos quedamos solos. Es una sensación muy extraña. Te pasas la vida teniendo siempre referentes: tus padres y tus tíos, sus amigos, esos vecinos entrañables que te han visto crecer, tus abuelos, si has tenido esa suerte… y supongo que un buen día, o un mal día, te das cuenta de que ahora eres tú ese referente para otros. A mí me sucedió en cinco años, en ese breve lapso de tiempo perdí a las personas que habían estado a mi lado durante toda la vida. Y era yo quien debía ocuparme de otros, sobre todo de dos personas entonces indefensas: Thomas y tú.

Además perdí la mayor parte de la fortuna familiar: los bancos embargaron todas las cuentas y los bienes que estaban a nombre de mi madre. Mis abogados pudieron salvar la herencia de mi abuela, los apartamentos en Tribeca, un viejo apartamento en la Quinta Avenida que estaba hipotecado, la cabaña del abuelo Lukas, y las acciones que ella conservaba. Todo eso pasó a ser mío, pero tuve que dejar la casa de Union Square, la casa de mis padres, el lugar en el que nací. Yo no había trabajado nunca, no conocía con exactitud qué negocios tenía mi familia y ya era demasiado tarde. De todos modos, según los administradores, con lo que me quedaba podría vivir de manera holgada.

No hubiera sobrevivido sin la doctora Spark: ella me obligaba a diferenciar entre un dolor y otro dolor. «Convendrá conmigo—solía decirme—que todas las heridas no duelen igual, pues lo mismo sucede con las pérdidas, que no dejan el mismo vacío». Y me obligaba a hablar de cada uno de mis seres queridos, de lo que cada uno había significado para mí. Estos últimos años han constituido una especie de tregua, he disfrutado de una existencia tan tranquila como intranscendente, y ahora que Thomas ya no me necesita, ahora que tú puedes vivir tu vida, qué hago yo aquí…

En este momento puedo responder a esa pregunta que tantas veces estuviste a punto de hacerme cuando regresaba cargada de regalos o cuando de repente volvía a desaparecer, esa pregunta que veía aflorar en tus labios y que se evaporaba sin producir ningún sonido. Sí, ha habido otros hombres en mi vida, buenos amigos, pero no creas todo lo que te digan, en el mejor de los casos fueron

espejismos que se desvanecieron en cuanto abrí y cerré los ojos unas cuantas veces. Qué cruel puede llegar a ser el destino. Sólo he tenido dos amores en mi vida: Thomas y tú. No he querido nunca a nadie como a vosotros dos. Eso ha sido lo mejor de mi vida. Lo peor, no poder disfrutar de los dos al mismo tiempo, bajo el mismo techo.

Quiero que vivas, Paul, no quiero que te limites a existir, ni que te conviertas en un superviviente, deseo para ti una vida plena, creativa, con sentido, y que puedas compartirla con otros.

¿Sabes? Quizá te suene a tópico, pero el sentimiento de madre me parece el más completo y el más complejo, al menos así es como yo lo he percibido. El amor pasional, ese del que uno cree que puede llegar a morir, es sólo un episodio temporal, un remedo, una mala copia. Yo sé lo que es estar enamorada, he sentido cómo mi corazón rebosaba y las lágrimas llegaban a mis ojos por un sentimiento de plenitud. Y sin embargo, nunca he sentido más ternura, más pasión, que contigo. Hubiera querido ser la madre de una familia numerosa; cuando me dijeron que no iba a tener más hijos, pensé en adoptar un niño o una niña, pero entonces mis fuerzas eran muy escasas.

Quiero que vivas, hijo, no quiero que te dejes llevar por la corriente. Eres el último Knobel; no te voy a pedir que procrees y que tengas muchos niños, sé que eso es algo muy difícil para ti, pero al menos quiero que tú vivas, que llegues a ser un anciano cascarrabias.

La señora Moö te habrá entregado un baúl con las cosas que he atesorado para ti. No me riñas, sé que te parecerá muy fetichista, pero para una madre resulta muy complicado tirar ciertas cosas a la basura. Es así, cuando te ibas al colegio y pensaba en la temporada que estaría sin verte, no podía resistirlo: me colaba en tu habitación y me quedaba tu pijama o la funda de tu almohada antes de que los pusieran a lavar, los guardaba entre mis cosas y cuando no podía más, me encerraba y me los llevaba a la nariz. Olían a ti.

Ya sabes lo que siento por Hopper y también por la cabaña del abuelo Lukas, he conseguido paz gracias a ellos y espero que también te la proporcionen a ti. Estoy segura de que cuando contemples ese cuadro o cuando pasees por la playa sentirás mi presencia a tu lado, que es donde siempre hubiera querido estar.

Tu madre,

NORMA STINGER-KNOBEL
Octubre de 1992

6

SIENTO NOSTALGIA DEL BESO

1.º de julio de 2003 Cuarenta y nueve años casados. Tía Esperanza quiere organizarles una gran fiesta para celebrar los cincuenta. Les he llamado mientras almorzaba con Glo. Mamá Vivian se ha emocionado y casi nos hace llorar a todos. Por suerte estaba con ellos tía Esperanza y Glo se ha reído al ver las muecas y los requiebros que le dedicaba. De joven tía Esperanza me parecía una entrometida, su sentido del humor era insufrible, y en cambio ahora me resulta entrañable. ¿Ha cambiado ella o he cambiado yo? ¿O quizá aprendemos a mirar la vida desde otra perspectiva?

3 de julio de 2003 ¡Vaya caradura! Ronnie, en los doblajes, siempre es un galán de voz aterciopelada y mirada penetrante con una pérfida caída de ojos. En la vida real también es así. Más de un año sin dar señales de vida. Me ha invitado a cenar para explicarme un proyecto que lo tiene literalmente abducido. Sé lo que busca.

4 de julio de 2003 Viernes, insufrible día de discursos.

5 de julio de 2003 Siento nostalgia del beso.
SIENTO
NOSTALGIA
DEL BESO

7 de julio de 2003 No sé qué conjunción astral debe haberse confabulado para que tantos hombres se interesen por mí estos días. Annie y Richard vuelven a la carga con Douglas, estará pasado mañana en NY, por trabajo de nuevo, y Annie cree que es ideal para mí. Si se tratara de Walt no lo dudaría ni un instante. He hablado con Walt durante una hora, nos hemos reído, me ha prometido una nueva cita, pronto, y así me he blindado contra Douglas. *Sorry*, Douglas.

8 de julio de 2003 Annie me ha regalado una película, *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore. «Es italiana», me ha dicho mostrándome las palmas de la mano; me advertía así de que no sería culpa suya si no me gustaba. Se ha justificado diciendo que tenía un Óscar a la mejor película extranjera de 1989. He visto *Cinema Paradiso* y me ha emocionado. La última escena, cuando el protagonista contempla todos los besos censurados, me ha hecho llorar.

10 de julio de 2003 Siento nostalgia del beso, del beso rápido, imprevisto, y del beso apasionado, del beso de despedida que te retiene, y del beso del encuentro que te acoge.

12-13 de julio de 2003 ¿En qué se parecen Andy, Ronnie, Phil, Walt y Douglas? ¿Son mi tipo de hombre? Me gustan los hombres atractivos, elegantes, atentos, buenos conversadores, de maneras suaves. Annie dice que debería ser polígama, que, con lo exigente que soy, sólo siendo polígama podré volver a casarme. Según ella, Douglas reúne alguna de esas características. Phil es un pan sin sal, que diría tía Esperanza. Ronnie me hace reír, pero también es cierto que no me interesa. ¿Qué le falta? En realidad es un tipo graciosillo apenas soportable en las distancias cortas y por breves períodos de tiempo. En cambio Walt lo reúne todo, y además baila como los ángeles.

14 de julio de 2003 Me divorcié de Andy porque dejó de besarme.
El beso es el termómetro de la pasión.
Si no hay besos, seguro que hay rutina.

16 de julio de 2003 Hay un beso para cada ocasión: para el encuentro y para la despedida, para la felicitación y para el pésame. Besos dulces y ásperos, fríos y apasionados. Hay culturas que sólo comparten un beso; otras se dan dos; algunas, tres besos, y todavía hay otras que se dan cuatro y seis besos. Besos en la mejilla. Besos en la boca. Besos con la nariz. Hay culturas en las que el beso no se da, se hace. «Hazme un beso», se pide. Hay un beso de colibrí, una caricia delicada y tenue con una pestaña.

Carta de Glo 16:

Ayer tuve sesión con el terapeuta. No sé si voy a volver, mamá, me temo que ya no sirve para nada y siento que estoy malgastando tu dinero.

Sampler esperó casi hasta el final de la sesión para sacar un asunto que me resulta muy humillante; por supuesto se refería a mi

vecino. Me dijo que lo había mencionado en las tres últimas sesiones. Lo anota todo, así que me recordó lo que le había respondido cuando me preguntó por él. Le dije entonces que me producía una profunda repulsión. Que era como la propia mierda, sobre la que antes de pulsar el tirador de la cisterna no puedes evitar echar una mirada rápida.

Insistí en que ese individuo me parecía odioso. Que había sido una experiencia humillante para mí y que no significaba nada en mi vida. Y en lugar de pasar página, volvió a la carga y me preguntó por ese término tan concreto: repulsión. *Y me preguntó qué era lo que realmente me repelía.*

Le expliqué que es un tipo patético, alto y desgarbado, que camina un poco encogido como si temiera golpearse con el marco de las puertas. Es lo más opuesto a Sam que he visto nunca, lleva el pelo muy corto y tiene una barriga que se esfuerza en disimular. Ya la primera vez que le vi me pareció repulsivo, viscoso, como un sapo enorme. Al principio coincidimos a veces en el ascensor, en ese momento extraño en el que dos desconocidos se ven obligados a compartir un espacio insuficiente. Siempre era muy desagradable, disimulaba todo lo mal que podía y sabía, pero no dejaba de repasarme de arriba abajo. Y son catorce pisos.

Mientras recogía mis cosas, Sampler comentó si era nuevo en el edificio. Le respondí que no, extrañada por su insistencia, hace años que vive allí. Le recordé que la recién llegada era yo, que me había mudado diez meses atrás. Mientras instalaba mis cosas, él salió de su apartamento y, muy en plan buen vecino, se presentó. Me dijo que era agente de seguros, que vivía solo y se ofreció para cualquier cosa que pudiera necesitar.

Y aunque parezca increíble, a Sampler no le bastó, quería saber si me causaba repulsión únicamente por su aspecto físico o si había algo más. Hubiera deseado no verme obligada a responder a esa pregunta, pero él se había levantado y me esperaba junto a la puerta. Me puso nerviosa y quizá me excedí. Le dije que era uno de esos tipos groseros que ni siquiera fingen, que se atreven a mostrarse como son en cualquier lugar y circunstancia. Que procuraba evitarle, que por nada del mundo quería quedarme a solas con él. Si hay otros vecinos, calla, porque en realidad es un cobarde. Pero puedo leer en sus ojos qué piensa cuando me mira, qué le gustaría hacerme.

Mi terapeuta sonrió, y me pidió que reflexionara sobre si, hasta cierto punto, no podía ser un prejuicio. Lo siento mamá, se me calentó la boca. Quizá no era su intención, pero sentí que me provocaba. Le dije que no se hiciera el tonto. Que todos los hombres eran iguales, incluidos los terapeutas. Hice entonces una pausa, y

me dije por qué no… Le miré directamente a los ojos y continué: «Desde que tenía quince años sólo he conocido dos tipos de hombres, los que querían echarme un polvo y los que preferían que se la chupara».

Quedó tocado. Balbuceó que «todos» era muy radical, se apartó y dejó la puerta entreabierta. Negué con la cabeza. No me lo parecía. No estaba dispuesta a hacer excepciones que quizá le salvarían a él como individuo, una excepción al menos con Sam; no quise hacerle esa concesión. El sexo con Sam era formidable, lo mejor de la vida, pero yo le amaba, él me amaba, y cuando eso sucede no hay límites, hubiera hecho cualquier cosa que Sam me hubiera pedido.

18 de julio de 2003 Fiebre del viernes noche con Ronnie. Qué bien baila ese granuja. Me ha confesado que lleva diez meses tomando clases, y además es incansable. ¿Por qué los hombres pueden ser tan directos y claros y en cambio las mujeres nos complicamos tanto la vida? «Adivina, adivinanza—se hubiera burlado mi tía Esperancita—, ¿cuál es el único animal que tropieza dos veces en el mismo Ronnie?». ¡Gloria Graham! Pero no tres. De repente, tras una pausa, he empezado a hablarle de Walt, de mi relación con él, y le ha sentado como una ducha fría.

29 de julio de 2003 La última vez que viajamos juntas, Glo tenía diecinueve años. Andy y yo nos acabábamos de divorciar, así que era una ocasión magnífica para las dos. Le ofrecí, por su cumpleaños, un viaje a alguna ciudad europea. «París, Londres, Roma», le sugerí. Glo sonrió y me miró como diciendo: «Mamá, no tienes remedio»; o quizá pensó: «Eres una incorregible romántica trasnochada», pero fue considerada. Que si valía lo mismo, se limitó a decir, prefería Tokio. Glo quedó fascinada por esa ciudad; por ella hubiéramos pasado en la calle las veinticuatro horas del día. A mí simplemente me abrumó.

La única manera de convencer a Glo para salir unos días de la ciudad fue dejando que escogiera el lugar. Desde antes de proponérselo, sabía que el sol y la playa estaban descartados. Glo es más de montaña. No me importaba, hasta a Alaska hubiera ido con ella. Optó por el recogimiento de un parque natural, tuvimos suerte y pudimos reservar un bungalow en Yellowstone. Nos hemos dedicado a leer, pasear, jugar a cartas y dormir. El segundo día Glo compró un oso de peluche enorme en la tienda del parque para Stuart. El niño ya debe poder abrazarlo, pues ellos mismos se encargan del transporte y de la entrega.

Glo me sorprendió mientras jugábamos una partida nocturna. Me preguntó si no había pensado en casarme. Primero protesté porque era

una pregunta incómoda, pero me miraba con tanta ternura que decidí ser sincera. Le confesé que no servía para vivir sola, que necesitaba tener cerca a alguien que me atendiera y a quien atender, alguien con quien conversar. No me gusta dormir sola, y no me refiero únicamente al sexo, sino sobre todo a la compañía. Al fin me decidí a contarle mi secreto, que había conocido a Walt Farley en Pasadena, que era especial. Me ruboricé al decirle que estaba enamorada, pero al decirlo en voz alta me sentí bien, orgullosa de mi atrevimiento. Protesté que, por desgracia, la distancia no ayudaba.

Carta de Glo 17:

Cuando era adolescente odiaba parecerme a ti, mamá. Lo que más me irritaba era que alguien comentara cuánto nos parecíamos las dos. Yo sabía que lo decían para halagarnos y que era una forma de mostrar su admiración hacia ti, siempre tan guapa y radiante, pero para mí era casi una ofensa. En cambio, mi modelo de belleza y de elegancia era la madre de mi compañera de clase, Theresa Whirpool, ¿la recuerdas? Su madre se llamaba Violet o algo así. A mí me impresionaba porque parecía una mujer segura de sí misma, siempre tan distante, tan sobria, nada parecía inmutarla. Cuando iba a su casa y veía cómo trataba a Theresa la envidiaba, era tan correcta y comedida que no me hubiera extrañado que se hablaran de usted.

En un encuentro de exalumnas, unos años más tarde, se lo comenté a Theresa y casi se le saltaron las lágrimas. Ella me confesó que le sucedía justo todo lo contrario, que le hubiera gustado que su madre fuera como tú, que la abrazara y se la comiera a besos, hubiera querido sentir su calor, discutir con ella por cualquier motivo, sentir que le importaba. Según ella, su vida cotidiana era fría y rutinaria: llegaba a casa y lo máximo que podía conseguir era que levantasen los ojos del diario o que apartaran la mirada del televisor, nunca le preguntaban por los estudios, ni a dónde iba, ni con quién, ni qué hacía. Ella sabía que nosotras, sus compañeras, pensábamos que sus padres eran estupendos porque le daban mucha libertad, prácticamente le dejaban hacer todo lo que les pedía. Theresa no protestaba, se limitaba a sonreír y a levantar un poco el hombro, no se atrevía a decirnos que sólo era desinterés. Un día se decidió, mientras cenaban los tres solos en casa para celebrar su vigésimo aniversario de boda: Theresa sintió que tenía una bola en el pecho que no le dejaba respirar y necesitaba soltarla, dejarla rodar aunque lo arrasara todo. A bocajarro, les preguntó si era una hija deseada, o si era quizá el resultado de un polvo rápido en el coche, uno de esos polvos descontrolados y ligeramente etílicos

que traen complicaciones unos meses más tarde.

Lo mejor de la adolescencia, mamá, es que pasa rápido. Lo peor son todos los errores que se cometen. Creo que es bueno que la memoria sea selectiva y que las personas olvidemos el noventa por ciento de nuestras vivencias; si no fuera así, cuando adultos nos pasaríamos la vida pidiendo perdón por tanta metedura de pata.

He pasado una semana de vacaciones maravillosa contigo, mamá, gracias a ti. Quiero que sepas que si recupero a Stuart, si tengo además otros hijos, mi deseo más ferviente es ser una madre como tú, una madre entrometida, perseverante, optimista, dulce y cariñosa.

Carta de Glo 18:

Ayer te vi salir de tu apartamento, mamá. Acababa de dejar mi última carta en tu buzón y había cruzado al otro lado de la calle, fue tan inmediato que pensé que habías estado a punto de sorprenderme en el vestíbulo de tu edificio. Todavía no había guardado tus llaves cuando te vi aparecer con el sobre en la mano, abrirlo nerviosa y empezar a leer la carta mientras esperabas un taxi. Quizá por eso no te diste cuenta de que estaba allí, no podías esperar ni un minuto para abrir el sobre y leer su contenido. No sé si hago bien escribiéndote. Que escriba lo que siento, me pide el doctor Sampler. No sé por qué insiste tanto si luego, en la consulta, no me pregunta qué he escrito, le basta con saber que lo hago; supongo que le daría igual si emborronara páginas con dibujitos y frases incoherentes. Luego no sé qué hacer con esas páginas: no quiero releerlas, me hacen daño; tampoco me decido a destruirlas, me parece que toda esa angustia debería tener un lector, alguien que pueda comprenderme sin juzgarme. No sé cómo, quizá fue instintivo, pero pensé que esa persona eras tú, mamá. Cuando te imagino leyendo y releyendo lo que he escrito, sufro pensando que te causo un dolor extra, como cuando se hurga en una herida. Lo pensé una vez más, ayer mismo, cuando te vi en la calle con mi carta en la mano, cuando caí en la cuenta de que podías haberme sorprendido echando ese sobre en tu buzón, a hurtadillas, sin atreverme a llamar a tu puerta.

Siempre me ha fascinado tu afición por los taxis y tu teoría sobre lo económico que resulta si lo comparas con mantener un coche. Me encanta que busques coartadas para hacer lo que te da la gana. ¿Te has dado cuenta? Te pasa con los taxis, con lo que tú llamas «el fondo de armario», con esas fragancias naturales que tanto te apasionan, con tu aversión a madrugar… Imagino que debiste leer la carta dos o tres veces antes de llegar al estudio. Yo

estaba al otro lado de la calle, me había quedado mirando tu ventana, como casi siempre, dudando sobre si debía subir a verte, pero no lo hice, porque no sé a qué le temo más, si a tus silencios o a tus preguntas. Si hubiera tenido un poco de valor, habría corrido a tu lado, me habría cogido de tu mano y me habría ido contigo. Me encanta tu profesión. Me hubiera gustado tener esa habilidad tuya con los acentos; no puedes imaginar las veces que me he sobresaltado al oír tu voz en un anuncio de la televisión, tenía la sensación de que te habías colado en mi apartamento y que estabas esperándome en la habitación de al lado.

Me gustaría ser de nuevo tu niña pequeña, y sentirme protegida, sin responsabilidades, sin que nada hubiera sucedido todavía. A veces, cuando no puedo más, cuando pienso que no podré recuperar a Stuart y que el resto de mi vida será peor que un infierno, imagino que vuelvo a tu apartamento, que regreso a casa, que me instalo de nuevo en mi habitación, esa que conservas para mí tal como estaba cuando vivíamos juntas. Ese pensamiento me consuela un poco: saber que dispongo todavía de un último refugio y que quizá no será necesario recurrir a él.

1.º de agosto de 2003 ¿Puede una sentirse atraída por el sentimiento del amor, por la emoción de sentirse enamorada, tanto como por el hombre que debería ser objeto de ese amor? Creo que sí, y que ese impulso puede ser peligroso y generar confusión. De todos modos, tengo a Walt y quiero sentirme enamorada.

Leído por ahí y anotado aquí sin demasiado rigor: «La pasión se alimenta de abrazos y de besos». También de palabras, pero susurradas al oído, cuando el aliento de las voces acaricia la piel y la hace estremecer.

Un beso es también una promesa, un anticipo.

7 de agosto de 2003 Hace varios días que me persigue una sensación extraña: siento que algo se mueve a mi alrededor, pero cuando intento seguirlo con la mirada no veo nada; o entro en una habitación y se hace un silencio pegajoso que me envuelve como una mortaja; o tengo la sensación de haber vivido ya una determinada situación; o siento que me llaman por la calle, me giro y no hay nadie conocido; o me son familiares las palabras que me dirigen… Quizá es que algo va a suceder pronto y mis sentidos pueden anticiparlo, pero muy a mi pesar, no soy capaz de identificar qué puede ser, no consigo darle forma…

8 de agosto de 2003 He pasado por la librería Strand a recoger las dos postales que encargué, una con *El beso*, de Auguste Rodin, y otra

que reproduce la foto de dos paseantes, *Le baiser de l'Hôtel de Ville*, de Robert Doisneau. He empleado mi mejor sonrisa para agradecerle al vendedor las molestias que se ha tomado, seguro que su gestión vale más que los cinco dólares. El vendedor me ha preguntado si conocía la escultura *El beso* de Brancusi y me la ha recomendado. He subido al primer piso para buscarla en un libro de arte. Desde el descansillo de la escalera he echado un vistazo a las filas de estanterías: me ha parecido un laberinto en el que valdría la pena perderse. Es maravillosa, la escultura de Brancusi, un beso en el que la pareja parece compartir los ojos y los labios.

11 de agosto de 2003 Conforme se acerca el segundo aniversario de la muerte de Sam, noto a Glo más tensa. He llamado al doctor Sampler por si él no lo hubiera detectado, y muy sutilmente me ha recomendado a un colega que podría tratarme a mí. Según él, mi hija está siguiendo la evolución lógica y, en cambio, yo parezco cada día más ansiosa, de ahí su sugerencia. Por lo visto no es aconsejable que un mismo terapeuta vea a dos personas que estén muy relacionadas, y menos si son familia. ¡Cuántas reglas para todo!

15 de agosto de 2003 Glo ha venido a verme; al parecer sin un propósito definido. No tenía ganas de hablar, y lo poco que ha dicho estaba relacionado con su trabajo. Sin embargo, ha aceptado quedarse a cenar y con el postre han llegado las confesiones. Se nos ha hecho tarde y se ha quedado a dormir, pero esta vez en su antigua habitación. Cuando me he levantado, Glo se había ido ya al hospital. Sobre la mesa he encontrado una nota, escueta, escrita con esa letra nerviosa que ha tenido siempre.

Te quiero, mamá, sólo gracias a ti he podido sobrevivir.

Es lo mismo que me dijo en la larga sobremesa. Mientras iba a los estudios de grabación, esas palabras han adquirido otro significado; de repente he entendido que ya no habría más cartas, que ésta era su última nota.

16-17 de agosto de 2003 He hecho un intento por contactar con Walt. La pasión se alimenta de besos y abrazos, pero es difícil compartir un abrazo a tanta distancia. ¡BÚSCAME!

Ronnie está otra vez en la ciudad. Parece que su proyecto avanza. He rechazado la cita; aunque lo pasé bien con él la última vez, ni siquiera lo he dudado. En todo el mes Ronnie no me ha llamado ni me ha enviado un solo mensaje. No quiero que piense que tiene alguna oportunidad, ni quiero parecer el polvo de fin de semana de nadie.

18 de agosto de 2003 He llamado a Annie, para desahogarme, para explicarle todo lo que me pasa por la cabeza y por el corazón. Le he confesado que tengo miedo de quedarme sola. Annie ha protestado, me ha dicho que eso no sucederá nunca, que antes está dispuesta a salir del armario. Reír también es una excelente terapia.

20 de agosto de 2003 He tenido varios días de trabajo intenso. El audiolibro que grabé, un libro de cuentos de la escritora Dorothy Parker, ha sido un éxito y la editorial ha decidido grabar varias obras más. El próximo será *La balada del café triste*, de Carson McCullers. Nunca hubiera imaginado que me pagarían por leer cuentos y novelas.

21 de agosto de 2003 Glo tenía el día libre. Me ha llamado y ha venido a recogerme al estudio. ¡Hacía años que no sucedía! Hemos almorzado juntas y luego le he propuesto que me acompañara a hacer unas compras. No tenía nada que comprar, pero me ha parecido una buena excusa para pasar juntas toda la tarde. Por coherencia he adquirido una blusa de color salmón con unos curiosos botones cuadrados de bambú. A Glo le he regalado unos zapatos de Jimmy Choo que estaban de rebajas, preciosos, con un tacón ancho transparente.

22 de agosto de 2003 ¿Qué tiene el viernes tarde que me empuja a hacer las mismas tonterías? Me he sentado en el sofá, he colocado el teléfono fijo sobre las piernas para llamar a Walt y entonces, justo en ese momento, ha sonado y era él. ¡Walt! Me ha tenido cuarenta minutos al teléfono, me ha explicado mil anécdotas y en alguna pausa ha repetido que me echa de menos. Y después ha soltado la bomba: su empresa se está expandiendo hacia el este y él ha pedido trasladarse, quizá a NY o a Boston. He gritado emocionada. Y luego, supongo que para no dar el asunto por cerrado, ha querido matizar: seguro que no es el único que lo ha solicitado.

24 de agosto de 2003 He vuelto a ver la película *Encadenados*, de Hitchcock. Una de las escenas recoge el beso más largo del cine hasta ese momento. Ingrid Bergman y Cary Grant, para burlar la censura, se besan mientras caminan, hablan, se miran, y tras cada paréntesis vuelven con el mismo deseo a acometer el beso. Al acabar, habría besado incluso a una foca.

25 de agosto de 2003 Preguntas para una encuesta. Empezaré con Annie, mamá Vivian y tía Esperanza. Mi mamá seguro que se escandalizará:

¿Recuerdas tu primer beso?
¿A qué sabía el primer beso?
¿Qué beso recuerdas con más nostalgia?
¿Cómo se llamaba él?

26 de agosto de 2003 Salgo con Annie, al cine y a cenar. La película es *Las horas*, con tres actrices extraordinarias: Nicole Kidman, Meryl Streep y Julianne Moore. Aunque Ed Harris también está soberbio. Costaba reconocer a Nicole Kidman por lo bien caracterizada que estaba… ¡y qué interpretación! Desde luego el Óscar se lo ganó a pulso.

27 de agosto de 2003 Qué difícil es administrar los silencios. Seguro que para el director de *Las horas* debió de ser uno de sus principales retos. Los silencios y las miradas. No he leído nada de Virginia Woolf, mañana sin falta saldré en busca de *La señora Dalloway*.

Mientras nos separábamos le conté a Annie los planes de Walt. Los presuntos planes. Me ha abrazado y ha susurrado: «Sí, sí, sí…». Y a continuación ha añadido, con un punto de ironía, que quizá Mae Lourdes no andaba tan errada.

31 de agosto de 2003 A las puertas del mes fatídico. Glo lleva ya varios días nerviosa, hiperactiva, imagino que tratando de no pensar y de no sentir. Le he propuesto pasar juntas la tarde del domingo. La he mareado tanto que me ha prometido que vendrá a casa cuando salga del hospital. A veces pienso que mamá Vivian tuvo mucha paciencia conmigo.

1.º de septiembre de 2003 Nostalgia del beso y del abrazo.

Paso demasiado tiempo sola. No soporto la soledad, y no tengo edad para salir a la calle en busca de compañía. A menudo cierro los ojos y me imagino en la playa, tendida en una hamaca, y ÉL, Walt, a mi lado en la arena me toma de la mano, acerca sus labios y me besa. Una vez y otra. El calor del sol y la suavidad del beso. Me volveré loca.

2 de septiembre de 2003 ¿Soy yo?
¿Qué me sucede?
¿Me estoy obsesionando?

3 de septiembre de 2003 He leído mis notas de mayo. A veces lo hago. Paso las páginas hacia atrás para verme. Me reconozco, es cierto, pero no me gusto. No me imaginaba como una mujer

dependiente, emocionalmente inestable o insegura. De vez en cuando necesito releer las cartas de Glo para ver reflejado cómo ha mejorado su situación en el último año. También me ayudan a seguir con la pelea, con rabia, con fuerza.

4 de septiembre de 2003 He rechazado un trabajo en Seattle: significaba estar fuera el día 11. Ese día tengo que estar cerca de Glo. Quizá ni siquiera pueda verla, pues ella ha solicitado un par de días de fiesta en el hospital, pero prefiero estar ahí, a su lado si es posible. Sólo han pasado dos años y me parece toda una eternidad.

8 de septiembre de 2003 Glo me ha vuelto a llamar, esta vez he cambiado de táctica y he permanecido en silencio esperando su mensaje. No ha podido pronunciar ni una palabra. Ha llorado. Le ha costado recuperarse. Ha dejado el teléfono y ha ido al baño a lavarse la cara. Le he dicho que esperaría, que no colgase. He tenido que sujetarme a la mesa cuando me ha dicho que no quiere vivir. Ha repetido varias veces «No quiero vivir, mamá». En cuanto ha colgado, he cogido un taxi y me he presentado en su apartamento.

9 de septiembre de 2003 «Me odio porque debí morir con Sam». Tengo un agujero en el corazón. Si yo estoy así, triste, compungida, rota, ¿cómo debe de sentirse mi hija? Me traslado unos días a su casa, no me atrevo a dejarla sola. Era previsible que tuviese una crisis cuando llegara este segundo aniversario.

11 de septiembre de 2003 He acompañado a Glo a la ceremonia que el cuerpo de bomberos de NY ha organizado para honrar a sus compañeros fallecidos en el atentado a las torres gemelas. Glo y Sam estaban casados, tenían planes, criaban juntos a Stuart, eran felices…, quién iba a pensar que una cosa tan terrible podía suceder, de improviso, que en lo mejor de la vida …

12 de septiembre de 2003 Glo me ha abrazado y me ha pedido que la dejara sola, que necesitaba poder llorar y desesperarse sin testigos. He recogido mis cosas con toda la calma del mundo para encontrar las fuerzas necesarias para hacerle una pregunta, una única pregunta, pero no he sido capaz. Ha sido ella, después de darme un beso de despedida en la puerta de su casa, quien me ha ofrecido la respuesta, que no me preocupara, me ha dicho, que mañana volvería a su trabajo. Ha intentado sonreír. Que lo haría por Stuart, no podía fallarle. Sam no se lo perdonaría.

13 de septiembre de 2003 He llamado a Glo con una excusa banal. Mi hija se ha puesto al teléfono y ha empleado un tono muy seco y cortante. Me ha reñido. No podía hablar. Pero antes de colgar me ha dicho que estaba en el hospital y que en ese momento entraba en un box. He respirado aliviada. A pesar del dolor, después de la crisis, Glo ha vuelto al trabajo. He reprimido las ganas de llamar a su terapeuta. En su lugar, he llamado a Walt, sin suerte.

19 de septiembre de 2003 Annie está mal, algo le sucede, y no me lo quiere explicar. Le he propuesto pasar por su casa y hacerle compañía. Ha estado muy cortante, tenía que salir y no podía hablar, que no me preocupara. No me engaña; Annie me oculta algún problema grave.

Me ha telefoneado Walt y se ha mostrado cariñoso, pero tiene mucho trabajo. Pero no me ha propuesto una cita. Pero todavía no sabe nada del posible traslado. Pero no se ha mostrado tan optimista como hace un mes. Pero ya no está seguro de si los planes de la empresa siguen adelante. Pero, pero, pero…

21 de septiembre de 2003 He acompañado a Glo a una ceremonia religiosa en memoria de todas las víctimas. Ha sido muy emotiva. ¿Cuánto tiempo tardará toda esta gente en poder rehacer su vida? ¿Cuánto tiempo necesitará mi hija?

Algunas familias, la mayoría de las que no han podido recuperar los cuerpos de sus allegados, han decidido encargar una lápida con todos los nombres y colocarla en una tumba vacía (han pensado enterrar algunos objetos personales), para tener un lugar privado al que llevar flores y donde rezar sin que las autoridades, los periodistas o los curiosos puedan entrometerse.

23 de septiembre de 2003 Seattle insiste. Han oído mis grabaciones y quieren mi voz en sus videojuegos. Me halaga su insistencia. ¡Y el proyecto suena muy bien! Me aseguran trabajo para varios meses. Aunque será mi primera experiencia en ese sector y tendré que viajar allí. Conozco esa ciudad, llueve mucho y queda demasiado al norte. Espero que la climatología tenga en cuenta que soy una dama muy del sur.

24 de septiembre de 2003 He acompañado a Glo a llevarle flores a Sam. Hemos cogido un ferry y las hemos arrojado a las aguas. Ella vestía de negro, llevaba unas gafas oscuras que ocultaban sus ojos enrojecidos. Es muy probable que los restos de Sam desaparecieran entre los escombros en un vertedero de Staten Island. Es difícil encontrar consuelo cuando todas las circunstancias son tan

deleznables.

26 de septiembre de 2003 El abogado nos ha convocado. Es posible que el juez nos cite pronto, en cualquier momento. Ha preparado una batería de preguntas y quiere estudiarlas con Glo.

29 de septiembre de 2003 Glo se ha puesto en contacto con varias asociaciones de familiares de las víctimas del WTC: Families for Peaceful Tomorrows, Families of Flight 93, Families of September 11, y especialmente con Tuesday's Children… Les ha contado su situación y les ha preguntado si testificarían a su favor. Todos le han mostrado su apoyo incondicional, incluso le han asegurado que se manifestarán en su apoyo ante el tribunal.

30 de septiembre de 2003 El tiempo es el peor enemigo de la vida, puede con todo, lo tritura todo.

El tiempo puede deshacer el dolor más agudo hasta convertirlo en la sombra de una sombra.

El tiempo puede triturar el amor más apasionado hasta convertirlo en una mueca simpática.

Maldito sea el tiempo.

Bendito sea el tiempo.

1.º de octubre de 2003 Glo está pensando en mudarse otra vez, necesita cambiar de apartamento y de barrio, alejarse de ese vecino rijoso. Quiere un apartamento con terraza para tener plantas y quizá un perro. A Stuart le encantaría tener un perro. La he animado a que lo haga, le vendría bien, y le he ofrecido mi ayuda y mi dinero. Esta vez no me ha reñido, pero me ha recalcado que sólo lo está pensando. Me ha reprochado, mientras me abrazaba, que siempre voy muy acelerada, que era pronto para hacer planes.

5 de octubre de 2003 Annie está destrozada, se puso a llorar antes de empezar a comer y ya no pudo contenerse, ha ido al baño cuatro veces. Siguió el consejo de su amiga Leo Novally y decidió invertir en aquella pirámide, y en cambio Leo se lo pensó mejor y no lo hizo. Primero colocó veinte mil dólares y a los tres meses le dieron casi tres mil quinientos de intereses. Entonces invirtió cien mil más, que pidió prestados al banco. Ahora su contacto y la empresa han desaparecido. Annie lo ha perdido todo, y lo peor es que le debe todo ese dinero al banco. No he sabido reaccionar, no sé si me ha ofendido más que se dejara dominar por la codicia o que lo hiciera sin decirme una palabra.

6 de octubre de 2003 Annie y Leo se han visto para comer y han tenido una bronca fenomenal. Annie ha puesto una denuncia, junto con otras víctimas, pero es muy difícil que pueda recuperar su dinero. Me ha llamado al estudio, está destrozada, me ha preguntado qué debía hacer. Le he ofrecido ayuda, dinero, pero se ha molestado y me ha colgado.

En cuanto hemos acabado la grabación, he cogido un taxi y he ido a recogerla a su universidad. Hemos pasado una tarde terrible.

7 de octubre de 2003 Chloé Kouchner se ha puesto en contacto conmigo. Junto con el director de arte y el guionista estarán en NY a finales de octubre y me proponen un encuentro de trabajo informal, para conocernos y ultimar detalles, acabar de revisar el contrato, firmarlo, ajustar el calendario de mis estancias en Seattle… Una cena en el restaurante Ocho y medio el domingo veintiséis.

8 de octubre de 2003 ¡Qué desesperación! Hace tres semanas que no tengo noticias suyas. Walt y yo nos hemos estado cruzando llamadas a lo largo del día y no ha habido modo de conectar. Tampoco ayuda la diferencia horaria.

¿Hay algo más?

¿Se ha cansado de mí?

7

FOTOGRAMA A FOTOGRAMA

Paul Knobel había entornado la puerta de su estudio lo suficiente para poder observar el rellano y la puerta del ascensor; apenas es un segundo piso, el tercer nivel desde la calle, pero nadie en su sano juicio utiliza las escaleras en esta ciudad si puede evitarlo. La luz del rellano proviene de un pequeño fluorescente de un blanco aterrador; está colocado sobre la puerta del ascensor, no hay luz natural ni ningún otro foco, a excepción de la escasa claridad que pudiera escapar del apartamento a través de esa mínima abertura. Estaba solo en el estudio, le había pedido a Rufus que desapareciera un rato, y su ayudante, que llevaba un brazo en cabestrillo, había exagerado varios grados la torpeza sobrevenida para demorar al máximo su marcha; esperaba estar allí cuando Gloria Graham hiciera su aparición estelar; sentía curiosidad por presenciar tan ansiado encuentro, por contemplar la expresión de su jefe, pero éste se había dado cuenta de la maniobra y, sin mediar reproche, le ayudó a ponerse el abrigo, a recoger sus cosas, y al final casi le empujó para quitárselo de en medio. «Vale, jefe, vale, lo pillo, quieres que me vaya, tienes miedo a la posible competencia, pero no es mi tipo, ya te lo he dicho».

Por fin iba a conocer a la propietaria del diario. Paul estaba semioculto tras la puerta, expectante, inquieto, aunque no hubiera motivo suficiente. Gloria Graham salió del ascensor y miró a un lado y a otro para orientarse. Aunque estaba sobre aviso, también a él le pareció una mujer muy sensual. Por algún motivo que no tuvo tiempo de analizar le recordó a la Jackie Brown de Tarantino. Antes de dirigirse a la puerta entreabierta, echó un vistazo a sus zapatos, estiró hacia bajo su falda ajustada, se acomodó la gabardina y se llevó una mano a sus cabellos rizados para asegurarse de que estaban bien recogidos.

Rufus le había alertado a través del móvil:

—La propietaria de tu enigmático diario ha estado aquí, Gloria Graham en persona.

—¿Hace mucho?—preguntó Paul sin poder disimular su excitación

ante esa noticia.

—Acaba de marcharse hace un minuto, no sabía si llamarte, no quería alterar tus biorritmos, porque vienes para el estudio, ¿verdad? Recuerda que esperamos la visita de ese híbrido entre Mary Poppins y la Whoopi Goldberg de *Sister Act*. —A pesar de las absurdas referencias, entendió que su ayudante se refería a su editora, Rachel Bold, con quien no había podido congeniar—. A la señora Graham—continuó él—le he dicho que volviera en media hora.

—Estupendo, estaré ahí mucho antes. —A Rufus le pilló por sorpresa la felicitación de su jefe, pero estaba tan alterado que no podía callar.

—¿No quieres saber cómo es? ¿No te quema la curiosidad?—Ardía en deseos de hacer una descripción detallada de la señora Graham, pero esperaba que su jefe se lo pidiera o, más aún, que se lo rogara—. ¿No me preguntas cómo es la mujer que siente esa intensa añoranza del beso?

—Veo que no me he ganado el derecho a la sorpresa—dijo, sin embargo, Paul.

—No es tu tipo, jefe. Ya sé lo que me vas a decir, que meta mi sucia nariz en mis propios asuntos, pero resulta que te conozco mejor de lo que tú crees, y esta se-ño-ra—y recalcó que se trataba de una Señora, según su aguda taxonomía—, no se parece en nada ni a la frágil Sarah, ni a Jessie la carnal, ni a la listilla de Ashley, ni a la exótica Nínive…

—Basta—le cortó—, no hace falta que te remontes al jardín de infancia, ¿eso es todo lo que se te ocurre?

—Es una señora hembra, de las que pone el auditorio en pie—insistió su ayudante—, con una cadera que marea y una delantera espectacular que debe dar un juego increíble en la cama. ¡Y qué clase! ¡Qué elegancia! Su acento es neoyorquino, pero se contonea como una sureña. «Por favor», me ha dicho con voz suave y tranquila, pero mirándome por encima del hombro con una sonrisa que no he sabido cómo calificar, «¿dónde puedo encontrar al señor Paul Knobel? Tiene algo que me pertenece».

Rufus abrió un silencio que Paul no supo cómo llenar. Desde hacía semanas se había ido construyendo una imagen de Gloria Graham, a partir de lo que había leído en el diario, por los rasgos que debía compartir con su hija, y también a través de los retazos de su vida que había conocido por terceras personas, aunque Andy, su exmarido, había hecho más hincapié en su personalidad o en su sensualidad que en su aspecto físico. Daba por hecho que debía ser una mujer extrovertida, vitalista, y le habían interesado esos otros rasgos que se desprendían de los textos de su diario: una mujer luchadora, positiva, optimista. Y ahora se sentía un poco desconcertado, pues iba a

enfrentarse a una mujer de carne y hueso, a una mujer que, también según Rufus, ni siquiera encajaba con él.

—Hay un pequeño detalle que quizá no habías previsto—continuó su ayudante, que no sabía hasta dónde había llegado su jefe en sus indagaciones—, pero diría que la señora Graham es mayor que tú. —Rufus no parecía dispuesto a callar—: Los lleva bien, muy bien, pero debe de rondar los cincuenta. A mí no es un detalle que me quite el sueño, pero tú, jefe, tú eres un poco escrupuloso. No sé si me entiendes…

—¡¿Tienes algún detalle más o puedo colgar ya?!—se impacientó Paul. Sí, aún tuvo tiempo de añadir otra curiosidad: olía a naranjas.

No olía a naranjas, sino a mandarinas, un aroma que resultaba suave y refrescante. Paul no habría sido capaz de matizar tanto, pero Gloria adivinó que él estaba intentando identificar su perfume y se adelantó.

—Es la primera vez que un hombre quiere conocerme por el aroma que desprendo—le dijo—, antes de saber mi nombre o de estrecharme la mano.

—Lo siento—se disculpó él—, he notado en el ambiente un perfume muy agradable que no acabo de distinguir, como a naranjas, y me ha extrañado.

—Mandarina—aclaró ella—, es esencia de mandarina. ¿Conoces la mandarina? ¿Te gustan?

—Vagamente—contestó el fotógrafo alargando la mano. Ella le cogió la mano para atraerle, le obligó a agacharse y lanzó un beso a la altura de su mejilla. Antes de cerrar la puerta, Paul echó un vistazo fuera: no le hubiera extrañado sorprender a su ayudante agazapado en algún rincón—. ¿Te apetece un té o un café?

—No, gracias, he tomado un refresco mientras esperaba en esa cafetería de ahí enfrente.

—Se llama Legs. La cafetería—aclaró él—. Soy un habitual; de hecho es casi mi segunda oficina. Pero siéntate, por favor, voy a por tu diario.

Mientras fingía buscar el cuaderno en la sala de control, podía observarla sin dificultad a través de los monitores que había instalado para poder grabar y analizar las sesiones fotográficas. No es que quisiera espiarla, al menos no era premeditado, pero había algo en ella que le imponía y que no le permitía mirarla abiertamente. Gloria llevaba un vestido ajustado en tonos naranjas, con mangas que remansaban a la altura del antebrazo, y unas solapas que dibujaban un generoso escote en uve. Ella se sentó donde él le había indicado y cruzó las piernas, pero se levantó enseguida, como si estuviera dotada

de algún automatismo. Dejó sobre la butaca una gabardina color crema, muy suave, del mismo color que los zapatos y el bolso. El vestido llevaba una especie de cinturón de un naranja más fuerte, casi ocre.

—¡Yo no llevo un diario!—gritó él—, pero sé que algunas personas acaban generando una fuerte dependencia. No sé si es tu caso.

—Me gusta escribir mi diario—contestó en voz alta—, lo hago desde que era adolescente, y los conservo todos. Si algún día llego a presidenta me serán muy útiles para escribir mi autobiografía—bromeó—. Además conservo en él algunas cosas que tienen para mí un enorme valor. Sentimental, por supuesto—se apresuró a aclarar—. Por eso te agradezco tanto tu interés.

Gloria paseó por el estudio, le sorprendió la cantidad de focos que había instalado en el techo y lo luminosas que parecían las pantallas. Ella había actuado muy pocas veces en escenarios y no había posado nunca. Su trabajo estaba vinculado al proceso de postproducción: ponía la voz a los personajes de dibujos animados o era la voz en *off* de los anuncios, pero estaba familiarizada con todos aquellos instrumentos. Además, tenía la intuición de que, de algún modo, el fotógrafo la estaba observando. Echó un vistazo rápido y detectó dos, tres, cuatro cámaras de vídeo, y entonces prefirió crear ella la coreografía para la escena que estaban representando.

—¿Estas ventanas dan a la calle Varick?—preguntó en voz alta para asegurarse de que la oía desde el despacho.

—Sí, eso es—respondió él.

—Es una lástima que estén clausuradas—comentó ella—, ¿no te parece?

—Tienes razón—corroboró—; no hay nada mejor que la luz natural para hacer una buena fotografía, pero no hay modo de convencer al sol para que se esté quieto aunque sólo sea un par de minutos. De todos modos—añadió—, la tercera ventana todavía es practicable.

Gloria llevaba pintados los labios con un color ligeramente anaranjado, como su perfume, y poca cosa más, pues sus intensos ojos negros sólo admitían una raya muy tenue o una leve sombra que suavizara su expresión. El cabello, rizado, lo llevaba recogido con un pañuelo de colores. No había nada estridente en ella. A pesar del color el conjunto tenía una apariencia contenida, y en cambio parecía un rayo de sol irrumpiendo en una habitación oscura y fría. Paul únicamente había podido observar esa minuciosidad en la combinación de detalles y colores en Sarah Norton, que era modelo y, por tanto, formaba parte de su profesión. Esa tarde todo en Gloria estaba en la gama del crema, naranja, ocre…, también los pendientes, la pulsera, el anillo… Al saludarla, por curiosidad, había procurado

echar un vistazo a sus dedos. Pensó que quizá podría averiguar si había alguna novedad en su estado actual en función del anillo, pero Gloria llevaba al menos media docena de anillos de formas distintas.

—Te agradezco mucho tu interés, Paul—continuó ella proyectando su voz hacia la sala de control—. Nunca imaginé que alguien pudiera tomarse tantas molestias.

Apagó los monitores y volvió a la sala con un sobre que cerró de manera automática y en el que acababa de introducir el diario. Vestía de negro, como siempre, aunque su aspecto nunca le había parecido tan lúgubre como esa tarde.

—Tiene las primeras páginas y las últimas borrosas y pegadas, recuerda que cayó una buena tormenta aquella mañana.

Ella asintió, cruzó el estudio para aproximarse a él y recuperar el sobre.

—Gracias, Paul—reiteró, y acompañó sus palabras de una amplia sonrisa.

Gloria hubiera sido una relaciones públicas de primera; en realidad no se fiaba del fotógrafo, por eso mismo le había llamado ya tres o cuatro veces por su nombre; sabía que esa familiaridad generaba un sentimiento de proximidad que desarmaba posibles situaciones incómodas.

—Le pasé el secador para evitar que se estropeara más—aclaró él sin demasiada convicción.

—Gracias de nuevo—insistió mientras sopesaba el sobre sin atreverse a comprobar el contenido—, lo que más me interesa está en el interior.

—Tuve que leer algunas páginas—confesó, y se mordió la lengua al comprobar cómo este comentario alteraba su expresión—, al azar—puntualizó—, hasta dar con una pista que me permitiera localizarte.

—Te estoy muy agradecida, de verdad. —Gloria respiró profundamente para recuperar el control mientras se dirigía hacia la silla a recuperar su gabardina y su bolso—. Hice todo lo posible por encontrar este cuaderno en los días siguientes—continuó levantando el sobre—, pero no me acompañó la suerte.

—Quizá… quizá podríamos quedar a cenar una noche—se atrevió a insinuar él mientras mantenía abierta la puerta del estudio. No sé—añadió algo incómodo—, si te apetece, quiero decir.

Ella siguió caminando hasta el ascensor, para que Paul pudiera contemplarla, tener más perspectiva y ganar unos segundos para recapacitar.

—De acuerdo—dijo, y hasta ella se sorprendió por haber aceptado—, pero con una condición: invito yo, me corresponde a mí pagar la recompensa.

A Gloria no le gustó el fotógrafo, aunque no sabría explicar qué había en él que pudiera suscitarle un rechazo tan inmediato. Mientras salía a la calle y se detenía en Franklin a esperar su taxi, examinó ese breve encuentro tratando de ser objetiva, pero además de parecerle demasiado joven, tampoco fue capaz de identificar en él ninguna de las características que le atraían en un hombre.

Por su parte, Paul se sintió confuso. No era desde ningún punto de vista el encuentro que había imaginado. Había pensado retenerla unos minutos extra mientras tomaban una taza de té y aprovechar esos momentos de calma para abordar algunos temas que generasen buenas vibraciones entre los dos; había previsto hacer algún comentario sobre el odioso clima de Nueva York o le habría preguntado por su trabajo o quizá se habría interesado por su viaje a Seattle. Estaba claro que no había sabido reaccionar de un modo adecuado. En cambio, ella le había abordado directamente y le había dado un trato familiar, de viejos amigos, y le había hecho sentir incómodo al dar por supuesto que él la había estado buscando desesperadamente por toda la ciudad.

Esa noche Gloria Graham escribió en el diario que había estrenado semanas atrás:

> ¿Por qué me ha atraído hasta su estudio? ¿Qué pretendía? Tengo mi diario, eso es lo único que debería importarme. He podido releer algunas de las cartas que Glo escribió para mí. ¿Qué pretendía con esa puesta en escena? ¿Impresionarme?

—Esa mujer estuvo aquí la semana pasada—le decía Rufus a Natalie justo cuando su jefe entraba en Legs—. La tarde del jueves—añadió—, a eso de las cinco y media. —Estaban los dos apoyados en la barra de la cafetería. Rufus parecía recién llegado, pues todavía llevaba el abrigo sobre los hombros, que ocultaba y protegía el brazo en cabestrillo, y su maletín descansaba de cualquier manera sobre uno de los taburetes mulliditos, forrados de algún material plástico de color burdeos—. Una señora impresionante, la tal Gloria, con clase—comentó—. Le dije que Paul no estaba y la invité a pasar y a esperarlo en el estudio, en plan buen anfitrión, pero ella rechazó mi ofrecimiento con mucha elegancia, prefirió bajar y esperar en tu cafetería. ¿No la recuerdas?—le preguntó a la camarera.

»Hola, jefe—Rufus interrumpió su relato—. Le explicaba a Natalie que por fin apareció la misteriosa señora del diario. Vale, jefe—continuó al ver la cara de desagrado de Paul—, ya sé que te sienta como un tiro que hable de tus cosas, pero ella se ha interesado y ya es como de la familia.

—¿Cómo es esa señora que siente nostalgia del beso?—le preguntó Natalie mirándole a los ojos—. ¿Es como la imaginabas?

El fotógrafo levantó la cabeza y miró hacia el techo, como si buscara allí la respuesta exacta a esas preguntas. En los últimos días no había frecuentado Legs con la regularidad habitual, y en todo caso había procurado mantener con Natalie una relación más distante que cordial, como si no hubiera sucedido nada, como si no tuvieran pendientes unas palabras que les permitieran cerrar el desgraciado episodio. Habían estado juntos en la cama, desnudos, compartiendo besos y caricias, se buscaron con ansia y no se encontraron. Él falló, y mientras ella se culpabilizaba a cuenta del exceso de vino y se esforzaba por contentar a Paul, el fotógrafo se enfriaba, se mostraba molesto, se preguntaba si debía consultarlo con su médico y sobre todo lamentaba haber cometido el error de subir a su apartamento. Todo eso mientras pensaba en largarse sin parecer ofensivo.

—¿Lo de siempre?—inquirió ella sin esperar respuesta a sus preguntas, mientras Rufus se alejaba en busca de su mesa habitual.

—Sí—respondió devolviendo su atención a una serie de fotografías que llevaba en las manos—, una hamburguesa y un té.

—¿Seguro que no te apetece nada más?—La voz de la camarera cambió de registro al formular esta nueva pregunta.

Paul percibió esa mutación, levantó la cabeza y miró fríamente a la camarera, que había dejado aflorar una sonrisa complaciente en sus labios.

—No, Natalie—dijo sin hacer concesión alguna—, nada más, gracias.

Todavía faltaba un mes para la llegada del invierno, pero al caer la noche la temperatura podía bajar siete u ocho grados en menos de una hora. Cuando la camarera les acercó un té y un café humeantes a su mesa, Paul pensó que debía responder a sus preguntas, aunque sólo fuera por corresponder a su pasado interés.

—Debe de tener unos cincuenta años—le contó antes de que ella pudiera retirarse—, aunque no los aparenta. Todavía es muy atractiva. Apenas permaneció en el estudio unos diez minutos, quizá menos, no tuve oportunidad de retenerla más tiempo. A pesar de estar en territorio extraño se comportó con naturalidad, como si dominara la situación. Me produjo la misma impresión que a través del diario: una mujer extrovertida, optimista, segura de sí misma, fuerte, luchadora, que sabe lo que quiere y que está acostumbrada a pelear para conseguirlo.

—Pues para un encuentro tan breve—replicó huraña Natalie—, no está nada mal; si llega a quedarse una hora te hubiera dado tiempo a psicoanalizarla.

—Jefe—protestó Rufus—, no seas rácano, dile que tiene unos labios besucones y un cuerpazo espectacular.

—¡¿Ah sí?!—exclamó la camarera.

—Es atractiva—repitió Paul de mala gana—, pero su belleza es algo exótica para Nueva York, quizá porque su familia es cubana. Ya sabes: un rostro de facciones grandes, ojos negros y expresivos, labios carnosos y bien dibujados.

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba la barra con la cocina y apareció Diana.

—Natalie—gritó la cocinera mientras dejaba un par de platos sobre la barra, las hamburguesas con doble de queso, y volvió a desaparecer. La camarera les dejó y ya no volvió en busca de más detalles.

—Salvado por la campana—exclamó Rufus al ver la expresión de alivio de su jefe.

«Desde luego», pensó el fotógrafo, que se sentía incómodo hablando de Gloria ahora que por fin la conocía. Porque, contra su pronóstico inicial, la propietaria del diario le había invitado a cenar el siguiente martes.

—Y a ti, jefe, ¿cómo te fue?—le preguntó después de hacer una breve pausa para pedir otro café.

—Bien, he hecho feliz a otro taxista, he estado pateando la ciudad de un lado a otro, localizando espacios para esa serie de fotografías; ya sabes—dijo impostando la voz y haciéndola más grave—, para esa colección que tú llamas «las grandes praderas de asfalto». A propósito, se me ha ocurrido un título más sugerente: *Agorafobia, pánico a los espacios abiertos*. ¿No te parece más apropiado?

—No me refería a tu trabajo, y lo sabes bien—protestó Rufus—. Recuerda que el taxi lo contraté yo. Y no me digas que cuantos menos detalles conozca, mejor, porque no me vale. Tengo un asunto pendiente con esos cerdos, lo sabes bien, y tú tenías una reunión con ellos ayer tarde.

Se refería a los usureros, por supuesto, y para hacerlo más evidente levantó el brazo vendado. Su ayudante tenía mejor aspecto, es cierto, se dijo Paul, pero todavía eran visibles las secuelas de la paliza que había recibido. Después del primer pago, incluyendo los intereses de demora, los prestamistas parecían haberse evaporado, no respondían a sus llamadas, como si hubieran decidido esperar una mejor ocasión para continuar con su extorsión. Y en cambio, ahora que conocía sus métodos de trabajo, él tenía prisa por liquidar toda la deuda.

—Estuvimos en la oficina de B&B—le contó—, en Lexington con la 99 Este, cerca del Hospital Metropolitano. Es una oficina fantasma, como tú pronosticaste. Allí no ha trabajado nadie, nunca, no hay un maldito papel en ningún sitio, ni siquiera una mota de polvo encima de una mesa, y además olía a cerrado.

Preston recogió a Paul en Lexington, a la salida del metro de la 86

Este. Paul no podía imaginar que el abogado iba a organizar una puesta en escena semejante; le pareció estar viviendo una película, quizá su expresión alucinada formaba parte del decorado. Llegaron en dos coches negros y aparcaron frente al edificio. Les acompañaban una de las abogadas de su gabinete, Madeleine Sulzberger, y cinco guardaespaldas, cinco tipos enormes y malencarados que no abrieron la boca en todo el tiempo, aunque sabían perfectamente qué debían hacer: uno se quedó junto a los coches; otro se instaló en el vestíbulo del edificio; el tercero, en la puerta del despacho de los siameses y los otros dos se convirtieron en sus sombras. Paul no tuvo ocasión de comprobarlo, pero estaba seguro de que llevaban armas. Además iban provistos de un pinganillo que les permitía estar en contacto en todo momento. Si hubiera aparecido algún Corleone en el despacho de los usureros no se habría extrañado.

Les recibieron en una sala de reuniones estrecha y alargada, con grandes ventanales que daban a la 99 Este. Había sillas para una docena de personas o más, pero los dos guardaespaldas permanecieron en pie. Los siameses les hicieron esperar unos cinco minutos, como siempre los tres lucían trajes y expresiones casi idénticos, ni siquiera se mostraron sorprendidos por el espectáculo que estaban dando.

Preston no dijo nada, aunque tenía esa expresión tan ladina de saber exactamente qué iba a ocurrir y de estar pendiente hasta del más mínimo detalle, como si siguiera un *storyboard* de la situación. Madeleine se sentó entre ambos.

—Te habría gustado Madeleine, Rufus—observó Paul—, nunca había visto una abogada con las piernas tan largas. Madeleine condujo en todo momento la reunión: se presentó, ofreció la palabra a su jefe, que la declinó, y me presentó a mí, su cliente, y expuso el motivo del encuentro: cancelar la deuda en ese mismo acto.

Ninguno de los tres reaccionó. Entonces Madeleine abrió su maletín y extrajo su móvil y tres carpetas rojas que colocó una al lado de la otra. Sin esperar a que tomaran la palabra, con una voz grave y tranquila, con una dicción perfecta, como si les estuviera explicando un cuento a un grupo de niños, fue abriendo las carpetas y empujándolas levemente hacia el otro lado de la mesa, hacia sus interlocutores.

—Mi cliente—dijo señalando a Paul con un leve movimiento de su mano—renuncia a reclamar los daños causados por su gente en el estudio de grabación de su propiedad sito en la calle Varick. Como pueden comprobar en las fotografías de la primera carpeta, fueron grabados en las dos ocasiones en que allanaron su estudio y causaron diversos destrozos. En esa misma carpeta encontrarán otros documentos que vinculan a esos individuos con su organización, B&B, y con ustedes personalmente. En la segunda carpeta—continuó sin

esperar ninguna réplica—, podrán analizar la transcripción de las llamadas y amenazas proferidas por alguno de ustedes. Si fuera preciso, en su momento solicitaremos de un tribunal que lleve a cabo las pruebas periciales oportunas. Las llamadas fueron efectuadas desde teléfonos contratados por sus colaboradores y finalizaron con una agresión, tentativa de homicidio quizá, al ayudante de mi cliente. Pueden consultar también el diagnóstico médico y la factura del hospital. Y en la tercera carpeta hay un documento para la rescisión del préstamo y un cheque por la cantidad adeudada a día de hoy. Por supuesto el cheque está incompleto, precisa la firma de mi cliente.

Los tres tipos intercambiaron miradas, gesticularon ostensiblemente y lo negaron todo con la cabeza mientras la abogada hablaba, pero su voz sonaba tan relajada y su tono era tan conciliador que no se atrevieron a interrumpirla abiertamente y ella continuó hasta el final. Lo primero que hicieron esos individuos, a la vez, fue alargar la mano para coger un caramelo de café de la bandeja que Madeleine había desplazado. Se miraron unos a otros y los devolvieron al recipiente sin atreverse a llevárselos a la boca. Cuando los tres empezaron a disparatar, alegando que no tenían nada que ver con esas agresiones, sonó el teléfono de la abogada.

—Con su permiso—dijo, y ante la cara de estupor de todos los presentes, excepto de Preston, activó el altavoz del móvil—. Jefe Winckler—exclamó—, puntual como siempre, gracias por llamar.

—Hola, corazón, ¿cómo están tus asuntos?

—Estoy perfectamente, señor, cerrando un negocio en Lexington con la 99 Este, tal como le dije, lo recuerda, ¿verdad?

—Por supuesto, Madeleine, aunque estoy seguro de que no tendrás ninguna dificultad.

—Eso parece, señor, de hecho estamos finalizando ya la transacción.

—Muy bien, cariño, si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde puedes encontrarme.

—Gracias, quizá le llame en veinte minutos, cuando haya acabado aquí. ¿Conocen ustedes al comisario Winckler?—preguntó ella después de colgar, sin dirigir la pregunta a nadie en especial—. Es una suerte que hombres así se ocupen de nuestra seguridad, ¿no les parece? Bien, la situación es la siguiente—continuó alargando sus delicadas manos hasta las carpeta—: por un lado, la primera y la segunda carpeta pueden acabar en el despacho del jefe Winckler. Si ustedes no han tenido nada que ver con los hechos que se documentan no deberían preocuparse, ¿no es cierto? Y la tercera carpeta será depositada esta misma tarde ante un notario, con el cheque debidamente firmado, por supuesto, a la vez que presentaremos una demanda en el juzgado para poder cancelar la deuda a fecha de hoy, algo a lo que mi cliente tiene

derecho. O bien—y la abogada hizo una breve pausa para mirar a Preston y a Paul—, para corroborar que contaba con su acuerdo, la segunda opción consiste en que todas estas carpetas se queden en este despacho, cerradas y saldadas. Para zanjar este asunto de una vez y para siempre a mi cliente le basta simplemente con llevarse firmado el documento de la tercera carpeta. Ahora sí—concluyó mostrando sus manos abiertas—, ustedes tienen la palabra.

Los usureros abandonaron la sala de reuniones, presuntamente para hacer alguna consulta. El abogado Preston puso la mano sobre el brazo de Madeleine y le dijo algo al oído, sonó a felicitación. Al cabo de diez minutos volvieron a la sala con una penosa sonrisa en los labios, no dijeron nada, ni siquiera echaron un vistazo a las carpetas, se limitaron a firmar los documentos y Paul les entregó el cheque. Punto final. Cuando estaban de regreso en el vehículo el fotógrafo les preguntó si de verdad era necesaria toda esa exhibición, si había alguna cámara oculta y algún Scorsese dirigiendo la escena.

—Es su plan—repuso Preston y la miró sonriente—, ella es la experta, trabaja a menudo con la fiscalía.

—Es muy sencillo—comentó Madeleine sin darse importancia—, hemos respondido a cada una de las agresiones que os infligieron, y no me refiero únicamente a las carpetas, sino a los guardaespaldas, a la llamada del comisario, a la amenaza del juzgado. Los siameses, los llamáis así, ¿verdad?—continuó—, deben saber que podemos devolver todos los golpes, uno a uno, con una fuerza y una contundencia igual o mayor que la suya. Así, sabiendo lo que arriesgan, se olvidarán de ti no por un tiempo, sino para siempre.

—En realidad queda un asuntillo pendiente—dijo Rufus en voz baja y tranquila—, ahora ellos están en deuda conmigo.

—Déjalo. —Paul se mostró conciliador—. No vale la pena que te compliques la vida. Además, esa paliza iba destinada a mí, soy yo quien está en deuda contigo.

—¿Quién piensa complicarse la vida?—repuso él—, ni mucho menos. Dentro de seis meses, o de un año, esos tipos dejarán sus cochazos aparcados y, como por arte de magia, arderán. O quizá les suceda a sus casas o a su oficina. Se maldecirán porque tendrán una temporada de mala suerte y no sabrán qué demonios les está pasando.

Paul no insistió, seis meses o un año era tiempo suficiente para que su deseo de venganza se enfriara, pensó que si intentaba convencerle lo único que conseguiría era alimentar esa llama en lugar de apagarla.

—Por cierto, jefe, hablando de temas pendientes: Sarah ha pasado por el estudio esta mañana. Quiere verte. Quiere hablar contigo. Sí, ya sé, ya sé lo que me vas a decir, que no ponga mis sucias manos en ese

pastelito, pero la chica me da pena.

—¿De qué hablas, Rufus?—repuso él—. ¿No estáis saliendo? ¿Acaso necesitáis mi bendición?

—Pero jefe, ¿qué dices? ¿Sarah y yo? ¿Cómo se te ha ocurrido algo así? Me siento halagado—le espetó—, pero ella nunca podrá ser mi Alice, es demasiado complicada para mí. A mí, ni siquiera me ve, me mira porque soy tu ayudante. Me aprecia, claro. Me lo demostró viniendo a verme al hospital. Pero nada más; es demasiado limpia para mí. Ya sabes que no me gusta entrometerme en tus asuntos. Sí, jefe, no pongas esa cara, cuando lo hago es porque me siento obligado, como ahora mismo, así que sigue mi consejo y habla con Sarah, está desesperada, te lo digo en serio, y si comete una tontería te acabarás sintiendo culpable.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué viene ese dramatismo?

—Llámala—insistió Rufus—, ¿qué te cuesta? Me da en la nariz que tienes miedo, que no la llamas para no hacer oficial vuestra ruptura, porque de ese modo crees que todavía sigue ligada a ti.

—De acuerdo—recapacitó Paul sorprendido por la perspicacia de su ayudante—, intentaré llamarla esta noche. Sólo una cosa más—le retuvo un momento—, ¿cómo debo llamarte a partir de ahora? Me parece absurdo que sigas interpretando a ese personaje ruso, no tiene sentido, ¿no te parece? Quizá—le sugirió—ha llegado el momento de que vuelvas a ser Ruddy.

—No sé si estoy preparado—respondió su ayudante—, no es tan fácil, ya no sé quién soy. No bromeo—exclamó al ver aparecer una sonrisa en su rostro—, no sé quién soy en realidad, no sé cómo se comporta Ruddy en el trabajo, ni con las mujeres, he interpretado tantos papeles que no sé dónde buscar. Necesito un poco de tiempo para deshacerme de un personaje y meterme en la piel de otro, y además tengo que valorar cómo puede afectar ese cambio a mis relaciones. Llevo mucho tiempo siendo Rufus Obramovich. ¿Cómo le digo a Alice o a mis socios que he sido rebautizado con ese nombre tan vulgar, Ruddy Wallace?

—No te escondas más—insistió Paul—, ni busques excusas. ¿Qué quieres que haga, que me ría de ti cada vez que vuelvas a contar una de esas absurdas anécdotas de tu abuelo el borde o de tu madre analfabeta? ¡Por favor, Ruddy!

—Está bien, tienes razón, jefe—aceptó su ayudante—, seré Rufus hasta final de año, con el trabajo que tenemos no nos podemos permitir ninguna interferencia, y a partir de enero de 2004 volveré a ser Ruddy, así tendré tiempo para preparar el personaje.

—Sé tú mismo—le recriminó Paul.

—A eso me refiero—convino él—, seré yo mismo en cuanto haya

decidido cómo debería ser Ruddy Wallace.

El segundo encuentro entre Gloria Graham y Paul Knobel tuvo lugar el martes 25 de noviembre. Ella le había citado a las siete en el restaurante Ocho y medio y, aunque llegó puntual, él ya la esperaba. Estaba cómodamente sentado en una butaca, tenía un periódico en la mano y no hizo ademán de levantarse.

«Este tipo no hace concesiones—pensó ella—, es un salvaje».

Gloria se quitó el abrigo, una recepcionista lo dejó en el guardarropa y le entregó una ficha con forma de claqueta de cine. Paul la observaba con el periódico todavía en las manos, pero no le dirigió ni el más simple de los cumplidos.

«Hay hombres que tienen boca porque la necesitan para comer», pensó ella y enseguida se acordó de su tía Esperanza.

El fotógrafo dobló cuidadosamente el periódico y lo dejó sobre una mesita, como si tuviera todo el tiempo del mundo; después se incorporó pesadamente y adelantó su mano para saludarla, pero ella había decidido mantener el trato amistoso, así que de nuevo le tomó la mano para atraerlo hacia sí, se puso de puntillas y lanzó un besó hacia su mejilla.

—¿Te has afeitado por mí?

Esa sola pregunta hizo que Paul se sintiera como un adolescente en su primera cita. Incluso estuvo a punto de responder cualquier cosa, hasta que advirtió esa sonrisa maliciosa en sus ojos, que era una especie de carta de presentación. Gloria llevaba un vestido negro y largo, con un escote palabra de honor con los hombros suaves y redondos al descubierto. Los complementos también eran negros, una cinta de tela que hacía las veces de gargantilla, algunas pulseras de raso negro y unos estilizados pendientes de azabache. Se había recogido el cabello ondulado en un moño que dejaba al aire su cuello terso. Del bolso, extrajo un pañuelo de seda morado que se echó sobre los hombros y con ese sencillo movimiento el ambiente quedó impregnado de un aroma fresco de lavanda.

—Tendré que contratarte como asesora de imagen—le dijo él procurando mostrarse amable—, cuidas los detalles hasta un nivel que me parece increíble. Estás bien—añadió cabeceando levemente, como si le diera su aprobación—. ¿Cómo lo haces?

«¡Estás bien!—pensó Gloria asombrada—. ¿Eso es todo lo que da de sí un fotógrafo profesional?». Sin embargo, optó por tomárselo a broma.

—Es muy fácil, corazón—respondió—, cada minuto que pasa son quince años más de condena ante el espejo, ¿o es al revés?

—Leí en tu diario que tenías una cena aquí hace un mes—comentó

él mientras esperaban que los acomodasen—, el domingo 26 de octubre si mal no recuerdo, así que reservé una mesa y vine a cenar con una amiga para darle una oportunidad al azar o a los milagros. No sabía cómo, pensé que quizá tendría un golpe de suerte y podría reconocerte, pero no fue así, me situé de modo que pudiera controlar la sala y observar las otras mesas de una manera discreta pero no sucedió nada. No te vi esa noche. Ahora estoy seguro de que, de haber tenido esa oportunidad, me acordaría perfectamente.

—¡Cuántas molestias!—exclamó ella—. No hubo cena—le aclaró—, era por trabajo y se anuló varios días antes. Por eso te he citado aquí, me apetecía conocer este restaurante, me han hablado mucho de esa escalera de veinticinco peldaños, de esa preciosa vidriera, de su encanto. ¿Se come bien, además?

—Sí, bueno, creo que sí, a mi amiga le gustó.

—¿Y a tu amiga no le importó que estuvieras pendiente de otra mujer?

—No, le expliqué la verdad—se sinceró—. Cuanto más claras están las cosas, mejor, ¿no te parece?

—Ya, es posible—respondió—, pero para mí el motivo sería lo de menos. Si estás conmigo, aunque sea para compensarte por tus desvelos, no pienso tolerar que mires a otras mujeres.

—Esta noche sólo tengo ojos para ti—contestó él convincente.

—Vas mejorando—exclamó ella—, me gusta tu actitud.

Un camarero se acercó a ellos, les anunció que su mesa ya estaba dispuesta y les rogó que lo acompañasen. El camarero le sugirió a Paul que podían guardarle la bolsa de lona que llevaba colgada del hombro, pero él rechazó el ofrecimiento. «Puedo necesitarla en cualquier momento», comentó enigmático. Gloria se cogió de su brazo.

—Qué grande eres, cielo—le dijo mirándole hacia arriba—, ¿no sientes vértigo?

—Voy a serte sincera—dijo ella mientras el camarero les entregaba la carta y les hacía algunas recomendaciones que no atendieron—, no puedo creer que únicamente leyeras algunas páginas de mi diario y eso me hace sentir muy incómoda. —Se quedó en silencio para que él pudiera asimilar sus palabras y, antes de continuar, clavó sus ojos negros en el rostro impasible del fotógrafo—. Si hemos de tener una cena amistosa y una velada amable que nos permita conocernos un poco mejor, necesito saber qué leíste, qué sabes de mí y qué puedo mantener bajo llave. —Gloria reforzó la frase haciendo el gesto de girar una llave a la altura de su corazón—. Si puedo superarlo, quizá me quede. Si no puedo, tendremos que volver a intentarlo más adelante.

Respiró hondo antes de responder. Natalie tenía razón, pensó

entonces, para Gloria sólo sería aceptable que un desconocido hubiera estado hurgando en sus heridas si esa persona tenía intención de mantenerse a una buena distancia. Pero, una vez en la tesitura de ser sincero o de mentir, pensó que sólo valía la pena jugar fuerte.

—Leí el diario desde la primera página hasta la última, desde enero hasta octubre—respondió despacio y en un tono suave para no agravar la frase, aguantando su mirada escrutadora—. Quiero decir, todas las páginas que eran legibles, porque estaba empapado y no caí en la cuenta del posible deterioro hasta una semana después. Fue una gran torpeza por mi parte, lo lamento mucho. —Paul hubiera querido seguir dando explicaciones, como si un exceso de detalles pudiera echar tierra sobre su intromisión, pero Gloria le cortó.

—¡Uau!—exclamó ella echándose hacia atrás en la silla y cruzando los brazos—, podrías tener la delicadeza de mentir. —Tenía el rostro endurecido y su mirada era incendiaria.

—Seguramente no debí hacerlo—concedió él abriendo suavemente las manos—, pero me sentí atraído por la persona que había escrito: «Siento nostalgia del beso», «¡Búscame!». No sé decirte por qué, es obvio que somos personas muy diferentes, o quizá fue eso mismo, que entreví una enorme distancia y se me ocurrió que valía la pena intentar salvarla. Y una página me llevó a la siguiente, y luego a otra. Después, cuando leí los textos de tu hija Glo…

Gloria se levantó de la silla, que estuvo a punto de volcar, y cogió su bolso, parecía temblar de rabia, no era capaz de articular una palabra.

—Espera un momento, por favor. —Paul se adelantó para cogerle la mano y se atrevió a retenerla un momento. Ella notó la presión y le lanzó una mirada furibunda—. Dame la oportunidad de explicarme. —El fotógrafo se puso en pie y se acercó a ella sin soltarle la mano—. Por favor. Por favor, Gloria, escúchame sólo un minuto. —Se hizo un silencio atronador que se extendió por toda la sala y ella se sentó de nuevo, sin soltar su bolso. Aunque no habían levantado la voz, la escena no había pasado desapercibida en las otras mesas. De repente todas las miradas convergían en ellos, incluso los camareros parecían haberse alertado unos a otros, anticipando una bronca que quizá les obligaría a intervenir—. Lo lamento—se disculpó de nuevo—, de repente he pensado que no podía correr el riesgo de ir dosificando la verdad, te conozco un poco y sé que te habrías dado cuenta del engaño y que no lo habrías aceptado. Es evidente que no se trata únicamente del diario, podía haberlo enviado a uno de los estudios con los que colaboras o habérselo entregado a tu amiga Annie, que me ofreció una suculenta recompensa, nada menos que cincuenta dólares.

Gloria abrió los ojos de par en par al oír la cifra.

—Vaya—exclamó entre dientes—, no entiendo cómo pudiste

rechazar esa fortuna.

—Nunca me había sentido tan atraído por una persona desconocida—continuó él haciendo de tripas corazón—, y menos teniendo de ella apenas unas cuantas frases. Ya sé que son cosas que se escriben para uno mismo, pero el azar o el destino se cruzó con nosotros aquella mañana de perros.

Gloria seguía seria y tensa, intentaba calibrar al extraño individuo que tenía ante sí. Era sólo un hombre y ella sabía manejarlos bien, sobre todo si decidía mantenerlos a raya. Su aspecto le causaba cierta desazón: parecía un tipo áspero, insociable y triste, intuía un drama tras ese individuo, pero sonaba sincero y se sentía halagada al saber todas las dificultades que había superado para poder encontrarla y halagada también por la atracción que causaba sobre él, un tipo de hombre nada habitual en su vida.

—¿Cómo te sientes?—se interesó Paul—. ¿Puedes quedarte y cenar conmigo?, por favor. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Tú a mí!—exclamó ella—, pero si lo sabes todo de mí, si has leído cosas que no me atrevería a contarle a mi madre y mucho menos a mi hija. Si sólo con pensarlo me causa sonrojo. Está bien—continuó tras un silencio en el que estuvo dejando que la incertidumbre se adueñara de su invitado—, ¿qué quieres preguntarme?

—¿Walt?

Gloria sonrió al oír ese nombre. ¡Walt! Ese tipo intratable que tenía delante, y que por momentos se comportaba como un colegial, le preguntaba por Walt porque seguramente lo consideraba un rival. Le pareció increíble que pudiera causar un impacto así en un hombre al que veía por segunda vez. No quería ni pensar en la cara que le pondría Annie si tuviera la oportunidad de conocer a ese oso pardo, o de observar la extraña cena que se avecinaba.

—No quieras saber tanto—respondió tras un momento de reflexión—, necesito tener algún secreto que desvelar. ¡Cenemos!—exclamó tras un silencio prolongado que rompió con una sonrisa de circunstancias y un movimiento de cabeza que podía significar algo así como «espero no tener que arrepentirme»—. Después de todo tengo más hambre que un náufrago—añadió.

—Yo también—afirmó Paul.

—Recuerda que eres mi invitado: nada de comer con las manos ni de sorber la sopa ruidosamente.

—¿Tanta pinta de salvaje tengo?—protestó él.

—Por supuesto—afirmó ella con rotundidad.

Gloria encontró la cena exquisita, tuvo que ayudarle a escoger sus platos para que no cayera en la trampa de una ensalada César y una hamburguesa especial de la casa, y pidió vino tinto de California.

—Pido lo que sé que me va a gustar—se justificó él.

—Pero para eso no se va a un restaurante—replicó ella—, aquí se viene a probar cosas diferentes, que sorprendan sobre todo tu sentido del gusto y del olfato. Hay que arriesgar un poco, ¿no te parece? No sé cuántos cocineros deben de trabajar en este restaurante, pero piensa en ellos, pobrecillos—le dijo con una sonrisa generosa—. Llevan todo el día trajinando para convertir en especial este instante: han ido al mercado, han pensado los platos, han previsto incluso cómo los iban a servir. Fíjate qué vajilla, parece que los platos puedan adaptar su forma a la comida, es preciosa, ¿no te parece?

—Quizá sí. La verdad es que cada vez me siento más distante de todo este decorado. —Paul estuvo comedido, pensó en su vajilla de plástico fabricada en China—. Seguramente me equivoco, pero me criaron en un ambiente así, demasiado refinado, no se podía correr, no se podía golpear el plato con la cuchara, no se podía arrastrar la silla, había que alzarla sin hacer ruido, tenías que pedir permiso para levantarte de la mesa… Si en un accidente—continuó después de un breve silencio—rompías alguna pieza de la vajilla era un drama sólo comparable a la caída de la bolsa. Por eso ahora mi venganza consiste en no darle importancia.

—Eso es ir de un extremo a otro—comentó ella—, seguro que puedes encontrar un punto de equilibrio que te permita disfrutar de las cosas sin necesidad de agobios. Bueno, no conviene ponerse trascendente—continuó—: causa estragos en la piel y resulta fatal para el brillo del cabello.

Gloria se echó a reír por su propia ocurrencia, y Paul, otra vez descolocado, sonrió también.

—Vamos a brindar. —Gloria levantó su copa de vino y Paul su vaso con agua—. ¿Vas a brindar con agua?—se extrañó.

—Si no te importa, sí. No bebo.

—¿Nunca?

—He tomado todas mis dosis, el cupo completo—dijo—. Le prometí a alguien que no pondría en riesgo mi vida. No lo cumplí entonces, pero me esfuerzo ahora.

—¡Uf!—resopló Gloria—, eres un tipo realmente extravagante. Una infancia en un entorno adinerado, una juventud repleta de excesos y ahora te has convertido en un adulto circunspecto. Eres todo un festival—añadió riéndose de él en su cara—. Me miras como si me estuvieras estudiando—dijo Gloria, que se había visto obligada a apartar su mirada en varias ocasiones, demasiado directa a los ojos—. No sé si pretendes decirme algo y no encuentras las palabras, si eres uno de esos tipos maleducados y agresivos que te miran como si quisieran leer en tu mente, o en tu cuerpo, o quizá es que no te atreves

a confesarme que eres miope.

—Lo siento—repuso Paul—, no me he dado cuenta, es como un mal hábito, forma parte de los tics de la profesión.

—Resulta muy incómodo—protestó ella—, de vez en cuando deberías mirar a otro sitio, relajar esa mirada y esa expresión severa que aparece en tu frente. Cohíbe un poco. Y además, casi no te he visto sonreír, deberías sonreír más.

—Procuraré hacerlo—dijo él como si hiciera un acto de contrición—, de verdad. De hecho he aprendido a mirar de frente a las personas gracias a la cámara. Es una sensación muy curiosa la que se produce al mirar a través del visor, es como mirar desde un escondrijo, como mirar sin ser visto. Si estás detrás de la cámara, a la persona a la que apuntas con el objetivo parece no importarle que la estés estudiando. ¿Sabes? Cada vez es más difícil trabajar con personas anónimas, todo el mundo ha aprendido a adoptar una pose ante la cámara, ya nadie se muestra natural. Con los profesionales es diferente, al menos ellos saben fingir naturalidad.

Paul sabía que en esa primera cita no podía formular preguntas sobre lo que había leído en el diario, que simplemente no era el momento, así que decidió morderse la lengua. Ella había sido directa al preguntarle qué había leído y él había sido sincero. Si a lo largo de la cena a Gloria le parecía oportuno hacer algún comentario, él podría aprovechar para sacar alguno de esos temas que le carcomían; y si no era así, esperaría ocasiones más propicias.

De vez en cuando, como en medio de una tempestad, surgían silencios inesperados, incómodos; resulta difícil enlazar un tema de conversación con otro durante una primera cita, porque antes hay que calibrar si será oportuno o no, o cómo reaccionará nuestro acompañante a uno u otro asunto.

—¿Eres creyente?—le preguntó Paul después de uno de esos largos silencios y tras haber descartado mil y un temas distintos.

—¿Lo dices por la cruz?—Gloria se llevó la mano a la cruz, que de vez en cuando emergía a la altura de su pecho—. Es un mero adorno, un complemento. Me la pongo porque perteneció a mi abuela. Se quedó en Cuba y no la conocí. ¿Y tú?—le preguntó ella—. A simple vista no llevas anillos ni pulseras ni collares. ¿O es que quizá escondes algún piercing muy delicado? Con ese aire inquietante que tienes, seguro que debes de llevar alguna aguja clavada en algún lugar muy doloroso.

—Pues no—contestó molesto; su frescura le descolocaba—, no llevo ni agujas ni cruces gamadas ni nada parecido. Sólo un tatuaje, en el hombro.

—Vaya, chico, no te enfades—se disculpó ella—. ¿Puedo saber qué

llevas tatuado?

—Es una frase, una especie de lema: «No hay espera ni esperanza». Quizá habrías preferido algo más clásico, del tipo: «Sexo, drogas y rock and roll».

—Pues sí—aceptó—. Esa frase, «No hay espera ni esperanza», me parece una sentencia demasiado dura, no sabría vivir con un sentimiento así. ¿Es tuya o es de algún poeta?—le preguntó.

—Ni una cosa ni la otra—respondió él sin aclarar la procedencia—, pero un buen día decidí apropiármela.

Entonces Paul pareció recordar algún dato y para cambiar de tema le preguntó:

—¿Naciste en Nueva York o en Cuba?

—Mitad y mitad. Llegué a Nueva York en el vientre de mi madre, para no pagar el billete de avión, y nací seis meses más tarde. Mis padres me educaron en inglés y en español. Supongo que eso me permitió adquirir cierta facilidad para imitar acentos y fingir voces. Hubiera querido ser cantante, como Celia Cruz o Gloria Estefan, pero como actriz de doblaje me va muy bien, no me puedo quejar. Mis papaítos viven en Miami, están jubilados, voy con alguna frecuencia para verlos y por el sol, necesito calor, calor, calor, ¿Sabes a qué temperatura estaban hoy en Miami? ¿Y en Brooklyn? Pero ¡qué te cuento!—protestó Gloria—, seguro que has leído algo así en mi diario. Háblame un poco de ti, chico: ¿tienes familia?, ¿vives con alguien? Yo también tengo derecho a saber algo de ti.

—Es justo—concedió Paul—. En los últimos siete años siempre he vivido solo, aunque por breves temporadas he tenido pareja. Hace un par de meses que mi novia y yo lo hemos dejado. Dicen que es difícil convivir conmigo, aunque es una hipótesis que está por confirmar. Mi madre murió hace diez años, era una mujer extraordinaria. Uso su apellido, Knobel. Mi padrastro es el juez Garner, del Tribunal Supremo de Nueva York. No nos vemos, no nos hablamos, para mí es como si no existiera. A mi padre apenas le conocí, estaba enfermo y lo habían ingresado ya en una residencia cuando nací. Murió un año antes que mi madre; de hecho tengo la teoría de que mi madre se abandonó hasta morir cuando supo que él ya no la necesitaba.

—Lo siento mucho—le interrumpió Gloria—, si te hace daño podemos hablar de otra cosa, no quisiera…

—No te preocupes. Mi vida gira alrededor de la fotografía todas las horas del día. No sé en qué ocupar mi tiempo cuando no trabajo. Dentro de unas semanas, el 12 de diciembre, inauguro una exposición a la que estás especialmente invitada.

Entonces echó mano al bolsillo de su chaqueta y junto a varios snacks morados y un par de frasquitos con pastillas sacó un sobre en el

que aparecía escrito Gloria Graham y dentro, en efecto, había una invitación personalizada. El nombre de la galería, Axelle, aparecía en letras blancas sobre una mancha verde, en el mismo color de los rótulos que se utilizan en la ciudad para indicar las calles y anticipar las rutas. Y el nombre del fotógrafo estaba escrito utilizando puntos de luz blancos, como si fueran los leds de los semáforos cuando indican que puedes cruzar. Además, PAUL KNoBEL estaba escrito en mayúsculas, todo el nombre menos la *o*.

—¿Es casualidad o es un guiño al logo del MoMA?—quiso saber ella.

—En realidad—respondió él—, toda la invitación, los colores, las tipografías, los símbolos…, está construida sobre guiños a la ciudad. La idea es de la galería, ¿te parece pretencioso?—le preguntó dubitativo.

—No, todo lo contrario, me gusta—reconoció ella—, tiene sentido: la exposición se llama «Washington Square World». Es un buen golpe de efecto—comentó Gloria después de leer la invitación—. ¿Te afecta, estás nervioso? Aunque supongo que ya has expuesto antes.

—Es muy comprometido—respondió—. Con cada exposición es como si empezaras de nuevo, ha de acudir el público y los coleccionistas, algunos medios enviarán a sus críticos, unos me crucificarán y los otros quizá también. Si no surgen tropiezos, venderé algunas obras y el dinero fresco me proporcionará un poco de tranquilidad.

—¿Y qué fotografías?—preguntó Gloria.

—Es muy largo de explicar. —Paul intentó zafarse de la pregunta.

—Te advierto que me interesa mucho—replicó—, y además pienso pedir postre.

Las críticas a su primera exposición calificaron a Paul Knobel de realista, e incluso de naturalista, por la crudeza de los tipos y de las escenas que reflejaban sus obras. Aunque las críticas no eran negativas, no le gustó ese calificativo, aunque no protestó; sabía que sólo habría servido para alimentar la polémica y para que algún crítico se reafirmara ya para siempre en ese estereotipo. De todos modos ese calificativo le dio que pensar y empezó a madurar una idea lentamente dentro de él. Al fin surgió el motivo con el que pondría en marcha la colección de fotos para su quinta exposición, la tercera individual. Paul tomó decenas de fotos desde los tejados de los edificios de Washington Square North, que son inusualmente bajos para la ciudad, de entre cuatro y cinco plantas.

—Estuve observando la plaza—le contó mientras les servían los postres—y estudiando ese universo durante semanas. Iba cada día que

había sol e instalaba varias cámaras con trípode. He tenido que alquilar equipos, cámaras, ópticas, porque quería captar una misma escena de manera fragmentada, desde tres puntos fijos y un punto móvil, una grúa con la que circulábamos por la plaza. En Washington Square se dan cita toda clase de individuos, de edades y etnias diversas, que componen todas las situaciones inimaginables; también hay animales de compañía y pájaros, palomas, qué sé yo. De vez en cuando disparaba una serie de fotos, siempre con el mismo enfoque, después las proyectaba y las analizaba hasta que pude obtener la gran panorámica que quería, una foto perfecta, formada por tres imágenes independientes que componen un mural de gran formato. Desde que comencé a planear el proyecto hasta la fecha de la exposición habrán sido trece meses de trabajo; algunos, sobre todo los atardeceres de verano, bastante intensos. La plaza está más bonita en otoño—se adelantó a Gloria—, es cierto, pero en verano hay más vida y más luz.

»La exposición está formada—continuó él—por esa triple foto de Washington Square, que incorpora la fecha exacta y la hora en la que fue tomada, y por cincuenta y tres fotografías más. Excepto la principal, que es en color, el resto las presento en blanco y negro, con distinto formato. En la foto principal, en todas las personas aparece semioculto un código de barras, como si fuera una etiqueta, y con el lector de códigos el espectador puede saber el nombre de ese personaje, su edad y su profesión; también está impreso en los grandes árboles. El resto de las fotos son retratos individuales o de grupo realizados con posterioridad, desde la grúa colocada a diferentes alturas: reproducen cada una de las escenas que pueden tener un tratamiento diferenciado y también ofrecen información del momento a través del código de barras: qué se disponían a hacer cuando fueron fotografiados, o de dónde venían, cuáles son sus aficiones o sus sueños… Además, a estas fotos les he añadido texturas: en los trajes de algunos personajes, en la corteza de algún árbol, en un fragmento del suelo…, sin premeditación, de un modo completamente aleatorio. Una mezcla extraña que no sé cómo catalogará la crítica—sonrió él ante la mirada sorprendida de Gloria—. Aunque puedo imaginarlo. Un bodegón hiperrealista, dirá alguno quizá; un manifiesto contra el hiperrealismo, dirá algún otro más sutil, puesto que lo que refleja es la imposibilidad de que una imagen contenga toda la realidad. Una fotografía es una representación—aclaró con vehemencia—, sólo significa lo que puede verse, y cualquier otra interpretación es subjetiva y pertenece al observador. Para entender o para confundir al mundo ya están los políticos y los *reality shows*. ¿Te aburro?—le preguntó de repente mirándola a los ojos.

—No, todo lo contrario—protestó ella negando también con la cabeza—, continúa, por favor, me parece muy interesante.

—De todos modos, y tú que trabajas en los medios audiovisuales también debes haberlo sufrido. —Paul buscó la complicidad de Gloria—. En estas producciones que se realizan en entornos naturales lo más agotador son los aspectos logísticos. Te puedes volver loco—exclamó—, por eso prefiero trabajar en mi estudio. Para evitar complicaciones, el experto en propiedad intelectual de la galería nos preparó un protocolo para salvaguardar los aspectos legales vinculados a los derechos de imagen de las personas que pudieran aparecer en las fotos. ¿Te imaginas? Sólo para entender lo que nos pedía necesitamos casi una semana. «Es imposible, jefe», me decía Rufus, mi ayudante, «nos sale más a cuenta contratar veinte o treinta figurantes durante una semana, nos costará algunos miles, pero no acabaremos tarumbas». Si en los años veinte y treinta hubiéramos puesto tantos impedimentos, la fotografía no habría superado la estética del fotomatón. Por si acaso, después de hacer las pruebas, durante los días que estuve haciendo las fotos que aparecerán en la exposición, pedimos permisos a todos los grupos y a todas las personas que acudían a la plaza, incluso les hicimos firmar una autorización. Los neoyorquinos—continuó—son individualistas y desconfiados, si creen que se les está menoscabando algún derecho litigarán por él como si les fuera la vida. Y en cambio tienen un punto débil que es todo un agujero negro: se desviven por todo lo que suena a arte, novedad, creación, y además están enamorados de su ciudad. No importa de qué rincón del planeta procedan, se quitan el sombrero ante todo lo que suene a ser único o pionero en el mundo… Y eso no es todo, no quiero aburrirte con detalles tan prolijos, pero además hay que pedir permisos en el Ayuntamiento y responder a infinidad de preguntas: «¿Y quién va a ocuparse de la seguridad?», «¿Necesitan cortar el tráfico?», «¿A qué hora exacta se restablecerá?». Y también a los propietarios de los edificios y, en algún caso, a cada vecino. «Señor vecino—Paul impostó la voz y la hizo aún más grave—, ¿le importa que subamos a su azotea y que desde allí hagamos unas decenas de fotografías de la plaza?, los otros vecinos ya han manifestado su conformidad».

A Gloria le hizo mucha gracia su azaroso relato. Ella no se había visto nunca en esas situaciones; había asistido alguna vez a algún rodaje, sobre todo por curiosidad, para ver en qué condiciones trabajaban los actores. Su intervención tenía lugar siempre en estudios de doblaje, en entornos cerrados, muy bien acondicionados para evitar ruidos o interferencias, trabajaba mirando a una pantalla en la que aparecían los personajes a los que iba a prestarles su voz, o leía de pie un texto colocado sobre un atril, un texto preparado y guionizado en el que aparecían registradas incluso las pausas para respirar. Sólo cuando empezaba su carrera tuvo la tentación de actuar en un par de

ocasiones, de prestar imagen y voz a una pieza dramática, pero enseguida comprobó que no era lo suyo, que se encontraba más segura detrás del telón.

—Tengo otro regalo para ti—dijo Paul, y se inclinó levemente a la derecha para alzar su bolsa, la colocó sobre sus piernas y sacó un libro—. He tenido que pelearme con mi editora para extraerle este ejemplar de sus entrañas.

Gloria lo sopesó y se lo llevó hacia el rostro.

—¡Mmm!—exclamó—, en efecto huele como recién salido de la imprenta.

Se trataba de un libro de gran formato, un volumen a todo color sobre establecimientos singulares de los barrios de Nueva York, encuadernado en tapa dura, impreso en papel satinado, con unas ilustraciones muy impactantes. Ella pasó las páginas y sonrió al ver alguna de las tiendas.

—Conozco ésta—dijo Gloria—, he comprado aquí montones de veces. Y también ésta. Es un libro extraordinario—comentó mientras lo ojeaba—. Felicidades, pero no sé si puedo aceptarlo.

—Por favor, el libro se ha distribuido ya y en una semana habrá miles de ejemplares en los escaparates de las librerías. Según mi editora, este fin de semana los medios empezarán a hacerse eco de la aparición del libro. En cualquier caso, ya ves, tu primicia sólo durará unos días.

—Estoy un poco abrumada—protestó—. Soy yo la que está en deuda contigo y tú no haces más que acrecentarla con estos obsequios. Pero lo acepto, gracias. —Y entonces dejó el libro sobre la mesa, se levantó y se acercó a Paul antes de que éste pudiera reaccionar. Gloria se inclinó sobre él y le besó en la mejilla—. Gracias—repitió ella de nuevo. Él cerró los ojos un momento para sentir más próximo el olor a lavanda, fresco y fragante, que desprendía a su paso. «Huele a ropa limpia», pensó—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado conseguir estas fotos? —le preguntó.

—No quiero ni pensarlo. Esa foto de la frutería—le mostró la imagen—tiene la culpa de que estemos ahora aquí. Encontré tu diario en uno de los últimos intentos fallidos. Mientras tanto, para sobrevivir, hago reportajes para revistas, el último sobre un grupo de rap que está de moda. —Paul buscó en su memoria—. Lo siento, no recuerdo el nombre.

—No me gusta el rap—comentó ella—, me marea un poco y sobre todo me molestan esas letras tan machaconas. Prefiero la salsa y en general los ritmos latinos y sabrosones. ¿Te gusta bailar?

—No. Bueno, no lo sé—balbuceó él—. El caso es que no bailo, no suelo ir a bailar.

—Me lo temía—repuso Gloria—, incluso lo hubiera jurado, ese cuerpo tuyo está demasiado rígido. Tienes un aspecto feroz, ¿sabes? Pareces sacado de un desfile de marines. El baile es la mejor medicina para la ansiedad y la tristeza. La música y el baile alegran el corazón. ¿Sabes cuántos músculos se activan cuando bailas bachata o merengue?—le preguntó—. Yo tampoco—sonrió antes de que Paul pudiera decir que no, o negar con la cabeza—, pero son muchos, muchísimos.

—Para que veas que no te guardo rencor por esos piropos, aquí tengo otro sobre para ti. No hay dos sin tres, ya sabes. —A Gloria se le heló la sonrisa en los labios cuando extrajo tres fotografías de Glo—. No te alarmes, se apresuró a tranquilizarla. No hablé con ella, ni siquiera pudo verme. —Había dado un tono sepia a las imágenes y les había puesto un marco blanco, a modo de paspartú, como en las fotografías antiguas, porque eso era lo que la belleza triste de Glo le había sugerido, un tipo de belleza de otra época—. Me sucede a menudo—se disculpó—, en vez de escribir notas, capturo imágenes, como si fueran ideas que más tarde tuviera que desarrollar, o a veces como enigmas que tuviera que desentrañar.

—Vaya, así que tenías preparado un tercer golpe de efecto, has preparado este encuentro a conciencia.

Él no supo qué decir, era obvio y no sabía si debía justificarse o callar.

—Son fotografías muy buenas. —Gloria las puso una al lado de la otra para contemplarlas—. Te has tomado muchas molestias.

A Paul le hubiera gustado aprovechar ese momento para preguntarle por su hija, por Stuart, pero se mordió la lengua, temía su reacción. Hubiera querido hablarle de las gestiones que había realizado ante el abogado Preston y el juez Garner, pero ¿cómo podía hacerlo sin parecer aún más entrometido, sin generar unas expectativas que quizá agudizaran más tarde su frustración? Pensó que debía dejar ese asunto para mejor ocasión, para cuando tuviera noticias esperanzadoras.

Más tarde, Gloria escribió en su nuevo diario:

Cuando nos despedíamos en la puerta del taxi, Paul ha retenido mi mano entre las suyas durante un instante. Es curioso, pero he sentido por él una gran ternura, me ha parecido un niño grande, extraviado, un niño necesitado de cariño, de alguien que lo acune y vele su sueño.

Rufus estaba en la puerta de la galería Axelle controlando la entrada, aunque por supuesto había contratado a un portero para realizar esa labor. Paul Knobel ya había trabajado con Axelle en

Brooklyn en una exposición colectiva, y desde que abrió la nueva sala en Chelsea su director le había propuesto varias veces organizar una exposición singular, una obra que marcara una época en su trayectoria. Así había surgido el compromiso de exponer WSW, sentados en la cafetería Trestle durante horas, en la mesa redonda que ocupa la esquina del local, con una vidriera magnífica que recibe la luz de la calle 24 y de la Décima Avenida, Paul le había explicado a Raymond Dreiser la colección de fotografías que iba a tomar de Washington Square. Le mostró planos, esquemas, e incluso le adelantó algunas ideas sobre el tratamiento que pensaba darle a esas imágenes, y le habló de cómo esa sucesión de imágenes iba evolucionando de un espacio acotado hasta abarcar todo un mundo.

Dreiser le había citado en esa cafetería: la primera vez el fotógrafo no había prestado atención al local, entró, localizó al galerista, se sentó en un banquito circular de espaldas a la calle y pidió un té negro, de Harney & Sons, si era posible. Pero no tenían esa marca. «Entonces cualquier otro vale», dijo sin atender a la camarera. No le gustaba ese té sólo por su sabor, ni porque fuera orgánico, ni siquiera estaba seguro de poder distinguirlo de cualquier otro parecido, pero lo servían en un sobre metalizado casi cuadrado, con un diseño muy trabajado, y en su interior, en lugar de la típica bolsita había un saquito piramidal, de base triangular, y con la tela agujereada. En su siguiente encuentro, la camarera le preguntó si quería un té negro de Harney & Sons, y entonces Paul sí que prestó atención al lugar. La cafetería era muy confortable, con una pequeña barra justo enfrente del rincón que ellos solían ocupar, y el servicio era impecable, a cargo de tres chicas jóvenes que vestían pantalón oscuro y camisa blanca holgada.

A Rufus no le gustó que su jefe se hubiera comprometido con Axelle cuando supo que estaba en la calle 25.

—Las galerías más importantes están en la 24—protestó—. ¿Por qué no dejas que me ocupé yo de esos arreglos? Vale, jefe, no me cuentes más, supongo que te has reunido con Dreiser y te ha engatusado. Ese tipo es un prestidigitador, ¿has visto qué manos tiene?, ¿y qué dedos? Tendría que haber sido pianista. Si quieres, puedo llamarlo, ya sabes que le tengo ganas, le explico que tenías un contrato firmado para esa exposición y que, como eres muy despistado, ni te habías dado cuenta.

Más tarde, su ayudante pareció conformarse, aunque no cambió de idea. Ese mismo recorrido, del escepticismo al convencimiento, ya lo había hecho el fotógrafo. En su primera cita con Dreiser había llegado tarde a propósito. A la misma hora en que el galerista le esperaba en la cafetería, Paul había acudido a Axelle. No se presentó al empleado que se acercó a atenderlo, todavía no conocía el local y quería

recorrer sus espacios antes de comprometerse.

Paul entró en la calle 25 desde la Décima Avenida. «La galería está cerca de la Undécima, donde todavía hay almacenes abiertos, muy cerca del río Hudson, lo que significará viento y frío si inauguramos en invierno», se dijo, «y quizá nieve». La calle era estrecha, como todas las de esa zona. Tenía el asfalto levantado en distintos lugares y se habían formado algunos charcos por las lluvias de los últimos días. Los edificios eran de cuatro y cinco alturas, en su mayoría rehabilitados para galerías, algunas de ellas las conocía bien. Axelle tenía una entrada amplia—Paul se situó en la acera de enfrente para contemplarla con calma—, a la que se accedía por una escalera metálica de apenas cuatro peldaños. Además contaba con dos vitrinas o ventanales que daban a la calle y que permitirían exponer un par de fotografías de gran formato para atraer al público. Paul tomó nota: la galería contaba con una fachada de tres cuerpos que permitía una inauguración más personalizada y preparar bien los espacios para recibir a los invitados. En definitiva, tenía posibilidades. En su interior contaba con dos salas grandes que se abrían a la derecha desde la entrada, una tras otra, y dos espacios a la izquierda más pequeños, uno de formato rectangular y el otro casi cuadrado. Este último espacio le pareció interesante, ya que podía ser la zona reservada para atender personalmente a la prensa o a los coleccionistas que seguían su obra. Cuando se dirigió a la cafetería para reunirse con Dreiser, Paul ya había decidido que la exposición sería en Axelle.

Viéndole allí, en la entrada de la galería, nadie diría que Rufus todavía no se había recuperado de la paliza, quizá porque había camuflado todos los hematomas con maquillaje y en lugar de llevar el brazo en cabestrillo se lo sujetaba con la otra mano. Todavía le dolía el labio y procuraba no respirar a fondo, pues tenía tres costillas dañadas. Vestía con su traje favorito, azul oscuro, una especie de mil rayas de trazo grueso, camisa salmón y chaleco azul un poco más claro. Llevaba el brazo derecho pegado al cuerpo, ya que todavía no tenía buena movilidad, pero por suerte era ambidiestro. A pesar de su estado, estaba ahí para evitar errores, pues a la inauguración únicamente se podía entrar con invitación, y a veces se colaba gente simplemente porque iba bien vestida, que sólo pretendía devorar canapés o limpiarle la cartera a algún incauto; y en cambio, a otros no se les dejaba pasar por su apariencia de pordioseros, y justo esos eran multimillonarios o genios o artistas o las tres cosas a la vez. Además, Rufus pretendía aprovechar ese momento para fumarse un pitillo sin disimulo.

Al portero y a las tres azafatas contratadas Rufus les había marcado unas consignas bien claras: no quería que entrara nadie sin

invitación, y además les había pedido que trabajasen a ritmo lento. A pesar del frío prefería que se acumulase gente en la entrada, que el público de las otras galerías sintiera curiosidad por saber qué estaba pasando en Axelle, que los medios pudieran fotografiar el primer indicio del éxito. Paul había enviado casi tres mil quinientas invitaciones que él le había obligado a personalizar añadiendo un «te espero» o un «me gustaría verte» o un «no me falles», y había tenido que firmarlas una a una, y por si eso fuera poco, Rufus y Young Hee habían llamado a más de trescientas personas y le habían pasado el teléfono a Paul, uno a uno, en sesiones de trabajo maratonianas, durante catorce días intensos, para que les hiciera saber lo interesado que estaba en contar con su presencia. De esos elegidos, una cincuentena no tendría que acreditarse, para eso estaba ahí él, para reconocerlos entre la multitud, para hacerles notar que eran tan importantes que tenían derecho a un trato preferente. Rufus sonrió satisfecho, una vez más había acertado: Gloria Graham acababa de bajar de un taxi. Era un fisonomista implacable, y mientras ella se acercaba a la entrada observó que hurgaba en su bolso y parecía contrariada, quizá porque no encontraba su invitación. A Rufus, Gloria le excitaba. Es cierto que no era su tipo; a su lado las modelos de noventa, sesenta, noventa, parecían anoréxicas, pero la señora, en su modesta opinión de entendido, tenía morbo. Así que se adelantó y la llamó por su nombre.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?, soy Rufus, el ayudante de Paul, nos conocimos en el estudio de la calle Varick. Mi jefe se alegrará cuando sepa que has podido venir. No lo parece porque tiene ese aspecto engreído, tan típico de algunos artistas, pero seguro que irá pasando lista mentalmente de la gente que espera ver, y tu presencia aquí esta noche le importa mucho. Disculpa que sea tan directo—le dijo Rufus al contemplar su expresión sorprendida—, pero no sólo ejerzo de ayudante de Paul, también soy su mano derecha y su mano izquierda e incluso creo que compartimos unas cuantas neuronas. Tú y yo también tenemos muchas cosas en común—se aventuró a decir, ya que sabía que la familia de Gloria tenía raíces cubanas—; yo soy de origen ruso.

—Lo siento Ruddy—le cortó ella—, Paul me ha puesto en guardia.

Ruddy o Rufus se tragó el sapo y se limitó a acompañarla en silencio hasta el lugar donde una de las azafatas servía champán, le ofreció una copa y a continuación la condujo hasta la sala en la que se encontraba el fotógrafo atendiendo a algunos invitados.

—Está nervioso—le dijo a Gloria—. Ya sé que no se le nota, pero está nervioso porque varios canales han anunciado su visita. Ya sabes cómo es esta ciudad: si no sales en televisión o si no tienes una buena crítica en un par de diarios, no existes, como si la exposición no se

hubiera llevado a cabo. Así que regreso a mi puesto—continuó—, no sea que ese gorila no les deje entrar. Por cierto—le dijo en un intento de recuperar la buena sintonía antes de volver a la entrada—, estás bellísima.

Gloria llevaba un traje chaqueta de un pálido azul cielo. La chaqueta abierta dejaba entrever una blusa de un blanco brillante, como satén, con diminutas estrellas bordadas en distintos colores. Aunque resultaba extraño en ella, la blusa iba abrochada hasta el cuello, con unos botones forrados de tela azul, y llevaba un cierre de plata con forma de media luna. Los zapatos de tacón y el bolso también eran blancos. No se había maquillado demasiado, sólo lo justo y en tonos pálidos, y llevaba el cabello rizado recogido. Gloria estaba arrepentida por su brusquedad y hubiera querido darle las gracias por su amabilidad, pero Rufus no se había callado ni un instante y ella había tenido pocas oportunidades de hablar, se había limitado a balbucear algo así como «gracias», «estupendo», «muy amable» y poco más. Desde su entrada en la galería, había podido distinguir a Paul, vestido de un negro riguroso: traje negro y una camiseta gris oscuro de cuello redondo. Estaba rodeado de fotógrafos y periodistas, algunos con minúsculas cámaras de vídeo, y también de lo que debían ser admiradores de su obra. Gloria tenía la copa aflautada en la mano y tomó un sorbo de champán; lo encontró muy seco, ella prefería los tragos largos, suaves y dulces.

Rufus regresó a la entrada justo cuando Sarah Norton bajaba de un taxi.

—Si fuera creyente—le susurró—, diría que eres un ángel.

Sarah sonrió.

—¿Cómo te encuentras?—se interesó ella.

—Me puedo valer. Paul está ahí dentro, rodeado por críticos y admiradores. Es su gran noche.

—Espero que se alegre de verme—dudó ella.

—Seguro que sí—repuso él.

Paul sabía que su presencia era una posibilidad, pues para las invitaciones priorizaron a las personas que habían adquirido obra suya, como la modelo.

—Ya sé qué me vas a decir, jefe, pero Sarah está en la base de datos y además sabes perfectamente que no es de las que organizan dramas. Si viene—le aconsejó—, dedícale un minuto, interésate por ella y por su trabajo, pregúntale cómo se encuentra. Es fácil, si quieres te escribo un guión.

Paul y Gloria habían hablado varias veces por teléfono en las últimas semanas y el fotógrafo no había dejado de recordarle que la esperaba, sin falta, en la inauguración de WSW. Hacía casi tres

semanas que habían cenado juntos, y al verle en la galería, mostrando sus fotografías al público, en ese momento de expectación ante cualquier elogio o crítica, Gloria se preguntó qué estaba haciendo allí, si con su presencia no estaría generándole falsas expectativas. Pensó entonces que lo mejor sería saludarle desde la distancia y marcharse.

La altura de Paul podía ser una gran ventaja, así que cuando el fotógrafo levantó la vista y la vio en mitad de la sala, le bastó un gesto con la mano para decirle que enseguida estaría con ella. Gloria reparó entonces en las fotografías expuestas y reconoció algunas de las imágenes que Paul le había descrito durante la cena. Washington Square ocupada por ciudadanos en situaciones cotidianas y algunas instantáneas mostrando diferentes detalles como si brotaran de la fotografía principal. Le gustaron las imágenes y decidió hacer un recorrido por las salas. Miró su reloj, pensó que tenía tiempo. En cuanto tuvo oportunidad, se acercó a una mesa en la que una azafata tenía un pequeño catálogo con las fotografías y los precios, le echó un vistazo y se sorprendió de que hubiera gente dispuesta a pagar esas cantidades por una fotografía, le pareció que la más económica superaba los veinte mil dólares y la más cara alcanzaba los ciento cincuenta mil. Y sin embargo, oyó a la azafata comentar con algunos invitados que durante la inauguración pensaban vender ya algunas obras.

Paul se sorprendió al ver a Gloria y Sarah conversar animadamente junto a la fotografía que mostraba a un grupo de ancianos junto al olmo de los ahorcados, un árbol imponente de más de treinta metros de altura y un metro y medio de diámetro, quizá el más antiguo de la ciudad.

—Nos ha presentado tu ayudante. —Gloria se movió levemente para introducir al fotógrafo en la conversación—. Estábamos comentando lo imponente que es ese olmo. Me avergüenza decir—sonrió con pesar—que no me había fijado nunca en él.

—Una obra muy interesante—comentó Sarah antes de que él pudiera reaccionar—. Os dejo—añadió a continuación—, he tenido un día muy ajetreado y necesito descansar. —Antes de que pudieran intervenir, Sarah se alejó decidida, en silencio siguieron con la mirada la estela que dejaba su cabello dorado y el ingrávido abrigo negro.

—Gracias por venir—Paul rompió el silencio que se había creado.

—No podía faltar—respondió ella—, soy una invitada especial. —Se miraron con una sonrisa en los labios, sin saber cómo continuar.

—¿No me vas a dar mi beso?—protestó él.

—Por supuesto, cielo—sonrió—, me encanta comprobar que te estás volviendo un adicto.

Al acercarse a ella, Paul aspiró levemente:

—¿A qué hueles hoy?—le preguntó.

—Flor de azahar, ¿te gusta?

—Por supuesto—respondió—, es muy intensa y a la vez dulce. —Paul la cogió del brazo cuando se dio cuenta de que estaban obstaculizando el campo de visión de la fotografía y la condujo a un rincón más tranquilo.

—¿Qué tal por Seattle?—quiso saber él.

—El clima es horrible—se lamentó Gloria—: llueve, llueve y llueve, y hace más frío que en Nueva York. El trabajo fue bien, voy a tener que volver unos días para grabar una promoción.

—¿Qué tal son los videojuegos?—insistió él—, ¿te han regalado alguna demo para mí?

—Muy interesantes—sonrió extrañada, pues ella hubiera preferido hablar de la exposición, y al mismo tiempo halagada por el interés de Paul—. Es una compañía enorme con cientos de empleados—le contó—. Me trataron muy bien y trabajé muy a gusto con ellos. Me explicaron sus proyectos. Si vendieran entusiasmo se harían millonarios. O quizá ya lo son. Por lo visto es un sector con mucho futuro; dicen que los videojuegos moverán pronto más dinero que el cine. ¿Lo sabías?—le preguntó ella.

—No, ni idea, he llegado tarde a ese mundo.

—Si de mí dependiera no volvería a Seattle—continuó ella—, te lo digo en serio. Hacía un frío y una humedad espantosos que te helaba por dentro y que no te podías quitar de encima por más ropa que te pusieras. A mí me sienta fatal llevar mucha ropa.

—¡No me digas!—exclamó Paul en tono burlón.

—No te hagas el golfo, chico, me has entendido perfectamente. Odio sentirme como si llevara una escafandra.

—Ven—le propuso Paul—, acompáñame a tomar algo, por favor, necesito un poco de agua.

Se acercaron a una mesa con bebidas instalada en un rincón tranquilo de la galería.

—Así que no eres un fotógrafo—comentó ella—, sino un artista.

—¿Quién dice eso?—protestó él.

—Aquí todo el mundo. Pero ya lo sabía, Annie te buscó en Internet y se sorprendió por la cantidad de referencias que encontró sobre ti y sobre tus fotografías.

A veces sucede que unas palabras deben conducir a otras, pero o bien no es el momento más adecuado o bien el entorno no acompaña, el caso es que se hizo un silencio incómodo entre los dos que Paul cortó como pudo.

—Hemos preparado una cena especial para los invitados especiales—dijo de manera atropellada—, se servirá aquí mismo, en la cafetería

Trestle on Tenth, en la esquina de la 24 con la Décima Avenida, ¿la conoces? Su especialidad es fondue de quesos suizos con vino. Hemos quedado tarde, a eso de las diez, vendrás, ¿verdad?

—No puedo—respondió Gloria—, me ha surgido un compromiso ineludible. Me ha llamado mi hija—le confesó al notar cierto disgusto en su rostro—, me ha dicho que necesitaba verme con urgencia y, aunque lo he retrasado todo lo posible, he quedado a las ocho y cuarto con ella, quizá para cenar, depende de cómo la encuentre de ánimo. No puedo fallarle. Además mañana es su cumpleaños.

—No te preocupes—Paul trató de restarle importancia—, lo entiendo perfectamente. ¿Cómo está Glo?—se interesó el fotógrafo.

—Hace unos días que me rehúye, no se pone al teléfono o se va del apartamento cuando sabe que voy a ir. Y hoy, de improviso, me ha llamado, no me ha explicado nada, pero me ha dicho que quería verme esta misma tarde, si me iba bien, ha añadido, como si yo tuviera otra opción cuando ella me necesita. Hemos quedado en una cafetería de Broome Street, cerca de Canal.

Paul miró a Gloria en silencio, si pudiera estar seguro de que iba a ser bien interpretado él podría anticiparle esa gran noticia que angustiaba a su hija; de hecho también le había llegado a él a través del abogado Preston. Parecía que iba a decidirse a franquear ese espacio personal cuando el director de la galería les interrumpió.

—Te estaba buscando—exclamó Dreiser—, son las siete y veinte. Recuerda que te van a llamar de la WNYC para una entrevista en directo.

—Te llamaré. —Eso fue lo único que atinó a decir Paul.

Ella asintió con la cabeza, lo vio alejarse escoltado por el director hasta que éste abrió una puerta que parecía camuflada en la pared y desaparecieron en algún despacho.

Con el dormitorio en penumbra, Gloria no pretendía dormir. Varios almohadones le permitían estar semiincorporada y trataba de estudiar un guión con escaso entusiasmo. La lámpara de la mesita de noche emitía una luz potente, pero estaba enfocada de modo que sólo iluminaba los papeles que apenas sostenía entre las manos. Por la derecha entraba una luz tímida que provenía de la calle y de otras ventanas insomnes. Cuando sonó su teléfono, dejó caer los papeles sobre la cama y estiró el brazo.

—¡Glo!—dijo sobresaltada, sin mirar la pantalla, sin pensar que pudiera ser otra persona.

Paul había llegado a su casa todavía excitado por el impacto de la inauguración. Había soportado la cena de celebración con estoicismo, aunque su principal interés en ella era disponer de tiempo para estar

con Gloria; que ella no hubiera podido acompañarles le supuso una pequeña frustración y seguramente también acortó la velada. Era medianoche, no tenía sueño y sabía que no valía la pena intentar dormir. La había llamado en varias ocasiones en las últimas semanas, pero con la puesta en marcha de la exposición no había tenido ni la calma ni el tiempo suficiente para proponerle una cita. Desde que se habían separado en la galería, se había hecho el firme propósito de llamarla al llegar a casa y preguntarle por su hija. La hora le parecía un serio inconveniente, pero se sacudió de encima ese pensamiento y la llamó al móvil. «Si lo tiene a mano—se justificó—, será porque ha previsto que puede suceder».

—Soy Paul, ¿te he alarmado? ¿Es demasiado tarde, quizá?—Al oír la voz de Gloria un tanto excitada fue de verdad consciente de la hora y apretó los labios. Se sintió mal al pensar que era probable que la hubiera despertado—. Si lo prefieres te llamo mañana—añadió.

—No, replicó ella, no, por favor, la verdad es que estoy en la cama intentando leer, creo que he leído la misma línea un millón de veces.

Su primera opción fue tomar una pastilla, pero pensó que tal vez su hija podría llamarla para comentar alguna cosa más, o para compartir esa angustia que no podía sacudirse de encima; en ese caso ella debía estar despejada. Así que decidió repasar el guión de un próximo trabajo: eso la mantendría ocupada un tiempo antes de poder conciliar el sueño.

—Perdona que me entrometa. —Paul pensó que los circunloquios no le llevarían a ninguna parte, a él le interesaba la relación entre madre e hija y quería preguntarle sobre eso y, en todo caso, ella tenía la posibilidad de evitar una respuesta directa—. Quería saber cómo te había ido con tu hija.

—Bien y mal. —Gloria dejó caer el dosier al suelo y se incorporó en la cama—. Es difícil de explicar. —No continuó, pero él no percibió un rechazo, sino cierto pesar, así que decidió insistir.

—Me interesa mucho—apuntó él—, y no voy a pedir postre porque ya me he lavado los dientes.

—No me hagas reír, chiquillo, que no me conviene. Con Glo nunca puedes saber si la urgencia es real o si está sólo en su cabeza. —Gloria se decidió a hablar. Paul era un tipo extraño. Ella nunca había tenido una relación cercana con alguien así, con esa apariencia de ser atormentado, pero de algún modo sentía que podía sincerarse con él—. Mi hija quería disculparse—le explicó—, pedirme que no me enfadara si no me cogía el teléfono o si en alguna ocasión me evitaba. Según ella, soy la persona que mejor la conoce, pero todavía necesita estar sola, ha de aprender a caminar sola de nuevo. A pesar de todo, hemos cenado juntas: Glo ha escogido un restaurante de comida rápida para que no me saliera caro. Ya ves, le preocupan esas cosas

tan tontas. Y durante la primera hora nos hemos mirado sin apenas decir palabra, hemos intercambiado frases cortas, tópicos sobre este frío odioso (Glo lo soporta mucho mejor que yo) o sobre los abuelos y sus andanzas en Miami, o sobre lo bonitos que eran mis zapatos. Durante la segunda hora, cuando ya teníamos la cuenta sobre la mesa, hemos pedido otros dos tés y entonces sí, entonces me ha contado por qué estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Tiene que ver con Stuart?—se interesó Paul.

—Sí, se trata de Stuart, por supuesto—confirmó ella—. Hace unos días el abogado no pudo localizarme y la llamó, puedo asegurarte que nunca lo hace, pero esta vez la noticia era demasiado importante. La buena nueva es que el recurso tiene fecha, y la mala, que la vista se ha fijado para el lunes 22 de diciembre. Ahora, lo que la angustia hasta impedirle dormir es que el juez, según ella, cuando la vea, sabrá que no está preparada para criar a un niño, que es una desequilibrada, y que a Stuart no le conviene un entorno como el que ella puede ofrecerle. Además, aunque han hablado por teléfono casi cada semana, le obsesiona la idea de que Stuart la habrá olvidado, que es posible que ni siquiera la reconozca.

—No puede rendirse ahora—comentó él.

—Desde luego—afirmó Gloria—. Todo el tiempo le digo que su situación es normal, que una experiencia como la que ella ha vivido por fuerza debe dejar alguna secuela, que lo contrario sería antinatural. Y que es evidente que cada día está mejor. Eso le digo a mi hija, le recuerdo que ha vuelto a su trabajo, que tiene un apartamento, que empieza a tener otra vez el control de su vida. Entonces, he aprovechado para preguntarle cómo le iba la terapia (sé que asiste porque el doctor Sampler me informa) y si le había contado al doctor que la vista para el recurso ya tenía fecha. Su terapeuta puede testificar en su favor, explicar la evolución de Glo en el último año. Pero mi hija no ha querido escucharme. Para ella voy demasiado deprisa y soy siempre demasiado optimista. Y tengo mis razones—continuó Gloria—, porque sé que si ella hace terapia es porque en el fondo de su corazón quiere restablecerse, quiere que la ayuden a salir de ese pozo oscuro e insano en el que se encuentra.

—¿No sería mejor que se refugiara en algún lugar, que descansara y recibiera algún tipo de ayuda?—reflexionó él.

—Es tarde para eso—valoró Gloria—. Durante los primeros meses en más de una ocasión le planteé esa posibilidad a su terapeuta. Sampler era partidario de utilizar esa opción como último recurso, por ejemplo si dejaba de asistir a las sesiones o si aparecían conductas que pudieran poner en peligro su integridad física, ya sabes a qué me refiero, autolesiones y cosas así. Pero cuando volvió al hospital, el doctor lo descartó completamente, según él sería un retroceso. Mi hija

ha mejorado mucho, aunque sufra crisis de vez en cuando. El simple hecho de que me haya llamado, que me dijera que se siente culpable porque me elude, que me explicara el motivo de su desazón, es una prueba de que está en el camino correcto. Sólo que, todavía muy a menudo, el pasado aparece con fuerza y la desequilibra.

La voz de Gloria se quebró.

—Lo siento, Paul—le dijo con una voz todavía poco clara—, no puedo dejar de emocionarme.

—Quizá no debí haberte llamado—se disculpó él—, es muy tarde.

Se hizo un momento de silencio. Paul pensó en explicarle cómo iban sus gestiones con el abogado Preston, las expectativas que había depositado en el asesoramiento del juez Garner, pero no sabía cómo enfocarlo, y el teléfono tampoco le pareció el canal más apropiado.

—¡Gloria!—exclamó Paul y miró instintivamente su reloj.

Estaba tumbado en la cama, desvelado, intentaba relajarse y para ello realizaba un ejercicio que consiste en pensar en cada parte del cuerpo y tomar conciencia del reposo y de la paz que va apoderándose de cada músculo. Era un ejercicio habitual en las noches en que sufría insomnio y no se decidía a tomar clonazepam. No se dormía, pero conseguía descansar. Había iniciado el ejercicio por los dedos de los pies y estaba ya concentrado en su cadera. A su lado tenía algunos libros abiertos y otros con las cubiertas a la vista. Faltaban diez minutos para la una de la madrugada cuando sonó su teléfono móvil.

—No te preocupes—bromeó ella—, no te voy a preguntar si estás en la cama ni con quién. Tampoco me interesa saber qué llevas puesto. Únicamente quería darte las gracias por tu llamada de hace un rato, y sobre todo disculparme por no haber pensado en preguntarte por la exposición: ¿cómo te ha ido? ¿Has vendido muchas fotografías? Me ha parecido que había mucha expectación.

—Ha ido según lo previsto—le contó Paul, animado por esa llamada—. He vendido algunas fotografías. Es habitual el primer día, pues acuden coleccionistas que siguen mi obra y que ya lo tienen decidido, pero es pronto todavía para hacer una valoración, hay que esperar a que en los próximos días la prensa y luego las revistas especializadas publiquen las críticas. Si son buenas, visitará la exposición un montón de gente y será un éxito. Si son malas o regulares, pues ya veremos. Tampoco es que me preocupe demasiado, la opinión de la crítica no añade ni resta valor a mis fotografías.

—Tu obra es muy buena—intervino Gloria tras unos segundos de vacilación—. No es mi mundo, no asisto habitualmente a exposiciones de fotografía, pero tus imágenes tienen fuerza y hacen sentir y pensar. Para mí, un artista es ese creador capaz de generar emociones en los

demás, y estoy pensando en personas desconocidas con las que no le unen ningún vínculo, con las que quizá entra en contacto por primera y última vez.

Paul esbozó una sonrisa y ladeó la cabeza como si quisiera añadir un matiz o expresar una ligera duda, pero no replicó. Mientras la escuchaba fue retirando todos los libros de encima de la cama y los devolvió a las pilas de la mesita. Al girarse, aprovechó para apagar la luz. Su habitación quedó casi a oscuras, a través de la ventana se filtraba la luz que provenía de la calle Varick, de las farolas y de los rótulos luminosos que solo descansaban unas horas durante el día.

—Las tres primeras semanas he de asistir todos los días a la exposición—le explicó Paul—un mínimo de cuatro horas. Estoy obligado por un contrato que he firmado de manera voluntaria, ¿puedes imaginártelo?

—Claro, cielo—se rio ella—, eso indica que te conocen bien y no se fían de ti. Con el aspecto que tienes, lo menos que deben de pensar es que en cualquier momento puedes presentarte en la galería con un espray y dedicarte a pintarrajear tus propias fotografías.

—¿Sabes que no es mala idea?—se rio él.

—Paul, disculpa, me gustaría hacerte una pregunta muy personal, pero no me atrevo.

—¡Uf! Debe de ser muy delicada—repuso el fotógrafo—si necesitas un permiso explícito.

—Pues sí, lo es, se trata de esa joven tan hermosa, Sarah. ¿Es tuyo el bebé que espera?

—¡Un bebé!—balbuceó Paul incrédulo, y sintió que su cuerpo se tensaba como si de repente la cama se hubiera abierto para engullirlo.

—Desde luego—repuso Gloria asombrada—, los hombres tenéis ojos para poder llevar gafas, al menos eso diría mi tía Esperanza. Es evidente que está embarazada.

—¿Te lo ha dicho ella?—balbuceó. Se incorporó y caminó descalzo por la habitación.

Desde luego él no había percibido en Sarah nada especial, se sentía incómodo por no haber respondido a sus llamadas, por no haberse interesado por ella, y había procurado no mirarla directamente; quizá sí, ahora le parecía que puede que tuviera un aire somnoliento, los labios más abultados. ¿Cómo podía Gloria estar tan segura? ¿Era eso lo que Sarah había pretendido decirle estos dos últimos meses, quizá desde la cena fallida?

—No, por Dios, ella no me ha dicho nada. Sólo llevábamos juntas unos minutos cuando te reuniste con nosotras. No es algo que se vaya contando por ahí, ¿no te parece? Y menos a desconocidos. Pero era evidente. Sarah parecía fatigada, le dolían los pies, tenía el rostro un

poco hinchado, los labios golosos y ese aire dulce de las embarazadas. El abrigo le permitía ocultar su incipiente barriguita pero, vamos, estoy segura al noventa y nueve por ciento. ¿No lo sabías?

Gloria había dado por descontado que el bebé era suyo.

Él se quedó mudo, sin saber qué decir ni qué pensar. «¡Un hijo!—exclamó para sí—, mi hijo». Y la única imagen que le venía a la cabeza era Sarah Norton, con su largo abrigo negro, la expresión asustada, evitando confrontar la mirada con la suya. Sin importarle la hora, sin detenerse a pensar si era o no conveniente, ni en las repercusiones, sin saber qué le iba a decir, sin poder anticipar cuáles iban a ser sus respuestas, llamó a Sarah una, dos, tres, cuatro veces, con el corazón cada vez más acelerado. No obtuvo respuesta.

Ya no podría dormir esa noche y una vez más la dedicó a reconstruir los largos paseos con Norma durante el último verano en Cape Cod, sus conversaciones, sus silencios, todo lo que le contó sobre la enfermedad de su padre, la desaparición o la huida de su abuelo de nombre desconocido, la aparente seguridad con la que Norma respondió a su pregunta: «No, Paul, no creo que a ti pueda sucederte nada semejante, ni me parece que lo genético deba ocupar el lugar de un determinismo que ya nos sacudimos de los hombros de una vez y para siempre».

Cuando sonó su teléfono móvil, Paul Knobel no estaba en su estudio, ni en su apartamento, tampoco se encontraba solo, y sin embargo, al comprobar que la llamada era de Gloria Graham, se apresuró a responder. De hecho, tanto él como su acompañante esperaban expectantes esa llamada desde hacía una hora.

La primera noticia que habían tenido del juez Garner era que el recurso se vería muy pronto, ese mismo mes de diciembre. El abogado Preston no podía asegurar que esa repentina celeridad fuera obra suya, pero en cualquier caso le parecía una buena señal.

—Si puedes avisar a tu amiga—le dijo entonces a Paul—o a su abogado, puede serles muy útil aprovechar este tiempo para refrescar sus argumentos.

—No se me ocurre cómo—se lamentó—. No conocen estas gestiones, no creo que se disgustaran por ello, al contrario, pero temo generar unas expectativas que, si no se cumplen, supondrán un daño extra.

—¡Hemos ganado, Paul, hemos ganado!—La excitación de Gloria se trasladó hasta el despacho del abogado, se adueñó de todo el espacio y se hizo un silencio denso y profundo como si se hubieran sumergido en mar abierto—. Hemos ganado, ¿puedes creerlo?—repitió, y las emociones brotaron y pugnaron por salir a flote—. La

juez ha otorgado la custodia de Stuart a Glo. ¿No es maravilloso?

Hasta aquí pudo llegar antes de que su voz la traicionara. Gloria conocía bien su instrumento de trabajo, había tenido que coger aire y llevarlo hasta lo más profundo del diafragma para poder decir esas frases de manera entrecortada pero sin que las lágrimas se le anudaran en el cuello y le impidieran pronunciar una sola palabra. Estaba en la puerta del juzgado y desde allí mismo le llamaba. Debía cumplir la solemne promesa que le había hecho el día anterior.

«Te lo agradezco mucho—le había dicho, casi suplicando—, pero es mejor que no nos acompañes. Si va mal… No quiero ni pensarlo—dijo emocionada—, pero si va mal, mi hija me necesitará más que nunca. Pero te juro por la virgen de la Caridad del Cobre que te llamaré sea cual sea el veredicto, en cuanto hayamos abandonado la sala».

Había otras razones de orden práctico que no quiso argumentar ante Paul, ya que Andy había prometido que no faltaría, Annie se había ofrecido a acompañarlas y Walt se había presentado de improviso para mostrar su apoyo; además Glo esperaba a algunos representantes de las asociaciones de familiares de víctimas del 11-S.

Paul estaba en el despacho de Orson H. Preston. Era la primera vez que el abogado lo recibía allí. Debía de tener más de cuarenta metros cuadrados, la puerta de entrada se abría justo enfrente de la mesa del abogado y de un enorme ventanal que parecía querer absorber el *skyline* de la ciudad. El escritorio era irregular, el tablero superior labrado en una sola pieza de madera de sequoia, debidamente identificada mediante una plaquita que recogía la procedencia del magnífico árbol que debió ser. En las paredes laterales había armarios de no mucha altura, repletos de libros de leyes, y una excentricidad en forma de cómoda Luis XV, barroca, con secreter y tapa de mármol, un pequeño candelabro de plata de siete brazos, una menorá, y otros extraños objetos que debían de tener algún significado para su ocupante. Y por encima del mobiliario, media docena de fotografías de la ciudad, seguramente de su colección privada, colocadas de forma descuidada, aunque todas muy sugerentes y valiosas. A cada lado de la puerta de entrada había un ambiente de trabajo distinto: en uno de ellos un par de sofás de piel negra, y en el otro, una mesa redonda de madera con cinco sillas de respaldo alto tapizadas en color tabaco.

Al entrar, Paul había pensado en Rufus, una de sus teorías postulaba que la minuta de un profesional sufría un incremento que era directamente proporcional a la ubicación física del edificio, al tamaño del despacho, a las proporciones de la secretaria florero, e incluso al traje, los zapatos y la corbata del individuo que te atendía. «Alguien tiene que pagar ese lujo—despotricaba su ayudante—, y yo apuesto a que sale del bolsillo de sus impresionables clientes». Por eso,

él únicamente contrataba a profesionales que tuvieran su despacho en Queens o en Nueva Jersey, y así conseguía lo mismo por la mitad de la tarifa como máximo.

Pero en el despacho del abogado Preston, lo que más sorprendió a Paul fue encontrar aquí y allá marcos con fotografías de distintos lugares. En todas ellas aparecía la misma pareja. Se había levantado al responder la llamada de Gloria y circulaba buscando el cobijo de unos muebles antiguos, que con toda probabilidad habían sido testigos de asfixiantes soliloquios y de confesiones desesperadas, y allí estaban las fotografías que el abogado había distribuido sin un criterio claro. En todas ellas Preston aparecía con Norma Garner, Knobel de soltera. Mientras escuchaba el breve mensaje de Gloria, Paul reseguía la figura de su madre en las fotos, atractiva y sonriente, como a él le gustaba recordarla, en todos esos lugares que un día visitó persiguiendo disfrutar, quizá, de un instante de felicidad.

Una semana antes de la vista el abogado y el juez Garner habían comido juntos en un restaurante muy concurrido, cerca del tribunal. El magistrado había reservado mesa en uno de los restaurantes de los que era cliente habitual, puesto que no había nada extraño en que un juez y un conocido abogado compartieran el almuerzo, e incluso había saludado ruidosamente a algunos colegas, la mayoría de los cuales conocían o habían oído hablar de Preston. En el transcurso del almuerzo, además de exponerle cuál era el enfoque que, en su opinión, debía darle al caso el abogado de la señora Gloria Sheffield, el juez le había facilitado un sobre blanco con unos pocos folios impresos, sin ninguna clase de membrete.

—Si no vas a ir a la vista—le había sugerido el abogado a Paul—, acompáñame, tengo buenas noticias que prefiero comentar en privado. Ni el teléfono ni el correo electrónico me parecen medios discretos. Piensa—le dijo después de hacerle sentar en un sofá y pedir que le sirvieran un té—que el juez Garner nos ha adelantado los argumentos sólo porque, de algún modo, deben demostrar su implicación en la resolución favorable del recurso, como si fueran la evidencia de su participación. A Garner no le basta con que el recurso sea favorable a tu amiga, quiere dejar constancia de que son sus argumentos los que van a conseguir ese éxito y que no se debe a ningún tipo de intercesión ante la juez Logan. De este modo no hay equívocos, aunque no haya documentos escritos en relación con ese asesoramiento, él se queda con la conciencia tranquila, habrá cumplido su parte del pacto.

—Y de paso—apuntó Paul—, le habrá demostrado a este menesteroso que es un profesional brillante además de un hombre íntegro.

—No me interrumpas—le reprochó Preston—, déjame que acabe el relato de nuestra amena conversación para que puedas disfrutar de sus impecables argumentos, después de todo estudiaste Derecho en Harvard, ¿no es así?

La conversación con Gloria se cortó. Paul contó hasta veinte y como su teléfono no volvía a sonar, le devolvió la llamada. Al lado de Gloria, Stuart y Glo permanecían abrazados, Glo estaba sentada en un frío peldaño de la extensa escalinata, hecha un mar de lágrimas, sin fuerzas para incorporarse. El niño permanecía de pie ante ella, entre sus brazos. El pequeño, extrañamente sereno, como si se tratara de un acontecimiento previsible, anudaba los dedos de sus manos en la cabellera rizada de su madre. Para consolarla parecía murmurar alguna cosa pero era una cantinela inaudible.

—¿Cómo ha sido?—le preguntó Paul—, ¿qué ha sucedido?, ¿puedes explicarme algún detalle?, ¿puedes hablar?

—Nuestro abogado ha estado impecable, brillante. —Gloria se repuso por un momento—. ¡Qué equivocada estaba, cómo lamento ahora haber sido tan desagradable con Lanchester en más de una ocasión!—Las lágrimas volvieron a aflorar y el breve diálogo se interrumpió de nuevo.

—El juez Garner ha desestimado los argumentos vinculados a la ley de adopción—continuó Preston—, básicamente porque no hay constancia fehaciente de ningún trámite. Stuart era hijo de Audrie Sheffield, de soltera Chaiklin, y sus abuelos son familiares en segundo grado de consanguineidad y han ejercido su derecho. Garner ha abordado este asunto desde dos frentes: el primero es el económico, habrá que hacerles entender a los abuelos que no verán ni un dólar—el abogado intentaba sintetizar el discurso del juez—, que el dinero del seguro de vida y las indemnizaciones por la muerte del padre serán para su mujer, Gloria Sheffield, ya que es ella quien consta en los archivos del cuerpo de bomberos como su esposa legítima y, por tanto, es la beneficiaria única de todos sus derechos pasivos, seguro de enfermedad, seguro de accidente, etcétera. Respecto a la parte que pudiera corresponderle a Stuart Sheffield, un juez razonable considerará que debe quedar inmovilizada hasta que cumpla los dieciocho años, de manera que ese patrimonio le permita matricularse en una buena universidad; en definitiva, que le garantice su futuro. «Puede usted comprender», me dijo el juez con una sonrisa de satisfacción, «que de repente, para unas personas mayores, a punto de jubilarse, esa situación, tener que costear la educación de ese niño hasta la mayoría de edad, no hará más que empeorar su retiro». ¿Qué te parece?—acotó el abogado—. Cuanto más prosaico es el enfoque, mayor impacto causa en la contraparte. Es muy brillante—sentenció

Preston.

»El segundo frente que mencionó el juez fue el del respeto a las decisiones de un héroe como Samuel Sheffield. Me comentó la necesidad de confeccionar un expediente con todos los documentos que Sam y Glo ya habían preparado para que Stuart figurase como hijo de los dos, y basándose en un caso anterior fallado por el Tribunal Supremo, te voy a ahorrar las referencias, solicitar que esos documentos constituyan, sin duda alguna, una forma de testamento. Además, añadió que convenía destacar las fechas de esos documentos que se truncaban el día 3 de septiembre, sólo ocho días antes del amargo final de su vida. Ésta es una lección para mí—cabeceó Preston—, este argumento está vinculado a mi especialidad. Me he sentido extraño en esta serie de contactos con Garner, me ha dado que pensar, para mí era en todo momento el marido de Norma, mis sentimientos hacia él eran confusos y mi actitud agresiva, absurda e innecesaria. De repente he tenido la certeza de que él también conocía mi relación con Norma y que quizá se sentía igualmente dolido. Qué inesperada situación, ¿no te parece?

—¿Estás ahí, Paul?—preguntó Gloria.

—Sí, te escucho—respondió él—, no te preocupes, no voy a colgar hasta que tú me lo digas. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo están tu hija y el niño?

La mañana estaba muy fría, pero Glo y Stuart no parecían percibir nada que pudiera proceder del exterior. Annie, Andy y Walt seguían la escena desde una distancia prudente. El único que sentía el frío de esa mañana invernal debía de ser el abogado, ya que pateaba el suelo con regularidad. Lanchester, cartera en mano, sonriente, no sabía qué hacer, si debía irse ya o quedarse hasta que sus clientes se hubieran marchado también. Se sentía orgulloso, había ganado un recurso muy difícil, todos los colegas con los que lo había comentado le habían augurado un fracaso sin paliativos; sin embargo, había triunfado, ya haría él todo lo necesario para hacérselo saber. El abogado de los abuelos maternos se había quedado con la mente en blanco, no había sabido cómo replicar a una argumentación que no hacía ninguna alusión a la legislación sobre adopciones. Lanchester, en cambio, expuso sus ideas con convicción y enseguida hicieron mella en la magistrada, que asentía ante el pragmatismo y la brillantez de la exposición. La contraparte intentó pedir un aplazamiento de la vista, pero fue inútil.

—Abogado—le dijo la juez Logan—, usted ha tenido tiempo suficiente para prepararse; el tiempo en la vida de un niño puede circular a un ritmo muy parsimonioso, no podemos hacerle esperar más… Y por si eso fuera poco, los abuelos se amilanaron y no

mostraron ninguna intención de recurrir o de ir más allá.

El fallo, aunque recurrible en una instancia superior, era de aplicación inmediata y Stuart había pasado a estar bajo la tutela de Glo desde ese mismo momento.

«Caso resuelto y con final feliz», se dijo el abogado. Es curioso lo frágil y lo benévola que puede ser la memoria humana: Lanchester había corregido algunos textos, había incorporado algunas frases, y se había apropiado los argumentos que otros habían elaborado para él. Pero de algún modo, en su interior, él había acabado convenciéndose de su propio mérito.

»Te voy a ahorrar los detalles—le dijo Preston a Paul—, pero esos dos argumentos me los ofreció por escrito, trufados de citas y de referencias de antecedentes que el abogado de esa chica podría utilizar ante el tribunal. La verdad es que fue un verdadero alarde de erudición por su parte. No sé qué me impresionó más: si la creatividad del punto de vista y de los argumentos o la erudición para vestir ese enfoque con una carga profunda de legislación. Lo único que tuvimos que hacer, puesto que imaginaba que tú querrías permanecer al margen de todas estas gestiones, fue enviar a uno de mis ayudantes al despacho de Lanchester para entregarle un dosier con esa línea de defensa perfectamente desarrollada. ¿Puedes imaginar su cara de sorpresa? Por supuesto que no hizo pregunta alguna, como si estuviera acostumbrado a que otros le prepararan, gratis, los casos en los que trabajaba.

—¿Debo interpretar que no saben nada?—comentó el abogado Preston cuando Paul guardó el móvil.

—En un par de ocasiones he estado a punto de decírselo—le confesó—. Y en el instante decisivo me arrepentí, no encontré las palabras adecuadas, ahora creo que es mejor así, prefiero que no me deban nada.

—Con la edad me estoy volviendo un sentimental—comentó Preston—, no voy a negar que este caso me ha emocionado. Me ha hecho pensar en la felicidad y en lo frágil que es, aparece y desaparece de nuestras vidas sin que a menudo hagamos nada por favorecerlo o por evitarlo, como si fuera cosa de magia o del destino. También he pensado mucho en Norma estos días, en cómo un suceso puede marcarnos para siempre. Me alegro de que esa mujer, Gloria Sheffield, o Glo, como la llamas tú, me alegro de que, dentro de su desgracia, haya tenido un poco de suerte, que haya encontrado una ventana a través de la cual poder escapar. ¿Sabes? Daría cualquier cosa por leer esa carta de la que me hablaste, esa última carta en la que quizá Norma me mencionaba. ¿La conservas?

Paul no contestó, era obvio que la conservaba, junto a los otros

tesoros que su madre había rescatado para él del pozo de su infancia, en el mismo baúl que le entregó la señora Moö, pero no respondió porque si Preston insistía, él se vería obligado a replicar con una rotunda negativa.

En cambio, aunque en otra ocasión ya habían hablado de la relación entre Orson y Norma, él le hizo una pregunta directa:

—¿Qué sucedió entre vosotros? Tú eres soltero, ¿por qué no os casasteis?

—Norma ni siquiera me permitió que se lo propusiera—respondió el abogado—. Había un obstáculo que era insalvable para ella, y por supuesto que no me refiero al juez Garner, que no contaba para nada en su vida; era Thomas, sobre todo, y también tú. Los dos estabais en primer y en segundo y en tercer lugar, no había espacio para nadie más en ese nivel. Ella sentía que ya había traicionado a Thomas en una ocasión y no estaba dispuesta a volver a hacerlo. —Preston hizo una breve pausa, empezó a recoger los papeles que había desplegado sobre la mesa, los alineó golpeando sobre la superficie y los guardó en una carpeta—. Y yo, iluso de mí, no insistí—continuó él pesaroso—, no peleé suficiente esa batalla. Nos veíamos a menudo. Nos amábamos. Viajábamos juntos. Me conformé con esas migajas y dejé que se me escapara el gran banquete. Ya ves, un poco de felicidad puede ser el peor enemigo de una vida plena.

Gloria Graham hizo un mohín de disgusto cuando comprobó que, en efecto, era Paul Knobel quien llamaba a su puerta. Lo había adivinado: al oír ese timbrazo intempestivo, desconocido para ella, pensó que sólo podía ser él. Miró su reloj para cerciorarse.

«¡Qué desfachatez!—se asombró—. Llega con veinte minutos de antelación».

En otras circunstancias le habría molestado: le había invitado a comer en su casa y tenía la comida prácticamente lista, pero ella todavía no estaba arreglada. Para estar por casa llevaba un cómodo vestido caribeño, muy ancho, de color crudo, con flores bordadas a mano en la falda, ceñido a la cintura con un cordón azul de algodón. Lo primero que hizo fue recogerse el cabello y cubrirlo con un pañuelo negro estampado de girasoles amarillos. Tenía la manía de que el pelo suelto, que le caía sobre los hombros como una pirámide maya, le hacía parecer una bruja. Se quitó el delantal que utilizaba para cocinar y lo dejó tirado de cualquier modo sobre una silla de la sala. No hizo nada más; en un minuto no tenía tiempo para arreglarse. «“Al mal tiempo, buena cara”, eso hubiera dicho tía Esperanza», pensó.

A la vuelta de Miami, donde habían pasado dos semanas de ensueño, Gloria le había llamado para invitarle a almorzar en algún restaurante del centro, pues le parecía que un almuerzo era menos

comprometido que una cena. No se habían visto en casi dos meses, desde la exposición en Chelsea, y no habían hablado desde el día de la vista, quizá el momento más emocionante de su vida. Unos días más tarde se fue de vacaciones con Glo y Stuart. Pensaba decirle la verdad: que le estaba agradecida por sus atenciones, que valoraba su amistad, pero que no era su tipo de hombre. Y además estaba Walt, que por fin se había trasladado a Nueva York.

Todo ese discursito que tenía preparado se evaporó al oír el relato de su hija. Glo la había llamado para contarle su extraña conversación con el señor Orson H. Preston. El abogado se había puesto en contacto con ella pensando que era la Gloria en la que Paul estaba interesado.

—Disculpe que me entrometa en su vida privada—señora Sheffield, le había dicho—, pero no lo hago en calidad de abogado de Paul. Fui muy amigo de su madre y me siento en deuda con Norma y con él.

Entonces le explicó una curiosa historia, que se remontaba incluso a antes de que Paul y Gloria se hubieran conocido, cuando él la buscaba para devolverle su diario. Preston le explicó cómo el fotógrafo se había interesado por su caso y había conseguido que un verdadero especialista preparase el recurso.

—No fue Lanchester, mamá, fue un experto contratado por Paul. En cuanto me dejó hablar, le dije que sólo le conocía de nombre, que en realidad era amigo tuyo. «No importa», me dijo, y pude notar en su voz la sorpresa que le produjo, «estoy seguro de que también a su madre le interesará esta noticia».

Gloria se sorprendió, en efecto, pero no dudó de que fuera verdad. Es su estilo de hacer las cosas, pensó, una forma de actuar callada y discreta. No podía conectar con la aparente frialdad y sequedad de Paul, ésa era la barrera que surgía cuando se quedaban a solas. Y ahora resultaba que el hombre de las cavernas, en apariencia frío y solitario, no sólo tenía corazón, sino que había invertido su tiempo, su dinero y su influencia en ayudarlas, y sin pedir nada a cambio, sin ni siquiera apuntarse el mérito. La noticia le obligó a cambiar sus planes, si tenía que sincerarse con él, y agradecerle su gesto, era preferible invitarlo a comer en casa, a resguardo de miradas y oídos indiscretos.

—Llegas demasiado pronto, cielo—le espetó a modo de saludo—. Todavía no estoy preparada; mira qué facha tengo.

—Estás estupenda—dijo Paul, acercándose hasta ella para besarla en la mejilla.

—Eso no se hace—insistió—, una mujer necesita tiempo para la puesta en escena. No se trata únicamente de preparar la comida y adecentar la casa, sino de cuidar la propia imagen.

Gloria se acercó al espejo y con los dedos depositó un beso sobre

una fotografía de familia. Ahí estaban mamá Vivian y Arnaldo, tía Esperanza, Glo, Stuart y ella misma. Por encima, había colocado una serpentina formada con las letras y los números de Feliz 2004.

Paul entró y la siguió con la mirada mientras se dirigía a la cocina. La puerta estaba abierta. Desde allí llegaba el sonido de un televisor y también podían verse distintos utensilios ocupando todo el espacio libre.

—Traigo flores para ti, espero que te gusten, son tulipanes rojos. También una botella de vino de California—añadió mostrando una caja de madera—. Es vino blanco, afrutado, como te gusta.

—Muchas gracias—comentó su anfitriona—, es un detalle.

—¿Puedo ayudarte en algo?—preguntó.

—La comida está lista, gracias. Bueno, sí—rectificó enseguida, como si se hubiera arrepentido de su primera respuesta—, pon la mesa mientras me arreglo un poco. Devuélveme la media hora que me has robado. En la cocina encontrarás todo lo necesario. Por favor, lo quiero todo de punta en blanco: el mantel, los cubiertos, las copas, utiliza los que te parezcan más bonitos, confío en tu buen gusto.

El fotógrafo echó un vistazo al reloj, como si quisiera cronometrar que efectivamente iban a ser treinta minutos. Puso la mesa en la sala. Había otra en la cocina, pero pensó que ella se lo censuraría. Y como todavía le sobró tiempo, decidió echar un vistazo al apartamento. No era muy grande: además del baño, donde ella estaba refugiada en ese momento, tenía una cocina bastante amplia y un par de dormitorios. En el de Gloria vio enmarcadas las fotografías de Glo que él le había regalado. Era un apartamento convencional, se veía habitado y confortable, decorado con sencillez y buen gusto.

—Mi hija ha visto las fotografías—le dijo cuando reapareció con un vestido verde lima—, y le han encantado. No entiende que no te acercaras a ella en el hospital, tiene ganas de conocerte, aunque también te ha buscado en Internet.

Gloria llevaba un vestido muy ligero, con mucho vuelo y con un escote en uve que tuvo la precaución de ajustar con un broche. Se había recogido el pelo con una cinta y lo que más llamaba la atención en ella eran los pendientes, unas criollas de plata, finísimas, brillantes, de por lo menos ocho centímetros de diámetro, que destellaban con cada movimiento de su cabeza.

—¿Qué puedo decir?—comentó Paul haciendo un gesto de admiración—. A tu lado me siento como un soldado que acaba de regresar de las trincheras.

—No te vas a ganar la vida con tus requiebros, pero no importa. —Gloria sonrió, le cogió del brazo y le llevó hasta la mesa—. Qué alto eres, cielito, ¿no te cansas con sólo ponerte en pie?

»Mi hija está bien, cada día mejor, más feliz. —Gloria pensó que le debía una explicación. Después del fallo del tribunal, se había volcado en su hija y en Stuart y sus desvelos habían acabado con un viaje de los tres a Miami, donde pasaron el fin de año con los abuelos y con tía Esperanza. Necesitaban estar juntos el máximo tiempo posible—. Ahora—continuó ella—, Glo tiene que ocuparse de su hijo y de las tareas cotidianas, esas que más tarde se convierten en rutinas insoportables, como hacer la compra, preparar la comida, acompañar al niño al colegio, ayudarle con sus deberes, todo eso le ayuda a estar centrada.

—¿Qué hay del cambio de apartamento?—le preguntó él.

—Estamos a la espera, pero Glo no quiere moverse de la zona para que Stuart no deba cambiar de escuela otra vez. Es estupendo—sonrió ella—: piensa y actúa como una madre. —Gloria se levantó y fue hasta la cocina—. He preparado filetes. La carne te gusta muy hecha, ¿verdad?—Paul asintió—. ¿Y qué salsa prefieres, de pimienta negra o de roquefort? He preparado las dos por si acaso.

»El niño ha sufrido mucho—continuó ella cuando volvió a la mesa—, parece mentira que un crío pueda ser tan consciente de todo lo sucedido y que le pueda afectar tanto. Todavía se despierta por las noches y acude a la cama de Glo; supongo que necesita tiempo para olvidar. Mi hija ha pensado en llevarlo a un terapeuta, a mí me parece una buena idea. De vez en cuando, Stuart le habla de Sam a Glo, o le pregunta cosas sobre él o le pide que le enseñe fotos de su padre.

—No sé qué decir—se sinceró Paul—, sólo se me ocurren frases hechas: que el tiempo juega a su favor y cosas así. Pedir ayuda a un especialista parece recomendable, seguro que podrá ayudar al niño y ella también se sentirá confortada.

—Los quince días que hemos pasado en Miami han sido maravillosos. —Gloria cambió de registro, como si quisiera animarse a sí misma—. Stuart ha disfrutado mucho en la playa, ha conocido a sus bisabuelos en su salsa y se han hecho íntimos; mis papás han quedado fascinados por el niño y mamá Vivian le llama casi todos los días. Eso me convierte a mí en abuela—dijo Gloria después de una pausa—. Es todo muy extraño, Paul. Siento que la vida se ha acelerado, apenas hace tres meses que nos conocemos, nos hemos visto en cinco o seis ocasiones y ésta es la segunda vez que comemos juntos. Aun así tengo la sensación de que eres un viejo amigo, uno de esos amigos entrañables con los que puedes contar siempre.

Paul no protestó ante esa última frase, la esperaba, incluso la deseaba; era la puerta de entrada que los dos necesitaban para iniciar otra conversación, más sucinta, más clara, sobre las expectativas de cada uno. Gloria, por fin, le desveló el secreto de su relación con Walt. Estaba enamorada de Walt y éste, desde primeros de enero, se había

trasladado a la ciudad porque quería tenerla a su lado: era sin duda el principio de algo. Por su parte, a Paul no le fue fácil recuperar su relación con Sarah Norton. Fue necesario que Rufus o Ruddy mediara para que ella le cogiera el teléfono.

—Te lo dije, jefe, te lo dije cien veces: «Llama a Sarah, llámala, qué te cuesta, a Sarah le pasa algo. Está nerviosa, parece aterrada», pero tú no me hiciste caso. Tu novia no es una mujer ruidosa, lo sabes bien, no es una de esas mujeres ansiosas que te taladran con sus neuras, no era normal que te llamara cinco o seis veces cada día. Debía de tener una buena razón. Ya sé lo que vas a decirme, jefe, tú siempre encuentras una buena excusa. Fingías estar ocupado y esa llamada podía esperar un momento o hasta el día siguiente o incluso un mes. Y si te digo la verdad, aunque no quieras oírme, yo entonces pensé que tenías miedo de Sarah, miedo de enfrentarte a ella, sí, tú, miedo, y pon la cara que quieras, era obvio que de alguna manera la habías ofendido. Que Sarah no se ponga al teléfono, que te ignore, es la prueba de que tengo razón. Y lo sé por experiencia. Las mujeres se acuerdan de todo, lo sé por mi Alice, tienen una memoria extraordinaria, fotográfica, que les permite recordar, clasificar y valorar cada palabra equívoca, cada gesto incómodo, cada mirada de soslayo.

»No, no la he llamado, jefe, se me ha ocurrido algo mejor porque yo escucho y sé que no respondía a tus llamadas y sé que estuviste rondando su calle varios días sin verla aparecer, así que me he dejado llevar por mi intuición y me he presentado en el apartamento de su amiga Melanie. Estaba exiliada allí. Y no puedo afirmar que se sorprendiera al verme. Yo sí me quedé mudo al verla. Eso sí que es un bombazo, ahora entiendo tu nerviosismo y tus prisas, Sarah tiene una tripita muy graciosa, aunque está igual de sexi. Embarazada, está embarazada, lo sabías y no me dijiste nada. Me pides que te eche una mano, que haga de mediador, y me ocultas el asunto principal. No te entiendo, jefe, sí, ya sé, ya sé que no es de mi incumbencia, pero todos mis argumentos, todo lo que había preparado para convencerla de que hablara contigo, para que te diera la oportunidad de explicarte, se disolvieron como el azúcar en una taza de café. Así que no dije nada, no tuve que decir nada, nos sentamos en el sofá, tomamos una copita, bueno, la tomé yo, Sarah un poco de agua de esa marca francesa, y derramó alguna lagrimita. Poca cosa. Sólo acertó a preguntarme cómo estabas. «¿Cómo está Paul?», dijo con un hilo de voz. Está emocionada, asustada, y es comprensible. Yo con Alice siempre me aseguro de que algo así no nos pueda pasar porque no sé cómo reaccionaría. Ahora entiendo tu desasosiego, jefe. Antes de que pudiera abrir la boca, Sarah me caló, lo adivinó enseguida, intuyó por

qué había ido a visitarla, me dijo que estaba muy enfadada contigo, que no quería saber nada de ti, pero que prefería decírtelo ella misma.

»Así que llámala, está esperando que la llames, y si no te importa que te dé mi opinión, aunque nunca me escuches, Sarah sigue enamorada de ti. Está ofendida, se siente humillada, sin embargo quiere verte y, si me permites la obviedad, quiere perdonarte.

Y cuando Paul consiguió verla tuvo que aderezar las disculpas con muchas explicaciones, demasiadas para lo que tenía por costumbre, sobre las confesiones de su madre en Cape Cod, sobre la extraña enfermedad de su padre biológico, sobre su temor a que se tratara de algo hereditario. Además tuvo que aceptar algunas condiciones que le impuso Sarah: llevar el móvil encima, con la batería cargada, y responder siempre que ella le llamara; conocer sus planes por anticipado, dónde va a estar, con quién va a reunirse; cenar juntos todos los días, en casa, para poder conversar y hacer planes sobre la criatura, y finalmente tirar la vajilla de plástico y comprar una bonita, que les gustara a los dos. Sólo así Paul consiguió reconciliarse con Sarah Norton, quien, a causa de la insistencia del fotógrafo, que quería ser testigo directo del proceso de gestación, se había trasladado al apartamento de Varick.

EPÍLOGO

GRUPO FAMILIAR EN AQUINNAH

Edward Hopper no pintó un cuadro con este título, *Grupo familiar en Aquinnah*, pero me gusta creer que esa composición pudo surgir de su paleta. Se trata de un cuadro de grandes dimensiones, muestra un paisaje casi veraniego, con una luz muy intensa, que transmite serenidad a través del protagonismo que se concede a los elementos naturales: las terrosas dunas que descienden suavemente hacia la costa, la atmósfera transparente de la mañana enmarcada por un cielo azul surcado de pequeñas nubes algodonosas, la minúscula cala resguardada del viento, el océano inmutable. Estos elementos son los verdaderos protagonistas del cuadro, se reparten los espacios, recogen las tonalidades dominantes y proporcionan al espectador una sensación de sosiego.

El artista ha escogido un punto de vista poco habitual; el lienzo está pintado como si estuviera contemplando el paisaje y la escena desde una barca de pescadores a pocos metros de la costa. En la parte inferior podemos ver el azul de las aguas, un azul verdoso roto por el perfil blanco irregular de las olas que remansan en una pequeña cala pedregosa situada a la derecha del cuadro, una playita protegida por un pequeño acantilado, a cubierto de miradas indiscretas.

Desde la izquierda, a media altura de la tela, a través de una zona de matorral bajo se abre un sendero que sigue la línea de la costa y que desciende de manera desigual hasta la altura de la playa. Para acceder a ella hay que salvar un pequeño desnivel mediante una docena de escalones irregulares que han ido formándose en la roca de manera natural. Entre el sendero y el azul del mar, la pared del acantilado está descarnada, ocre, gris, marrón, como si pudiéramos contemplar las entrañas de la costa, de donde surgen las piedras que acabarán en la playa por efecto de la erosión. Y todavía más abajo asoma el océano que, a la izquierda, rompe directamente contra las rocas.

Por encima del sendero, también a la izquierda, hay una masa arbórea, indefinida, que oculta una casa de la que sólo podemos ver

una mínima parte de su tejado y una chimenea, como si el pintor quisiera recordarnos que la civilización ha llegado también a este paraje agreste.

Al otro lado, a la misma altura, surge la luminosa atmósfera de la mañana, en cuyo interior podemos captar algunos reflejos verdes y azules del mar y otras manchas de un blanco roto, las nubes que adornan un cielo azul, alto, que gana en intensidad en ese extremo de la tela.

El paisaje tiene similitudes evidentes con los que Hopper muestra en otros cuadros ubicados en algún lugar de esa zona llamada Cape Cod; podemos seguir su rastro en la intensidad de la luz, en la indefinición de esa arboleda que resulta impenetrable sin ser amenazadora, en los diferentes espacios que ha configurado, aunque gracias a su título podemos ubicar ese recóndito lugar en el extremo suroeste de la isla de Martha's Vineyard, cerca de la pequeña población de Aquinnah. Es uno de esos meses primaverales en los que la isla está más radiante y acogedora.

El óleo muestra a varias personas en diferentes planos: podemos ver a una mujer de pie en esa pequeña playa y también a un pequeño grupo caminando por el sendero que se dirige hacia el lugar en el que espera la mujer, como si de hecho ellos fueran a su encuentro.

El grupo que camina por el sendero está formado por seis figuras: los más retrasados son un hombre y una mujer. Él queda medio oculto por ella y de la mujer distinguimos claramente que lleva el cabello recogido con un pañuelo oscuro, azul y negro, con lunares amarillos que podrían ser girasoles; encabeza el grupo una mujer joven. Podemos ver claramente su vestido rojo y su cabello suelto, rubio y rizado, que lleva de la mano a un niño que parece saltar. El chico camina por delante y tira de la mujer como si tuviera prisa por llegar, pues no entiende a los adultos que son incapaces de correr para alcanzar su meta.

En el centro hay un hombre alto trajeado, vestido de manera inadecuada para ese lugar agreste, camina incómodo, como de puntillas, y empuja con cuidado una silla de ruedas en la que transporta a un hombre joven, vestido de negro, cabello corto y oscuro, y en cuyo rostro podemos percibir una mancha, como cubierto por una larga patilla en forma de hacha.

La mujer de la playa está incorporada junto a una sillita plegable, sobre la que descansa un libro. Parece estar esperando a ese grupo, pues la posición de su cuerpo y su cabeza se dirige hacia el sendero, como si antes de verlos pudiera ya escuchar sus voces. Tiene la vista clavada en el promontorio, pues sabe que esos amigos a los que espera con ansia están a punto de dejarse ver. Tiene el cabello dorado y se ha llevado una mano a la nuca para impedir que le tape los ojos y la cara.

La brisa que llega del océano hace que su vestido se ciña a su cuerpo y, a pesar de la distancia, podemos aventurar que la mujer está embarazada.

El espectador es libre de formular sus hipótesis. El título del cuadro, *Grupo familiar en Aquinnah*, parece indicar que esas personas tienen entre sí alguna forma de parentesco y que están a punto de reunirse en esa población, tal vez a muy corta distancia de la cabaña del abuelo Lukas. Pero de esa composición no podemos deducir gran cosa más, es tan sólo un fotograma de una larga película, tan larga como la propia vida, tan compleja como las emociones humanas, y no sabemos quiénes son ni qué los ha reunido, tampoco podemos descifrar cuál es el drama de ese individuo en silla de ruedas. Ni podemos saber qué será de ellos más tarde, cuando se haya producido el encuentro y hayan compartido besos y abrazos, ni qué les deparará la vida.

La mujer está embarazada y es posible que el médico le haya recomendado reposo. También podría ser que esté viviendo con angustia el drama que atenaza a su pareja. Y en cualquier caso, qué mejor lugar para reponer fuerzas que una cabaña aislada, pero confortable, enclavada frente al océano, con grandes ventanales para recibir la luz y el calor. Porque al océano hay que temerlo y por eso mismo conviene mirarlo a la cara.

Es sólo un lienzo y esto son meras especulaciones, por supuesto, pero ésa es la formidable prerrogativa del espectador.